

Selecta

A romantic couple is shown from the chest up, embracing in a field of bright yellow flowers. The man, on the left, has a beard and is wearing a white long-sleeved shirt. The woman, on the right, has long dark hair and is wearing a white off-the-shoulder top with long sleeves. They are both looking towards each other. The background is a soft-focus field of yellow flowers under a bright sky.

*Flores
amarillas*

ERICA VERA

Flores amarillas

Erica Vera

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Para todos los que comparten mis sueños y mi felicidad.
Para mi amor y mi familia.

Capítulo 1

Martes

Se despertó agitada y se sentó en la cama con los ojos bien abiertos. Todo se encontraba igual, en el mismo sitio. La luz de la calle bañaba los mismos rincones y el leve sonido del reloj sobre la mesa de luz acompañaba sus pestañeos. Estiró el brazo y prendió la luz del velador: 2.40. Se levantó y caminó descalza hasta la cocina mientras pensaba que aquella era la tercera vez que se despertaba así en la madrugada: agitada y con ese pinchazo en la nuca. Tomó un vaso, abrió la canilla y lo llenó de agua. Se sentó a oscuras a beberla pausadamente, tratando de calmar el frenético latido de su corazón.

El vaso vacío sobre la mesa y sus rodillas acalambradas le dieron cuenta de que había estado allí por más de una hora. El reloj de pared marcaba las 3.45. Sabía que no volvería a dormir, así que comenzó a pensar qué podría hacer para entretenerse. La noche anterior había planchado toda la ropa y la anterior a esa, limpiado en detalle la cocina y el comedor.

Regresó a su habitación y se sentó en la cama con la computadora encima. Googleó su nombre por quinta vez esa semana. Halló lo que ya sabía y un dato más que desconocía: la hora y el día de su boda. El lugar lo conocía bien porque era el mismo que, juntos, habían fantaseado para casarse.

—No puede ser —susurró sin abrir demasiado la boca.

Siguió investigando los sitios y los *links* que se abrían acerca de él, de sus películas, de sus escándalos, de ella y de su familia. De las salidas al cine con los sobrinos, de la página de Facebook y los *twitts* más famosos. Algunas fotos en Instagram y...

—Pero qué mierda...

Entre tanta información se había colado una en particular. Ella le sonreía con la mirada mientras le servía un cortado. Aquella había sido exactamente la primera vez que se «encontraron». ¿Cómo había llegado esa imagen a Google? ¿Quién la había sacado? ¿Es que acaso...? No. Nadie supo de ellos dos y, menos, de su corta relación. No hubo *paparazzi*, notas, ni escándalos. Nada. Como si ella no hubiese existido en la vida del famosísimo actor Rodrigo Lacoste.

La computadora le preguntaba si deseaba cerrar todas las pestañas y ella respondió que sí. Cerrar a todo. La imagen de la playa que tenía como fondo de pantalla le fue devolviendo la calma poco a poco. Pero no por mucho. El hilo de pensamiento que comenzó con el sonido del mar, que

rebotaba en sus oídos, terminó con la noche que habían pasado juntos en un hotel de esa misma localidad.

—La puta madre... —En un impulso, cerró la computadora y la apoyó del otro lado de la cama. Las 4.15. Aún le quedaban dos horas para comenzar a alistarse para ir a trabajar. Tomó su celular y comenzó a buscar el nombre de algún contacto que estuviese despierto a esa hora. Nadie. Del WhatsApp saltó a Instagram, luego a Facebook y de ahí a algún juego que le quitara su nombre y la fecha de su boda de la cabeza. Terminó cerrando todas sus cuentas. Lo más sano era alejarse de la información.

La alarma sonó tres veces, avisándole que debía levantarse. Se había quedado dormida con el celular en la mano. Se puso de pie de un salto y a los apurones se metió en la ducha. Con el pelo aún húmedo y unas ojeras traslúcidas llegó al restaurante donde había comenzado a trabajar la semana anterior. La sonrisa de su jefe la recibió en la puerta.

—¿Otra noche complicada, Solcito?

—Algo así. ¿Todo bien por acá?

—Sí —respondió mientras aplastaba su cigarrillo y entraba detrás de ella.

El movimiento de la mañana porteña la aisló de sus pensamientos por un buen tiempo. Lola, su compañera, y Guillermo, su jefe, resultaron ser un bálsamo sanador para sus nervios. Chistes, sonrisas y palabras de aliento en el momento justo hacían de aquel lugar *su* lugar. Ese sitio especial donde encontraba la paz que había salido a buscar el día que renunció a su antiguo puesto.

Para las 3 de la tarde había solo dos ancianos, que tomaban café leyendo el diario. Lola limpiaba las mesas vacías y Guillermo se fumaba el decimocuarto cigarrillo en la vereda. El tránsito había mermado y, de a poco, las horas sin dormir le iban pesando cada vez más. Se sentó junto a la barra con una taza de café enorme frente a sus ojos. Intentaba mantenerse despierta y rogaba que el restaurante se llenara una vez más de gente. Carlos, el cocinero, la observaba desde la ventanita que dividía el comedor con la cocina.

—¿Qué le pasa, Sol? ¿No durmió? —No la tuteaba.

—No. La verdad es que últimamente me está costando pegar un ojo. Necesito una palangana de café para despabilarme. —Apoyó la cabeza sobre sus brazos y entrecerró los ojos.

—Arriba, morocha. Hay un cliente en la ocho —la despertó Guillermo al pasar.

Sol se restregó los ojos y le dio un sorbo al café. Dio un salto de la silla y se dirigió a la mesa que le correspondía atender. Se detuvo cuando reconoció esa gorra y esos lentes oscuros. Inmediatamente, se miró los pies y maldijo haberse quedado dormida. Había ido a trabajar de la peor manera. Giró sobre sus talones y cuando estaba a punto de pedirle a Lola que atendiera su mesa...

—Disculpe... —Su voz le llegó como un rayo y la atravesó completamente. Esa voz. Esa voz que le había dicho que la amaba, que ella era todo... y la misma voz que le había dicho que lo suyo no podía ser. Que era imposible y que lo mejor sería terminar. Terminar para casarse con Lourdes

Ayala, modelo, actriz, vedete....

—Sol. —Guillermo se le acercó y notó las lágrimas que brotaban de sus ojos y caían sobre su remera. Tenía las manos apretadas y arrugaba cada vez más el delantal que llevaba puesto—. Lola, atendé la ocho, por favor. —Levantó la voz y se llevó a Sol a la cocina. Lola entendió poco de ese intercambio, pero hizo lo que le pidieron. Volvió con la comanda y con la necesidad de saber qué había ocurrido.

El panorama que encontró fue extraño; Sol, sentada en una silla con la cabeza para abajo y un repasador húmedo sobre su nuca. Carlos la abanicaba con un cuaderno y Guillermo buscaba el número de teléfono que había dejado para comunicarse por cualquier emergencia.

—¿Qué pasó? —preguntó desconcertada.

—Creo que se le bajó la presión —respondió Guillermo con el celular en la oreja—. No me atiende nadie, Sol. ¿El teléfono de tu hermano es...?

—Ya estoy mejor, Guille. No te preocupés.

—Ay, Sol. ¡Qué justo, eh! Justo que vino ese bombonazo. ¿Saben qué? Me parece que es Rodrigo Lacoste. —Sol escuchó la confirmación que necesitaba y hundió su cabeza aún más dentro de sus piernas.

—¿Quién es ese? —quiso saber Carlos.

—El que trabaja en *Soñar y amar*.

—¿Eh?

—La novela, Carlos. ¿Acaso su mujer no ve la novela?

—No. Bah... no sé. Puede ser. Yo llego y me tiro a dormir. —Carlos dejó de abanicar a Sol y estiró el cuello desde la puerta para ver al famoso que visitaba el bar.

—Dale, Sol. Vení y nos sacamos una foto, ¿querés? Seguro que cuando lo veas se te pasa todo.

—Lola. No seas desubicada y andá a llevarle el pedido al señor de la diez.

—Siempre tan amargo vos. —Le sacó la lengua a su jefe y se retiró.

—Solcito... ¿y si salís un rato afuera? Quizás, si tomás algo de aire, te vas a sentir mejor. Hace mucho calor acá.

—No, no. Yo me quedo acá. Gracias. —Ni loca pasaría delante de él.

—Andá a mojarle la cara aunque sea, nena. Haceme caso. —La levantó sin muchos problemas y la acompañó al baño. Por suerte, este quedaba detrás de una pared y, desde la mesa donde Rodrigo se encontraba, no la vería.

—Guille. Un cortado y un tostado para la ocho —gritó Lola y Guillermo abandonó el brazo de Sol.

—Andá. Yo estoy bien —lo tranquilizó y lo dejó ir. Entró al baño y lo que vio en el espejo no le gustó nada. Era ella, la misma que Rodrigo había abandonado aquel día y que juró jamás volver a ver. Ella, con los gestos desencajados, con la mirada perdida. Ella, la Sol desahuciada y triste, vacía. Cuando las lágrimas intentaron salir se acercó a la pileta y abrió la canilla. Se mojó la cara, el pelo. Intentó borrar los rastros de esa Sol que pretendía enterrar. Pasado un tiempo

considerable y calculando cuánto tardaría en terminar su tostado, salió. Dos pasos.

—¿Sol? —Otra vez la incertidumbre, el derrotero y el pinchazo en la nuca. El perfume importado que usaba se le instaló en la nariz y la mareó. Cuando estuvo a punto de caer, algo la detuvo.

Cerró los ojos antes de encontrarse con los de él.

Capítulo 2

Martes aún

—Ey, Solcito.

Lo primero que escuchó y reconoció fue la voz de Guillermo. De a poco fue abriendo los ojos y enfocando la mirada. El cielo raso algo amarillento con algunas manchas de humedad. Los ribetes de madera en las columnas y la cara de Rodrigo sobre ella. ¿Estaba soñando?

—Sol. —Ahora el espejismo le hablaba, decía su nombre.

—¿La conocés? —le preguntó Guillermo desconcertado.

—Sí. —No lo miró. Ella recibía toda su atención.

Sol, tirada en el piso con Rodrigo encima y esa cara de preocupación que le había visto muchas veces. ¿Verde, marrón? Aún seguía tratando de descifrar el color de sus ojos. Tenía la barba algo crecida y la gorra azul que le daba un aire juvenil. Podía imaginar los mechones aplastados debajo de ella. «¡Levántate, Sol!», se dijo, pero no pudo. Un peso invisible la mantenía acostada, observando la grotesca escena. En unos segundos recordó que aquello no era un sueño y que, en verdad, Rodrigo estaba ahí en el restaurante con ella. Más bien, sobre ella.

—No me puedo comunicar con tu hermano, Sol. Te agarro el celular de la cartera y lo llamo para que te venga a buscar.

—No se preocupe —interrumpió Rodrigo—. La llevo yo a la casa. Pero antes, al hospital.

—¡No! —Sol intentó sentarse, pero el pinchazo en la nuca la regresó a su posición original—. Andate, Rodrigo. Guillermo va a llamar a Nahuel y él me lleva.

—Me importa un carajo tu hermano. —Lola observaba la escena desde un costado sin poder creer lo que ocurría. Abrió grande los ojos cuando oyó el tono en que le hablaba el afamado actor. Si hasta parecía una persona... como ellos. Normal—. No vamos a esperar acá hasta que llegue. —Pasó un brazo por debajo de las piernas de Sol, que descansaban sobre una silla, y el otro por debajo de su cuello—. Nos vamos.

En vano fue todo esfuerzo de bajarse, de quejarse, de gritarle y decirle que lo odiaba. Que ojalá ardiera en el infierno una y mil veces. Y que Lourdes Ayala lo hiciera cornudo, bien cornudo. No pudo hacer nada de lo que había imaginado desde hacía días. Volvió a desvanecerse cuando su nariz percibió el aroma del jabón que tan bien conocía —el mismo que estuvo impregnado en su

cuerpo muchas veces— y cuando finalmente comprobó que aquella remera blanca era la misma que ella había usado en tantas oportunidades.

—Sol... —Otra vez enfocar, intentar despertarse. Esa vez el cielo era blanco, bien blanco. No había manchas de humedad—. Sol... —Pestañeó y giró un poco la cabeza, siguiendo la voz de una mujer que le hablaba—. Hola, linda. Soy la doctora Gutiérrez. ¿Cómo te sentís?

—Eh... Mareada. Me duele mucho la cabeza.

—Sí. Tuviste un pico de presión. Por suerte, de a poco te vas estabilizando, ¿sí? Descansá un ratito más, que le explico a tu pareja los estudios que te vamos a mandar a hacer. —La abandonó sin dejarla siquiera hablar.

Para cuando Sol acomodó la información en su cabeza, era muy tarde. La doctora ya se había retirado y ni tiempo tuvo de decirle que estaba confundida. Que Rodrigo no era... nada. Nada suyo.

Las lágrimas comenzaron a salir de a poco y se convirtieron en un caudal que empapó la almohada. Lloraba no solo por el «nada», sino también por el todo. Por la situación tan embarazosa. Por tener que caer de nuevo en sus brazos. Por no haber tenido la fuerza necesaria para alejarse de él, para echarlo. Exactamente, eso: echarlo de su vida, de su restaurante. Estiró el brazo e intentó alcanzar una cajita de pañuelitos que había sobre la mesita junto a la camilla. No quería que la viera así: débil, triste. No.

Y... así la encontró Rodrigo cuando entró. Con medio cuerpo fuera de la cama, haciendo malabares para llegar a los pañuelos. Se acercó sin decir una palabra y corrió la caja más cerca de los dedos de Sol. No hizo mención de sus ojos hinchados ni de la nariz colorada. De todos modos, no hacía falta preguntar. Él sabía muy bien por qué lloraba.

—¿Cómo te sentís? —le preguntó sin quitarle los ojos de encima.

—Mejor —mintió.

—La doctora me dejó esta orden para hacerte unos estudios y...

—Gracias. Ya te podés ir retirando, ¿sabés? Ya llamé a Nahuel para que me venga a buscar —volvió a mentir.

—Ah, ¿sí?

—Sí.

—¿Y cómo hiciste? Porque tu cartera la tiene tu jefe, afuera.

—Da igual. Andate, Rodrigo. Andá a hacer tus cosas y dejame en paz. —Giró hacia la pared y le dio la espalda.

—Voy a esperar hasta que me digan que estás bien. Que está todo bien, y después me voy. —Se levantó y se detuvo antes de salir al pasillo—. Estoy afuera. Digo, por si necesitás algo.

La puerta no alcanzó a cerrarse y volvió a abrirse.

—¡Te dije que te...! —gritó enojadísima—. Perdón, Guille. Pensé que eras...

—No te preocupés. —Acercó la silla y le tomó la mano. Guillermo era un hombre muy amable. Tenía una sonrisa enorme clavada siempre en el rostro. Estaba divorciado y, si bien el bar se

había convertido en su casa y en su puesto de trabajo, conservaba una alegría ejemplar. A Sol le hacía acordar a su papá. No solo por los ojos saltones y los bigotes, sino también por lo optimista y alegre.

—No te preocupés, Guille. Está todo bien.

—No parece. ¿Qué pasa con este chico, el actor?

—Con Rodrigo salimos por un tiempo. Él me dejó hace unos meses y bueno... claramente, no lo tengo superado. —Sonrió para descomprimir los gestos preocupados de su jefe.

—¿Y qué hacía en el bar? ¿Te fue a buscar?

—No sé. No tuve tiempo de averiguarlo. Aunque, la verdad... no me interesa. No lo quiero ver nunca más.

—Te la tenías guardada a esa, ¿eh? —se burló.

—Ojalá pudiera borrar esa parte de mi vida de un plumazo.

—Bueno... no sé. Parece bastante preocupado por vos.

—No le creas a esa carita de ángel que pone. Es un lobo disfrazado de cordero.

—Lo único que te digo es que no creo que se vaya a retirar pronto. Cuando vimos que te traía a esta clínica, con Lola no lo podíamos creer. ¿Sabés dónde estás, Sol?

—No.

—En Los Arcos. La clínica más reconocida de la ciudad.

—Pero yo no tengo...

—Parece que el muchacho se está haciendo cargo de todo.

—¡Ah! ¡No! No... esto sí que no. —Intentó destaparse y ponerse de pie—. Yo me voy de acá ya mismo. Me voy a un hospital. No quiero nada que venga de él. —Daba vueltas por la habitación buscando su ropa.

—Sol. Escuchame. —Guillermo la seguía por detrás sin tocarla, pero muy atento a sus pasos—. Acostate. Cuando venga tu hermano, decidís qué hacer. Ya lo llamé. No te podés ir así.

—¿Hablaste con Nahuel? ¿Qué dijo?

—Dijo que venía para acá. También se sorprendió cuando le dije dónde estabas.

—¡Que no lo vea! Que no lo vea porque lo mata. Bah... ¿Sabés qué? Mejor que lo muela a palos. Se lo merece.

—Sol...

—Sí, eso. Que lo vea y lo re...

—¡Sol! —Se sorprendió ante el grito de Guillermo—. Te está sangrando la nariz.

—¿Cómo? —Dirigió la mirada a los dedos que acaba de llevarse a los labios y comprobó lo que le decía. En el piso algunas gotas carmesíes decoraban la cerámica.

—Tomá. —Le extendió un pañuelito—. Acostate y tratá de relajarte.

—¿Qué pasó? —Rodrigo entró al escuchar la voz de Guillermo y se encontró con el panorama. Antes de que pudiese llegar a Sol, unos brazos lo atraparon.

—Está bien —le dijo Guillermo con cara seria e invitándolo a salir—. Vení, llamemos a la

enfermera.

Lola entró a la habitación después de que su jefe le hiciera seña y se alejara con Rodrigo.

—¡Así que conocías al bombón, guacha! —comentó desde el umbral de la puerta del baño mientras Sol se limpiaba la nariz.

—Algo así.

—¿Algo así? Por la manera en que te levantó y se hizo cargo de vos, me parece que...

—Lola, me duele la cabeza. ¿Podemos hablar de esto en otro momento?

—Bueno... pero lo vamos a hablar, ¿eh? A mí me vas a contar la historia que hay entre ustedes dos. Yo no lo puedo creer. ¡Rodrigo Lacoste con mi compañera! Cuando se lo cuente a mi mamá no me va a creer. Te juro que casi le pido un autógrafo, pero...

—No seas desubicada, Lola. Por favor. Te lo pido.

—Dije casi. CA-SI.

Rodrigo y Guillermo regresaron a los pocos minutos con la enfermera de turno. Sol ya se había higienizado cuando llegó. Entonces, así como entró, salió.

—Me voy a casa. Le di mi número a Guillermo y él me va a avisar cómo sigue la cosa. Te pido por favor que no te vayás de acá. No le hagás caso a Nahuel, por favor. No vas a estar mejor cuidada en otro lado. Es la mejor clínica del...

—Andate —lo interrumpió.

—Bueno... —Cabizbajo, se volvió hasta la puerta.

—Rodrigo... —Sol lo llamó y él se volvió esperanzado—. Te felicito por tu casamiento.

Capítulo 3

El martes sin fin

Parecía que el día no iba a terminar jamás. Rodrigo se había ido a pedido de Guillermo, quien no había dicho una sola palabra de la charla que habían tenido los dos fuera de la habitación. Lola se retiró un poco después, con la promesa de que volvería al siguiente día. Sol sabía muy bien que el motivo de su visita no sería ella, sino el galán de telenovelas que se había vuelto a meter en su vida.

Guillermo, en cambio, esperó a que Nahuel llegara. Quería contarle todo lo que había ocurrido. Sin embargo, la espera no dio los frutos que esperaba. El hermano de Sol llegó como un tornado y destruyó la paz que habían alcanzado con tanto esfuerzo. Y más furioso se puso cuando escuchó el nombre de Rodrigo Lacoste y el papel que tenía en todo eso.

—Nos vamos de acá, Sol. Te voy a llevar al hospital o a otra clínica, pero acá no te quedás.

—Nahuel... —Guillermo intentó hacerle entender que no era buena idea. Que le estaban haciendo estudios y que esperaban los resultados. Que la doctora era muy reconocida y que...

—Nos vamos. Sol, agarrá tus cosas. —Respiraba agitado y tenía la cara colorada. Por las pecas en la nariz y los rasgos de los ojos, se podía ver el parecido con su hermana menor. Aunque más que hermano, parecía el padre.

—Tiene razón Guillermo, Nahue. Esperemos a ver qué dicen los resultados y, si todo está bien, mañana nos vamos. Estoy muy cansada.

—¿No entendés que no quiero nada de ese idiota?

—Sí, tenés razón. Pero...

—¿Y vos, Sol? ¿Vos querés algo de ese idiota?

—No —respondió ofendida sin mirarlo a los ojos—. Pero estoy CAN-SA-DA. Por favor.

—Nahuel. Estuvo descompuesta todo el día —agregó Guillermo, intentando poner paños fríos en esa situación que ardía. No le iba a decir que, en verdad, se había puesto así con la llegada de Rodrigo—. Dejala dormir unas horas.

Tal y como ocurría con Sol, la voz dulce y pausada de Guillermo obró milagros en los nervios de Nahuel.

—Usted porque no conoce la verdad. Si la supiera, también se la llevaría de acá. ¡A la rastra si

pudiera! —Y se fue dando un portazo.

—¿La verdad? —preguntó desconcertado. Sol comenzaba a apretar los ojos—. Bueno, bueno. Basta de lágrimas por hoy. Si hubiese sabido que iba a reaccionar así, no le avisaba. ¿Volverá?

—No creo. Hasta que se le pase la bronca... Pero vos andá. Ya estuviste toda la tarde acá.

—¿Segura? Mira que no me molesta quedarme un ratito más.

—No, no. La verdad estoy muerta de sueño. Necesito dormir.

—Bueno. Te hago caso porque acá te tienen bien cuidada. Me llamás cualquier cosa, ¿eh? — Tomó su abrigo y le dio un beso en la frente.

—Andá tranquilo, Guille. Gracias por todo.

Apenas se quedó sola, se hizo un bollito en la cama y retomó el llanto que venía reteniendo desde hacía horas. Estaba asustada, preocupada. La visita de Nahuel había avivado ese fuego de enojo que pretendía apagar. Pero... ¿por qué? ¿Por qué la vida se empeñaba en traerlo de vuelta? Ahora que había logrado un poco de estabilidad en su vida.

—¿Por qué? —se preguntaba.

Estaba convencida de que ese pico de presión lo había causado él, solo él. Él era el único en su vida con el poder necesario para dar vuelta todo. Capaz de romper, de herir. Él, con su carita de modelo, con sus ojos... verdes o marrones. Él.

—¡Te odio, Rodrigo! —murmuró ya dormida, entre sueños que revivían ese dolor tan fuerte.

Junto a esos labios apretados, alguien la oía con el corazón destrozado.

Rodrigo se había escabullido en la habitación de Sol. Se había sentado en la silla junto a su cama y la observaba detenidamente: Estaba un poco más flaca. Tenía el pelo más corto y llevaba un *piercing* en la nariz que jamás le había visto. Estaba concentrado en su escrutinio cuando oyó que decía algo. Acercó su oído y la escuchó. Si le hubiesen dado tres tiros en ese mismo instante, no le hubiese dolido tanto como esas palabras que salieron de su boca. Pero se las merecía.

—Y yo te amo, Sol —respondió en un susurro casi inaudible, acomodándose en el asiento. No la dejaría sola; no esa vez.

Abrió los ojos y sintió alivio al no percibir ese mareo que la había atacado durante todo el día. Pudo enfocar de inmediato y comprobar que seguía en la clínica. Las luces de la calle se reflejaban en la pared y le dejaban saber que aún era de madrugada. Se destapó y sacó un pie afuera.

—¿Y las pantuflas? —Se agachó para encontrarlas, pero recordó de inmediato que había subido a la cama del otro lado. Cuando por fin se puso el calzado y levantó la vista, notó el bulto que descansaba en el sillón junto a la cama—. Nahue... Nahue... —Se acercó y lo acarició—. Nahue... andá a tu casa. Andá a dormir allá.

—¿Eh? —Rodrigo, somnoliento, giró y la vio parada a su lado—. ¿Estás bien? —Se incorporó asustado.

—¿Rodrigo?

—Sí, soy yo.

Sol caminó hasta la perilla y encendió la luz. Ambos se quedaron enceguecidos por un momento hasta que pudieron ver con claridad.

—¿Qué hacés acá?

—Ví a tu hermano salir... después se fue Guillermo. No quería que pasaras la noche sola.

—¡JA! ¿¡Desde cuándo te importan esas cosas!?

—Sol... yo quería...

—No tenés cara, nene.

—Tenés razón.

—¿Nada más?

—Nada más. —Se puso de pie y comenzó a ordenar los almohadones que había usado para descansar—. ¿Te sentís mal?, ¿te duele algo?

—No. Estoy esperando que te vayas. ¿O acaso que me hayas traído hasta acá te da el derecho para quedarte?

—Sabés que no es así. Solamente quería... —Agarró su campera de cuero—. Da igual. Veo que ya estás mejor. Me voy.

—Bien. —Sol le abrió la puerta y lo invitó a retirarse con el rictus bien apretado.

—Mañana voy a volver para saber qué te dijeron —dijo antes de atravesar la puerta, tratando de obviar los gestos de Sol.

—Mejor no. Andá y ocupate de tu casamiento. —Le cerró la puerta en la cara y apagó la luz.

Se sorprendió al no sentir ese pinchazo molesto como cuando pensaba en él y en todo lo que había pasado. Se sorprendió de la liviandad que sintió su cuerpo al expulsar un poco de ese veneno que se venía tragando desde hacía un tiempo.

Pensó que quizás, de a poco, estuviera terminando con él, con sus recuerdos, con su historia. Quizás.

Capítulo 4

Miércoles, noticias de mañana

—Lo hemos visto salir a Rodrigo Lacoste de la clínica Los Arcos esta madrugada. Ingresó cerca de las cuatro de la tarde. Por el momento, no hay declaraciones ni de él, ni de Lourdes, ni de ningún miembro de la familia. Esperamos que se encuentre bien de salud y que no sea nada más que un susto.

—Esperemos que sea así. Gracias, Natalie —respondió el periodista desde el estudio y ella apagó la televisión.

Salió de la habitación directo a la cocina. Preparó la cafetera y puso unas rodajas de pan en el tostador. No había alcanzado a sacar una cuando el celular comenzó a sonar. Un segundo después, el teléfono de línea también. No atendió el de la casa, pero sí la llamada de su representante al móvil.

—Luli... ¿qué le pasa a Rodrigo?

—Acabo de ver el programa. No sé qué decirte.

—¿No está ahí con vos?

—No, Fer. Sabés que no duerme acá.

—¿Podés averiguar algo, por favor? Me están matando a preguntas y no sé qué decir.

—Veo si me puedo comunicar. Cualquier cosa te aviso.

—Bueno. Pero rápido, nena. Este tipo me tiene los huevos al plato. Una cagada atrás de la otra. Voy a hablar con Lorena...

—Chau, Fer. —Y le cortó.

Lourdes sacó el queso crema y la mermelada de la heladera, y apoyó todo en la mesa, sin prestarle atención a los ladridos de su caniche, que le reclamaba atención. Con las tostadas en un plato y el café listo, se sentó a observar la mañana desde el décimo octavo piso. La ciudad bullía a sus pies. Pensó en lo que haría ese día y una sonrisa se coló en su rostro. Después de devorar el desayuno, tomó el celular y, sin leer los mensajes pendientes, fue directo al nombre de Rodrigo y le escribió.

Lourdes: «¿Estás bien? ¿Te pasó algo? Ya saben que estuviste en la clínica».

La respuesta de él tardó unos minutos en llegar.

Rodrigo: «Un amigo. Nada grave. Ya hablé con Lorena».

Lourdes: «Buenísimo. Que hable con Fernando».

Salió del departamento con Steve en los brazos. Caminó hasta la esquina y se compró un paquete de cigarrillos. En el camino lo dejó dar unas vueltas y hacer sus necesidades. Volvió al edificio, dejó a su perro en la casa y bajó hasta la cochera. Llegó al gimnasio quince minutos después. De camino, escuchó la radio, donde no se hablaba de otra cosa que no fuese su casamiento con Rodrigo.

—¡Si supieran! —Sonrió y apagó el estéreo antes de bajar.

Completó su rutina y regresó al departamento. Se duchó y esperó.

Tocaron el timbre a las doce del mediodía. Igual que el día anterior, y el anterior a ese, y el anterior al anterior a ese.

—Subí.

Tres minutos después, Lautaro abría la puerta del departamento, que ya se encontraba sin llave. Lourdes lo esperaba con una bata de seda color crema, descalza y con el cuerpo ardiente. Se abalanzó sobre ella antes de quitarse el abrigo que traía puesto. Luego de dos horas de placer, Lautaro se despedía de ella en la puerta del departamento.

—Mañana no nos vamos a poder ver. Viajo a Mendoza con los productores —le dijo sobre los labios después de morderlos y succionarlos.

—¿Sabés algo de Rodrigo? Vi en la tele que...

—Dice que fue por un amigo.

—¿Qué amigo?

—No me dijo. Y no. No le pregunté.

—¡Qué raro! Bueno, hermosa. ¿Cuándo volvés?

—El viernes a la mañana.

—El viernes a las doce me tenés acá.

—Más te vale.

La puerta se cerró y dejó el aroma de baño y el perfume de Lautaro al salir. Lourdes le abrió la puerta a Steve, que había quedado en la terraza por un rato, y junto a él se recostó en el sillón. Prendió la televisión y buscó el programa de chimentos. Sabía que algo dirían acerca de ella y de Rodrigo. Tal y como se lo imaginó, la noticia que ocupó el programa fue la de su boda y la incertidumbre de la visita a la clínica. Diez minutos después, Lorena, la representante de Rodrigo, salía al aire y aclaraba que él se encontraba bien, que solo había ido a visitar a un amigo. Cuando le preguntaron por el casamiento, comentó que estaban organizando los últimos detalles. La semana anterior había dado la fecha y el lugar.

—¡No lo puedo creer! —gritó y arrojó el control remoto sobre la mesa. Tomó el celular y esa vez no escribió, llamó.

—Hola.

—¿No hablaste con Lorena todavía?

—¿Respecto a qué?

—Al casamiento. ¿No quedamos en desmentirlo?

—Sí. Ya sé lo dije. Pero...

—Mirá. Ya te di bastante tiempo, Rodrigo. O le decís que lo diga... o llamo a un canal y salgo al aire diciendo cómo fueron las cosas.

—Sabés que me podés perjudicar, ¿no?

—Sí. Y creeme que no quiero hacerlo. Pero no me dejás opción. Yo quiero blanquear lo de Lautaro, Rodrigo. No me quiero esconder más.

—Bueno... bueno... En estos días lo soluciono. Estoy con unos líos... Bancame, por favor.

—Lunes. Último día. —Cortó. Sin dejar el teléfono, buscó en sus contactos y le envió un mensaje a Lautaro.

Lourdes: «El lunes a más tardar, amor. —Corazones de colores—. El lunes vamos a poder estar juntos sin escondernos».

Lautaro: «Por fin, hermosa. Te amo».

Lourdes sonrió y abrazó a Steve, que descansaba en su falda, tratando de celebrar con alguien la noticia.

—¿Te gusta Lauti como papito, Steve? Sí, ¿no? —Se levantó del sillón y se acomodó la bata—. Bueno, ahora, a prepararnos, que nos vamos a lo de la abuela.

Capítulo 5

Miércoles, después de la clínica

—**J**a. Un amigo. —Apagó la televisión, resopló y el flequillo revoloteó sobre su frente mientras se cambiaba de ropa. Hacía unos minutos, la doctora Gutiérrez le había dado el alta. Los estudios habían salido bien. Aparentemente, había sido solo un pico de presión. Le aconsejó que se cuidara y que mantuviera una vida más tranquila. Estaba en eso cuando Nahuel entró a la habitación.

—¿Se te pasó la rabieta? —le preguntó divertida. No podía enojarse con él. Era lo único que tenía en el mundo.

—Algo así. ¿Estás lista? ¿Qué te dijo el médico?

—Que haga ejercicio, que coma sano y blah, blah..

—¿No te dijo nada de no encontrarte con el nabo ese?

—¿Querés que te cuente cómo pasó lo de ayer?

—¡A ver!

Mientras salían de la habitación, Sol le iba relatando lo acontecido en el restaurante. Le dijo que ya venía sintiéndose mal y que, bueno, cuando lo vio, la cosa empeoró.

—¿Y qué hacía ahí? —preguntó Nahuel.

—No sé. No lo dejé explicarme nada. Quizás fue casualidad.

—Con ese tipo, nada es casualidad. Seguro averiguó dónde trabajás y allá fue.

—No sé ni me interesa.

—Esa es mi hermana. —Se le acercó por fin y cruzó el brazo por sobre sus hombros. Le estampó un beso en la sien y atravesaron la salida de la clínica. Ninguno de los periodistas apostados en la puerta se percató de su presencia.

Caminaron unas cuadras, encontraron el estacionamiento donde Nahuel había dejado el vehículo y se dirigieron al departamento de Sol. No subió a pedido de ella. La abandonó en la puerta y esperó a que su hermana desapareciera en el pasillo del edificio.

Menos mal que había convencido a Nahuel de que no subiera con ella porque, si veía lo que se encontraba en la puerta de su departamento, le hubiese dado un infarto. Un ramo de rosas amarillas descansaba junto a la entrada. Pensó en regañar a Horacio, el portero, pero no era su

culpa. Además, se había tomado el trabajo de buscar un florero para ponerlas. Se agachó y tomó las flores. Abrió la puerta e inspiró profundamente, tratando de llenar sus pulmones de su espacio, de su esencia. Apoyó el florero en la mesada y, mientras dejaba la cartera, tomó la tarjeta que se escondía entre los tallos. Como siempre, invisible a los demás.

«Espero que estés mejor. Ya me enteré de que te dieron el alta. Cuidate. Cuidate mucho. R».

—¿Cuidate mucho? ¡Quién se cree que es! —Hizo un bollo con la tarjeta y la tiró a la basura.

El departamento, en completa tranquilidad, emanaba paz y armonía. Justo lo que necesitaba su cabeza, que no paraba de bombear ideas y lucubrar situaciones. Y los recuerdos. ¡Puf! Los recuerdos eran los peores. Desde el día anterior se habían intensificado. Que él volviera a su vida no era algo que tuviese pensado. Al contrario, creyó que jamás volvería a verlo. Por lo menos, no en vivo y en directo.

El timbre del portero la sacó de sus pensamientos y lo agradeció.

—¿Hola?

—¿Sol?

—Sí. ¿Quién es?

—Lola.

—¿Lola? ¿Qué hacés acá?

—Te traje la campera que te olvidaste en el restaurante. Guillermo me dio tu dirección.

—¡Subí! —Apretó el botón y la esperó en la puerta del departamento.

—¿No funciona el ascensor?

—No. Se rompió el fin de semana y no han venido todavía a arreglarlo. —Le dio un beso en la mejilla y, abriendo la puerta, la invitó a pasar—. ¿Todo bien? ¿Día libre?

—Así es. ¡Qué lindo lugar! —comentó maravillada al observar el espacioso departamento—. ¿Cuántas habitaciones tiene?

—Dos. Es lindo, sí. Me queda un poco grande.

—¡Me encanta! Pero... más me encantan esas flores. —Correteó hasta la mesada y Sol se arrepintió de no haberlas guardado en otro lado—. ¿Quién te las mandó?

—Mi hermano —mintió—. ¿Querés un té, mate, café? —Intentó desviar el tema, distraerla.

—¿Tu hermano? —Sonrió de costado y elevó las cejas—. Café, por favor.

—Bien.

Sol se concentró en la preparación de la bebida. Lola recorría el departamento y le preguntaba detalles del alquiler y de cómo había ido a parar a ese lugar. Hablaba sin parar y, aunque desease estar sola y descansar, Sol disfrutaba de la distracción que le generaba su presencia. Lola era espontánea, graciosa. No se guardaba nada y era muy sincera. Cuando la vio por primera vez, pensó que tal vez tuviesen problemas, pero no. Al contrario. Terminaron por entenderse muy bien y, en pocos días, Lola le confió la historia de su vida.

Charlaron por varias horas y Sol agradeció que no sacara el tema de Rodrigo. No deseaba

explicarle el cómo, el cuándo y menos el porqué de su presencia y de su aparición. A las cinco, Lola se puso de pie y le dijo que se iba. Mientras se colocaba el abrigo a los pies de la escalera, comentó:

—Si tu hermano es así de dulce, presentámelo. —Le guiñó el ojo y caminó hasta la puerta. Sol sonrió nerviosa, pero no comentó nada.

Esperó hasta que Lola tomara un taxi y entró. En la puerta de la conserjería, Horacio la observaba divertido.

—¡Gracias por el florero, Horacio! —Se acercó y le dio un beso y un abrazo a ese hombre que se había convertido en mucho más que el portero. Horacio era su amigo, su consejero, su compinche.

—Solcito... ¿usted volvió a las andanzas con el actor? Anoche no durmió acá, ¿no?

—No y no.

—¿Y las flores?

—Una confusión.

—¡Ah! No me va a contar. —La regañó con la mirada.

—Hoy no. Mañana tomamos unos mates y te cuento todo lo que pasó en estas veinticuatro horas.

—Pero... ¿está bien?

—Sí. Eso creo. —Le dio un beso y lo dejó en el *hall*.

Se metió en la ducha e intentó acomodar sus pensamientos. No pudo. Todo era un desorden, un lío. Todo era Rodrigo. Rodrigo se casa. Rodrigo va al restaurante. Rodrigo la lleva a la clínica. Rodrigo la cuida de madrugada. Rodrigo y sus... malditas flores amarillas.

Húmeda, agotada, salió del baño y desnuda se metió en la cama. Intentó dormir. No pudo. Tomó el control y prendió la televisión. Salteó los canales de noticias y buscó alguna película para entretenerse. Encontró *Dirty Dancing* y se acomodó para ver la escena; Johnny Castle bailaba al son de la música con la rubia despampanante y Frances lo miraba embobada, enamorándose cada vez más.

—Traje una sandía —dijo Sol a la par de Jennifer Grey. Se la sabía de memoria. Continuó el baile y llegó la parte donde Patrick Swayze la saca a bailar. Ella, aunque reticente al principio, se dejaba llevar por los movimientos sensuales del galán.

—¡Estupida! Ya caíste —comentó enojada como si se lo dijera a ella misma.

El sonido de un mensaje la distrajo de la película. No reconoció el número. Abrió y se sorprendió cuando leyó el contenido.

«Están pasando Dirty Dancing en el 59. ¿Cómo estás? R».

No le respondió.

Apagó el celular, la televisión y las luces. Se tapó hasta la cabeza y así permaneció, oculta de una realidad que le pisaba los talones, que le tocaba la puerta, que le enviaba mensajes de texto y flores amarillas.

Capítulo 6

Jueves en el set de filmación

Rodrigo daba vueltas en el primero y más grande camerino del estudio, caminaba nervioso hasta el espejo; iba y volvía, repitiendo sus líneas. No se sentía cómodo. Había algo que lo estaba molestando y le impedía hacer su trabajo. Volvía a comenzar la línea desde el principio y otra vez.

—¡Dios! ¿Qué me pasa? —Revolé las hojas y cayeron desparramadas en el piso.

Se sentó en el sillón y se echó hacia atrás con los ojos cerrados tratando de encontrar el epicentro de su problema. No le fue muy difícil hacerlo. Su carita, sus ojos, sus pecas. Sol. Sol fue, era y siempre sería su cuestión pendiente. La charla en pausa, las mentiras no aclaradas y la espina clavada en el corazón. Pero... ¿por qué ahora? ¿Si hasta el momento había podido seguir sin ella? Había logrado continuar con su vida pese a la decisión que había tomado. ¿Costó? Claro que sí. ¿Pudo olvidarla? Por supuesto que no.

Como si un interlocutor se activara en su cerebro, alguien o algo le respondió. «¿Por qué ahora? ¿En serio? Nunca se fue, solo estuvo en pausa. Y es ahora, justamente, porque tenés esa oportunidad que tanto pediste; la de empezar de nuevo, de cero. De...».

—¡Rodrigo! —Pili, su asistente, entró al camerino sin esperar que le respondiera—. ¿Estás listo? Van a empezar a grabar.

—Sí. Ya voy. Un minuto. —Se levantó, tomó las hojas del suelo y se acomodó la camisa. Se arregló el pelo y se miró al espejo. Había algo distinto en su mirada, un brillo especial, como si... como si tuviese al mismo sol en sus pupilas.

—¡Corten! ¿Rodrigo? ¿Qué pasa? Es una escena simple. ¡Vamos! —le dijo el director mientras se le acercaba con un gesto desencajado.

—No dormí nada anoche. Estoy medio desconcentrado. Perdón. ¿Vamos de nuevo? ¿Desde el principio?

—Cami... —dijo dirigiéndose a la coprotagonista—, desde arriba.

Se acomodaron y comenzaron la escena de nuevo. Belén, el personaje que representaba Camila, venía a increpar a Juan Cruz después de un supuesto engaño.

—¡Sos un mentiroso, Juan Cruz! —le gritó Camila, concentradísima en su papel—. No te quiero ver nunca más. ¿Escuchaste? Nunca más.

—Sol... escúchame... yo. Yo no tengo nada...

—¡Corten! ¡Corten!

—¿Qué pasó? —preguntó Rodrigo, confundido.

—¿Sol? ¿Quién carajo es Sol?

—¿Eh?

—Ro, me acabás de llamar Sol en vez de Belén —le explicó su compañera, revoleando los ojos.

—¿Sabés qué, pibe? Andá, tomate un cafecito o algo... no sé. Pegate una ducha y después seguimos... porque así no puedo. No. ¿Sabés qué? Mejor andate a tu casa. Volvé mañana. Yo sigo con otras escenas.

—Perdón. —Se alejó del set sorteando las cámaras y los cables que rodeaban el piso. Detrás de él fue su asistente, que observaba la escena preocupada por el intercambio.

—¡Ro! —Lo frenó antes de que se encerrara en el camerino.

—Estoy bien, Pili. Solo necesito descansar, nada más. Me voy a casa. Después hablamos, ¿sí?

—¿Quién es Sol? —Rodrigo no le respondió enseguida. Parpadeó, bajó las pestañas y Pilar lo supo inmediatamente. Aun así, preguntó—: ¿No será la chica del...?

—Sí. Esa misma.

—¿Pero...?

—No sé. No sé qué mierda me pasa. Ayer la volví a ver y...

—Pero... ¿dónde?, ¿cómo? —Él agachó la cabeza, abatido—. ¡Ay, Rodri!

—Ya sé. No me digás nada.

—Sabés lo que es esto, ¿no? —Él la miró desconcertado. Pilar tenía la capacidad de salir con cualquier cosa, cualquier tema—. Una segunda oportunidad, Ro. —Y sonrió sincera.

—¿Vos decís?

—Claramente. Yo no creo en las casualidades. Por algo volvió a tu vida. Necesitás cerrar ese capítulo de la novela, amigo.

—Ese es el problema, Pili. Me di cuenta de que no se va a cerrar nunca. Más bien, no quiero que se cierre nunca.

Rodrigo se excusó con el director, quien no le prestó demasiada atención, y abandonó el set de filmación. Pili volvió a su trabajo sin dejar de pensar en lo que su amigo le había confiado. Sol, la famosa Sol de la que tanto le había hablado, regresaba a escena y con más preponderancia que nunca. Con sus pensamientos dirigidos hacia él y a esa historia de amor tan fuerte que habían vivido los dos un tiempo atrás, tomó el celular y le envió un mensaje de audio.

Pilar: «Ro... Buscala. Buscala y explicale que fuiste un pelotudo. Explicaseló con el corazón en la mano. De la misma manera que me lo confiaste aquella noche. Te quiero».

Rodrigo: «Gracias, Pili. Mi cabeza va a estallar. Entre el casamiento de mierda y la aparición de ella, no puedo más».

Pilar: «Más tarde paso por tu casa y me contás. ¿Querés?».

Rodrigo: «No va a poder ser. Nos vamos a juntar con Lorena y Fernando a ver si podemos hacer algo con la cagada que me mandé. Lourdes me está volviendo loco y con razón».

Pilar: «Bueno... mañana nos vemos, entonces. Tranquilo. Andá despacio».

Rodrigo: «Eso intento. Eso intento».

Pili continuó con su labor y Rodrigo, antes de pasar por la oficina de Lorena para conversar los temas de la reunión con Fernando, desvió el rumbo. Estacionó frente al restaurante y se sentó en la misma mesa. Lola ni siquiera se acercó a tomar el pedido. En cambio, fue Guillermo quien se acomodó en la silla de enfrente.

—Guillermo.

—Rodrigo. —Se saludaron casi sin mirarse.

—¿Cómo está? ¿La viste?

—No. Lola la vio ayer. Dice que estaba bien.

—¿Puedo hablar con Lola?

—¿Para?

—Para que me diga con exactitud cómo la encontró. Si estaba pálida...

—Perdoname, flaco... Todo bien con vos y con tu fama, pero ¿qué estás buscando con Sol? — No estaba enojado, más bien, preocupado. Preocupado porque presentía que su aparición solo significaba caos.

—Ese creo que no es tu problema —le respondió cortante y sacando a flote sus dotes de antipático. Como lo hacía con ciertos periodistas o gente del medio en el que se movía.

—Oh, sí. Sí que es mi problema también. Porque vos venís acá a hacer quilombo. A traerle y a traernos más y más problemas. ¿No te das cuenta? —Guillermo elevó el tono de voz.

—Lo único que quiero es saber si ella está bien —agregó cambiando el tono. No conseguiría nada de Guillermo actuando así—. Nada más.

—Te vas a tener que conformar con lo que te estoy diciendo, pibe.

—Bien. —Se puso de pie—. Veo que no me vas a ayudar.

—No. Lo lamento, pero estoy del lado de Sol. —Sin despedirse, cada uno caminó hacia rumbos separados.

Rodrigo salió del restaurante, se subió al auto y dio la vuelta a la manzana. Las cosas no se quedarían así. Había llegado hasta ese lugar con un objetivo. Estacionó en la esquina y esperó. Esperó hasta que el turno de Lola terminara. La vio salir a las cinco y diez de la tarde. Arrancó y se acercó, tratando de no asustarla.

—Lola. —No lo logró. La muchacha se asustó tanto que casi termina en el piso—. Ey, perdón. No te quise asustar. —Rodrigo puso las balizas y se bajó—. ¿Cómo estás?

—Bien. —Lola no podía creer lo que le estaba pasando. Ahí, frente a sus ojos, estaba el galán de telenovelas más famoso del país. ¡Y llamándola por su nombre!

—Qué bueno. Che... ¿sabés qué te quería preguntar? —Rodrigo metió mano a sus dotes de caballero y no iba a dudar en emplear hasta la última arma para averiguar sobre la vida de Sol.

—Sí, decime. —Ya estaba un poco más relajada y comenzaba a coquetear con él.

—Quería saber si habías ido a visitar a Sol. Si está bien...

—Ah. —Se entristeció—. Sí. Fui ayer. Está bien. Le dieron unos días de descanso.

—Y... ¿sabés si está saliendo con alguien?

—Mmm... creo que sí. —La respuesta que escuchó no era la que esperaba.

—Ah. No sabía. Como no vino nadie a verla a la clínica.

—No sé si es algo formal. Pero estoy segura de que con alguien está. La ha venido a buscar al restaurante un par de veces. Bueno, hermoso, me tengo que ir.

—¿Querés que te alcance a algún lado? —le propuso, para seguir recibiendo información.

—No. Gracias. Vivo a dos cuadras de acá. —Se le acercó y le plantó un beso en la mejilla. No perdería la oportunidad—. Nos vemos.

Lola siguió su rumbo y Rodrigo volvió al auto. Antes de quitar las balizas y dirigirse hacia lo de su representante, escribió un mensaje que sabía que no tendría respuesta.

Rodrigo: «Espero que tu novio no se enoje por las flores. ¿Sabe que las amarillas son tus favoritas? R».

Capítulo 7

Jueves en casa

Nahuel la despertó temprano y la invitó a caminar por la plaza. Se había tomado muy en serio lo del ejercicio. Sol no se negó. Necesitaba un poco de distracción y, la verdad, disfrutaba mucho de la compañía de su hermano. El otoño daba vueltas en la calle dejando hojas secas por todos lados, y el sol calentaba las mañanas.

Nahuel y Sol se llevaban un año de diferencia. Habían pasado la infancia jugando juntos, compartiendo amigos y en la adolescencia salían a bailar y disfrutaban de las mismas cosas. Siempre habían sido muy unidos. Y más aún cuando la tragedia los golpeó de lleno; a los veinte años de Nahuel, diecinueve de Sol, sus padres fallecieron en un accidente automovilístico y quedaron completamente solos. La tristeza y el dolor que compartieron crearon un vínculo indisoluble e irrompible. Juntos, de la mano ante la adversidad, sobrevivieron a esa horrible etapa.

Los dos abandonaron la facultad y se dedicaron a trabajar para mantenerse. Al principio y durante el primer año, vivieron juntos, hasta que recibieron la herencia de su abuela, quien, poco después de la muerte de su única hija, falleció de tristeza. Tras el segundo duelo de sus vidas, Sol se mudó al departamento en el que estaba viviendo y Nahuel permaneció en la casa donde se criaron. Aun así, la separación no les impidió jamás verse durante la semana (el lunes era su día asignado) y llamarse a cada momento.

—¿Hoy no trabajás? —le preguntó Sol a su hermano mientras lo saludaba en la entrada del edificio.

—Sí, pero más tarde. Le cambié el turno a un compañero para hacer unos trámites.

—¿Unos trámites?

—Sí.

—¿Qué pasa? Estás raro. Sin contar que odiás caminar.

—Quería hablarte de algo, pero no sé si sea una buena idea.

—¿Por?

—No sé. Ayer saliste de la clínica... y andás media media.

—Dale, zapato. Decime.

—Bueno... Un amigo me ofreció un laburito que estoy pensando agarrar.

—¿Sí? Pero eso es una buena noticia, gordo. ¿Dónde? ¿De qué se trata?

—Mi amigo Sergio, el flaquito de anteojos, ¿te acordás? —No esperó a que le respondiera y continuó—: Está poniendo un bar y necesita un socio. Me preguntó si me interesaba invertir y unirme.

—¿Un bar? Guau. Siempre quisiste un bar en la playa, vos.

—Claro. —Se detuvo y ella lo imitó.

—¿Adónde te vas, Nahue? —preguntó entendiendo el silencio de su hermano.

—Montañita, Ecuador.

—¿Cuándo?

—Sergio viajó ayer. Apenas tenga novedades del lugar, me avisa y salgo para allá.

Sol se quedó muda. No sabía qué decir. Sabía que aquel había sido el sueño de toda su vida. Siempre estaba hablando del Caribe, del sol y de las ganas de ponerse un barcito junto al mar. Lucubrando ideas, planes para juntar más dinero y hacerlo. Y en ese momento, se le daba.

—Solo me voy por un tiempo, hasta que arranque la cosa. Una vez que esté en marcha, vengo a visitarte.

—Me sorprendiste. —Retomó la caminata.

—¿No querés que vaya? Me quedo si necesi...

—¡No! No, no es eso. Es tu sueño. Se te dio. Si te parece que con ese tal Sergio no vas a tener problemas...

—No. Está todo muy organizado. Él sabe manejar negocios.

—Bueno... Pero es que... nada, es raro.

—Sí, ya sé. A mí también me cuesta. No sabía cómo decírtelo. Y encima ahora que...

—Yo estoy bien. De verdad.

—No. No solo lo digo por tu salud, que me preocupa, sino por el gil este que volvió a aparecer. ¡Sol! —La frenó—. Jurame que no vas a volver a verlo.

—Sale en la tele, gordo. Verlo lo voy a ver —bromeó.

—Sabés a lo que me refiero. No voy a estar tranquilo si sé que ese tarado andá dando vueltas por acá.

—De mi parte, no te preocupés. Yo tampoco lo quiero ver.

—¿Y si te busca?

—Lo echo.

—¿Y si te llama?

—No atiendo. —Sonrió y se le colgó del cuello—. Tranquilo. No pasa nada. De verdad. Vos andá y poné el mejor bar de todo Ecuador.

—Te quiero, Sol.

—Y yo a vos, gordo.

Regresaron al departamento, Nahuel volvió a su rutina y ella, al descanso que se había

propuesto durante ese día. Eran las 9.30 de la mañana y el sol entraba por las ventanas de una forma particular. Envolvía todos los muebles y las cosas, y los teñía de energía. Puso la radio y buscó una emisora que solo transmitiese música. No quería enterarse de nada, de nadie.

Pasó la mañana cantando, trapeando el piso, acomodando algunas cosas y cambiando de lugar otras. Despejó la habitación extra que tenía y sacó a la calle lo que no servía o estaba roto. Se hizo el mediodía, almorzó e intentó concentrarse en un libro que estaba leyendo. No tuvo éxito. Se sentía eléctrica, llena de energía. La caminata le había venido muy bien. Siguió con la organización de la biblioteca de la abuela y separó unos libros para regalarle a Guillermo y a Lola. Pensó en ellos y se dijo que desde hacía unas semanas se habían vuelto parte de su vida sin quererlo, sin buscarlo. Y que ahora, con la partida de Nahuel, solamente contaría con ellos dos.

El pensamiento que comenzó con Guille y Lola la llevó a recordar la banda de amigos que habían formado en la adolescencia y de la que Nahuel también era parte. Sonia, Ferchu, Matute, Cris y los hermanos Bravo. Habían sido inseparables. Hasta que, luego de la muerte de los padres de Sol y Nahue, Matute se mudó a Córdoba y dejó de escribir. Le siguió Sonia al poco tiempo, quien se casó y desapareció de la vida de la banda. Cris y Ferchu comenzaron a salir y también se perdieron un poco. Al tiempo se fueron a España; él, primero y después, ella. Y si bien se veían cuando iban de visita, ya nada era lo que solía ser.

Sol se secó las lágrimas antes de poner la pava para unos mates. Ya eran las 5.30 de la tarde. Se dijo que había sido un hermoso día en casa, acompañada por la tranquilidad de su hogar y sin pensar en...

Esa vez sí reconoció el número en la pantalla del celular, lo abrió y leyó lo que había escrito Rodrigo.

Rodrigo: «Espero que tu novio no se enoje por las flores. ¿Sabe que las rosas amarillas son tus favoritas? R».

—Ah, pero este es un pelo...

Otro mensaje. Esa vez, de Lola.

Lola: «Vino el potro mundial a preguntar por vos al restaurante. Me encaró a la salida y, sin querer queriendo, le dije que te estabas viendo con alguien. Hice bien, ¿no?».

Sol rio sin pensarlo, imaginando la cara de Rodrigo al recibir la noticia. Seguramente, se le había estrujado un poco el ego.

Sol: «Sí, hiciste bien. Muy bien».

Capítulo 8

Viernes: los residuos de la reunión

Fernando y Lorena conversaban acaloradamente dentro de la oficina de ella. A través del vidrio se los podía ver gesticulando, moviendo las manos. Que Rodrigo y Lourdes quisieran desmentir lo que tantos frutos había dado ponía a los representantes de un mal humor terrible. Rodrigo esperaba afuera, sentado sobre un sillón de cuero que crujía cada vez que se movía. Los tres esperaban a Lourdes, que llegaba de Mendoza esa mañana.

El día anterior, Rodrigo había sido muy explícito con su representante: quería aclarar que no se casaría con la modelo. Quería decir también que todo había sido un malentendido, que la noche en que lo entrevistaron a la salida de ese club estaba borracho y... algo más. En otras palabras, quería decir la verdad. Toda la verdad.

Hacía un tiempo que venía pensando en hacerlo. Estaba cansado de la persecución, de tener que fingir cuando estaban juntos. Pero Lorena y Fernando los habían convencido a ambos de que aquella noticia los catapultaría al éxito seguro. La unión del actor más reconocido y la modelo más deseada auguraba buenos contratos y muchísimo dinero. Y si bien al principio los dos disfrutaron del resultado de esa mentira, las cosas cambiaron cuando Lourdes se enamoró de Lautaro y comenzó a presionar para que se «separaran» de una vez. Rodrigo estuvo de acuerdo, pero mucho no había hecho para cambiar la situación hasta ahora. Hasta ahora que la había vuelto a encontrar. Ahora sí sentía la necesidad de aclarar todo. Ahora sí tenía una razón para cambiar y arreglar todas las macanas que se había mandado. Porque ahora la razón había vuelto a su vida.

—¡Vos estás demente! —le había dicho Lorena revoleando los ojos, cansada, esa tarde del jueves.

—Lorena, por favor. No doy más con esta mentira.

—Pero vos...

—Sí, ya sé. La cagada fue mía. No sé qué mierda se me pasó por la cabeza esa noche para decir la sarta de idioteces que dije.

—Hasta el cuello te metiste. Y bueno, después, con Fer, obvio que aprovechamos la situación. No te voy a mentir. Y bien que la disfrutaban ustedes dos —le había echado en cara.

—¡Justamente! Ustedes dos, que se encargaron de poner día y horario, arréglenlo.

—Hay que pensar bien, muy bien, lo que vamos a decir.

—Es fácil. Digo que nos peleamos y ya está. Que la siga queriendo como amiga, pero que como pareja no funcionamos.

—Mmmm... No suena nada mal. Pero...

—¿Qué? ¿Pero qué?

—Hay un detalle que no me gusta mucho.

—¿Cuál? ¿De qué carajos estás hablando, Lorena? Dejemos el misterio.

—Mirá, Ro. Vos sabés que yo, ante todo, lucho por tu carrera. —Hablaba mientras buscaba algo en el celular—. Lo único que me importa son tus contratos, tu fama, tu posición. Y creo que he hecho bastante bien mi trabajo, ¿no?

—Sí, sí. Al grano.

—No me gusta que esto termine así. —Había extendido el celular y le había mostrado la tapa de la revista que saldría el sábado por la mañana.

En la foto se veía a Lautaro, que salía del edificio de Lourdes y el titular decía: «¿Rodrigo lo sabrá?». Más abajo, se leía:

«¿Sabrá Rodrigo Lacoste que su hermano frecuenta el edificio de su novia todos los días? Una fuente confiable del lugar nos ha asegurado que el empresario suele llegar todos los días a la misma hora, quince minutos después de que la modelo regresa del gimnasio. ¿Será que...?».

Rodrigo había dejado de leer.

—¿Y?

—¿Cómo y?

—Era obvio que iba a pasar. Los dos son medio boludos.

—A mí, particularmente, no me gusta que se diga que sos un cornudo, Rodrigo, ¿y a vos? ¿Qué van a decir los productores...? ¿Las empresas con las que firmamos contrato? Ya es hora de sentar cabeza, Ro. Ser más confiable, más....

—Me chupa un huevo. Mañana llamo al programa de Jorge y les cuento que no va a haber casamiento.

—Van a decir que es por Lautaro.

—A mí no me jode. Y creo que a ella tampoco.

—Fernando está como loco.

—Problema de ellos. Yo quiero sacar de las noticias esa mentira. Ya mismo si es posible.

—¿Por qué tanto apuro? Lourdes accedió a....

—No. Ya no se trata de ella. Yo, yo no quiero saber más nada con esto.

—¿Hay alguien más, Rodrigo? ¿Por eso es el apuro? —le había preguntado seriamente.

—No. Quiero mi vida de vuelta. Quiero salir en paz a tomar algo con mis amigos. Quiero... — Se había puesto de pie y, con las manos apoyadas sobre el escritorio, había ido levantando cada vez más la voz.

—Okey. Okey. No te pongas así.

Lorena había intentado en vano convencerlo explicándole los beneficios de «aguantar» ese supuesto noviazgo un poco más. Por lo menos hasta tener cerrado ciertos eventos y contratos donde participarían los dos y ganarían millones. A lo único que había accedido Rodrigo esa tarde había sido a esperar la llegada de Lourdes y, entre los cuatro, coordinar un comunicado donde explicarían la noticia.

Y ahí estaban los tres, esperándola.

Lautaro llegó antes que ella, avisado por su novia, quien le pidió que la acompañara. Se encontró con la cara seria de su hermano en el *hall*.

—¿Qué hacés acá?

—Luli me pidió que venga. —Se sentó junto a Rodrigo sin saludarlo—. No te preocupés, no te voy a hacer nada —se burló.

—No me hinchas las pelotas. Hoy no. No estoy de humor.

—¿Te vino? —siguió molestándolo.

—Lautaro. —Lo miró a los ojos. Su hermano le sonreía y él sabía muy bien que lo estaba haciendo a propósito—. Hoy no —repitió más serio y Lautaro dejó de reírse.

—¿Qué pasó?

—Nada que te importe.

—Bueno. Parece que hoy no vamos a poder hablar. —Sacó su celular y lo ignoró.

Lourdes llegó diez minutos después y fue directamente a besar a Lautaro, quien se puso de pie apenas la vio. Rodrigo lo siguió y, sin saludar, golpeó la puerta de la oficina de Lorena y abrió.

—Estamos todos. ¿Empezamos?

—Sí, sí. Pasen.

Fernando estaba sentado sobre el escritorio de Lorena y miraba al trío con ojos encendidos. Los planes que tenía se desmoronaban ante sus ojos. Lorena intentaba poner una cuota de humor en el ambiente, que se cortaba como un papel. Rodrigo no se sentó. Permaneció parado junto a la puerta, escuchando lo que sus representantes habían armado. Lourdes y Lautaro, tomados de la mano, oían también con atención.

—Y eso es todo —concluyó Lorena, mientras les entregaba una copia de lo que les acababa de leer.

—Yo no voy a decir nada de eso —expresó Rodrigo, colérico desde el rincón de la oficina—. Voy a quedar como un pelotudo.

—Mirá, Rodrigo —habló por fin Fernando, quien no se había metido en la conversación ni una sola vez—, esta pantomima la armaste vos. Vos, saliendo drogado de un boliche de la mano de ella, que solamente intentaba ayudarte; diciendo pelotudeces. Así que creo que una mancha más no le va a hacer nada al tigre. En otras palabras, ya *sos* un pelotudo... no sé qué tanto más podrías llegar a ser.

Rodrigo se le fue encima y, si no hubiera sido por Lautaro, lo mataba. Haciendo un gran esfuerzo, lo sacó de la oficina y se lo llevó lejos de ahí, donde no pudiese ver los gestos

despectivos de Fernando.

—¿Qué te pasa? —le preguntó sorprendido con la respiración agitada.

—Él es el pelotudo. ¿Con quién se piensa que habla? Ya mismo llamo a mi abogado.

—¡Terminala, Rodrigo! —El grito de su hermano lo detuvo en seco. Nunca levantaba la voz—. Sabés que tiene razón y por eso estás tan enojado. Porque no querés admitir que te equivocaste. ¡Hacete cargo!

—¿De qué hablás? ¿Acaso no ves que estoy acá para terminar con esta mentira?

—Bueno... ¿entonces? ¿Por qué tantas vueltas? ¿Por qué no decís que estabas enamorado de ella y que, entre copas, dijiste lo que dijiste...?

—No puedo decir eso en la televisión. No puedo decir que estaba enamorado de ella porque también era una mentira, Lautaro.

—¿Y a quién le importa?

—¡Importa y punto! —Lo empujó y se dirigió a la salida—. Deciles que busquen otra cosa —le gritó sin volverse.

Capítulo 9

Viernes y la vuelta al trabajo

A pesar de haberse quedado dormida, se levantó con las energías renovadas. Se lo adjudicó a los medicamentos y a la tranquilidad del día anterior. Salió a la calle y el panorama acompañó su buen humor. Las hojas amarillas que se amontonaban en las esquinas y debajo de los árboles le daban al paisaje un toque especial que en los últimos días no había notado. El sol que se colaba entre las ramas, cada día más vacías, le daba el calor necesario para no sentir frío. En cambio, el aire fresco que la recibía en cada bocacalle la hacía tiritar y se acomodaba el saquito de lana cada vez que cruzaba. Lo último que deseaba era enfermarse. Tomó el colectivo y diez minutos después —hasta el tráfico se veía mejor— llegó al restaurante.

Lola ya había llegado y limpiaba las mesas de la vereda, que se llenaban constantemente de polvo. Pese a los pedidos de las dos, Guillermo se había negado a entrarlas. Decía que a mucha gente le gustaba tomar algo afuera, acariciando la brisa y disfrutando del clima, aun pese al frío del otoño. A lo que las muchachas le respondían que, últimamente, solo el humo de los colectivos y los bocinazos acompañaban a los clientes.

—Buen día —saludó alegre y se encontró con la sonrisa sincera de Lola.

—¡Sol! —Arrojó el trapo sobre una de las mesas y se abalanzó sobre ella—. Qué bueno que ya estás mejor. La verdad que te reextrañé.

—¿Sí?

—Sí. Esto es un aburrimiento sin vos. No tengo con quien hablar de los clientes, con quien reírme... —Le guiñó el ojo con descaro—. Guillermo me acompaña, pero la mitad del tiempo está ocupado.

—Bueno, ya estoy acá. —Traspasó la puerta y el aroma a café recién preparado le abrió el apetito—. ¡Buenas! —levantó la voz e hizo que Guillermo y Carlos salieran a mirar.

—¡Solcito! —Su jefe se acercó para abrazarla y preguntarle si había tomado las pastillas, si se sentía bien, si había desayunado.

—Estoy mejor, Guille. Gracias. La semana que viene tengo turno con la cardióloga y veremos qué pasa con la presión —comentó mientras se quitaba la cartera y el saco—. Por suerte no me duele más la cabeza, eso me estaba matando.

—¿Por qué no dijiste nada? —Sol levantó los hombros y sonrió—. Bueno... pero ya estás bien. Eso es lo importante. Igual, tranquila. La llamé a Diana para que viniera unas horas al mediodía cuando hay más gente. Así no te esforzás tanto.

—Pero Guille...

—Pero nada. No pasa nada. De verdad —le dijo y acarició su mejilla—. Andá a ponerte cómoda que te sirvo un cafecito con leche. ¿Querés?

—Me encantaría. No llegué a desayunar.

—¿De grasa o de manteca? —le preguntó antes de verla desaparecer.

—Una y una. ¿Puede ser? —respondió divertida.

Se puso el delantal que había llevado en la cartera, lavado y bien planchado, y se arregló el pelo frente al espejo del baño. Una colita y rodete con el flequillo un poco hacia el costado. Se notó un poco pálida, así que tomó el polvo compacto y se coloreó los cachetes. Lola se metió justo cuando estaba a punto de abrir la puerta.

—¡Tonta! Me asustaste.

—Permiso, permiso. —Prácticamente la empujó y se metió a uno de los cubículos—. Me estaba haciendo encima. —La risa de Sol confirmó que no se había retirado—. Che, Sol.

—¿Qué pasó?

—No me olvido que me tenés que contar cómo fueron las cosas con el galán.

—¿Ah, no? Pensé que ya te habías olvidado —bromeó.

—No, nena. —Salió del baño con las manos en los pantalones, levantándose el cierre—. ¿Cuándo y dónde?

—¿Cuándo y dónde qué?

—Nos juntamos para que me cuentes con lujo de detalles la historia entre ustedes dos.

—Un día de estos te venís a casa y te cuento. ¿Querés? —Abrió la puerta y Lola la detuvo.

—No me patees, Sol. ¿Cuándo?

—Bueno... bueno... ¿mañana?

—Llevo unas cervezas.

—Genial.

Salieron las dos del baño matándose de la risa y se sentaron en la barra a tomar el café con leche que Guillermo había preparado. Charlaron, se pusieron al día. La mañana del viernes fue bastante tranquila y la ayuda de Diana al mediodía terminó por coronar la jornada. Entre las tres, volvieron loco a los dos hombres, que se quejaban de sus risotadas y de sus chistes.

A las 3, cuando solo quedaban algunas personas almorzando, Diana cambió el canal de noticias y puso el de chimentos. Amaba el programa de Jorge Gelli, donde las estrellas nacionales ventilaban sus secretos y donde ocurrían las mejores peleas al aire.

—¡Sacá esa porquería, por favor! —le dijo Guillermo mientras repasaba la barra—. Me vas a espantar los clientes.

—Un ratito nada más. Ya me perdí la primera hora. —Completó el pedido con las manos a

modo de rezo y se alejó.

—Solcito... —la llamó—. Cliente en la ocho.

—¡Voy!

Sol salió de la cocina, donde almorzaba con Carlos, cumpliendo la orden de su jefe y se acercó a la mesa. Le entregó el menú a la pareja que acaba de sentarse y se volvió. Levantó la vista cuando desde la esquina una voz reconocida le llamó la atención. En la televisión, Jorge hablaba con Rodrigo por teléfono. La pantalla se dividía en dos, dejando de un lado las caras de la pareja del momento y del otro, el conductor recostado en su silla. Se acercó para leer lo que decía en el borde de la pantalla.

«Nos separamos porque me di cuenta de que ella no es la mujer de mi vida».

—¿Viste? —Diana le comentó al verla atenta al programa—. Se separaron. Yo sabía que eso no iba a durar. Los dos están en la joda y ella es mucha mujer para él. Aunque está más bueno que el pan... —Sol ya no la escuchaba. Tampoco escuchaba lo que decía Rodrigo. Se le habían tapado los oídos y sentía que estaba dentro de una burbuja. Incapaz de hilar lo que sus sentidos percibían, conjeturaba mil cosas a la vez. Uno: que quizás el episodio de la clínica había salido a la luz y que la ruptura había sido su culpa. Dos: que tal vez aquella decisión estuviese relacionada con ellos dos y su historia. Tres: que él todavía la... —Sol. —El sacudón de Diana la despabiló—. Te llaman de la ocho.

Respiró profundamente y se acercó a tomar el pedido. Guillermo recibió la comanda sabiendo el porqué de su repentino cambio; él también había estado atento a la noticia.

—Dos *cappuccinos* y un tostado —dijo intentando volver a la paz y a la armonía que había vivido todo el día.

—Que no te afecte —comentó Guillermo, mientras tomaba las tazas.

—No sé qué pensar. —Sol se acomodó cerquita de él, junto a la barra—. ¿Habrás sido por lo del otro día?

—No debería importarte, ¿no te parece?

Su jefe tenía razón. No debería ni siquiera pensar en él, ni en su situación. ¿Qué le importaba a ella si él seguía con la modelo o no! Ella tenía su vida. Una vida lejos de Rodrigo Lacoste y su fama, y su dinero, y su perfume importado, y sus ojos verdes o marrones. Y...

—Sí. Tenés razón.

Llevó los *cappuccinos* y el tostado a la pareja que esperaba ansiosa en su mesa y se acomodó en una de las sillas altas a esperar más clientela. Lola daba vueltas por el lugar y Diana ya se había retirado. Conversaba con Guillermo intentando llenar su cabeza de acciones, de palabras, de movimientos, para no pensar en la noticia que le había dado la televisión. A las 4.55, se dirigió a la cocina en busca de su saco y su cartera. Metió la mano y revisó su celular. Tenía tres llamadas perdidas y dos mensajes sin leer. Nahuel le había escrito cerca del mediodía preguntando cómo andaba y diciéndole que Sergio había cerrado el negocio en Ecuador. Que esa misma tarde sacaría su pasaje para viajar cuanto antes y acompañar a su socio. Después de responderle, abrió el otro

mensaje, que era de un número que no tenía agendado, pero que reconoció:

«Poné canal 12. R».

Metió el aparato de nuevo en la cartera y se despidió de Guillermo y de Carlos. Esperó a que Lola saliera del baño para caminar con ella hasta la esquina y tomar su colectivo de vuelta a casa.

—¡Hasta mañana, chicos! —Salieron las dos, arreglando los detalles de la cena del siguiente día. Lola se despidió de ella antes de doblar y continuar con su camino, y Sol hizo otro tanto.

—¡Nos vemos mañana, Sol!

—Chau. —Cruzó y se sentó en uno de los bancos de la parada a esperar.

Estaba tan concentrada en los colectivos que venían que no notó el vehículo que estacionó unos metros más allá. Tampoco vio al hombre que se bajaba con los lentes puestos y una campera verde militar. No se dio cuenta de que, de a poco, todo olía a perfume importado.

—Hola. —Rodrigo la sorprendió con una sonrisa enorme pegada en su bello y recién afeitado rostro.

Capítulo 10

Viernes con v de... ¿volver a empezar?

Estaba más tranquilo. Sentía como si hubiese adelgazado cincuenta kilos. Se sentía liviano, relajado. La decisión de aclarar el asunto con Lourdes había sido acertada. ¿Por qué no lo había hecho antes? Bueno... sabía muy bien por qué.

Luego de aquella noche trágica que selló su destino, todo había ido en picada —al menos emocionalmente porque, económicamente, había sido la mejor temporada de su carrera hasta el momento—. Todo lo que había pasado desde la nota al salir del club en adelante fueron errores y más errores. Errores que comenzaron unos días antes de los tragos y de los besos con Lourdes Ayala a la salida del reconocido boliche The set.

El primero y el más grande de todos fue el de haber alejado de su vida a la única mujer que lo había amado incondicionalmente. La única que había sabido ayudarlo, contenerlo y mostrarle que la vida, sin los detalles simples, no podía ser considerada vida. Pero... pero en ese momento, un año atrás, no lo sabía. No lo veía. No lo entendía. Tenía una venda de egoísmo que no le permitía ver más allá de sus éxitos, de su cuenta bancaria y de la fama que iba ganando día a día.

Y también estaba Lorena.

Lorena, que había sido su mano derecha desde el principio de su carrera, había jugado un papel fundamental en esa terrible decisión. Y el problema fue haberle permitido hablar.

—No podés seguir con ella —le había dicho una mañana mientras esperaban para firmar un contrato millonario—. No es que... ¿Cómo se llama?

—Sol.

—No es por Sol. Mirá, Ro. Mirá lo que estamos haciendo en esta oficina. ¡Vas a firmar un contrato por cinco años! Vas a nadar en billetes con solo veintisiete años, Rodrigo. Veintisiete. Ni siquiera Facundo Duarte gana lo que ganás vos hoy. Necesitás estar concentrado, enfocado en esto. Acá. Está bien llevártela a la cama, pero... una relación formal, no. No. No es el momento.

—Pero...

—Pero ¿qué? Contestame algo, Rodrigo. ¿Vos qué preferís? ¿Quedarte los domingos a comer ravioles con ella y sus padres o hacer guita? ¡Y no me digás las dos porque no se puede! ¿Cuántos famosos de tu edad tienen pareja, Ro? ¿Cuántos?

—Mmm... Mariano.

—Mariano es más cornudo que mi exmarido. Por favor. Y así es como sigue. Va del programa de Jorge al de Miranda hablando de la boluda de la mujer, tratando de hacer unos mangos. ¿Vos querés eso para vos?

—No.

—¡Ah! Entonces, cortá por lo sano. Por vos, por ella. Además... ¿Qué vas a hacer cuando tengás que ir a tal o cual lugar a cenar o a bailar, a promocionarte? Sabés muy bien cómo son las cosas en el medio. Una foto, un abrazo de más... ¿Qué piensa ella de todo eso? ¿Se podría aguantar todo lo que hacemos? —La voz de Lorena se iba alojando como un chip en su cabeza.

—Ella...

Ella pensaba que él era perfecto aun teniendo miles de defectos. Ella pensaba que él era el amor de su vida y que tendrían cuatro hijos. Tres no porque «el del medio siempre sufre», decía. Sol creía en él, en su palabra, incluso más que el mismo Rodrigo. Pero... sí. Lorena tenía algo de razón. Si él quería triunfar y ganar mucho dinero, tenía que hacer el sacrificio. Era su momento y, como decía Lorena, debía aprovecharlo mientras durara.

Y la semilla de la duda se instaló y ahí fue que dio el primer paso derecho al abismo. Dos más y cayó en picada al peor momento de su vida. Lorena siguió insistiendo, lo condujo por largos contratos que casi no le permitían verla y, en cambio, lo llevaban por caminos sinuosos repletos de vicios que, de a poco, fue incorporando.

Un viaje al sur y otro a Uruguay. Un *reality show* y una cámara que lo persiguió por meses durante los cuales ni siquiera se acercó a ella. Dos novelas y una película. Largas llamadas, mensajes y te amos por teléfono, en la distancia.

La cocaína le permitía pasar muchas horas despierto grabando, saliendo, promocionando sus trabajos. Algunas copas por acá y otras por allá. Cenas, almuerzos, reuniones. Y Sol siempre lo esperaba en el departamento con los brazos abiertos, recibiendo lo que él podía darle. Rodrigo sabía que ella estaba al tanto de su insipiente adicción, pero no decía nada. Al contrario, se dedicaba a cuidarlo, a mimarlo... aunque los planes de casarse, de mudarse juntos, de compartir un futuro se debilitaban cada día más y más. La amaba, sí, pero había decidido, sin decirlo en voz alta, que su carrera estaba primero. Incluso primero que él y que sus verdaderos deseos.

Sin embargo y pese a todos los pronósticos, cuando menos lo esperaba, el destino la ponía delante de él una vez más. Justamente ese mismo día había estado hablando de ella con su mejor amigo. La conversación había sido profunda y fuerte. Patricio siempre había sido directo y sincero con él. Era el único que estaba seguro del error que había cometido al dejarla. Sol era, en palabras de Pato, la balsa de madera que le permitía seguir a flote. Cuando se deshizo de ella, unas horas antes de dirigirse a The set, su amigo supo que había tocado fondo. Desde esa noche, él y Pili habían actuado como ángeles guardianes, sacándolo de la adicción primero, rehabilitándolo y acompañándolo en todo, aun sin estar de acuerdo con la mentira que mantenía con Lourdes.

—Tengo que llamar a Pato hoy sin falta. —Habló en voz alta mientras manejaba hacia su futuro,

hacia su segunda oportunidad. No la desperdiciaría.

La vio cincuenta metros antes de llegar a la esquina. Tenía el pelo suelto y se apretaba el saquito contra el pecho porque ya empezaba a hacer más frío. Estiraba el cuello y alternaba la mirada entre el horizonte y el celular.

Como todo lo que le había estado ocurriendo desde la charla con su amigo, como si el destino o una fuerza sobrenatural estuviera moviendo las piezas de su historia, un lugar para estacionar cerca de la parada se abrió antes sus ojos. Apagó el motor y agradeció la luz roja del semáforo de la esquina, que le permitió bajarse tranquilamente y saborear su imagen desde el auto y mientras se acercaba. ¿Lo había visto y se hacía la tonta? Seguía con la mirada perdida más allá y, hasta que no se colocó frente a sus ojos, no lo vio.

—¡Hola! —Le sonrió como hacía tiempo no lo hacía, con total sinceridad. Unas pocas personas conocían esa sonrisa. Sol era una de ellas.

—¿Qué hacés acá? —le preguntó y de un plumazo borró la película que él había estado imaginando desde que subió al coche y decidió ir por ella. Su frialdad lo golpeaba en lo más profundo.

—Quería saber si estabas mejor. Si habías ido al médico...

—Sí, sí. Estoy bien. —Se alejó hasta el cordón y ahí se quedó. Tratando de poner distancia y, seguramente, deseando que su colectivo viniera enseguida.

—¿Seguís viviendo en el depto de tu abuela?

La respuesta no fue con la boca, sino con la mirada, con la cara, con los gestos. Le respondió: «¡Qué te importa!».

Pensó en decirle mil cosas. En invitarla a tomar algo o hasta ofrecerle llevarla hasta la casa... pero no. Hizo todo lo contrario a lo que su cuerpo, su boca y su ser le gritaban. No hizo nada.

—¿A qué hora viene el colectivo? —Se acercó y él también estiró el cuello, aun cuando no sabía qué línea estaba esperando.

—Ya debería haber venido.

—Ah.

No dijo más. Se quedó ahí esperando que llegara su colectivo, mirándola de reojo cuando ella no se daba cuenta. Observando los detalles de su saco de lana, de sus zapatillas All-Stars negras, de sus jeans rotos sobre las rodillas. Su pelo castaño claro al viento y sus ojos marrones, que lo analizaban todo. Permaneció ahí, sin hablarle, sin decirle nada de todo lo que necesitaba decirle.

—Ahí viene —la escuchó decir y él le volvió a sonreír como lo había hecho veinte minutos atrás—. Chau —le dijo mientras le cedía el paso a dos abuelos que esperaban el mismo colectivo.

—Hasta mañana —dijo él, pero ella no lo escuchó. ¿O sí?

Capítulo 11

Viernes con v de verdad

Sol: «¿Qué hacés hoy a la noche?».

Escribió y esperó a que le respondieran mientras giraba alrededor de la mesa como autómeta.

Había llegado a su casa confundida. Su mente tejía entramados que no reconocía, que la hacían dudar. La actitud de Rodrigo la había paralizado, desorientado. ¿Qué hace?, ¿qué quiere? eran las dos preguntas que habían titilado como luces intermitentes dentro de su cabeza mientras lo observaba parado junto a ella. No había hecho nada, no había dicho nada. Solo había permanecido ahí; estando, siendo.

Lola: «Estoy al pedo. ¿Por?».

La respuesta de Lola la devolvió a la realidad. Necesitaba hablar con alguien. Sacar fuera todo eso que le estaba pasando. De otra manera, se volvería loca.

Sol: «¿Te gustaría que adelantemos la cena? Tengo un par de cervezas en la heladera».

Lola: «En una hora estoy por allá».

La respuesta inmediata de su compañera la hizo dar un leve saltito en el aire antes de responder:

Sol: «Te espero».

Lola llegó agitándolo todo. Entró al departamento y como un torbellino puso patas para arriba cada rincón por el que pasó. Una hora después las dos brindaban con la bebida prometida, devorando una pizza a la napolitana que habían apoyado en la mesita ratona del *living*. Las dos, sentadas sobre la alfombra, conversaban sin demasiadas pausas.

Los primeros temas fueron bastante comunes; Guillermo y la rubia que venía todas las mañanas a las 10.30 y se sentaba en la mesa dos, frente a la barra, solo para mirarlo. Carlos y sus delicias. Diana y los chismes que repartía de las otras dos chicas que trabajaban en el turno noche. Lola habló un poco de Juan Manuel, su exnovio, y de la frustración que había sido volver a la casa de

sus padres después de haber convivido con él por dos años. Sol casi no comentaba, más bien ponía la oreja o emitía alguna que otra palabra entre las oraciones interminables de Lola.

En la caja aún quedaban cinco porciones heladas.

—Ey. No comiste nada —comentó Lola al tiempo que se servía otro vaso de cerveza.

—No tengo mucha hambre. —Jugeteaba con el borde de su vaso vacío, envuelta en sus pensamientos.

—Bueno... ya hablé un montón. Escupí eso que te hizo invitarme tan de repente.

—¡Ay, Lola! —Se tapó la cara y un crudo llanto la atravesó. Como si hubiera estado esperando a que le diera el pie para hablar, la angustia afloró sin ser llamada. Ni ella sabía que tenía tanto dolor acumulado en el pecho.

—¡Ey! —Lola gateó hasta ella y pasó su brazo por sobre el hombro inquieto de Sol.

—Perdón. No sé qué me pasa —balbuceaba y se ahogaba con las lágrimas.

—No, nena. No pasa nada. Desahogate. —La meció hasta que Sol recuperó la cordura y pudo respirar sin obstrucciones.

—Qué vergüenza. —Se puso de pie, incómoda, y juntó la caja y la botella vacía—. En serio, Lola, perdoname.

—Dejá eso ahí y vení a contarme qué pasa porque no entiendo nada. Hoy estabas perfecta. Contenta. ¿Qué pasó?

—Qué, no. Quién.

—¡No me digás!

—Sí, te digo.

—Poné el agua que voy al baño. Cuando esté el mate, me vas a contar qué onda con el bombón.

Lola salió del baño cuando Sol preparaba el equipo para llevar a la mesa ratona. Había tirado unos almohadones para estar más cómoda y sacado de la heladera unos chocolates que Nahuel le había regalado. Cuando por fin todo estuvo dispuesto y listo, la historia comenzó.

Sol trabajaba en un café muy reconocido de Palermo. Primero y por un tiempo largo había estado trabajando de ayudante de cocina y luego, de un día para el otro, la mesera del turno noche renunció, y la encargada le ofreció el trabajo a ella. Sol aceptó porque necesitaba ganar más dinero.

La tercera noche, Rodrigo llegó con dos amigos al café —que, después de las diez, era más bien un bar— y se sentó en la mesa que ella atendía. Sol se acercó como si fuese un cliente más, repartió los menús y sonrió como le habían dicho que tenía que hacer cada vez que un comensal se sentaba en el lugar.

Aparentemente, había sonreído demasiado. Uno de los amigos de Rodrigo la llamaba cada cinco minutos para decirle tonterías y acariciarle el brazo mientras le pedía recomendaciones de vinos, de platos, de postres. En la cuarta oportunidad, Rodrigo lo detuvo antes de que posara los dedos sobre su piel.

—Cortala, Simón. —Sol le agradeció el gesto con una mirada fugaz—. Perdonalo. Es un idiota

—comentó avergonzado.

—¡Dale! No te hagas el galán que no estamos en una de tus novelitas de mierda —comentó Simón en un tono burlón y soltó una carcajada que llamó la atención del resto—. ¿Sabés qué, flaquita? Mejor quedate con este. Es mejor partido. Tiene toda la guita, como le gusta a las minitas como vos. —Esa vez fue el puño de Sol el que le hizo tragar las palabras.

No le había pegado tan fuerte, al fin y al cabo, ella no tenía tanta fuerza, pero el hombre estaba tan borracho que la trompada no hizo más que ponerle el punto final a su noche. Con el peso de su cuerpo, cayó de espaldas llevándose con él el mantel y las copas.

—¡Bien! Por fin una que le pone los puntos —gritaba el otro amigo, quien aplaudía, riendo a carcajadas. Rodrigo, en cambio, se fue encima de Simón e intentó ponerlo de pie.

Antes de salir del lugar, miró hacia adentro, pero Sol había desaparecido.

—Así nos conocimos. —Sorbí el mate y se lo entregó a Lola, que había tomado el mando de la cebada.

—¡Qué loco! Parece de películas. ¿No lo viste más al idiota ese?

—No. Rodrigo me dijo que después de esa noche ni él lo volvió a ver.

—¿Y después? ¿Qué pasó con vos? ¿Te echaron?

—No. Me fui sola. No me dio la cara.

—¿Y cómo fue que lo volviste a ver?

—Eso es otra historia.

—Dale, largá todo.

—Mirá que ya son las doce. Mañana hay que madrugar.

—No me importa. —Sol sonrió y agradeció haberle enviado ese mensaje. Sacar su verdad afuera le había venido bien.

—Bueno. De última, te quedás a dormir. ¿Qué te parece?

—Me encanta la idea. ¡Pijamada! ¡Pijamada!

—¿Cuántos años tenés, nena? —Sol se burló y rio como siempre lo hacía ante sus ocurrencias—. Sos terrible.

—Dejá de hablar de mí y poné más agua, que quiero saber cómo fue que Rodrigo Lacoste te volvió a encontrar.

Sol había salido corriendo del lugar sin decir adiós, sin dar explicaciones. Estaba avergonzada. Jamás había actuado así. Pensaba en lo que su accionar podría acarrear; una mancha en su currículum, una mala recomendación. Había tirado más de un año de trabajo a la basura por el primer idiota que se le cruzó en el camino. Nahuel la llevó al hospital esa misma noche después de que Sol lo llamara a las dos de la mañana. La herida que se había abierto con el puñetazo no dejaba de sangrar y se preocupó. Le dieron dos puntos sobre los nudillos.

Después de descansar unos días, salió a buscar trabajo borrando de su foja laboral la experiencia en aquel último lugar. Así fue que llegó a un reconocidísimo café, al que había ido por recomendación de Pipo, el chef del anterior trabajo, con quien aún conservaba relación y el único

que sabía el motivo de su repentina huida.

—¿Pipo? —Lola interrumpió el relato.

—¿Lo conocés?

—Sí. Es el padrino de mi primo Julián. Él fue quien me consiguió el trabajo en lo de Guille.

—¿Guille lo conoce?

—Sí. Creo que trabajaron juntos cuando eran más jóvenes, en la cocina del Hilton.

—Mirá vos. ¡Qué chico es el mundo!

—Sí. Bueno... seguí contándome.

Y Pipo no solo había logrado que Sol consiguiera ese puesto y Lola el suyo. No. Había hecho mucho más.

Al día siguiente, Rodrigo volvió al café y preguntó por la mesera que lo había atendido la noche anterior. Se cuidó de no decir nada acerca de la trompada que había sentado de cola a Simón delante de las caras más reconocidas de Buenos Aires. Desde la cocina, el chef paraba la oreja y prestaba atención a las preguntas que él hacía. La gerente no le dio mucha información, ni ella sabía qué había pasado con Sol. Tampoco accedió a darle su número de teléfono porque aquello iba en contra de las políticas del lugar. Y tampoco quería estar envuelta en ningún escándalo; Rodrigo iba ganando fama y su cara era sinónimo de periodistas por doquier. Cabizbajo, deshizo su camino.

Pipo pidió salir con la excusa de ir a comprar algo. Llegó justo a tiempo.

—Señor —gritó y dio un trote hasta el auto de Rodrigo.

—¿Sí?

—¿Usted la buscaba a Sol?

—¿Sol?

—Sí. La mesera que lo atendió ayer. Disculpe si presté atención a su conversación, pero me preocupa. ¿Para qué la busca?

—Quería saber si estaba bien. No sé si sabe, pero...

—Sí. Ya sé lo que pasó. Sol se escapó por la puerta de la cocina anoche con la mano envuelta en sangre.

—¡Por eso! ¿Estará bien? ¿Sabe algo? —Su preocupación era genuina—. Yo vine porque pensé que, por culpa de mi amigo, habría tenido algún problema... —mintió descaradamente. No era esa la razón, pero no estaba dispuesto a confirmarlo.

—No. No les dio tiempo a que le dijeran nada.

—¿Y está bien?

—Sí. Me escribió hace un rato. Le dieron dos puntos, pero está bien. Ahora... ¡dígame algo! Su amigo no va a presentar ninguna denuncia, ¿no? Por eso me acerqué. No quisiera que la chica tuviese problemas. ¿Me entiende?

—No. No se preocupe. No creo que le dé la cara para volver a aparecer.

—Ah, bueno. Me quedo más tranquilo. Bueno... vuelvo a lo mío.

—Espere. ¿Usted me daría su número?

—¿El de Sol?

—Sí.

—Mmmm...

—Le quiero pedir disculpas. Nada más.

—Miré. Por ahí andan diciendo que usted es de la tele, que es famoso. Yo no lo conozco. Así que... Discúlpeme, pero no. No se lo puedo dar.

—Bueno. Lo entiendo. No se preocupe.

Pipo caminó hacia la esquina donde estaba la puerta de la cocina y Rodrigo subió al auto, desilusionado. Giró la llave y un golpe en su ventanilla lo sobresaltó. Ahí, a un metro de la puerta, la gerente le hacía seña con la mano. Apretó el botón y bajó el vidrio.

—¿Qué pasó? ¿Me olvidé algo?

—No. No. Tome. —Le extendió un papel.

—Pero pensé que...

—Adiós. —La mujer desapareció y él se quedó con el trozo arrancado de una agenda, con el número de teléfono de la mujer que había llamado su atención. Por ella no había pegado un ojo en toda la noche. Su sonrisa, su pelo, sus curvas y, sobre todo, su actitud lo habían dejado en jaque. No era como las mujeres con las que estaba acostumbrado a rodearse. Quería saber más de ella, conocerla, escucharla. Y... tampoco estaba acostumbrado a no conseguir lo que deseaba.

—¿Y por qué se lo dio? —preguntó Lola desde el baño mientras se cepillaba los dientes con un cepillo nuevo que Sol le había regalado.

—No sé. No sé si habrá pensado que me iba a hacer algún juicio. No sé. Yo también me lo pregunté un montón de veces.

—Quizás solo le chiflaba el moño.

—Sí. Quizás fue eso.

—¿Y te llamó?

—¿A vos qué te parece?

Capítulo 12

El insomnio y los recuerdos

Lola roncaba a su lado y dormía con un pie afuera de la cama. Sol, en cambio, no podía pegar un ojo. Daba vueltas en busca del descanso necesario, pero no lograba dejar de pensar. La conversación que iniciaron había removido cientos de sentimientos que no esperaba. Traer el pasado a su presente había sido peligroso. Muy peligroso.

Miraba el reloj de la mesa de luz y apretaba los ojos con fuerza, obligándolos a dormir. Los volvía a abrir y, cuando pensaba que había pasado mucho tiempo, se daba cuenta de que tan solo habían sido unos pocos minutos. Y todo volvía a comenzar.

Giró hacia un lado de la cama y, dándole la espalda a su amiga, se dejó llevar por esos pensamientos que no le permitían conciliar el sueño. Regresó al día en que Rodrigo la había llamado por primera vez. El mismo día de aquella foto que les habían tomado en el café, unas horas después.

—Hola.

—Hola. —Silencio.

—¿Sol?

—¿Sí? ¿Quién habla?

—Mi nombre es Rodrigo y nos conocimos la otra noche en el bar de Palermo.

—¿Dónde?

—Soy el amigo del idiota al que ubicaste de una trompada —dijo con un tono gracioso, agregando una risita al final del comentario.

—¿Cuál de los dos? ¿El que se reía sin parar o el de las novelitas de mierda? —Ahora se reía ella.

—El de las novelitas de mierda.

—Ah. ¡Hola!

—Hola de nuevo.

—¿Cómo conseguiste mi número?

—No importa. Solo quería saber, más bien, preguntarte si no habías tenido problemas con tus jefes por el tarado de mi amigo.

—Ya no trabajo ahí. Supongo que eso también lo sabés porque volviste y de alguna manera conseguiste mi teléfono. Y no, no me trajo ningún problema, por ahora.

—Ah. Buenísimo entonces.

—Sí.

Un silencio extraño se iba apoderando de los dos, pero ninguno era capaz de cortar.

—¿Conseguiste trabajo ya?

—Sí, por suerte. ¿Y el ojo de tu amigo? ¿Cómo esta?

—No sé. No lo volví a ver.

—Mejor.

—Sí. Mejor.

—Bueno... ¿cómo dijiste que te llamás?

—Rodrigo.

—Bueno, Rodrigo. Me tengo que ir. En un rato entro a trabajar.

—¿Se puede saber dónde?

—Mmm... no. —Y cortó.

Media hora después, un mensaje cayó en el celular de Rodrigo con la dirección de un reconocido café. Una hora más tarde, un periodista tomaba la foto que quedaría como el único recuerdo de ellos dos en la *web*.

Sol sonreía con los ojos bien abiertos mirando el techo y las luces que se reflejaban desde afuera. Siempre sonreía cuando recordaba los buenos momentos que habían pasado juntos. Antes de que la tormenta les diera de lleno y no les permitiera salir a flote.

Los ronquidos de Lola se habían intensificado y decidió no molestarla con sus movimientos. Se levantó despacio, tratando de no despertarla, y regresó al *living*, donde habían dejado los envoltorios de chocolate, el mate y el termo. Se acostó sobre el sillón y prendió la tele para distraerse y evadirse de los recuerdos que la azotaban como granizo. Pero el artefacto se había complotado con la verdadera razón de su insomnio y le regalaba las mejores escenas de Rodrigo en la novela que estaba filmando cuando comenzaron a salir.

Y otra vez los *flashes* del pasado y los momentos, como fotografías que se colaban en su mente y en su corazón.

—¿Conociste a un chico? —le preguntó Nahuel, sorprendido por la confesión de su hermana. Como todos los lunes, se juntaban a cenar o a tomar algo.

—Sí. Se llama Rodrigo y creo que trabaja en un canal de televisión.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Hace unos días que nos venimos viendo.

—¿Cuántos?

—Ayer y hoy. —Sonrió y Nahuel no pudo evitar cambiar el gesto. Después de todo, era su hermana menor.

—¿Dos días? ¿Dos días y ya me lo estás contando? ¿Qué sabemos de este chico?

—No mucho. ¡Pero me encanta!

—Ya veo.

En la pantalla, Rodrigo manejaba enloquecido en busca de la protagonista, que había caído en las redes del asesino y él intentaba rescatarla. Apagó la televisión porque ya sabía cómo concluía esa escena: ellos dos se besaban en el bote que él usaba para salvarla. No quería verlo porque inevitablemente recordaría cuando...

—¡Vamos! ¡Vos podés!

—No, Rodrigo. No. Tengo miedo. No lo soltés.

—Es una pavada.

Iban los dos manejando una lancha a través del río, en Tigre. Rodrigo la había invitado a pasar el día de calor en la casa de unos amigos —Pato y Pili, su hermana— y por la tarde habían salido a recorrer las islas de alrededor. Movida por la curiosidad se había acercado al volante y había comenzado a preguntarle qué tan difícil sería manejar la embarcación. En un segundo, Rodrigo la había colocado entre sus brazos y, encerrándola, la había obligado a tomar el mando.

—Agarrá el volante bien fuerte.

—¿Así? —El pelo de Sol revoloteaba en el viento y él se había acomodado en un lado de su cuello para poder ver el horizonte.

—Sí. Ahora lo voy a soltar.

—¡No!

La jornada concluyó con Sol aferrada al volante manejando sobre el río y rompiendo las olas doradas que se balanceaban a sus pies, y él a su lado, sin poder quitarle los ojos de encima.

—¡Estuvo buenísimo! —exclamó mientras se tiraba sobre el asiento y comprobaba lo que ya sabía: estaba enamorada como nunca de ese hombre. No se trataba de su cuerpo, o de sus ojos verdes-marrones, o de su perfume y su porte de caballero. No. Se trataba de su personalidad, de su extrema dulzura, aun a pesar de mostrarse casi todo el tiempo serio y rígido. Había una luz en él que la atraía y la llevaba a observarlo sin medidas; a ver sus gestos, sus movimientos; a saber cuándo algo le dolía o le molestaba; a ver que, aunque tuviese todo a sus pies, se sentía solo, muy solo. Y eso le inspiraba una ternura incommensurable.

—Estuviste muy bien. —Rodrigo apagó el motor y se acercó al asiento.

—¿Vos creés?

—Sí. —Extendió la mano y tomó la suya, que descansaba sobre el borde. Mientras la acariciaba, daba vueltas sobre un pensamiento... ese que Sol descubrió enseguida.

—¿Qué pasa?

—Quiero hablarte de algo.

—¿Grave?

—No. Al contrario. —Dirigió la mirada hacia los ojos marrones de Sol, que brillaban con los

últimos rayos de la tarde.

—No me mirés así.

—¿Así cómo?

—Raro. Decime lo que me querés decir.

—Mirá, Sol... desde que te vi en el bar, no puedo dejar de pensar en vos, en nosotros, en esto. Estoy enloquecido y no creo que...

—Ro...

—Dejame hablar, por favor. Sol, vos tenés que entender algo. Yo no soy como los demás. Tengo una vida complicada, llena de laburo, de cosas. De minas, de salidas, de boliches. De compromisos que tengo que cumplir. Pero... no quiero tener problemas con vos. Sos demasiado importante para mí. No te quiero lastimar. Quiero ser claro y sincero.

—Ro, no te preocupés. Porque... que yo sepa, vos y yo no somos nada. ¿O sí? —lo provocó intencionalmente y él entendió.

—Ah. ¿Vas a jugar esa carta? —Le respondió el gesto sugestivo y se acercó un poco más—. ¡Claro! Ahora entiendo... Todavía no... —Acercándose más aún, hizo que terminara apoyada sobre el respaldo del asiento.

—¿Qué entendiste? —Sol alternaba la vista entre sus ojos —¿verdes o marrones?— y su boca—. Deci...

Y ahí estaban los labios de Rodrigo sobre los suyos. Su mano había abandonado la de ella y se concentraba en su cuello, atrayéndola más a él. Mientras sus lenguas ingresaban sin vergüenza dentro de la boca del otro, la posición en el asiento iba cambiando lentamente. Primero fueron unas caricias tímidas a través de la ropa, pero, poco a poco, los movimientos fueron más contundentes y marcaron el camino a seguir. Se recostaron sobre el piso de madera de la embarcación y ahí sí, se quitaron una prenda a la vez, descubriéndose paso a paso. Una vez desnudos, se saborearon, se sintieron. Las manos de Sol recorrían la espalda de Rodrigo mientras él se interesaba en sus senos, en su cuello y en su boca. Con movimientos que imitaban el danzar de las olas debajo, frotaba su erección entre las piernas de Sol, que ardía bajo su pecho. Besos, saliva, caricias bruscas que buscaban cada recoveco de su cuerpo.

—Me tenés loco —murmuró en el oído de Sol y no hizo más que encender una llama que flameaba ardiente en su pecho, en su estómago y, sobre todo, en su entrepierna.

—Rodrigo... —suspiró en un hilo con los ojos cerrados después del orgasmo que acababa de tener.

—¿Qué? ¿Te estoy aplastando?

—No. No es eso. —Abrió los ojos y se encontró con los de él y vio el mismo fuego. La misma luz—. ¡Haceme el amor! —le rogó.

Cuando se despertó, el corazón le golpeaba dentro del pecho y estaba húmeda, como esa tarde en el río. Se refregó la cara y sin querer unas lágrimas acompañaron el momento.

Con él todo era así últimamente: agridulce.

Capítulo 13

Fiebre de sábado por la tarde-noche

—Ajá. Dios las cría y el viento las amontona —exclamó Guillermo al verlas llegar juntas en un taxi y con caras de dormidas.

—Hola, Guille —saludó Sol, mientras Lola terminaba de bajar.

—¿Salieron?

—No. Nos juntamos en la casa de Sol —comentó Lola mientras le estampaba un beso en la mejilla.

—Ja. ¡Con razón me ardían las orejas! —se burló y siguió acomodando las mesas de afuera.

La mañana del sábado tuvo un poco más de movimiento que durante los días de la semana. La gente se acercaba a desayunar y a leer el diario, y el lugar de a poco se iba llenando cada vez más. La rubia, como todos los días, se comía al desentendido de Guillermo. Gente, tostados, café y medialunas. Bullicio y charlas. Lola y Sol no tuvieron oportunidad de seguir con la conversación que habían tenido antes de llegar al restaurante y que había dejado un sabor amargo en Sol.

—¿Dormiste acá? —le había preguntado Lola al ver a Sol desperezarse en el sillón aquella mañana—. ¿Te molesté? Ronco, ¿no?

—Terriblemente. —No pensaba decirle que, en verdad, no había podido pegar un ojo en toda la noche porque los recuerdos de su relación con Rodrigo no la dejaban en paz. Y ni hablar de su presencia en la parada el día anterior.

—Perdón. Me olvidé de decirte. —Se sentó a su lado y la miró fijo.

—¿Qué me mirás? ¿Estás lista? Se nos hizo re tarde —comentó Sol evadiendo la mirada inquisidora de Lola.

—Vos estuviste llorando —sentenció.

—Nada que ver. —Se puso de pie y acomodó las cosas que habían dejado sobre la mesa.

—Tenés los ojos como compota. Pero bueno... si no me querés contar...

—Hablamos demasiado anoche. Creo que más o menos te aclaré el panorama.

—Ni cerca, nena. Me contaste cómo se conocieron, pero nada más. ¿Por qué terminaron? ¿Qué pasó, que lo odias tanto?

—No lo odio —se apresuró a responder—. Aunque debería. Bueno... aunque, pensándolo bien,

sí. Lo odio. ¡Un montón! Es un idiota, un pelotu...

—Ni vos te lo creés. —Se paró y buscó su abrigo al ver que Sol agarraba las llaves del departamento.

—Quisiera odiarlo tanto... pero tanto que no te imaginás.

—¿Qué les pasó, Sol?

—No sé. No sé cómo alguien puede cambiar tanto de un día para otro. —Las lágrimas iban cayendo una a una.

—Bueno, amiga. Hablemos de otra cosa. —La abrazó mientras caminaban hacia la escalera—. Perdóname. Yo siempre ando metiendo el dedo en la llaga.

—No es tu culpa, Lola. Creo que aún no estoy preparada para hablar de ese momento.

—Bueno. A otra cosa, mariposa.

El trabajo de la mañana y el mediodía le había venido muy bien. Había logrado dejar de lado los recuerdos y las sensaciones que la invadían al recordar la tarde cuando estuvieron juntos por primera vez; y sus besos, y sus ojos, y su piel. Luchaba a capa y espada contra todas las imágenes que, sin buscarlas, se le venían a la cabeza. Y Lola, sin ninguna mala intención, la devolvió a ese mismo sitio del que deseaba salir.

—Sol... —Entró a la cocina a los tumbos, mientras su compañera terminaba de almorzar.

—¿Qué pasó?

—¿Podés venir un segundito?

—Sí. —Carlos y ella intercambiaron una mirada de desconcierto, pero ninguno hizo comentario alguno. La siguió hasta la pared que separaba el restaurante del pasillo que llevaba a los baños—. ¿Qué pasa, Lola?

—Rodrigo... —dijo nerviosa mientras se frotaba las manos y buscaba las palabras para decirle lo que pasaba sin que su amiga se pusiera nerviosa o mal—. El auto de Rodrigo está estacionado en frente hace un rato.

—¿¿Qué?! —Sol estiró el cuello e intentó ver hacia la calle—. ¿Cuál es?

—El negro de vidrios polarizados.

—¿Estás segura?

—Sí. Lo vi el otro día cuando vino a preguntar por vos, cuando yo le dije...

—Pero... ¿qué mierda le pasa? —Lola la miraba sorprendida por la reacción que Sol había tenido. Creyó que lloraría, que se encerraría en el baño... Pero ¿enojarse así? No—. No te lo puedo creer. —Daba vueltas, nerviosa. Tenía los cachetes colorados y se mordía el labio inferior con insistencia.

—Ya se va a cansar —comentó Lola, como para tranquilizarla.

—No. Lo conozco. No se va a ir.

—¿Y qué vas a hacer?

No le respondió. Salió dando pasos largos y caminó directo a la barra.

—Guille...

—¿Qué pasó, reina?

—¿Puedo salir un ratito?

—Sí. Pero... ¿pasó algo? —le preguntó, pero a él tampoco le respondió. Salió del bar y cruzó la calle directo al coche negro que estaba estacionado en frente.

Pasó por la parte trasera del vehículo y lo rodeó hasta llegar a la puerta del acompañante. Escuchó la traba de la puerta y abrió. Se sentó y cerró con toda la fuerza que podía.

—¿Qué mierda querés, Rodrigo? —Fue directa al punto.

—A vos —respondió sin titubeos.

—¿Vos me estás jodiendo?

—No. Quiero que me escuches. Que hablemos. No voy a parar hasta que me dejés explicarte.

—¿Explicarme qué?

—Las razones...

—Fuiste muy clarito ese día explicándome tus razones. Ya está. Ya fue. Lo nuestro ya pasó. Date cuenta.

—No es verdad y lo sabés.

—Te estás confundiendo. —Lo miró con rabia.

—Yo sé lo que quiero. ¿Vos?

—Yo también sé lo que quiero. Y vos no lo sos. No quiero tu fama, tu plata, tu carita de galán, tus escapadas al sur. No lo quiero. ¡Quedate vos con todo eso que tanto te gusta!

—Sol... —Estiró su mano para tocarle la pierna—. Solo te pido que me escuchés. Que me dejés hablar. Nada más.

—No me interesa lo que tengas para decirme. —Y se movió más cerca de la puerta, evitando el contacto—. No ganamos nada hablando de lo que pasó hace meses.

—No voy a parar hasta que no me des un ratito de tu tiempo y escuchés lo que tengo para decirte. Voy a venir todos los días. Y sabés que lo hago, Sol.

—Dejame en paz, Rodrigo. Por favor. Dejame vivir de una vez.

—Una hora. Nada más.

Sol sabía muy bien que no descansaría y que lo tendría ahí parado todos los días. No quería irse del restaurante, alejarse de la rutina que tanta paz le daba. No quería perder a Guillermo y a Lola. Entonces, pensó que la mejor manera de cerrar ese capítulo sería escuchando lo que tenía para decir y despedirlo de una vez y para siempre.

—Venime a buscar a las cinco. —Abrió la puerta y se bajó del auto—. ¡Una hora! —exclamó antes de cerrar otra vez con todas las fuerzas que pudo.

—Gracias.

Volvió al restaurante y no dijo ni una sola palabra, tampoco nadie le preguntó. Se encerró en el baño por un rato hasta que recuperó la tranquilidad y pudo respirar normalmente. Ese encuentro la había alterado demasiado. ¿Por qué se había molestado tanto? Sabía por qué. Porque él no tenía derecho a pedirle absolutamente nada. No tenía derecho a pedirle que lo escuchara. ¿Acaso... él la

había escuchado a ella? No.

Dejó de pensar en su bronca, en su dolor e intentó calmarse.

Las dos horas que faltaban para las 5 se le hicieron elásticas, largas, eternas. Guardó el delantal en la cartera y se despidió de todos. Guillermo, a propósito, la esperaba en la puerta, simulando fumar un cigarrillo.

—Mañana no vengo, Guille. Le cambié el día a Diana porque es el cumple del sobrino.

—Dale. Perfecto. ¿Nos vemos el lunes?

—Obvio.

—Sol... —la llamó antes de que diera unos pasos—. Cuidate. —Esa palabra guardaba muchos sentidos y ella entendió a cuál se refería su jefe.

—Siempre.

Llegó a la esquina y lo vio. Se acercó, abrió y se sentó. Se abrochó el cinturón y cruzó los brazos a la defensiva. Hacía un esfuerzo sobrehumano para no mirarlo. Le hubiese gustado tener un broche de ropa para apretarse la nariz y no sentir su fragancia.

—Una hora, Rodrigo —exclamó con el aire que acaba de exhalar.

—Una hora nada más —dijo él, tranquilizándola.

Capítulo 14

La hora más dura del mundo

No hablaron durante los minutos que duró el viaje hasta la casa de Sol. Enseguida se dio cuenta de que se dirigían a su departamento y se sorprendió de que recordara el camino. Y, como si él estuviese leyendo sus pensamientos, comentó:

—No me olvidé, ¿viste?

—Todo está hecho un desastre. Te aviso. Ayer tuve visitas. —No aclaró que había sido Lola. En cambio, dejó la frase pendiendo ahí, para que dudara.

—¿Quién? ¿Tu novio? —Había pisado el palito.

—Puede ser —respondió mientras se bajaba del coche.

Sin esperarlo, cruzó la calle y, mientras sacaba las llaves del bolso, una voz la sorprendió.

—¡Solcito! —Horacio levantó la mano y, dando un trotecito hasta ella, dejó a la vecina de al lado hablando sola—. Me debe los mates. ¿Todo bien?

—Hola. —Rodrigo apareció detrás de ella sin darle tiempo a responder la pregunta del portero.

—Hola... —La palabra salió antes de que se diera cuenta de quién lo saludaba. Le hubiese gustado tragársela de nuevo—. Solcito... ojo —dijo dirigiéndose a ella y sin ocultar su disconformidad.

—Tranquilo, Horacio. En un ratito se va. —Le guiñó el ojo y, abriendo la puerta, lo dejó parado ahí con la escoba en la mano—. Hay que subir por la escalera, el ascensor está roto —comentó sin mirar hacia atrás. Sabía que, dos pasos más allá, él estaba siguiéndola.

Subieron los tres pisos y llegaron al departamento. Sol entró primero y se quitó el saco y la cartera. Intentaba parecer tranquila, como si su presencia no la afectara. Luchaba por lucir despreocupada cuando, en cambio, deseaba esconderse debajo de la cama como cuando era chiquita y no salir hasta que él se fuera.

—Cambiaste las cosas de lugar —comentó para iniciar una conversación casual—. La mesa es nueva, ¿no?

—Sí. —Puso el agua para el mate y lo abandonó en la cocina—. Ahora vuelvo.

Se metió en el baño y se miró al espejo. «¿Qué estás haciendo?», se preguntó mientras se

refregaba la cara con las dos manos. «¿Quién te mandó a decirle que sí?». Trataba de controlar la respiración y tranquilizarse. Se sentó en el inodoro y luchó contra todos los demonios que daban vuelta a su alrededor. Contó hasta cincuenta y apretó el botón a pesar de no haberlo usado.

—Quedan más lindos los sillones así —le dijo cuando la vio aparecer—. Ya preparé el mate. —¿Tanto había tardado?

—Bueno. —Se sentó en el sillón cruzando los pies y cebó el primer mate sin mirarlo. Aunque no necesitaba los ojos para saber lo que él estaba haciendo. Toda ella lo sentía. Su cuerpo, cuando de Rodrigo se trataba, mutaba y era como si tuviera sensores especiales que captaban todos sus movimientos y sus estados—. Hablá. Te quedan cincuenta minutos —agregó cortante.

—Bueno... —Cambió de lugar y se sentó en el mismo sillón donde ella se había acomodado—. Voy a ir al grano.

—Por favor.

—Te amo y te quiero de vuelta. —Más directo, imposible.

Sol por poco se atraganta con la bebida. Apoyó el termo en la mesa ratona primero y, luego del último sorbo, dejó el mate. La verdad era que estaba haciendo tiempo porque no sabía cómo responder a lo que acababa de escuchar. Por un momento pensó en echarlo a patadas. Seguía sin mirarlo. No quería hacerlo porque estaba completamente segura de lo que ocurriría si cedía ante sus ojos verdes-marrones.

—Decime algo, por favor. —El ruego desesperado de él rompió el silencio. Quizás había sido un error ser tan sincero en el primer encuentro que tenían desde aquella noche que se vieron por última vez. «¡Idiota!», se dijo.

—Pensé que querías explicarme otra cosa. Que me ibas a decir que cambiaste, que te diste cuenta de que te habías equivocado y que querías hacer las paces conmigo. Bah... con tu pasado, con... —La angustia y el recuerdo de esa noche horrible que Rodrigo le había hecho pasar la golpearon como una cachetada. Respiró hondo porque no iba a demostrarle cuánto le dolía aún, ni cuánto le importaba—. Y... ¿cuándo te diste cuenta de esto, Rodrigo? —El pecho se le empezaba a calentar de dolor, de bronca—. ¿Cuándo? ¿Antes o después de dejarme sola esa noche?

—Nunca dejé de pensar que fue un error. Pero cuando pasó lo que pasó a la salida del boliche, ya no había marcha atrás. Supuse que habías visto todo y que no ibas a querer saber más nada de mí. Y con razón.

—Rodrigo, tenés que entender que todo lo que puedas decirme no va a cambiar lo que pasó. Lo que hiciste, lo que me dijiste.

—Ya sé. Pero quiero que sepás que esa decisión me persigue por todos lados. Y cuando... cuando te encontré en ese restaurante, me di cuenta de que tenía otra oportunidad.

—¿¡Qué!?! ¿Otra oportunidad? Vos estás totalmente loco. Se te pasó el tren, nene. —Rodrigo se puso de pie, cabizbajo—. ¿Qué esperabas? ¿Qué te recibiera con los brazos abiertos?

—No... no... Pero...

—Pero ¿qué? —Sol hablaba y enfocaba la mirada en distintas partes menos en él—. ¿Acaso no

te acordás de todas las cosas que me dijiste esa noche?

—Yo estaba muy... muy...

—¡Decilo! Estabas muy... drogado y borracho. ¿No?

—Sol... —Giró sobre sus pies y le buscó la mirada—. Mirame.

—¿Qué? —Por fin sus ojos descubrieron los de él y vio lo que Rodrigo quería mostrarle y que no acertaba a poner en palabras. Y bueno... él también la vio a ella. Vio su dolor, su pena. Sus ojos brillantes a punto de llorar.

—Estoy arrepentido. Me equivoqué. Te lastimé muchísimo. Pero... pero no puedo resignarme a perderte. No ahora que te volví a encontrar, que el destino te puso en mi camino otra vez.

Sol se puso de pie y le dio la espalda. Ya no era capaz de ocultar las lágrimas que salían como catarata. No podía creer lo que estaba escuchando. Deseaba seguir peleando, gritarle, echarle en cara cada cosa que le dolía. Pero... no podía. El odio y la bronca que creyó sentir unos momentos antes se convirtieron en una tristeza gigante, enorme. Una tristeza que ocupaba todo, dentro y fuera de ella. Todo, todo a su alrededor era gris.

Giró y se encontró con la imagen de él con los brazos apoyados sobre el sillón, con la cabeza gacha. Abatido. Cuando Rodrigo presintió que lo miraba, alzó la vista y se encontró con los ojos desbordados de Sol. Como si dentro de ella algo se estuviese derritiendo, lo observó detenidamente. Notó las ojeras, los ojos hinchados por falta de sueño, la barba algo crecida y descuidada. Estaba más flaco y se notaba en sus pómulos huesudos.

Sufría.

Igual o más que ella.

Se acercó y se colocó a unos pocos centímetros de él, batallando con las ganas de abrazarlo. Se contuvo porque no estaba preparada para ese tipo de contacto.

—Te perdono. —Las palabras nacieron antes de que pudiera pensar lo que estaba diciendo. Seguramente, sería la necesidad de acabar de una vez y por todas con ese dolor que llevaba a cuestas desde hacía meses. Su alma, su espíritu sacaban bandera blanca y le pedían tregua, paz.

—Gracias. —Rodrigo se abalanzó sobre ella y la rodeó con sus brazos fuertes. No se había quitado la campera de cuero y todo él olía a madera. Ese contacto la sorprendió. La movilizó completamente. Ella vibró bajo su cuerpo y se sintió traicionada por sus sentidos. ¡Malditos!

—No podemos estar juntos —agregó casi en un susurro y él se quitó como si se hubiese quemado.

—Pero...

—Pero nada. Está todo bien. Me alegro, de verdad, que hayas podido recuperarte. Y entiendo que, cuando hiciste lo que hiciste y dijiste lo que dijiste, no estabas en tus cabales. Pero... ¿y después?

—¿Después?

—Sí. Después. Cuando te despertaste al otro día, ¿qué hiciste? ¿Viniste a buscarme? ¿Viniste a decirme que lo de Lourdes y lo del boliche era toda una mentira? ¿Qué me amabas y que te querías

recuperar? ¿Viniste a mí para buscar ayuda? No. Me sacaste de tu vida porque así lo quisiste. — Su tono cambió por uno más pausado. Cada sílaba que salía de su boca viajaba hacia el pecho de Rodrigo como un cuchillo—. Te quedaste con las salidas y las fotos. Con la fama, esa que tanto amás... y te olvidaste que siempre viví acá. Que siempre estuve acá. —Las lágrimas que caían se morían en sus labios y la voz se le estrangulaba con cada palabra—. Yo te esperé. Esperé a que te dieras cuenta de que estabas equivocado, que yo no era una «nadie», como me llamaste. Que sí, que mi amor sí te servía de algo. Que conmigo sí ibas a llegar a todos lados. —Bajó la mirada, compungida, y se llevó la mano al pecho porque le dolía como si le hubiesen pegado una trompada—. Pero no volviste.

—Yo... —Ahora era él quien lloraba. Se estaba dando cuenta, por fin, de todo el dolor que le había causado. No se había imaginado que ella había seguido esperándolo.

—Ya está. —Le tocó el hombro para consolarlo.

—Fui un pelotudo.

—Fuiste lo que quisiste ser.

—¡Cómo me gustaría volver el tiempo atrás!

—Sigamos como estamos, que estamos bien. Vos seguí con la novela y con tu vida. Y yo... —Se secó las lágrimas con el borde de su camiseta.

—No me voy a casar con Lourdes. Nunca pasó nada con ella —la interrumpió.

—No me importa.

—Yo te amo a vos.

—Vos... vos... querés lo que no podés tener.

—¡No! Yo te amo. —Se acercó y la tomó de las manos—. Siempre lo hice. Nunca dejé de hacerlo. Preguntale a Pili, a Pato, ellos dos saben por todo lo que pasé.

—Ya está, Rodrigo.

—No sé qué me pasó. Creo que me encegueció la guita, el laburo... la puta fama. Lorena, que me vuelve loco... Los contratos... y supuse que, después de esa noche, ya no...

—Basta. Basta, por favor. Te lo pido. No sigamos revolviendo cosas que nos lastiman. —Hizo una pausa, buscando algo de fuerzas para seguir—. Qué bueno que te hayas dado cuenta. Porque, de no hacerlo, te ibas a perder de muchas cosas en la vida.

—Ya perdí la que más me importa.

Sol no respondió. Ya no había necesidad de seguir retrucándole. Ya no quería pelear. No quería odiar. No quería llorar más. Afectada por el dolor que exhalaba el cuerpo de Rodrigo, se acercó y, esa vez, ella lo abrazó a él. Se colgó de su cuello y le demostró que lo entendía, que lo comprendía.

—Ya pasaron los cincuenta y cinco minutos, ¿no? —Rio, recibiendo el abrazo que le daba.

—Sí.

—Mejor me voy. No sé si voy a aguantar tenerte cerca y no poder besarte.

—Te abro.

Primero salió Rodrigo y, detrás, ella. Bajaron las escaleras en silencio y Sol agradeció que Horacio no estuviese en el *hall*. Llegaron a la puerta, bajaron los dos escalones hasta la vereda y ahí se quedaron en pausa, mirándose a los ojos, sin decir una sola palabra, hablándose con la mente y con el corazón. En los ojos de él, Sol reconoció al Rodrigo que había amado. No era aquel que, enojado, había ido a terminar con su relación una noche de alcohol. No era tampoco el Rodrigo serio que salía en la televisión o el que sonreía de costado cuando alguien le tomaba una foto. Era *su* Rodrigo.

Él, en cambio, vio una tristeza infinita en la mirada de Sol, que le partió el corazón. Sus ojos no brillaban como antes y todo era culpa suya. Y se odió por haber convertido a su dulce y alegre Sol en ese fantasma que tenía delante.

—¿Puedo ir a tomar un café de vez en cuando al restaurante?

—No sé si sea buena idea.

—Tenés razón. Me voy.

—Chau.

—Perdoname.

Ella dio un paso para subir el primer escalón y giró antes de que Rodrigo llegara al cordón. Lo vio colocarse los lentes oscuros, sacar las llaves del bolsillo de su pantalón y cruzar. Destrabó el auto y subió. Unos segundos después, arrancaba y se perdía de su vista. Cuando el auto desapareció del horizonte de su mirada, entró al edificio y prácticamente corrió escaleras arriba. Necesitaba llorar, gritar, hacer algo con ese dolor en el pecho que no le permitía respirar. Lo perdía, otra vez.

Rodrigo, por su parte, había estacionado una cuadra más adelante porque las lágrimas nublaban su vista. Temiendo un accidente, puso balizas y así permaneció, golpeando el volante y odiándose por haberla perdido para siempre; una vez más.

Capítulo 15

El diario del domingo

La despertó la vibración insistente del celular. Estiró la mano y, como pudo, tomó el aparato e intentó ver quién la llamaba a esa hora: Nahuel.

—Hola —dijo con voz ronca.

—Me lo prometiste.

—¿Eh?

—Honestamente, no sé qué me duele más... —Sol escuchaba a su hermano enojado del otro lado, pero no podía entender de qué hablaba. Se sentó en la cama tratando de prestarle toda la atención posible—. ¿Y qué veo? Una foto tuya con el pelotudo ese. ¿Por qué, Sol? ¿Me querés explicar?

—¿Una foto? ¿Qué foto?

—Sí. Una foto tuya y de Rodrigo en la puerta de tu edificio.

—¿¡Qué!?! —Terminó de despabilarse con el comentario final.

—Sos más boluda de lo que pensé. Más tarde paso por allá. Vos y yo vamos a hablar. Porque parece que no entendiste nada. Y no quiero irme...

—Nos vemos más tarde entonces, Nahue. Chau. —Le cortó. No ganaba nada discutiendo con él.

Abrió la pestaña del explorador para buscar la página del diario, pero el celular se apagó por falta de batería. Se levantó y prendió la *notebook*. Mientras se encendía, puso la pava y usó el baño. Se había dormido muy tarde y tenía una contractura insoportable en el cuello. Agradeció haber podido sobrellevar el encuentro sin ningún tipo de sobresalto con su presión. A pesar de lo triste que estaba —el dolor en el pecho, que conservaba desde el día anterior, era prueba de eso—, no había habido ningún indicio grave en su salud.

Buscó las imágenes que tanto habían hecho enojar a Nahuel y no tardó en hallarlas. Eran parte de una nota que había salido en la sección de espectáculos, comentando acerca de la separación de Rodrigo y Lourdes, y que finalizaba con una foto de ellos dos parados en la puerta de su edificio y una pregunta: «¿Será ella la razón de la separación? ¿Quién es?».

—¡No te lo puedo creer! —Tenía los codos apoyados en la computadora y las palmas apretaban su cabeza. Cerró las pestañas que había abierto y apagó todo, incluyendo el agua. Volvió a la cama

y se tapó hasta la cabeza. Sabía lo que se venía ahora. Sabía porque aquello había sido la pesadilla de Rodrigo y la suya durante el tiempo que habían estado juntos. Los periodistas por todos lados, las salidas a escondidas, los encuentros en lugares estratégicos y la constante preocupación de saber que siempre alguien estaría observándolos.

¿Qué hacer? Estaba segura de que en algún rincón de su cuadra alguien aguardaba para tomar más fotos o simplemente investigar acerca de su vida. Y lo último que deseaba en ese momento era que sus días fuesen expuestos en alguna revista de chimentos. ¡Maldita la hora en que aceptó reunirse con él!

Se revolvió entre las sábanas analizando los siguientes movimientos. Pensó que ahora que había sido clara con Rodrigo todo sería diferente. Quizás, una vez que vieran que no había nada entre ellos, se irían y dejarían su vida en paz. Cuando se dieran cuenta de que no había ningún tipo de relación todo seguiría como hasta ese momento. Pero... ¿cuánto tardarían en hacerlo? Días.

El timbre la sobresaltó. Seguramente, sería Nahuel, dispuesto a recitarle un sermón infinito y a revolver viejas heridas. ¿Más? Muchas más. Porque el paso de Rodrigo por la vida de Sol no solo había dejado huellas en ella, sino también en su hermano, encargado de juntar los pedazos en los que había quedado el corazón de Sol.

—Hola.

—Soy yo.

—¿Qué hacés acá?

—¿Puedo subir?

—No.

—Por favor, quiero explicarte que ya hablé con la revista y...

—¿Qué hacés acá, idiota? —La voz de Nahuel se escuchó clara a través del interlocutor. Sol colgó el teléfono y agarró las llaves. Bajó como estaba; en pijama y descalza. Llegó a la puerta cuando su hermano y Rodrigo comenzaban a empujarse y a medir su fuerza.

—¡Horacio! —gritó para pedir ayuda mientras abría la puerta. No podría con los dos—. ¡Ey! ¡Ey! ¡Basta! —Se interpuso entre su hermano y él, pero Nahuel se iba sobre ella, intentando llegar a Rodrigo del otro lado.

—¡Salí, Sol! Por fin lo voy a poder cagar bien a trompadas.

—¡Basta, Nahuel, por favor! —intentaba persuadirlo, pero estaba ciego de rabia—. Andate, Rodrigo. Andate.

—No me voy a ir.

—Ah, ¿no? —Nahuel empujó a Sol —que trastabilló, pero no cayó— y arremetió contra Rodrigo, que no hizo más que recibir los golpes que le daba.

—¡Basta, por favor! —gritaba Sol, desesperada.

—¿Qué pasa acá? —Por fin intervino Horacio. Era un hombre fuerte, grandote. De un solo movimiento, sacó a Nahuel de encima de Rodrigo y lo empujó hacia la puerta—. ¿Qué carajo está pasando acá? Voy a llamar a la policía.

—Horacio, por favor, no —le rogó y se apresuró a ver las heridas de Rodrigo, que ya le teñían el rostro de carmín. Se retorció en el piso, pero no se quejaba—. ¿Estás bien? Vamos a llamar a un doctor. —Lo ayudó a ponerse de pie y, cuando levantó la vista, se encontró con los ojos fulminantes de su hermano.

—No lo puedo creer. —Se acercó enojado y Horacio, temiendo otro encontronazo, se interpuso—. Espero que le cuentes todo lo que pasaste cuando te dejó.

—Nahue... —Con Rodrigo sobre sus hombros, no podía detenerlo, explicarle.

—A ver, Sol. Déjeme ayudarla, que usted sola no va a poder.

Entre los dos, lentamente, subieron hasta el departamento de Sol y acostaron a Rodrigo en el sofá. En unos pocos minutos, una bolsa de hielo descansaba sobre el lado derecho de su rostro ya inflamado.

—¿Por qué no te defendiste? Sos más fuerte que él.

—Me lo merecía. Además, hace rato que se quiere sacar las ganas, ¿no?

—Bueno... pero no. No así. Se ensañó con vos —comentó mientras preparaba un té—. Ya llamé a un médico a domicilio. Supongo que no vas a querer andar por ahí así.

—No me importa. —Le trajo el té y lo ayudó a incorporarse.

—¿Para qué volviste?

—Para explicarte que van a sacar la foto de la próxima tanda de revistas, de Internet, y que no va a volver a pasar. Que nadie va a estar siguiéndote ni sacándote fotos. Te pido mil disculpas.

—Yo sabía a lo que me enfrentaba cuando te dije que habláramos. —Sonrió para distender el momento.

—Siempre estoy trayéndote problemas.

—Y...

—Sol. No te enojés con tu hermano. Tiene toda la razón. Yo me comporté como un hijo de puta con vos y esta paliza es lo mínimo que me merezco.

—Ya está.

Rodrigo bebió el té más lento que de costumbre. No solo porque tenía la boca hinchada y dolorida, sino porque no quería que ese momento se terminara jamás. Ella, sentada a menos de un metro de él, preocupándose por su salud.

—Estás desabrigada —comentó al ver que seguía descalza.

—Estoy bien. —El celular de Rodrigo comenzó a sonar y, a pesar de que quería evitarlo, debía responder—. Me voy a cambiar. Te dejo hablar.

—Hola. Sí, sí. Estoy bien. ¿Por? —Se puso de pie dejando caer la bolsa de hielo al piso—. ¡La puta madre que lo parió! No... No me llamó todavía. Seguro que debe estar intentando comunicarse. Sí. Estoy con ella. Mal. El hermano, sí. ¡Ya sé, boludo!, pero ¿qué querías que hiciera? Bueno, después te llamo. Chau. —Rodrigo cortó con Pato, su amigo, y recibió la llamada de Lorena. Hablaron por quince minutos, durante los cuales Sol no apareció por el *living*. Una vez que terminó la conversación, esperó a que regresara, pero, como no lo hizo, se acercó a la puerta

de la habitación y golpeó levemente.

—Sol... —Nada. Abrió la puerta y la encontró concentrada con las rodillas en el pecho y el control remoto en la mano. Siguió la vista hasta el televisor y, en la pantalla, la escena de la pelea en la vereda se repetía una y otra vez.

—¿Hablaste con tu representante? —le preguntó sin quitar los ojos de la imagen.

—Recién.

—¿Qué dijo?

—Que soy un idiota. —Se acercó lentamente a la cama, simulando buscar una buena posición para leer los encabezados, y agregó—: Nada que no supiera.

—Espero que no te traiga problemas con el trabajo.

—Sol... no te preocupés por mí. —Su comentario, tan dulce, le había recordado cómo era esa mujer que tanto amaba. Siempre estaba preocupándose por él, dejando de lado sus propios problemas. Él, en cambio, lo único que hacía era lastimarla. Ahora su vida cambiaría totalmente por culpa de él, de sus arrebatos.

—Voy a tener que renunciar al restaurante —dijo mientras apagaba la televisión y salía de la cama.

—¡No! —Estiró el brazo y tomó su mano al pasar—. Yo lo voy a arreglar.

—¿Cómo? —Giró y lo miró a los ojos. No había enojo en su mirada, más bien pena, tristeza—. Ahora no me queda otra opción que mudarme, irme. Me van a volver loca y lo sabés.

—Dejame solucionarlo. —Dio un paso más.

—Estoy cansada. —Bajó los hombros como rindiéndose ante la situación.

—Ya sé. ¡Perdoname! —La abrazó fuerte. Ella lo dejó hacer porque realmente estaba agotada. Cansada de pelear contra sus sentimientos. Cansada de sentirse vacía, sola. Cansada de no poder seguir adelante con los planes que reconstruyó después de la ruptura. Él había regresado a su vida y no podía vislumbrar su futuro. No podía acomodarse. Se sentía en la cima de un precipicio donde la única salida era saltar al vacío y esperar no morir en el intento.

—No puedo más. —Un mar de lágrimas la devoró—. Te juro que no puedo más.

Rodrigo, pese al dolor punzante que tenía en la espalda debido a los golpes que le había dado Nahuel, la cargó en sus brazos y la acostó en la cama. Se quitó las zapatillas y se acomodó a su lado. Con una mano le acarició el pelo, las mejillas, el cuello. Con la otra, la mantenía cerca de él. Sus dedos iban y venían por su brazo, intentando calmarla, tranquilizarla. No hablaba. Solo la tocaba, lentamente. Toda ella era como una hoja de papel, blanda, liviana, sensible. Su intención no era molestarla, pero el deseo le quemaba las manos, el pecho...

La besó en la frente y esperó la reacción de ella. Nada. Seguía sollozando entre sus brazos. Se arrimó un poco más hasta sentirla bien cerquita de él. Esa vez, sí reaccionó. Sol abrió los ojos y levantó la vista para encontrarse con unos ojos que la reclamaban, que la necesitaban.

No hicieron falta las palabras.

Labios, lágrimas, caricias y...

Un beso que comenzó lento y despacio, terminó provocando una oleada de pasión que ninguno de los dos recordaba.

El medico se cansó de tocar el timbre. Nadie lo atendió.

Capítulo 16

¿Y ahora?

Abrió los ojos y lo primero que vio fue la espalda de Rodrigo: los lunares, las marquitas que le habían quedado de la varicela y una cicatriz cortita debajo del omóplato izquierdo. Se contuvo de no acariciarlo. Dormitaba boca abajo con la cabeza inclinada hacia la derecha. Levantó un poco la sábana y encontró lo que esperaba: estaba completamente desnudo. Sonrió recordando la primera noche que se había quedado en su casa y la risa que le había provocado verlo quitarse el bóxer antes de entrar a la cama.

¿Cómo habían llegado a este punto? Ah, sí. Ella, vulnerable, lloraba en sus brazos. Él la abrazaba haciéndola sentir segura, acariciándola lentamente. ¿Qué iban a hacer ahora? Había cedido al deseo y se había olvidado por unas horas de lo que habían pasado unos meses atrás. Pero era que, teniéndolo así, a su lado... recordando dónde la había besado, cómo la había hecho suya sin mediar palabra y poniendo en práctica ese lenguaje que compartían, cómo la había hecho vibrar mientras la tocaba en esas partes que solo él encontraba...

Todo lo que comenzó con un simple beso, que había sellado ese perdón que había salido de su boca el día anterior, se iba amontonando en la pila de sensaciones que él le hacía sentir. Ahora... ¿cambiaban sus planes? Se pasó la mano por los labios ardientes aun, sensibles al contacto, y recapituló sobre sus dudas, sus reservas. Lo que había ocurrido todavía dolía, pero...

Ese era Rodrigo y esa era ella. Ella con él y él con ella, dentro de ella, por ella y para ella.

Suspiró y deseó pensar en otra cosa; sin embargo, las imágenes se le aparecían solas. Su cuerpo y, sobre todo, su entrepierna estaban listos para repetir. Acercándose un poco más, pegó su desnudez a la de él y fingió dormir cuando él respondió al contacto.

—No te hagás la dormida —comentó Rodrigo sonriendo y volviendo la cabeza hacia ella. Como no hubo respuesta de su parte, salió de la cama sigilosamente.

—¿Dónde vas?

—Ah. ¡Estabas despierta!

Girando alrededor de la cama, se metió dentro de las sabanas por el lado de Sol. Fue directamente a su boca y la devoró con ganas, lamiendo cada rincón, mordiéndola y reclamándola como suya. Sol ardía y él sabía muy bien lo que estaba provocando en ella. No se detuvo y fue por

más. Hundió sus dedos en el centro de su ser y la mantuvo así, gimiendo bajo su pecho y aguantándose los tirones en el pelo y los rasguños en la espalda que el orgasmo de Sol le provocaba.

—Dios... no doy más —murmuró sobre su boca y de un movimiento estuvo sobre ella. Dos segundos más y el paraíso se abrió ante sus ojos. Porque estar así con ella era tocar el cielo con las manos.

Dos horas después, Rodrigo descansaba desplomado en la cama con una mano debajo de la almohada y la otra sobre la cintura de Sol. Todo era hermoso, todo era genial, pero... la pregunta seguía dando vueltas dentro de ella. ¿Qué iba a pasar ahora? Decidió no preocuparse por el momento y disfrutar de la magia que destellaba en ese cuarto.

Temiendo volver a despertarlo y reclamarle que volviera a hacerle el amor, se levantó, se vistió y prendió el celular. Tenía varias llamadas de Rodrigo, de Guillermo, de Lola y un mensaje de voz de Nahuel, el cual escuchó camino a la cocina:

Nahuel: «No sé qué hacer para hacerte entender que este tipo no es para vos. Sol, tratá de recordar cómo estabas cuando te dejó con la noticia de que quizás estuvieras embarazada...».

—¿Qué? —En el silencio del departamento, Rodrigo pudo oír con claridad la voz de Nahuel mientras se dirigía al baño—. ¿Estabas embarazada? —le preguntó con tristeza, sorprendiéndola en la cocina, sin evitar mirar su vientre en la distancia.

—No. Pero creía que sí.

—¿Cómo es eso?

—Esa noche que viniste, había comprado el test para que lo hiciéramos juntos. Después de todo lo que pasó, de lo que me viniste a decir... Lo hice unos días después, mientras Nahuel me esperaba acá, en la cocina. —No lo miraba porque no deseaba recordar la peor parte de su ruptura. No en ese momento, no ese día.

—¿Y?

—Negativo. Claramente.

—¡Sol! —En dos zancadas estaba sobre ella—. ¡Perdoname, mi amor! Perdoname. Nunca pensé que...

—Ro... —Estirando el brazo interrumpió su acercamiento—. Tranquilo.

—¿Tranquilo? ¿Y si en verdad hubieras estado embarazada? Dios... —Se alejó unos pasos y se agarró la cabeza, desesperado, imaginándose todo lo que ella había pasado.

—Ya está —dijo mientras preparaba el mate.

—Te juro que nunca pero nunca más te voy a hacer sufrir así —exclamó y la abrazó por detrás—. Te amo, Sol. Te amo con toda el alma. Nunca más, amor. Nunca más.

—Ro... —Sol se removió entre sus brazos y giró para mirarlo a los ojos. Lo que estaba a punto de decirle no era fácil, pero era necesario—. Necesito pensar.

—¿Pensar?

—Sí. Lo que pasó hoy no estaba en mis planes. Yo no quiero...

—¡Shh! Disfrutemos, por favor.

—No puedo. Mi cabeza no para de pensar en esto, en Nahuel. Dejame acomodarme. Por favor.

—Pero si recién...

—Sí. Lo que pasó fue...

—¡Hermoso!

—Sí. Pero, a la vez, me siento rara... como desorientada. ¿Me entendés?

—Te entiendo. Sí... muchas cosas juntas. Perdón si me desubiqué. Pero es que te necesitaba tanto...

—Te voy a pedir que me dejés organizarme. Que me des tiempo, por favor.

—El que necesités. —Se acercó y la besó en los labios lentamente.

—No me lo hagás más difícil, por favor —susurró Sol y él entendió. Debía irse porque si no... —. Gracias.

Rodrigo desapareció mientras Sol se duchaba. No esperó a despedirse porque sabía que, si la veía, si se le acercaba de más, no se iría. En cambio, le dejó una nota sobre la mesada: «Te amo. Voy a solucionar todo por vos, por mí, por nosotros. No te voy a defraudar. Nunca más, amor. Nunca más. R».

Leía la nota y no sabía si llorar o ponerse contenta. Había soñado con ese momento tantas veces. Las mismas que había visto ese sueño desmoronarse cuando alguna noticia sobre él llegaba a sus oídos. Había sentido tanto dolor al verlo sonreír en las fotos y cuando... cuando se enteró del casamiento, ya no tuvo dudas y supo que jamás volvería a ella. Y hoy, ocho meses después, había dormido a su lado con el recuerdo vívido en su piel.

Cerró los ojos e inconscientemente se llevó la mano a la boca. Recordó sus besos, su lengua raspándole los dientes. Sus manos acariciándola entera. Sus ojos sobre cada parte del cuerpo. Su explosión junto a la de ella y las ganas de quedarse a vivir para siempre en esa cama, en esa posición.

—¿Qué me pasa? —murmuró e intentó pensar en otras cosas.

Tomó el celular y respondió los mensajes de Lola y de Guille, que también habían visto la pelea por televisión. Les aseguró que estaba bien y le pidió a su jefe un par de días para acomodar las cosas y evitar que el restaurante se llenara de periodistas. Guillermo accedió y le rogó que pensara dos veces antes de tomar cualquier decisión en cuanto a Rodrigo. Lola, en cambio, quería ir al departamento a toda costa y asegurarse de que estuviera bien. Pudo persuadirla por unas horas y evitar que se involucrara en los problemas que se vendrían. Dejó a Nahuel último y se tomó el tiempo para responderle. Decidió llamarlo.

—¿Gordo?

—¿Qué pasa? ¿Ya se fue? —le preguntó con un dejo despectivo. Seguía enojado.

—No me hablés así. Por favor.

—¡No sé cómo hablarte!

—Nahue... yo...

—No hace falta que me digás nada. No soy estúpido y te conozco mejor que nadie. Ya sé que lo seguís amando. Que nunca lo olvidaste. Lo vi con mis propios ojos cuando te preocupaste más por él que por mí.

—Nahuel. Ni siquiera se defendió.

—Ah, no. ¡Claro! Para eso te tiene a vos, ¿no? Para que lo defiendas.

—No, no. Es que...

—No te mientas más, Sol. ¡Por favor!

—Quiero verte. Te necesito.

—Estoy muy caliente. Necesito calmarme.

—¿Cuándo te vas?

—Mañana a la noche.

Sol lloraba del otro lado.

—No llores.

—Se enteró.

—¿De qué? ¿Del test? ¿Se lo contaste?

—No. Escuchó tu audio. Sabés que yo no quería que lo supiera. No fue nada. Un simple atraso, nada más.

—¿Y qué dijo? Decime que al menos se le movió un pelo.

—Nahue... por favor. Basta. No quiero que te enojés más.

—No puedo evitarlo. No puedo evitar verlo y verte llorando en la cama... tener que arrastrarte para que salieras de tu casa. No puedo. Horas y horas de charla, construyendo tu autoestima de nuevo. Tratando de revivir a esa Sol feliz que el muy hijo de puta se llevó.

—Ya sé. Y creeme cuando te digo que ni yo sé qué me pasa. Pero... mañana te vas y no me gustaría que te fueras enojado conmigo.

—Ya se me va a pasar.

—¿Venís mañana? Yo no puedo salir. Está lleno de gente, de cámaras —dijo mientras corría la cortina y observaba la calle desde el balcón.

—Mañana paso.

—Te quiero, Nahue.

—Y yo a vos. Por eso no quiero que sufrás más. ¿Lo podés entender? Ponete en mi lugar, por favor.

—Sí, sí.

—No voy a estar tranquilo en Ecuador. No sé si sea buena idea irme ahora.

—Andá. No quiero que por mi culpa... —Se atragantó con el llanto.

—No llores más, por favor —le rogó—. ¿Lo vio el medico?

—Sí —mintió.

—¿Nada grave?

—¡Ay, Nahue! Le dejaste la cara como compota.

—Mejor.

—¿Venís mañana entonces?

—Sí.

—Te quiero.

—Yo más. —Hizo una pausa—. Sol.

—¿Qué?

—Espero que realmente esté arrepentido. Por tu bien te lo digo.

—Parece que sí lo está.

Capítulo 17

¿La paz y la tranquilidad?

Rodrigo estaba convencido de los pasos que iba a tomar con respecto a Sol. Primero, haría lo que fuese necesario para sacar las cámaras y la atención de su vida, de su casa, de ella. No había vuelto a llamarla durante la tarde porque quería darle su espacio, dejarla pensar, como ella le había pedido.

Ese día, después de pasar medio día con ella entre sus brazos y disfrutar de su piel, de su ser, se convenció más aún de que Sol era el amor de su vida. Ya no le importaban su fama, sus contratos, ni nada de lo que pudiera decir Lorena. Sin embargo, debía lidiar con ella y hacerse cargo de todos los errores que había cometido.

Salió del edificio de Sol con una gorra que tomó prestada del departamento y los lentes que ocultaban los magullones de la cara. Corrió al auto evitando las preguntas que le hacían los periodistas. *Flashes* y más *flashes*. Desde el auto, ya en la tranquilidad del vehículo, llamó a Patricio.

—¡Ey! ¿Dónde estás?

—Camino a la oficina de Lorena.

—Se te armó la gorda, ¿no?

—¿A vos qué te parece?

—¿Cómo está ella? La noté súper flaca.

—Lo está. Está... cambiada.

—¿Cómo?

—Triste, apagada.

—¿Sol? ¿Apagada?

—Sí, boludo. No es la misma que vos conociste. Y está así por mi culpa.

—Y... no debe haber sido nada fácil para ella.

—¿Sabés que esa noche... que fui a verla y bueno... ya sabés, me estaba esperando para hacerse un test de embarazo?

—¡No te lo puedo creer! ¿Y?

—No. Por un lado, pienso que fue mejor que no lo estuviese, no me lo hubiese perdonado

jamás.

—Y ella tampoco.

—No, claro. Pero... por otro lado, me imaginé con ella y un hijo mío en sus brazos. Me encantaría ser el padre de sus hijos.

—Uff... qué cursi, papá.

—La amo.

—Ya sé. Te estoy cargando. Pero... ¡qué lástima que tardaste tanto en darte cuenta!

—Fui un idiota.

—Un idiota, un egocéntrico, un nabo, un egoísta, un salame, un forro...

—¡Eh! Pará un poco. ¿Todo eso?

—Y más. Te lo dije. Desde que empezaste a salir con el boludo ese de Pancho Arismendi, te fuiste en picada.

—Ya sé... Si no fuera por vos y por Pili...

—Ya está. Lo bueno es que te diste cuenta de que eso no estaba bueno y lo dejaste a tiempo. ¿Y qué onda? ¿Qué vas a hacer ahora? La televisión arde.

—Primero me voy a asegurar de que nadie se acerque a Sol. No quiero que la molesten. Quiero que haga su vida, normal.

—¿Y cómo planeás hacerlo?

—No sé. Hablaré con Lorena. Veremos cómo hacemos.

—¡Qué cagada! Así que ese era el hermano. Te dio para que tengas.

—Me lo merezco.

—¡Oh, sí! Creeme que sí.

—Para amigos como vos...

—Bueno, gil. Vos sabés que yo no tengo pelos en la lengua. ¡La cagaste! ¡Hacete cargo!

—Ya sé, ya sé.

—¿Tenés chances?

—¿De qué?

—De volver.

—Creo que sí. Pero tengo que hacer las cosas bien. Pensar bien los pasos que voy a tomar. No agobiarla.

—Qué bueno que pienses más en ella que en tu culo.

—Es la idea.

—¿Le puedo contar a Pili? Estamos en lo de mis viejos...

—Sí. Pero que no me llame ahora, que estoy llegando a lo de Lorena.

—¡Dale! Va a estar feliz. A pesar de que la vio una sola vez, le cayó muy bien.

—Sí. Se dio cuenta enseguida el otro día...

—Me contó.

—Bueno... te dejo. Hablamos.

—Avisá cómo te va con Lorena, chau.

Entró a la oficina y supo que todo iba a estar mal porque Lorena lo hizo esperar afuera mientras ella hablaba por teléfono, revoleando los brazos. No le importaba. Venía con la idea fija de rescatar a Sol de las garras mediáticas. Antes de hacerlo pasar, se hizo traer un té y recién cuando tomó varios sorbos, lo mandó a llamar.

—Lore... Yo quisiera explicarte...

—No me digás nada. Vos me vas a escuchar a mí y bien clarito. —Bebió otro sorbo de té y continuó—. Esa... —Prendió la pantalla que había en el lado derecho de la oficina donde estaba la imagen de Sol, que lo levantaba del piso—. Me imagino que es la famosa Sol. ¿No? —Rodrigo afirmó con la cabeza—. Parece, entonces, que volvimos a las andadas. Mirá, Rodrigo, no hace falta recordarte que tenés varios contratos firmados acá y en el exterior. Que el jueves te vas a Punta del Este y de ahí a México para grabar unas escenas en la telenovela de Marito. ¿Dónde mierda encaja esta pendeja? Explicameló, porque no lo entiendo.

—Sol...

—Esperá. No terminé. —Respiró hondo tratando de no irse por las ramas y decir lo que quería decir—. Ya entiendo por qué el apuro para resolver el temita de Luli. Ya veo por qué me llaman y me dicen que te notan distraído, desconcentrado. Y veo, con claridad, a dónde vamos con todo esto. Yo no quiero ser testigo de tu caída. Porque... ¿sabés qué? ¿Sabés a quién le van a echar la culpa? A mí. Así que... empezó a hablar y a explicarme qué vas a hacer con esta chica.

—Lorena. La dejé porque vos me convenciste de hacerlo.

—¿Yo?

—Sí, vos. Vos me llenaste la cabeza y me hiciste creer que la única manera de tener más laburo era dejándola. Y yo, como un pelotudo, te hice caso. Anduve en la joda, de acá para allá, lastimando a todo el mundo por unos mangos más.

—¿Estás descontento? ¿Eso me estás queriendo decir?

—No, no. Estoy diciendo que me equivoqué. Que nos equivocamos los dos.

—No, querido. Acá el único que no entiende cómo se maneja la cosa parece que sos vos. Vos no te das cuenta de que dependés de estos contratos que firmaste, que te debés a ellos. Y, por ende, tenés que guardar la compostura. Sos la cara de un yogur para los nenes y salís en la televisión cargándote a trompadas. ¿Estás loco?

—Lorena... no me importa. Vine solamente porque quiero que saqués las cámaras de la casa de Sol. Ya mismo.

—Ahhh... —Se tiró para atrás sobre la silla—. El chiquito viene con pretensiones.

—Sí. Sacame a los canales y a los periodistas de ahí. Ella no tiene nada que ver.

—Ja. Ja. Ja.

Lorena lo miraba con ira. Rodrigo sabía que estaba tirando demasiado de la cuerda y que en cualquier momento se iba a cortar. No dijo más nada y, en cambio, se quedó mirándola a la espera de una respuesta. Lorena volvió a acercarse al escritorio y terminó su té lentamente.

—Yo me voy a encargar de que saquen todas las cámaras y que no la molesten. Seguir la, la van a seguir y eso no lo puedo evitar.

—Gracias.

—Pero...

—Pero... ¿qué?

Después de escuchar lo que Lorena había estado pensando durante los últimos sorbos de té, se levantó y se fue. Tenía que hablar con Sol antes de que se enterase por los medios.

Capítulo 18

Un domingo decisivo

La llamó seis veces seguidas, pero no respondió. Consultó el reloj y eran las 6 de la tarde. Hacía dos horas que se había retirado de la oficina de Lorena, donde había accedido a su pedido con tal de solucionarle la vida a Sol. Su representante, astuta como ella sola, le había exigido que viajara esa misma noche a Uruguay y adelantara unas sesiones de fotos y unas entrevistas. Según ella, lo quería fuera de la ciudad para poder calmar las aguas. Rodrigo accedió pensando que aquella sería la solución para remover a los periodistas de la puerta del edificio y, a la vez, darle a Sol ese espacio que le había pedido.

Séptima llamada sin responder. Mensaje de voz.

Rodrigo: «Sol. Espero que estés bien. Por favor, escríbeme apenas escuchés el mensaje así me quedo tranquilo. Viajo a Uruguay esta noche. Me quedo hasta el martes. Cuando vuelva, te paso a buscar por el restaurante o por tu casa y charlamos. Hablé con Lorena y me aseguró que iba a solucionar el tema de los periodistas. No te preocupés por nada. No vas a tener que renunciar. Vos tranquila, que todo va a estar bien. Te amo».

—¿Algo más?! —Sol refunfuñaba mientras le sacaba la batería al celular—. Si lo cargué hoy a la tarde. ¿Cómo puede ser? —Volvió a enchufar el aparato, pero esa vez ni siquiera conectó.

Pensó en comunicarse con Nahuel, pero estaba segura de que él no querría hablar con ella. Hacía un rato había estado hablando con Lola y, sin poder decirle por enésima vez que no, terminó aceptando su visita para más tarde. Dio unas vueltas, acomodó la cocina, el *living* y dejó para el final la habitación. Levantó el acolchado y la fragancia de Rodrigo revoloteó frente a su nariz y se instaló bien adentro. Abandonó la tarea y se arrojó boca abajo sobre las sábanas, que aún olían a él. Acariciando su lado, volvió a pensar en ellos, en todo lo que había ocurrido hasta el momento. En la tarde que habían pasado juntos, como en los mejores momentos.

—¿Por qué me lo ponés en el camino? —preguntó en voz alta, dirigiéndose a Dios—. ¿Qué más

querés que aprenda? —Respiró y pataleó—. ¡Me voy a volver loca!

Se puso de pie y sacudió las almohadas, armó la cama y esperó a que Lola llegara. Si había avisado que estaba atrasada, no lo sabría porque su celular seguía sin responder.

6:45. El timbre del portero le anunció la llegada de su amiga.

7:00. Sol seguía sin escribirle ni atenderlo. ¿Estaría bien? ¿Ese tiempo que le había pedido también significaba no atender sus llamadas? Se moría de ganas de ir hasta la casa, pero no estaba seguro de si sería una buena idea. Lorena le comunicó los detalles de las reuniones del día siguiente y le avisó que Lourdes viajaría con él.

—¿Para qué?

—Rodrigo, los dos firmaron con la empresa. Si bien no van a compartir la sesión ni las entrevistas... viajan juntos. Nada más.

—Okey.

Con más razón debía ver a Sol. Sabía cómo era la prensa de despiadada y, si alguien los veía embarcar o desembarcar juntos, arruinaría las cosas. El hilo estaba demasiado tirante como para agregar otro malentendido.

Llegó al edificio, encapuchado, tratando de disimular. Se alegró cuando no vio a todas las camionetas estacionadas frente al lugar. Tocó timbre y esperó. Aún le quedaba media hora para dirigirse hasta Puerto Madero.

Nada. Vólvio a tocar y esperó. Nada. Esa vez apretó el del portero y Horacio sí se acercó a atenderlo.

—Hola.

—¿Sí?

—Estoy tratando de comunicarme con Sol. La llamé y no me responde. ¿Podría fijarse si está bien?

—Quizás simplemente no quiera hablar con usted. ¿No lo pensó?

—Puede ser. Pero prefiero quedarme tranquilo. ¿Se fija si está?

—Espere acá. —Horacio se encaminó hacia la escalera y regresó a los pocos minutos—. No hay nadie.

—¿La vio salir?

—No. Pero, ahora que me acuerdo, vino a verla una chica. Quizás se fueron juntas.

—Si le dejo un mensaje... ¿se lo daría?

—Diga.

—Avísele que me voy a Uruguay por trabajo. Que vuelvo el martes. Que voy a viajar con Lourdes, pero que no se preocupe. ¡Dígale!

—Bueno. Que se va Uruguay por trabajo... —repitió lo mismo.

—¡Gracias!

—¡Te dije que te iba a hacer bien salir un poco! —exclamó con una sonrisa mientras picoteaba los maníes que les habían traído.

—No sé. No sé. Vos viniste a ver si te lo cruzabas. A mí no me engañás —le dijo Sol a Lola, que no podía aguantar la risa ante el comentario.

—¡Me descubriste! —Soltó una carcajada y continuó—: Pero es que... ¿quién tiene la posibilidad de encontrarse con un hombre famoso como él?

—¡Sos terrible, Lola! Es una persona, como vos y como yo.

—Bueno, sí. Pero sale en la tele.

—¿Y?

—Bueno, bueno. Yo soy media cholula, como podés ver.

—Dios mío...

—Sol... —Se puso más seria—. ¿Qué pasó después de la pelea?

—¿Qué fue lo último que salió en la televisión? —preguntó dándole un sorbo a su bebida.

—Vos y el portero, que levantaban a Rodrigo del piso. Por cierto... ¿ese era tu hermano?

—Sí.

—¿El de las flores amarillas?

No respondió. Ahora la que sonreía era ella.

—¡Ahhhh! No. Entré como un caballo. Las flores eran de Rodrigo y no me dijiste nada, yegua.

—Bueno... Mi hermano también es un dulce, igual.

—¿Cuántos secretos más me estarás ocultando, Solcito?

—Ay, Lola. Tenés que entender que soy muy reservada. No me gusta...

—Bueno. Pero a mí sí me podés contar. Sabés que no soy chusma como Diana.

—Veremos. —Dio un salto de la banqueta alta donde estaba sentada—. Ahora vengo. Voy al baño.

Llegó a Puerto Madero, dejó su auto en un estacionamiento y se dirigió hacia las oficinas de Buquebus para embarcar. En la sala VIP, se encontró con Lautaro y Lourdes, quienes ya no disimulaban su romance.

—¿Vos también viajás? —Se acercó Lautaro a preguntarle cuando lo vio atravesar la puerta.

—Sí... ¿por?

—Curioso. Veo que te dejaron la carita abollada, hermano.

—Sí. —Rodrigo se acercó a la mesa repleta de bebidas y comidas—. Un café, por favor.

—¿Quién era ese flaco?

—Nadie que te importe. Ocupate de tus asuntos, ¿sí?

—La vieja quiere que nos juntemos para el cumpleaños de papá.

—No.

—¿Seguís enojado?

—¿Querés hablar acá? ¿Ahora?

—No. No es el momento. Pero... pensalo.

—Que me llame y que me pregunte ella. —Lautaro se quedó parado solo, viendo cómo Rodrigo se alejaba.

La voz del altoparlante indicaba el embarque a horario. Rodrigo salió primero y gracias a unas propinas lo dejaron pasar antes de que se formara la fila en el *hall*. Estaba sentado, tomando un vaso de agua, cuando vio a Lourdes atravesar la puerta del sector donde viajaban.

—¿Qué pasó? —le preguntó al verla sola y la invitó a sentarse. Su relación con Lourdes Ayala era mucho mejor que con su hermano—. ¿Y Lautaro?

—Lo llamaron de la empresa, parece que se incendió un depósito en Wilde.

—Uh.

—Sí. Se tuvo que volver. Viaja mañana si es que está todo bien.

—¿Qué cagada!

—Sí. —Estiró la mano y la apoyó sobre la de Rodrigo—. ¿Cómo estás vos?

—Bien. Ordenando mi vida.

—¡A las trompadas! ¿Quién era ese loco?

—No importa quién era. Lo importante es que me merecía todas y cada una de ellas.

—¡Ay, Ro! Mirá como te dejó la cara. —Le acarició la mejilla aún inflamada con afecto sin darse cuenta de que un teléfono hacia *zoom* en ellos dos y enviaba una foto que se viralizaría más rápido que las explicaciones—. Te juro que, cuando lo vi en la televisión, no lo podía creer. Me imagino cómo se habrá puesto Lorena.

—¡Como loca! —Y rio, recordando la cara de su representante.

—¡Jodeme!

—No, no te jodo. —Colorada, se reía sin parar. Las cervezas y los tragos que se había tomado le habían hecho efecto. Estaba hablando de más y lo sabía. Pero no podía parar.

—Decime que es un dios griego en la cama, por favor —le rogó Lola, acercándose más a ella para no perderse detalle.

—Y...

—¿Y? Detalles, Sol. Detalles.

—Digamos que es una mezcla de Thor con...

—Ya está. Ya me dijiste todo. ¡Amiga! ¿Qué estás haciendo acá conmigo y no estás comiéndote ese bombón?

—Lola... Bajá la voz. Ya te dije, no sé qué hacer. Fue muy difícil recuperarme después de que terminó conmigo.

—¿Y terminaron así... de la nada?

—Y... Hacía un tiempo que andaba en cosas raras. Salía mucho con un pibe del medio, Pancho no sé cuánto, que lo llevaba por mal camino.

—¿Droga?

—Ajá.

—Guau.

—Sí. Por eso te digo. Me costó mucho salir de eso. Nahuel me ayudó muchísimo. Entiendo por qué está tan enojado conmigo.

—Sí. Si fue así como me contás... Que vino, te dejó y después salió en la tele diciendo que se iba a casar con Luli Ayala... obvio. Se merecía todas esas trompadas y más.

—Ay, Lola. Nahuel tiene razón... yo lo sigo amando. Igual o más que antes. —Se agarraba la cabeza a la vez que sentía cómo se desentendía de un peso que venía cargando hacía días, meses. Decirlo en voz alta, hacerse cargo de sus sentimientos le había hecho bien. Pero... ¿y ahora?

—¿Y qué vas a hacer?

—No sé. Quiero ir despacio. Le pedí tiempo. Necesito ordenarme. Quiero estar tranquila, pensar bien.

—Sí, claro. Te entiendo. —Un silencio largo las acompañó.

—¿Nos vamos? —preguntó Sol.

—Dale. Compartimos taxi. ¿Querés?

—Obvio.

Sol se bajó del taxi con una sonrisa enorme. No se debía solo a los tragos y al relax que experimentaba, sino también a la ausencia de periodistas y gente fuera de su casa. Cruzó la calle pensando que todo se iba acomodando de a poco. Que Rodrigo había cumplido su promesa; lo había arreglado para ella. Estaba tan distraída que olvidó sacar las llaves, así que se detuvo en el umbral, buscándolas.

—¿Sol?

—¿Sí? —Giró sorprendida y se encontró con una mujer alta, morena, de bucles bien armados, que la observaba de pie a cabeza. Llevaba una cartera importada y los zapatos de taco más altos que jamás hubiese visto.

—Hola. Soy Lorena.

—La representante de Rodrigo. —Sol la conocía de nombre—. ¿Qué quiere? —Se tensó porque sabía que esa mujer no venía con buenas intenciones.

—Mirá, voy a ir al grano. Se nota que sos una chica buena y... bueno. Rodrigo está en otra cosa. ¿Sabés?

—Ah, ¿sí?

—Sí. Él tiene una vida muy distinta a la tuya. Y no creo que pueda sobrellevar la relación y la fama al mismo tiempo. La presión es muy grande. Viste que la última vez... no les fue muy bien.

—¿Qué quiere?

—Vine a mostrarte algo que seguramente vas a ver mañana en la televisión. No sé muy bien que pasa, pero... —Extendió su teléfono y le mostró la foto de Lourdes acariciando la mejilla de Rodrigo—. Quizás se reconciliaron, ¿no te parece? Se fueron juntos a Uruguay. ¿No sabías?

Sol le devolvió el celular y, abriendo la puerta del edificio, la dejó allí, sin respuesta.

—¡Sol! —Horacio salió a su encuentro, pero tampoco le prestó atención—. Tengo un mensaje para usted.

—Mañana, Horacio. Mañana.

Entró al departamento con lágrimas que salían a borbotones de sus ojos. ¿Cómo podía ser? ¿Otra vez? Si hasta ayer estaba tan arrepentido. Si hasta había sentido a través de su piel el amor y la pasión que él le juraba. ¿Por qué? ¿Y si era una foto trucada? ¿Si había otra circunstancia que explicara esa imagen? No le interesaba conocerla. Sabía muy bien que, si se quedaba junto a él, fotos como esa la perseguirían hasta el fin de los tiempos.

¿Estaba dispuesta a soportar todas esas situaciones? No estaba tan segura.

Marcó el número de la que había sido su casa.

—Hola, Nahue.

—¿Qué pasó? ¿estás bien?

—Sí...

—¿Segura?

—¿Me puedo ir con vos a Ecuador?

Capítulo 19

Lunes a la distancia

No hubo demasiadas vueltas: esa misma noche Nahuel compró el pasaje para Sol. Desafortunadamente, no pudieron coincidir en horario. Ella llegaría el lunes a la noche —compró el primer vuelo donde encontró lugar— y él, como había arreglado de antemano, el martes por la mañana. Se comunicó con Sergio, su amigo, para que la fuese a buscar al aeropuerto de Guayaquil y esperaran los dos su llegada allí a la mañana siguiente.

Sol, por su parte, llamó a Guillermo bien temprano por la mañana y le pidió verlo un rato antes de que abriera el restaurante. De allí, Nahuel la llevaría directo al aeropuerto. Estaba triste, muy triste. Había cedido ante sus encantos otra vez y él la había vuelto a traicionar. No le echaba la culpa porque estaba convencida de que no era porque él quisiera hacerle daño a ella en particular, sino porque de eso se trataba su vida. Si no era Lourdes Ayala, sería otra actriz, otro modelo. Siempre sería así. ¿Y ella? Siempre invisible y alejada de ese agujero negro que se llevaba al amor de su vida.

Guillermo la esperó desconcertado porque Sol no le había querido adelantar nada por teléfono. Cuando la vio llegar en un taxi con una valija y con unas ojeras enormes, entendió un poco más el misterio.

—Sol...

—¡Hola, Guille! —Intentó mostrarse fuerte, despreocupada.

—Ya prendí la máquina. ¿Cafecito?

—Dale.

Se sentaron en una mesa cerquita a la barra, con el aroma a café que daba vueltas y algunas pocas luces encendidas.

—¿Te vas?

—Sí.

—¿A dónde? ¿Se puede saber?

—A Ecuador, con mi hermano.

—Supongo que esto es un plan de último momento porque nunca comentaste nada de querer irte del país.

—No, es verdad. Surgió así, de un día para el otro.

—Y... supongo que la razón tiene nombre y apellido. Y tiene que ver con el incidente de ayer.
¿No?

—Sí, Guille.

—No te voy a preguntar los detalles. Me imagino que tu repentina huida es porque te volvió a lastimar.

—Algo así. Solo que esta vez entendí que él tiene su vida, contratos que cumplir y cosas que hacer. En cuanto al trabajo... y a lo personal también. No va a cambiar nada de eso por mí, una simple mesera.

—¡No digás pavadas!

—Es cierto. ¡Ojo! No estoy enojada con él. Como te digo, comprendí que así va a ser siempre. Él, que se va, cámaras, líos, chismes... Y no estoy segura de poder llevar adelante nada de eso.

—Ay, Solcito. —Se levantó y, sentándose a su lado, la abrazó—. Te vamos a extrañar mucho, ¿sabés?

—Y yo a ustedes. —Giró y se fundió en un abrazo con ese hombre que, más que su jefe, actuaba como el padre que había perdido.

Se despidieron antes de que llegaran los demás. Sol no deseaba encontrarse con nadie, no quería explicar nada.

—¿Qué les voy a decir a los demás?

—Deciles que me fui a con mi hermano unos días. No le digás a Lola que me fui a Ecuador porque temo que Rodrigo la engatuse y le saque información.

—Pobre, Lola. Se va a poner muy triste cuando se entere. Y Carlos, igual. Pero estoy seguro de que será para mejor. No me gusta verte tan triste.

—Gracias por todo, Guille. Te quiero mucho.

—¿Vas a conservar tu número?

—Se me rompió el celu. Cuando llegue allá veo si me puedo conseguir otro. Estamos hablando por *mail*. ¿Dale?

—Genial. ¡Cuidate! —Volvió a abrazarla y la vio subir al auto de su hermano, que la esperaba en frente.

Nahuel la observaba de costado mientras maneja hacia Ezeiza. No quería decir mucho porque tenía que se arrepintiera. Y, para él, aquella había sido la mejor elección.

—No me despedí de Horacio —comentó con la mirada perdida entre los coches de la autopista.

—¿No estaba?

—No. Cuando bajé no lo vi. Quizás dormía. Le dejé una nota con la del primero C, avisándole. Para que no se preocupe.

—Ah. Otro que te va a extrañar. —Y enseguida se arrepintió.

—Sí.

—¿Trajiste el pasaporte?

—Sí.

—Bien. Sergio te va a estar esperando allá, ¿sabés? ¿Te acordás de él?

—Me dijiste que es uno alto de anteojos. Pero supongo que debe haber muchos. ¿Tenés alguna foto?

—Sí. —Aprovechó el semáforo y buscó rápidamente una imagen de su amigo—. Este. Aunque ahora se cortó el pelo. Vino para mi cumpleaños el año pasado.

—No. No me acuerdo. Pero bueno, no hay drama. Lo voy a reconocer. Ese tatuaje es muy llamativo.

Llegaron al aeropuerto, tomaron un café y terminaron de ultimar los detalles de la estadía en Montañita. Sergio se había encargado de conseguir una habitación en un hotel para los primeros días y después buscarían un departamento para alquilar entre los tres. Ya habían quedado que Sol trabajaría de mesera en el mismo bar con ellos. Si bien no estaba feliz de irse así, presentía que ese cambio le vendría muy bien. Nuevos aires, nuevas amistades. Un nuevo comienzo lejos de la televisión y de los periodistas que la buscaban.

La distancia le haría bien, muy bien. Por eso, mientras oía los planes de Nahuel, sonreía intentando poner la mejor cara y, así, empezar de cero.

—Bueno, ya es hora. ¿Tenés todo?

—Sí.

—¿Estás lista? —La tomó de los hombros y la miró a los ojos. Algunas lágrimas comenzaban a brillar en sus pupilas—. Si no estás segura...

—No. Estoy bien. ¿Mañana nos vemos?

—Así es. Recordale a Sergio que llego bien temprano.

—Dale. —Se colgó de su cuello y lloró—. Gracias por todo y perdoname otra vez.

—No te preocupés. Me hace muy feliz que juntos podamos llevar a cabo este proyecto. —La soltó y le entregó la valija.

—¡Hasta mañana, gordo!

—Chau. Decile a Sergio que me avise apenas llegués.

—Okey.

Sol caminó hasta la puerta y levantó la mano, emocionada. Era su primer viaje al exterior y sola. Respiró hondo y dio los últimos pasos antes de perderse detrás de la puerta.

Llegó a Guayaquil a las 10:40. Asombrada por todo lo que veía, ni siquiera se detuvo a pensar en los cambios que se vendrían. Cruzó la aduana y salió por la puerta de desembarque. No había mucha gente que estuviera esperando del otro lado, así que no le costó divisar a Sergio entre la multitud. Sonrió cuando vio que hasta se había fabricado un cartel con su nombre.

—¡Hola! Yo soy Sol.

—¡Hola! ¿Cómo estás? —Le dio un beso en la mejilla y tomó su valija—. Sergio. Un gusto.

—Igualmente.

—¿Es la primera vez que viajás? —le preguntó mientras caminaban hacia la salida.

—Sí. ¡Me encantó!

—Qué bueno. Vamos por un taxi que nos lleve al hotel.

—¡Qué calor! —comentó cuando traspasó la puerta.

—¿Te gusta el calor?

—¡Sí! Ya quiero conocer Montañita. Dice mi hermano que es hermoso.

—Sí. La verdad que sí.

La charla en el taxi, la llegada al hotel y la cena fueron un bálsamo para el corazón triste de Sol. Sergio se encargó de hacerle olvidar el verdadero motivo de su viaje.

Capítulo 20

¿Dónde?

Pasaron las sesiones de fotos en Colonia y en Punta del Este. Durante todo el día estuvo tratando de comunicarse con Sol, pero no pudo. El martes realizó una entrevista, donde le preguntaron acerca de su ruptura con la modelo argentina y explicó lo mismo que había dicho en el programa de Gelli: que se había dado cuenta de que Lourdes no era el amor de su vida. Que, si bien la quería y la respetaba, no deseaba permanecer en una relación sabiendo que...

—¿Hay una tercera en discordia? —le preguntó la conductora sin dar muchas vueltas.

—Emmm... no.

—Ah. Porque aquí se decía que la mujer que vemos en este video... podría llegar a ser la razón de la separación. —Pusieron al aire el momento en que Sol lo ayudaba a ponerse de pie y lo cargaba después de la pelea.

—No. Ella es una amiga. —No diría nada más. No iba a complicarla con más problemas. Hasta que ella no estuviese segura de lo que quería hacer, jugaría sus cartas muy lentamente.

Luego del programa, desesperado, tomó el primer barco que lo llevara a Buenos Aires. Dos horas después apretaba el acelerador hasta el restaurante.

No bajó. Permaneció estacionado observando el movimiento, tratando de encontrarla entre las mesas. Se hicieron las 5 de la tarde y Lola salió con su bolso, caminando apresurada por la tormenta que se venía. No dudó en alcanzarla.

—Lola... Lola... —Corrió hasta la esquina y la alcanzó.

—Rodrigo. —Sonrió de pura emoción. Aún le parecía extraño estar hablando con la misma persona que veía cada noche a través de la pantalla.

—¿Todo bien?

—Sí. ¿Por? —Sabía muy a qué venía y esa vez no mentiría.

—¿Sol? ¿No vino a trabajar?

—No.

—¿Por? ¿Sabés algo?

—Se fue.

—¿Renunció?

—No, se fue. No sé a dónde, pero se fue. Guillermo nos dijo que vino a despedirse ayer a la mañana temprano.

—¿Qué? ¿Ayer?

—Eso.

—¿Y no dijo a dónde se fue?

—Según Guillermo, no. Pero yo creo que él sabe y no quiere decir. Seguro que Sol le hizo jurar que no dijera nada.

—Pero... ¿por qué?

—Ahí me mataste. No sé. Yo la vi el domingo a la noche y estaba bien...

—¿El domingo a la noche?

—Sí. Salimos a tomar algo un rato.

—Yo la estuve llamando toda la tarde ese día.

—Ah, es que se le rompió el teléfono.

Rodrigo no acertaba a unir lo que Lola le contaba. Que se había ido, que no tenía teléfono, que no sabía nada de ella. No preguntó más y se volvió al restaurante como un rayo, dispuesto a averiguar todo lo que pudiera. Estaba seguro, al igual que Lola, de que Guillermo sabía más de lo que decía.

—¿Dónde está? —le preguntó directamente, elevando la voz, sin que le importaran las personas que había merendando.

—Si venís a preguntar por Sol, desde ya te digo que no sé. Vino, se despidió de mí y ya.

—Estoy seguro de que te dijo dónde se fue.

—No. Nada. —Guillermo dio la vuelta lentamente y se acercó al manojito de nervios que era Rodrigo—. Lo que sí sé, y no porque ella me lo dijera, es que se fue por tu culpa. No sé qué habrá pasado con ustedes... pero estaba muy triste.

—Pero si... —Lo que acababa de oír lo desconcertó más aún. Si hasta hacía un par de días todo había quedado bastante bien. En buenos términos. Incluso hasta había creído que estaban muy pero muy cerca de volver. Su piel, sus gemidos, sus besos lo habían convencido.

—No sé, pibe. Pero ya no vengás más. Acá no la vas a encontrar.

Rodrigo se apoyó sobre una de las mesas, intentando entender, buscando algo que hubiera sido causal de esa situación. No halló nada. No había hecho nada. Claramente, Sol no había llegado a enterarse de su viaje a Uruguay. ¿O sí? Salió apresurado hacía el edificio de ella.

—Discúlpeme.

—Pero ¿¡cómo no le dijo!?

—Yo intenté, pero me dijo: «Mañana, mañana» y no me dejó hablar. Ayer me quedé dormido y me desayuné con la noticia de que se había ido de viaje.

—¿No le dejó dicho a dónde?

—No. Mire. —Horacio le mostró la nota.

«Horacio de mi corazón, me voy de viaje con mi hermano unas semanitas. Le encargo el departamento. Usted ya sabe, las plantitas y esas cosas. ¡Lo quiero mucho! Sol».

—¿Y ahora?

—No sé qué decirle. —Se excusó y siguió juntando las hojas que se amontonaban cerca de la boca de tormenta.

Rodrigo regresó a su departamento y se sentó en la silla con la cabeza escondida entre sus rodillas. ¿Por qué? ¿Por qué se había ido así? Sabía que algo había pasado, algo tuvo que haber pasado para que ella se fuera sin decir nada.

—¿Dónde estás, Sol? —preguntó al aire.

Cinco minutos después, prendía la computadora y escribía un *mail* a la dirección que había conservado de ella, pero que no estaba seguro de si aún mantenía.

«Sol: ¿Dónde estás, mi amor? Me acabo de enterar que te fuiste y me desespera no saber a dónde. Horacio no te dio mi mensaje a tiempo y supongo que eso tiene un poco que ver. No sé. No quiero pensar que hice algo para herirte. No entiendo de dónde salió todo esto. Sé que quedamos en que necesitabas tiempo y espacio, pero... ¿esto? ¿Era necesario? Por favor, amor. Decime dónde estás. Necesito verte, tocarte.

Espero que sigás usando esta cuenta de *mail* y que me dejes saber si estás bien. Lo único que me tranquiliza es que estás con Nahuel. Pero... contéstame, Sol. ¿Por qué? ¿Qué pasó?

Te amo. Rodrigo».

En vano esperó la respuesta. Esa noche no durmió. Como un perro enjaulado caminó por cada rincón de su departamento pensando dónde podría estar. Una... dos... tres... y unas cuantas copas más de *whisky* lo acompañaron durante la madrugada.

Lo despertó el timbre y la voz chillona de Lorena, que lo había estado llamando todo el día anterior y, al no recibir respuesta, se había acercado al lugar. Después de ver el panorama, llamó a Patricio para dejarle saber el estado en que se encontraba su amigo. Pato llegó media hora después, preocupado y rogando no encontrarse con la misma imagen que varios meses atrás. Afortunadamente, no había cocaína sobre la mesa, sino varias botellas vacías.

—¿Qué pasó, Ro? —le preguntó mientras lo ayudaba a recostarse sobre la cama.

—Se fue. Se fue.

—¿Quién?

—Sol. Me dejó.

Capítulo 21

Montañita

El martes recorrieron algunos lugares en Guayaquil. Las plazas repletas de gente, movimiento. Museos, catedrales e iguanas enormes. A Sol no le alcanzaban los ojos para observar todo. Sacaba fotos con el teléfono de su hermano y sonreía como no lo había hecho desde hacía tiempo. Sergio y Nahuel eran una combinación divertida que la hacía reír constantemente. Payaseaban en las calles, disfrutaban de hermosas vistas y silencios que los unían cada vez más. Apenas consiguió *wifi* y desde una computadora del hotel, le escribió a Guillermo, dejándole saber que había llegado bien y que no se preocupara porque, hasta que no se instalaran en Montañita, no podría volver a escribirle.

Vio el *mail* de Rodrigo, pero lo eliminó de una vez. No quería que sus palabras empañaran los buenos momentos que estaba viviendo en aquella ciudad ecuatoriana. Había decidido dejarlo atrás y eso haría. Por su bien y también por el de él. Había caído en la cuenta de que su relación sería imposible. Aun amándose como se amaban.

—¿Todo bien? —le preguntó Sergio al bajar de la habitación y verla llorar frente a la máquina.

—Sí. Estaba escribiéndole a unos amigos.

—¿Ya estás extrañando?

—No. No es eso.

—Algo me comentó tu hermano. Dice que no te fuiste en las mejores condiciones.

—No. Pero eran las condiciones que necesitaba para irme.

—Entiendo. Pero no estés triste, nos vamos a divertir muchísimo. ¡Vas a ver!

—Seguro que sí —comentó sin mirarlo, con la vista fija en el monitor.

Sergio se había sentado a su lado y la miraba fijamente. ¿Sabría de Rodrigo Lacoste? Ella seguía redactando el *mail* para Guillermo, en donde le pedía que le pasara la dirección a Lola para poder pedirle disculpas, intentando no prestarle atención a la mirada insistente que tenía sobre ella. Pero... no se contuvo.

—¿Tengo monos en la cara? —le preguntó con un tono serio, encontrándose por fin con sus ojos marrones oscuros, profundos.

—No. Perdón... Me colgué. —Nervioso, intentó cambiar de tema—. Mañana temprano salimos

para Montañita. Tenés todo listo, ¿no?

—Sí. ¿Cuánto hay de viaje?

—Como tres horas... un poco más, quizás.

—Buenísimo. Ya no veo la hora de tener el mar frente a mí.

—¡Es alucinante! Te va a encantar. ¿Sabés nadar?

—Sí.

—Genial. Vamos a ir a hacer esnórquel, si te animás.

—¿Qué cosa?

Sergio le explicó todos los detalles del deporte y habló de su experiencia en el mar. Sol lo escuchaba atenta porque estaba maravillada. Había estado en muchos países, practicado muchos deportes, y sus historias le parecían súper interesantes. En eso estaban cuando Nahuel los encontró.

—¿Cenamos? ¿De qué hablan?

—Me está contando de sus viajes.

—¡Ah, sí! Sergio es un ciudadano del mundo. Estuvo en mil lugares.

—¿Y cómo es que llegaste acá? —Sol quería hablar y conocer a través de sus palabras el sitio donde viviría a partir del día siguiente.

—¡Vamos a comer! Me muero de hambre. Sigán charlando en la mesa.

Nahuel se retiró temprano porque estaba muy cansado. En cambio, Sol y Sergio se quedaron un rato más, compartiendo una cerveza y conversando acerca del surf —el deporte que practicaba él hacía un tiempo— y de las playas escondidas que tenía ese país.

—Hay lugares a los que solo accedés con un lugareño que te lleve.

—¿Y no te da miedo?

—Para nada. Es genial. Amo la aventura, conocer lugares nuevos.

—¿Y tu familia? ¿Qué dice?

—Mí vieja ya no me dice nada. Ya estoy bastante grandecito... ¿no?

—Sí... —sonrió.

—Y en Buenos Aires tenemos algunos negocios que me permiten andar por todos lados e invertir en distintas ciudades del mundo.

—¡Qué interesante!

—Sí. Está muy bueno. ¿Y vos, Sol? Me dijo Nahue que trabajabas en un restaurante.

—Sí. Hace un par de años que trabajo de eso. Me gusta.

—¿Y no pensaste en estudiar algo?

—Estaba estudiando diseño gráfico cuando fallecieron mis papás y tuve que dejar. Y nunca más volví.

—Vi unas fotos que sacaste con el celu de Nahue y están buenísimas. Quizás... la fotografía sea lo tuyo.

—Puede ser, ¿eh? Puede ser. —Sonrió porque en verdad le encantaba sacar fotos, pero nunca se

le había ocurrido dedicarse a eso, o invertir más tiempo en esa actividad.

Se fueron a dormir cerca de la una de la madrugada y Sol, por primera vez y desde que había llegado, no pensó en Rodrigo en todo el tiempo que duró la conversación con Sergio. Las historias que él le había contado sobre las culturas, las comidas y las costumbres de civilizaciones desconocidas, con su voz pausada, divertida, la habían hecho olvidar de todo.

Le llamó la atención que, estando con él, el corazón no le doliera tanto.

El viaje, tal y como comentó Sergio, duró más de tres horas. Sol iba mirando todo, preguntándole algunas cosas y señalando otras. Árboles, montañas, verde, marrón. Casitas bajas de concreto, algunos techos de hormigón y otros de chapa. Chocitas de madera con techo de paja. Una curva y, ante sus ojos, el manto turquesa del Pacífico la recibió en todo su esplendor.

—Guau... —Se paró y, acercándose lo más que pudo a la ventanilla del micro en el que viajaban, pegó sus manos al vidrio. Le hubiese encantado bajarse ahí mismo.

—¿Viste? —agregó Sergio—. Es hermoso.

—En mi vida había visto algo tan lindo... —Incluso los ojos de Rodrigo quedaban en segundo lugar ante semejante belleza—. ¿Y es fría? —preguntó refiriéndose a la temperatura del agua.

—Para nada —le respondió Sergio.

—¿Falta mucho para llegar?

—No. Un poquito más y ya estamos.

Llegaron al hotel Kundalini, donde se hospedarían por una semana mientras terminaban con los detalles que faltaban del bar, que a su vez pertenecía al dueño del lugar. Sol caminaba embobada detrás de los dos hombres, a través del pasillo repleto de verde, de flores y de caracoles enormes. Fueron recibidos entre sonrisas y besos. Sergio ya se había ganado el cariño de todos los trabajadores del lugar. Se ubicaron en la habitación que compartirían e hicieron el recorrido hasta el mar, insistidos por Sol, que se moría por meterse al agua. Salieron al patio y se encontraron con la playa a unos pocos metros. Primero caminaron a lo largo de una alfombra de pasto bien verde, con juegos para los niños y donde algunas familias disfrutaban de la sombra. Había mesas grandes y otras más pequeñas fabricadas con troncos de madera. Luego, y separados por un alambrado, asientos anaranjados y hamacas. Y palmeras. Palmeras por todos lados.

Con el traje de baño ya puesto, caminó hasta la orilla, disfrutando de la arena bajo sus pies. Tal y como había dicho Sergio, el agua era templada y no tiritó de frío cuando se zambulló detrás de una ola. Desde la costa, Nahuel y Sergio la observaban conversando.

—Salió de una relación muy jodida. Ubícate.

—Tranqui, Nahue. No pasa nada.

—Te conozco, Sergio. No la hagás sufrir, que vino a Ecuador a ser feliz.

—No te preocupés. En serio. No pasa nada. —Le dio una palmada en el hombro y corrió hacia al mar.

¡Oh, pero sí que pasaba! Y... no estaba en sus planes hacerla sufrir. Para nada. Todo lo contrario.

Capítulo 22

Buenos Aires

—Pili, no me jodás. Estoy bien, de verdad. No hace falta que te quedés.

—No te creo. No te ves bien. Siento que estoy viviendo lo mismo que hace un año atrás.

—No es lo mismo.

—No, tenés razón. ¡Es peor!

—No exagerés. Andá. Dale.

—Te llamo en una hora, ¿eh?

—Okey.

La despidió en la puerta del departamento y giró la llave antes de que se cerrara la puerta del ascensor. Hacía cinco días que Sol se había ido. Guillermo no cedía en decirle a dónde y sentía que de a poco perdía la cordura. Para dejar a sus amigos más tranquilos, retomó las sesiones con su psicólogo, el doctor Schumacher. Todos temían que volviera a caer en las adicciones. Las visitas continuas habían aplacado un poco, solo un poco, su angustia. Él era el único que podía ayudarlo a atravesar ese momento y guiarlo por las temibles sombras que se cernían sobre él.

—Paso a paso, Rodrigo. Venimos bien —le había dicho en la primera sesión, cuando hablaron de su posible recaída.

Volvió a revisar la computadora y chequeó los *mails* enviados. Allí estaban los seis que le había mandado a Sol desde el día de su partida. Y también estaba la única respuesta que había recibido de ella, el día anterior.

«Estoy bien. Olvidate de mí, por favor».

Dos oraciones. Nada más. Eso era lo único que le había escrito y hubiese sido mejor no saber nada. No enterarse de que aquella era en realidad su dirección de *mail*. Porque eso significaba que no le respondía porque no deseaba hacerlo. Elegía dejarlo en las sombras. Y... ¿olvidarla? ¡Pero qué idiotez tan grande! ¿Por qué debía olvidarla ahora que habían retomado esa relación en pausa? ¿Por qué? Seguía sin saber cuál había sido la razón y eso, exactamente eso, era lo que más nervioso lo ponía.

Lorena lo visitaba todos los días e intentaba convencerlo de regresar al set, al trabajo. Él prefería no hacerlo. Se sentía perdido, incapaz de pensar en otra cosa que no fuese en Sol.

—Sebastián te está esperando pacientemente. —Se refería al director de la novela—. Pero en cualquier momento se le acaba la amabilidad y te manda a llamar. Tenés un contrato que cumplir.

—Necesito unos días más. Nada más.

—Hace casi una semana que se fue. Ya está. Olvídate.

—¿Vos estás loca? —Levantó la voz y se le acercó, amenazante.

—Pará un poquito, Rodrigo. Estás muy alterado.

—Entonces no me digás que me olvide de ella. No me digás nada de ella. No quiero que su nombre salga de tu boca, ¿me escuchaste?

—Bueno... bueno.

—Me voy a ir unos días al campo. A ver si puedo encontrar un poco de paz. Me voy a volver loco acá adentro.

—Me parece una excelente decisión. Quizás ya el lunes podés volver al set. —La mirada de Rodrigo la fulminó—. Si te sentís mejor, claro.

—Chau, Lorena. —La invitó a salir casi empujándola hacia la salida.

Su representante no alcanzó a cerrar la puerta cuando Lautaro estaba entrando.

—¿Qué hacés acá?

—Vine a ver cómo estabas. Pato me dijo que estuviste complicado estos días.

—Ya le contaste a mamá, ¿no? —Desvió el tema para no explicarle nada acerca de Sol ni de la borrachera de unos días atrás.

—No. No le dije nada. ¿Para qué? Si no la vas a atender.

—Mejor. —Caminó hacia la habitación seguido por su hermano—. ¿Sabés si hay alguien en Olavarría?

—No. Por lo que sé, solo la abuela y Dorita. ¿Vas de visita?

—Sí. Me voy unos días. —Comenzó a sacar ropa del placar—. ¿Luli?

—Bien. Viajó a Mendoza hoy temprano.

—¿A qué viniste, Lautaro?

—A verte, te dije.

—Algo más me querés decir. Te conozco. Apurate, que no quiero que me agarre la noche en la ruta.

—Luli está embarazada. —La noticia lo tomó por sorpresa.

—Guau... —exclamó con un par de zapatillas en la mano, duro como una estatua—. Te... ¿felicito?

—Te quiero preguntar algo. Voy a ser directo con vos...

—No.

—No ¿qué?

—No a tu pregunta. —Levantó la ceja y sonrió—. No me acosté con ella.

—Bien... —Exhaló como si hubiese estado reteniendo la respiración desde que llegó. Se arrojó sobre la cama y se refregó los ojos.

—¿No te animabas a preguntárselo a ella, cagón?

—Me mata si le insinúa siquiera que...

—Yo te mataría también, por dudar. —Se le acercó y le dio dos palmadas sobre el omóplato—.

Felicidades, papá.

—Gracias.

—Ahora... la pregunta del millón. —Rodrigo dejó de guardar la ropa y se acomodó a su lado

—. ¿La vieja lo sabe?

—No. Todavía no. Es muy pronto.

—Bien. Tratá de ir pensando qué vas a hacer cuando se entere. Porque, en un tiempo, todo el país va a saber lo del bebé. Te lo aseguro.

—Ya sé, ya sé. Pero Luli no se quiere casar.

—¿Y?

—¿Cómo y? La vieja me corta los huevos si se entera de que está embarazada y no estamos siquiera casados.

—¡Dejate de joder! ¿En qué año vivís? —Se puso de pie y continuó con lo suyo.

—Sí... para vos es fácil porque no la tenés que aguantar. Porque hacés lo que se te canta el culo...

—Mandala a cagar. Simple.

—No es así.

—Siempre fuiste un nene de mamá. —Rio y agregó—: Cuando se entere Luli de la suegra que le tocó, no sé dónde vas a estar mejor. ¡Corré por tu vida! —se burló.

Lautaro lo acompañó hasta que preparó el bolso y bajó al estacionamiento del edificio. Se despidieron con un abrazo, uno que se debían hacía tiempo;

—Aclará las cosas con la vieja, que mi sobrino —porque va a ser varón— vale la pena —le dijo Rodrigo mientras se subía al coche.

—Que Dios me ayude. Si ves que salgo en las noticas... ya sabés por qué. —Levantó la mano y se volvió por donde habían ido.

Llegó a Olavarría como a las 6.30 de la tarde. En el camino había hablado con Dorita, la acompañante de su abuela de noventa y dos años. Le avisó a qué hora llegaría y le dijo que no se preocupara por la cena, que en el pueblo compraría algo para comer.

La sonrisa de doña Murcia, su abuela, le calentó un poco el corazón helado de frío, de tristeza, de dolor. Igual de lúcida que a los sesenta, le preguntó por cada miembro de la familia.

—¿Vas a ir al cumpleaños de tu papá?

—No.

—¿Por qué, nene?

—Abuela... no amarguemos esta velada, por favor.

—Tenés razón. Pero mañana vamos a hablar vos y yo. ¿Traigo las cartas? —le preguntó mientras Dorita juntaba las tazas del café.

—Un partido nada más, ¿eh?

—Con uno me basta, querido —se burló.

Se fue a dormir después de despedirse de Dora y de su abuela, cerca de la medianoche. No había sido un partido solamente; la abuela le había dado una paliza al chinchón y lo obligó a permanecer en su silla hasta que no terminasen «el bueno».

Durmió en el cuarto donde solía quedarse cuando iba de vacaciones. Sus fotos, sus discos seguían ahí, como detenidos en el tiempo. Recorrió los detalles de la habitación y se sentó a sacarse las zapatillas. Sin desvestirse se echó hacia atrás y no pudo aguantar el nudo que le atravesaba la garganta. Una a una, las lágrimas comenzaron a mojar el acolchado. Lloró en silencio, acompañado solamente por el ruido constante del reloj en su mesa de luz.

Soñó con ella, como todas las noches desde que se había ido.

Capítulo 23

Argento

El dueño de Kundalini estaba chocho con los tres. Nahuel era un excelente planificador; tenía las mejores ideas para atraer al público. Una vez en el bar, los tragos de Sergio eran el *boom* del lugar. Había inventado muchos, con sabores distintos, y tanto los locales como los turistas se acercaban a Argento a tomar algo después de la jornada. Sol, con su simpatía y su sonrisa, terminaba de conquistar a los clientes. Muchos volvían por ella más que por la buena música o los buenos tragos.

Habían tenido que permanecer en el hotel, ya que aún no podían alquilar nada. El dueño, encantado con los resultados, les permitió quedarse cuanto quisieran siempre y cuando le dieran una mano con el mantenimiento del sitio. Los tres aceptaron sin ninguna objeción. Les encantaba ese lugar y Sol fue la más entusiasmada con la idea.

Todas las mañanas caminaba a lo largo de la playa por una hora y cuando regresaba se encontraba con Sergio para surfear. Desde el segundo día en que llegaron, comenzaron las clases. Sol había descubierto que le encantaban los deportes acuáticos y Sergio se había ofrecido a enseñarle. Nahuel, desde alguna parte del hotel, los observaba serio y prestaba mucha atención a los movimientos «involuntarios» de su amigo sobre el cuerpo de su hermana.

Después de nadar, reírse y surfear, regresaron famélicos y divertidos a comer algo. La cara de piedra de Nahuel los recibió con todo su esplendor.

—Se va a volver una profesional tu hermana, Nahue.

—¿Vos decís? —Lo miró con cara larga.

—Gordito... no te pongas celoso, que más tarde vamos a ir a hacer esa caminata que tanto querías.

—No es por la caminata que tiene esa cara —agregó Sergio.

—Ah, ¿no? —preguntó sorprendida.

—No. Tu hermano está así porque ve fantasmas donde no los hay.

—¿Eh? No entiendo nada. ¿De qué hablan? —Intentaba entender las miradas y las caras que los dos intercambiaban.

—Nada, Sol. Este tarado dice pelotudeces. ¿No tenés que ir a comprar algo vos? —Nahuel

intentó cambiar el curso de la conversación.

—Sí. Necesitamos hielo y algunas bebidas. ¿Vamos, Sol? —Sergio la invitó para provocar aún más a su amigo.

—No. Vayan ustedes. Yo me voy a dar una ducha y después voy a lo de María, una vecina. Me va a enseñar a cocinar no sé qué cosa.

—Bueno... —respondió Sergio con tristeza en la mirada. Obviamente, quería ir con ella—. Iré solo.

—No, *yo* voy con vos —agregó Nahuel, apuñalándolo con la mirada.

Sol desapareció de la vista de los dos y enseguida comenzó la discusión que habían empezado la noche anterior cuando, antes de cerrar, Sergio había sacado a bailar a Sol y se había acercado demasiado, según Nahuel.

—¿Qué carajo buscás con ella?

—Boludo... Hola, soy yo. Sergio.

—Sí, sí. ¡Qué tal! Estás caliente con mi hermana. Dejá de negármelo.

—No. No estoy caliente con ella, gil. Estoy enamorado de ella, que es distinto. ¿Cómo te lo tengo que explicar? Ando como idiota buscando que me mire, que me...

—Vos estás loco —lo interrumpió. No estaba preparado para oír esa declaración. Se paró y tomó las llaves de la camioneta del dueño del hotel, la que usaban cuando lo necesitaban.

—No. Es de verdad. Me encanta. Posta te lo digo.

Nahuel caminaba adelante, furioso. Intentaba calmarse con cada paso que daba. Subió al vehículo, dio un portazo y ni siquiera esperó a que Sergio se subiera. Arrancó y lo dejó ahí sin decir una palabra.

Compró el hielo, unas bebidas y servilletas y regresó lo más lento que pudo. Seguía nervioso y no quería enojarse con su amigo. Pensó durante todo el trayecto por qué estaba tan molesto con él si, al fin y al cabo, era un buen pibe. Se notaba que la quería bien por la forma en que la miraba, cómo la cuidaba. Incluso, más que él. Sin embargo, Sergio tenía razón en una cosa: él sí veía fantasmas. Fantasmas con nombre y apellido. Fantasmas que aún la hacían llorar por las noches. Él lo sabía muy bien.

Bajó de la camioneta y una carcajada lo sorprendió. Se escondió detrás de un árbol a observar la imagen. Sergio imitaba a la señora María y Sol se descostillaba de la risa, agarrándose la panza de dolor. Ahí recién lo entendió. Su hermana se merecía ser feliz de una vez y con un hombre como Sergio. Honesto, sincero, trabajador. ¿Qué más podría pedir?

—Buenas... —saludó y ambos dejaron de reír—. ¿Quién es esa? ¿María? —preguntó y se unió al momento con ellos.

Una vez que estuvieron solos, mientras Sol se preparaba para ir al bar, Nahuel se acercó a su amigo, que encerraba su tabla sentado sobre una de las hamacas.

—Perdoname. Soy un loco de mierda.

—Es entendible. Es tu hermana.

—La amo y lo único que quiero es que sea feliz. Nada más.

—Ya sé. Y yo...

—Sí. Vos también querés lo mismo. Y está todo bien, de verdad.

—¿En serio?

—Siempre que ella quiera, obvio.

—Gracias. —Sergio sonrió y Nahuel acompañó el gesto con la mano extendida, esperando a encontrarse con la de su amigo.

—¿Hay posibilidades?

—Está jodido. No te lo voy a negar. Pero vale cada esfuerzo.

—¡Qué bueno! ¿Vamos?

—Dale.

Siendo un jueves, el bar estuvo bastante tranquilo. Sol acomodaba las mesas, las sillas. Era un lugar pequeño pero acogedor. La música acompañaba el calor de las noches y se sentía súper cómoda rodeada por buenas personas; los vecinos, los dueños del hotel y toda la gente que había conocido durante esas semanas la trataban fenomenal. Sin embargo, aun extrañaba a los suyos. Hablaba con Lola y con Guillermo todos los días. Su amiga le había jurado y vuelto a jurar que no le diría nada a Rodrigo. Sol confió en ella porque necesitaba que supiera la verdad; dónde estaba y qué estaba haciendo. Todas las tardecitas, antes de salir para el bar, charlaban un ratito por Internet.

Lola: «Quiero ir a visitarte, amiga».

Sol: «Sí, me encantaría. ¿Cuándo te tocan las vacaciones? Tendrías que pagarte el pasaje nada más. Te quedarías acá con nosotros».

Lola: «En junio. Tengo quince días. No me embalés, ¿eh? ¡Mirá que voy!».

Sol: «No, tonta. De verdad. Te extraño».

Lola: «Y nosotros a vos. La nueva es una estúpida».

Sol: «Ay, Lola. No seas mala».

Lola: «Se hace la linda y no me la banco».

Sol: «¿Y es linda?».

Lola: «Bueno... un poco, sí».

Sol soltó una carcajada imaginando la cara de su amiga del otro lado.

Lola: «Che... ¿y tu hermanito? ¿Cómo está?».

Sol: «Bien. ¿Por?».

Lola: «Nada».

Sol: «¡Dale!».

Lola: «Nada... que te iba a comentar lo lindas que estaban las fotos que mandaste de la playa».

Sol: «Ajá. ¡Te gusta mi hermano, atorranta!».

Lola: «Está lindo, no te lo voy a negar. ¿Me lo presentás?».

Sol: «No sé».

Lola: «Bueno... ¿al otro, entonces? ¿Al morocho?».

Sol: «Nena, pará. Estás desesperada».

Lola: «¿Qué onda ese morocho? ¿Sergio se llama? Es el barman, ¿no?».

Sol: «Sí y... nada. Es un divino».

Lola: «¿Divino? Apa. Sol... ¿te estás olvidando del actor?».

La pregunta la sorprendió. ¿Se estaba olvidando de él? Por un segundo, dudó. No. Claro que no. Todavía, por las noches, lloraba en silencio recordando lo estúpida que había sido al permitirle volver a tocarla. Lloraba porque lo extrañaba como cada noche desde la primera pelea.

Sol: «Ojalá fuera tan fácil, amiga».

Lola: «Mi consejo... seguí surfeando con el barman, que vas por buen camino».

Sol: «¡Qué decís!».

Lola: «Yo sé lo que te digo».

Sol: «Bueno... me tengo que ir. ¿Hablamos mañana?».

Lola: «Dale. Saludos a Nahue... —Emotición de guiño, beso y corazón violeta—. Y al morocho también, por qué no. ¡Ah! Y abrite una cuenta de Facebook... o algo. Hace semanas que estás ahí y ni celular tenés. Dale».

Más corazones.

Sol: «Ya sabés lo que pienso de eso. Besotes a Guille. Te quiero».

«Mi consejo... seguí surfeando con el barman, que vas por buen camino». Pensó en la frase que le había escrito Lola ese día más temprano y dirigió su mirada hacia Sergio, que charlaba con Nahuel y un cliente en la barra. Como si lo estuviera llamando con la mente, él la miró también y le sonrió.

Quizás Lola tuviese razón.

Capítulo 24

Sergio

Nació en la capital porteña y se crio en el barrio de Flores. A los veinte años, su papá falleció de cáncer y heredó el negocio familiar, del que poco sabía. Aun así, hizo de las panaderías Nuevo día una cadena bastante reconocida en la ciudad. Eso le permitió costearse cada uno de los viajes que se le ocurrió una vez que terminó el profesorado de Educación Física, que nunca ejerció.

Cuando su mamá se volvió a casar y los hijos de su pareja se mudaron a su antigua casa, decidió irse a vivir solo e independizarse. Más viajes, más trabajo. Realizó un curso de *bartender* en Buenos Aires y otros más en España y en Estados Unidos.

Hacía tiempo que quería invertir en un bar, pero el proyecto se moría antes de nacer: no le tocaban los socios acordes, los lugares no lo convencían. Había intentado hacerlo en Palermo o en San Telmo, pero el deseo de irse de las metrópolis lo alejaba de ese sueño.

Conoció a Nahuel de casualidad en un cumpleaños de un amigo en común. Enseguida pegaron onda y comenzaron a verse cada vez más seguido. Nahuel le confesó su plan de ahorrar y alquilar la casa de sus padres para mudarse a algún pueblo costero —en lo posible, caribeño— y ponerse un barcito. Cuando de la boca de su amigo salieron esas dos palabras: bar y Caribe, supo que con él sí podría llegar a realizar su plan. A pesar de ser tres años menor que él —Sergio tenía veintisiete y Nahuel, veinticuatro—, demostraba madurez y capacidad. Hablaron muchísimo, Sergio viajó un par de veces y se asesoró acerca de los negocios y de distintas propiedades, se reunió con mucha gente hasta que llegó a Montañita y el dueño de Kundalini, donde se hospedó, le habló del lugar que tenía en la ciudad.

Todo fue cerrándose de a poco. Nahuel tenía unos ahorros, Sergio tomó una parte de las ganancias de las panaderías y, así, pudieron comprarle la propiedad al ecuatoriano. Sergio viajó muchas veces más a controlar la remodelación, la habilitación y que todo estuviera en orden. Cuando todo estaba casi listo y solo necesitaban arreglar algunos detalles, fijaron el viaje y la posible fecha de apertura.

La idea de Sergio era dejar a Nahuel a cargo del lugar y él dividirse entre las panaderías en Buenos Aires y el bar en Montañita. Su plan era pasar una temporada en su país y otra en la ciudad balnearia más famosa de Ecuador. Esos eran sus planes hasta que...

—Negro, mañana va a viajar mi hermana, ¿sabés?

—¿Tu hermana? ¿Para?

—Es complicado. Me pidió si podía venir conmigo y pensé que podía ser nuestra mesera. Es de confianza...

—Todo bien, Nahue. Pero vos sabés que por un tiempo no vamos a ganar nada. ¿Se lo va a aguantar?

—Sí. No hay problema con ella. ¿No te jode?

—No. A mí, no. Como te digo, si ella no...

—No, ya le expliqué. Quedate tranquilo.

—Bueno... Voy a hablar en el hotel a ver si nos pueden dar una habitación para los tres. Espero que no le moleste compartir con nosotros.

—No, no. Nos vamos a arreglar. Gracias, Negro. De verdad. Te debo una.

—¿Cuándo viene?

—Mañana.

—Ah. ¿No viaja con vos?

—No. No conseguí otro día mejor. Y como vos estás desde la noche anterior en Guayaquil...

—Okey... la voy a buscar y al otro día vamos por vos.

—Esa era la idea.

—Bien. Después pasame número de vuelo y horario. Y decime cómo luce...

—Ya mismo.

No lo supo sino hasta el día siguiente, cuando la vio cruzar la puerta del aeropuerto. Ahí se dio cuenta de que sus planes de volver a Buenos Aires apenas tuviese oportunidad quedarían truncados. Sol era más hermosa de lo que la recordaba en el cumpleaños de Nahuel y que la foto que su amigo le había enviado. Venía algo despeinada, con la valija a cuestas. Miraba hacia todos lados, buscándolo. Cuando por fin lo vio y le sonrió, Sergio sintió que todo se caía bajo sus pies. El cartelito que sostenía le tembló en sus manos y lo bajó de inmediato para que ella no lo notara. Dejó de lado esos sentimientos que no alcanzaba a reconocer y la recibió lo más relajado posible.

Todo lo que vino después, la cena en el hotel, el viaje a Montañita, sus ojos que brillaban cuando se encontró con el mar, su perfume, su sonrisa... Todo, absolutamente todo a su lado se convirtió en memorable. Sol, además de hermosa, era graciosa, compañera y los había ayudado en muchas cosas con el bar. Pero... de vez en cuando y cada tanto, después de surfear o cuando caía el sol, su mirada se ensombrecía y la notaba triste.

Nahuel no le había dicho cuál era el motivo de su repentina llegada. Tampoco preguntó. Hablaban de muchas cosas; mayormente, era ella quien le preguntaba acerca de sus viajes, de sus experiencias. Cada tanto él le preguntaba sobre su vida en Buenos Aires, pero se abstenía de dar muchos detalles que no fuesen sobre el restaurante donde había dejado a sus amigos. Algunos recuerdos de chica y nada más. Nada sobre el motivo de su estadía en Ecuador o de la tristeza en su mirada.

—No sé si podremos conseguir una para esta semana —comentó uno de los clientes regulares, quien les hablaba acerca de una heladera nueva que deseaban comprar. Nahuel y Sergio lo oían con atención. Bueno... por lo menos, uno de ellos lo hacía.

—Necesitamos una urgente —explicó Nahuel—. Las cervezas no nos entran... no alcanzamos a....

Sergio los escuchaba hablar a su lado, pero no interpretaba nada de lo que decían. Estaba atento a un cuerpo que se movía alrededor de las mesas, que iba y venía con una pollerita de bambula negra, una remerita blanca y unas ojotas que hacían juego. Intentó volver a la conversación, pero esa vez una presión en su espalda lo desconcertó. Giró la cabeza y se encontró con los ojos de Sol, que lo observaban detenidamente. No era una mirada común y corriente. No. Había algo más detrás de sus ojos caramelo.

Solo atinó a sonreírle con la boca y con la mirada, con el corazón y con ese amor que había nacido unas semanas atrás en el aeropuerto de Guayaquil. Y se ve que ella también lo notó porque le devolvió la misma calidez y la misma sonrisa.

Desde aquel cruce de miradas, no había encontrado el momento para acercarse y hablarle. No pensaba decirle nada acerca de sus sentimientos ni nada por el estilo, pero había entendido que algo pasaba entre ellos y no quería dejar pasar más tiempo. Quería conocerla más y más. Con la luz verde de Nahuel, tenía el campo libre para conquistarla.

—Ey... —Fue ella quien se le acercó después del intercambio y no pudo sentirse más halagado.

—¿Todo bien? —Intentó sonar casual, mientras limpiaba los vasos.

—Sí. Muy tranquilo el día, ¿no? —le preguntó mientras se sentaba en una de las sillas altas junto a la barra.

—Sí. No estamos en temporada alta. Tenemos que aguantar hasta julio.

—Igual me encanta. Creo que venir fue la mejor decisión que pude haber tomado.

—Opino igual.

—Nahue me dijo que quizás te vuelvas a Buenos Aires. ¿Es verdad?

—Emm.. —No le diría que había cambiado de planes. Que en verdad no pensaba dejarla jamás—. Quizás, sí. Es la idea. —El gesto triste de Sol lo reconfortó—. Tranqui, que vas a estar surfeando muy bien para cuando llegue ese día. —Rio y continuó con el plan de ver hasta dónde quería que se quedara.

—Más vale que vuelvas, ¿eh? —le dijo y él sintió como si una puerta gigante de oportunidades se abriese ante él.

—No sé. Nahue hace muy bien su trabajo y acá conseguimos barman en un segundo. ¿Viste la cantidad de currículums que hay? —Siguió tirando de la cuerda.

—Argento no es lo mismo sin vos. Montañita no es lo mismo sin vos.

—Nah... —El corazón corría dentro del pecho de Sergio, y luchaba por saltar por sobre la barra y comerle la boca de un beso. «¿Qué me estás haciendo, Sol?», se preguntaba.

—¿Cuándo te irías?

—En unas semanas.

—Hay que intensificar las clases entonces. Dos veces al día.

—¿Te lo aguantás?

—Más vale.

Los dos rieron al unísono y quedaron en que al día siguiente practicarían una hora extra. Según el pronóstico, auguraban un día bellissimo de sol y de calor.

—Bueno... vayamos cerrando, que mañana va a ser un día agotador para vos.

—Sí, profe. Como usted diga. —Sol dio un salto de la silla y se encaminó al fondo, donde guardaban sus pertenencias. En el camino pensó en el viaje de Sergio y en la posibilidad de no verlo por meses. Esa desazón la entristeció y la sorprendió. ¿Por qué? ¿Qué le pasaba con él? No estaba segura. Lo que sí sabía era que, sin buscarlo, Sergio se había convertido en una parte importante de su vida. Se sentía bien, cuidada, tranquila y, por sobre todas las cosas, Sergio significaba paz.

No había fotos, no había escándalos, no había representantes de taco alto, ni drogas, ni alcohol. Pero... así como no había nada de eso, tampoco había vibraciones en el cuerpo, mariposas en la panza ni sonrisas sin sentido. No había ojos verdes o marrones... no había explosiones en el corazón ni en otras partes, como cuando pensaba en Rodrigo. Él seguía ahí, dentro de ella, para siempre. Lo sabía y no podía luchar contra eso. Solo tenía que aprender a vivir con ese vacío. Y si bien con Sergio era todo hermoso y tranquilo... jamás sería él. Eso lo tenía bien en claro. Pero... había que intentar ser feliz, ¿o no?

—Ay, Solcito... ¿Qué vas a hacer? —se preguntó en voz alta antes de salir y encontrarse con los chicos para terminar de cerrar.

Capítulo 25

Una mañana de Sol

Abrió los ojos y permaneció ahí, quieta, observando los detalles de su habitación. Las paredes blancas; las cortinas azules, que se habían convertido en turquesa porque el sol les daba de lleno y las iluminaba. Hacía unas semanas que se había mudado a esa y había dejado a los varones solos. Estaba más cómoda y, estando ahí, sola, podía dejar fluir la pena que la había llevado hasta ese país.

Pensar en Rodrigo significaba pensar en una parte de ella que estaba lastimada, herida de guerra. Sangrando y pudriéndose. Controlaba muy bien los momentos de angustia que, por suerte, cada vez eran menos. Sergio... ¿Sergio? Sí, Sergio era una de las razones, si no la más importante, de que ella se alejara cada vez más de la oscuridad y que sintiera que su herida comenzaba a sanar.

Se levantó, se vistió con un solero azul y se peinó así nomás. Del otro lado de la puerta ya se oían los pasos de los huéspedes y de los trabajadores del hotel. Salió y buscó a su hermano en la recepción.

—Buen día, Mo —saludó a la recepcionista y mujer de Rodo, el dueño del lugar—. ¿Nahuel y Sergio?

—Hola, corazón. Salieron bien temprano. Parece que algo ocurrió en el bar.

—Uy. ¿Y por qué no me llamaron?

—Sergio me avisó que hay algo para usted en la mesita del jardín.

—¿Para mí?

—Sí. No sé, andaba todo misterioso.

—Bueno...

Sol abandonó el recinto y atravesó el hotel hacia la parte trasera, donde se hallaban el jardín y las hamacas que daban a la playa. No tardó mucho en darse cuenta de cual mesita hablaba. En la última de la derecha, escondidas de la vista de los demás, unas flores le llamaron la atención.

Se acercó y sonrió. Otro gesto hermoso de su parte y un mimo para su corazón.

Sobre la mesa de mármol descansaba una bandeja de mimbre que contenía dos platos. Uno de ellos, repleto de frutas y el otro, con unos pancitos que le encantaban. También estaba el mate de

Sergio, pronto junto al termo de acero. Dos rosas rojas, cortadas del jardín del hotel, apoyadas sobre un extremo de la bandeja, sostenían una nota.

«Buen día. Quiero que desayunés bien, que comás todo porque hoy hay doble clase. Nos tuvimos que ir bien temprano, pero, apenas vuelva, nos dedicamos a lo nuestro. Que tengas un buen comienzo del día. Espero que te gusten las rosas. El profe».

Sol no pudo evitar sonreír y sentía que sus mejillas ardían de calor. Miró hacia ambos lados y se tranquilizó al ver que aún se encontraba sola. Se acomodó en la silla y, sirviéndose el primer mate, observó y se perdió en el color del mar. Rosas rojas. Flores. Flores amarillas.

—¿Y esto que mierda es? —preguntó Nahuel desconcertado una tarde que dejó a Sol en su departamento y se encontró con, fácil, quince ramos de flores y todas amarillas.

—¿No es hermoso?

—No. Me parece demasiado —sentenció molesto porque de a poco sentía que perdía a su hermana en brazos de ese actor que aún no conocía en persona—. Entiendo que son tus favoritas, pero deberías haberle dicho que te gustaban las joyas. Así las vendíamos y nos hacíamos con la guita —se burló mientras toqueteaba las flores sobre la mesa.

—No seas malo. Rodrigo es muy dulce. Y sí, es un poco exagerado, pero...

—¿Un poco? —dijo señalando su alrededor.

—Bueno... no te enojés. —Se acercó y lo abrazó—. ¿Cuándo vamos a organizar para que lo conozcás? Te estás haciendo el boludo para no verlo.

—Nada que ver. Hay mucho laburo, nada más.

—Bueno... ¿Cuándo?

—Después te aviso.

—Dale, gordo. No seas así.

—Bueno... está bien. El viernes estoy libre. —Sol dio un salto y se le subió encima. No daba más de felicidad. Los hombres de su vida, por fin, juntos.

Apretó el dedo sobre su mejilla y borró la lagrima que la tomó desprevenida. Se cebó otro mate y, llevándose una de las flores rojas a la nariz, agradeció que no fuesen amarillas.

El plato de frutas seguía intacto, pero el termo estaba casi vacío. Como no tenía nada que hacer, permaneció ahí, bajo la sombra del árbol, que la protegía del sol y le daba la frescura necesaria para soportar el calor. En Ecuador no había relojes, no había horarios que seguir y eso le encantaba. Se sentía libre. En eso pensaba cuando una voz la sorprendió.

—¿Todavía acá? —Sergio se acercó con su sonrisa enorme de dientes bien blancos. Tenía la piel tostada por el sol, al igual que Sol y que Nahuel—. ¿Te gustó? —Se acomodó en la silla junto a ella.

—Sí. Riquísimo. Gracias. —Le devolvió la sonrisa acompañada con el colorado de sus

mejillas, que había regresado con fuerza. Tenía que decidirse y pronto. ¿Le abría la puerta a Sergio e intentaba dejar atrás a Rodrigo, o viviría siempre con la herida abierta sin poder olvidarlo?

—No te comiste las frutas —comentó mientras tomaba una rodaja de manzana.

—No. Era demasiado. Comé vos... —Le acercó el plato—. ¿Qué pasó en el bar?

—Se desconectó la heladera grande y se descongelaron todas las bebidas. Nos llamó uno de los muchachos que cuida la cuadra, dijo que salía agua por debajo de la puerta.

—Uh. ¿Y Nahuel?

—Me trajo hasta acá y se fue a llevar al técnico que vino a revisarla y que vive súper lejos.

—Ah. ¡Qué macana! Me imagino lo que les va a salir arreglarla...

—Vos no te preocupés. ¿Estás lista?

—¿Ya?

—Sí. Pensé que me ibas a estar esperando con el traje puesto y la tabla preparada en la orilla.

—Me colgué con el paisaje. Ya mismo me cambio.

Sol regresó unos minutos después lista para zambullirse, Sergio apareció casi detrás de ella y juntos fueron en busca de las tablas, que guardaban en un cuartito lejano al hotel.

—¿Estás bien? —le preguntó mientras caminaban.

—Sí.

—Mirá que, si no querés que hagamos dos horas... no hacemos. Digo, por si estás asustada —bromeó.

—Nah... —Sol soltó la carcajada. Sergio siempre lograba hacerla reír.

—Entonces, ¿qué es? Te ves triste.

—Nada. No me des bolilla.

—Sabés que podés contarme lo que quieras, ¿no?

—Sí.

—¿Sí?

—Sí. —Le dio un empujón y aceleró el paso.

—Lo digo porque nunca me contás nada. Se nota que algo te pasa, pero no decís nada. En cambio, te levantás y te encerrás en tu mundo.

—Ay, Sergio... necesito comenzar de nuevo, olvidarme del pasado. No me hagás traerlo de nuevo. Estoy muy feliz así. —Se detuvo y lo miró a los ojos—. Vos, con tus clases y tus chistes, sos el mejor antídoto para mi tristeza.

—¿Sí?

—Sí, tonto. ¡No me mirés así!

—¿Así como? —Estaban a unos metros del galponcito, bajo el sol ardiente de las 10 de la mañana.

—No sé. Me hacés poner colorada. —Ahora se reía él.

—Mirá vos. —Se acercó un poco más sin quitarle los ojos de encima—. ¿Mejor?

—No, peor. ¡Dale! —Un paso más.

—¿Ahora?

—Sergio...

—Sol...

La boca perfecta de Sergio se acercaba a sus labios como en cámara lenta. ¿Qué hacer? ¿Debía darle una oportunidad? ¿Debía darse una oportunidad? Sabía que se sentía algo atraída hacia él. Era muy divertido, amable y considerado. La cuidaba igual o más que Nahuel. Y, además, tenía su atractivo —no podía negar que era un hombre hermoso—, con una mirada dulce capaz de conseguir todo lo que quisiera, una sonrisa compradora y el deporte que marcaba cada uno de sus músculos. Aunque no era grandote ni muy alto, tenía fuerza y un abdomen bien marcado. Sol se daba cuenta de cuánto llamaban la atención en el bar sus atributos, sus tatuajes y su actitud, mucho más que sus tragos.

Pero, sobre todo, estaban los momentos que compartían juntos, que la hacían sentir muy bien. Sus chistes, sus palabras y sus silencios. La dejaba ser. Y si... ¿Y si estaba poniendo todo eso en peligro por besarlo? Mejor no... no debía...

Cerró los ojos por inercia porque a dos centímetros estaba su boca, que venía por la de ella. «¡Qué más da! Veamos qué pasa», pensó mientras se entregaba a esos labios nuevos que, quizás, le devolverían la fe en el amor.

Capítulo 26

Dos meses sin Sol

Volvió de Olavarría más triste de lo que se había ido. Triste por muchos motivos. Su abuela, que era como la voz de la conciencia, había revuelto temas que le dolían, entre ellos, la relación con sus padres, su adicción y la partida de Sol.

—Tuviste todo a tus pies y lo dejaste por un programa más, por más ceros en tu cuenta bancaria —comentó para sí, dolorida—. Qué triste, querido.

—Sí, abuela. Así fue.

—¿Y esta chica? ¿Decís que se fue?

—Sí. Y me mata no saber dónde buscarla.

—Ay, nene. Un poco te entiendo, ¿sabés? Esa es tu madre, la que te puso esas cosas en la cabeza. Más plata. Más posición. No sé de dónde sacó esa actitud. No la entendí nunca. ¡Si tu abuelo hubiese vivido lo suficiente!

—La vieja tiene otras culpas, pero esta, justamente, no. Esta es enteramente mía, abuela. Las cagadas me las mandé yo.

—Sí, claro que sí. Pero desde que sos chiquito que te está presionando para más. ¿Ella? Justo ella, que fue la primera... —Meneó la cabeza y se detuvo antes de seguir hablando del tema. No era el momento para aquello—. Y después, esa representante tuya, nunca me gustó. Otra que te ve como un número y nada más.

—Ya sé. Lorena me llenó la cabeza, sí, pero el que la escuchó fui yo. Con el doctor Schumacher estamos trabajando esto justamente, hacerse cargo. Yo me hago cargo de lo que hice.

—Pobre chica.

—Sí. La destruí. Pero justo cuando pensé que la podía recuperar... —Bajó la cabeza, abatido.

—Querido... —Estiró la mano y apretó la suya—. ¿Qué vas a hacer ahora?

—Estos días acá con vos, solo, alejado de todo... me ayudaron a pensar lo que quiero hacer. Voy a cumplir con todos los contratos que tengo por ahora y pensé que, quizás, sería buena idea mudarme lejos del centro. ¿Te gustaría que me venga para acá con vos?

—Ay, nene. Me encantaría. Sería la mujer más feliz, pero... tu trabajo está allá.

—Sí. Pero creo que necesito salir de ese entorno. Tengo miedo de volver a caer. —Ni con su psicólogo había sido tan sincero.

—Ay, Dios nos libre y nos guarde. —Se persignó dos veces seguidas.

A su regreso, decidió tomar el toro por las astas y hacer las cosas bien. Había perdido todas las esperanzas de encontrarla porque no sabía dónde más buscarla. Había dejado de realizar el recorrido que había comenzado después de su partida: primero, al bar y rogarle a Guillermo o infligir un poco de pena en Lola y esperar a que le dijeran algo, que le dieran algún dato. Charlar con Horacio, el portero, y preguntarle por alguna novedad. Y las interminables charlas por WhatsApp con Pato y Pili, donde descargaba su ira, su dolor. Cuando volvió del campo, supo que ya no podía seguir con esa agonía. Si Sol decidía regresar, ahí estaría él esperándola, tal y como ella lo había esperado a él, sin saberlo.

Dos meses sin Sol y a la vida parecía no importarle. Todo el mundo iba y venía, los días pasaban sin ningún sobresalto. Todo continuaba su curso.

Una mañana, luego de filmar los últimos capítulos de la novela, pasó cerca del restaurante de Guillermo y decidió acercarse. Con la excusa de pedirle disculpas por incomodarlo tantas veces, estacionó y entró. Sabiendo muy bien que quizás aquella sería la última oportunidad de saber de ella. No debía volver. ¿Para qué? Sabía que él no soltaría prenda porque seguramente Sol se lo había pedido.

—Hola. —Se acercó directo a la barra, donde lo recibió un Guillermo un poco más avejentado que la última vez que lo vio.

—¿Qué hacés, pibe? Hacía mucho que no venías —comentó con la misma seriedad con que lo había tratado desde el día en que charlaron en Los Arcos.

—Sí. Me convencí de que no vas a soltar una palabra.

—Lo más sensato que te escuché decir. —Sonrió de costado mientras repasaba la barra, que brillaba debajo del trapo. La verdad era que le hubiese gustado decirle. Por un momento, pensó hacerlo, pero no. Sol le había rogado que no, y por algo era. A pesar de que le daba pena verlo tan triste —se notaba que sufría—, él estaba del lado de Sol.

—¿Puede ser un cortado?

—Claro.

—¿Lola? ¿No está?

—Está de vacaciones.

—Ah, qué bueno. ¿Para dónde se fue?

—Ecuador.

—Qué lindo. Gracias. —Tomó la taza y le agregó un saquito de azúcar—. ¿Se fue sola?

—Se encontraba con una amiga allá.

—Ah... Bueno. Mandale saludos cuando vuelva. —Hizo una pausa mientras revolvía el café y

le daba el primer sorbo—. Guille, yo te quería pedir disculpas. Fui un idiota, me desubiqué muchas veces acá y no estuvo bien.

—Ya pasó. Ya está.

—Espero que esté todo bien entre nosotros.

—Tranqui. Digamos que no me jode que vuelvas a tomarte unos cafecitos.

—Gracias —dijo mientras le daba el último sorbo a su café—. Todo lo que hice fue por ella, porque sentí que me moría cuando se fue. Bah... todavía me duele, pero entendí que si no hago algo...

—Flaco... no hace falta que me expliques nada. Vos sabrás.

—Bueno. Me voy. —Sacó la billetera y Guillermo le hizo señas de que no hacía falta—. Gracias por el café.

Salió del restaurante y pensó en la posibilidad de que aquella amiga que Lola había ido a visitar a Ecuador fuese Sol. Antes de arrancar, abrió su Instagram y la buscó y, cuando no la encontró, repitió la búsqueda en Facebook. También sin éxito. Quizás sí, quizás aquella amiga fuese Sol, pero Ecuador era un país grande y podría estar en cientos de ciudades. Su entusiasmo murió mucho antes de crecer.

Llegó a su departamento y, como todos los días, le dedicó un tiempo a chequear sus *mails*. Buscaba sin decirlo uno de ella. Nada. Una vez terminada la tarea, se dirigiría al gimnasio, realizaría su rutina y volvería a su casa para encerrarse y no volver a salir hasta la siguiente mañana para ir a trabajar. Ya no frecuentaba la noche pese a los pedidos de Lorena, quien le insistía que debía mostrarse en cámara. Tampoco se juntaba mucho con ella e intentaba mantener distancia de su intoxicante personalidad. El tiempo en Olavarría y las sesiones con su psicólogo le habían hecho entender que debía alejarse de ella lo más pronto posible. Pero todavía tenía muchos contratos que cumplir.

Lautaro le mandó un audio mientras iba camino al gimnasio. Necesitaba verlo y accedió porque sabía que su hermano no la estaba pasando muy bien. Más bien, ninguno de los dos lo estaba pasando nada bien. Cuando regresó lo encontró esperándolo en la puerta del departamento.

—¿Por qué no entraste? Te di una copia de la llave —le preguntó Rodrigo apenas salió del ascensor y lo vio.

—Me la olvidé.

—Me doy una ducha rápida y estoy —le dijo mientras cerraba la puerta—. Ponete cómodo. —Rodrigo salió envuelto en una toalla, descalzo y refregándose la cabeza—. ¿Estás apurado? —le preguntó a su hermano, que observaba la vista de la ciudad desde la ventana.

—Cambiate. Te espero.

A los pocos minutos regresó y se sentó en el sillón con una cerveza en cada mano. No dijo nada y esperó a que Lautaro hablara. Como no lo hizo, lo apuró.

—Dale, te escucho —dijo y le extendió una de las cervezas.

—Bueno... sabes que este fin de semana es el cumpleaños de papá. Y te vine a rogar que

vengas.

—¿Eso era? ¿Por eso tenés la cara tan larga?

—Entre otras cosas.

—Bueno, vamos por parte. Ya te expliqué más de una vez. Si mamá quiere que vaya al cumpleaños de su marido, que-me-lla-me.

—No seas así. Sabés que papá se va a poner contento.

—Tu papá querrás decir.

—Basta, Rodrigo. ¿Cuánto más vamos a seguir con este tema? No nos castigues más.

—Vos tomás la posta de esta situación cuando no es tu problema. Yo no estoy enojado con vos. Al contrario. Creo que durante este tiempo nuestra relación mejoró muchísimo. Pero no te metás en esto. No es asunto tuyo.

—Sí, opino igual en cuanto a vos y a mí. Pero sería un escándalo si no vas. Lo sabés. Es una fiesta donde va a ir la gente más influyente del país. Creo que hasta el presidente va a estar.

—Me chupan un huevo el presidente y todos esos funcionarios amigos de ustedes. No voy.

—No te voy a convencer, ¿no?

—No lo creo.

—Dejo de intentar, entonces.

—Lo mejor que podés hacer. —Le dio un sorbo a su cerveza y Lautaro lo imitó—. ¿Qué más?

—Lourdes.

—¿Cómo viene el embarazo?

—Perfecto. Pero... no entra en razones en cuanto al casamiento y... el tiempo pasa y se le va a empezar a notar y tengo que hablar con los viejos.

—Hablá de una vez y mudate con ella. El piso que tiene en Libertador es genial.

—Quiero hacer las cosas bien.

—¿De qué tenés miedo? ¿De que te saquen del testamento, boludo?

—No. No quiero más escándalos. Demasiado tuvimos con vos y... —Se frenó antes de seguir.

—Decilo.

—No hace falta. Sabés a lo que me refiero.

—Bueno, hermano, fijate porque... tic tac, el tiempo corre y la panza crece.

Permanecieron en silencio compartiendo las cervezas hasta que terminaron. Lautaro buscaba en su cabeza la solución para su problema y Rodrigo pensaba en Sol, en dónde estaría, en lo que estaría haciendo. ¿Sería feliz sin él? ¿Sería que en verdad debía dejarla ir? ¿Olvidarse de ella?

—No apareció más la piba, ¿no? —le preguntó Lautaro, como leyendo sus pensamientos. Lautaro sabía de la historia con Sol por Patricio, que lo mantenía al tanto.

—No. Como si se la hubiese tragado la tierra.

—¿Por ella no querías decir aquello que te pidió Lorena?

—¿Eh?

—Lo de la reunión. ¿te acordás?

—¡Ah! Sí.

—Somos medios boludos vos y yo, ¿eh?

—Hablá por vos, idiota —se burló y fue en busca de otra cerveza.

Mientras Rodrigo desaparecía del *living*, Lautaro le escribió a Pato.

Lautaro: «No lo veo bien. ¿Mañana venís vos?»

Capítulo 27

Vacaciones en Ecuador

Verlas juntas era como ver a la misma alegría en persona. Sol había resucitado con la presencia de Lola en Montañita. Desde el día en que fueron a buscarla al aeropuerto, todo había cambiado de color. Estaba alegre, reía más, y los momentos en que se apagaba eran escasos, casi contados con los dedos de una mano.

—¡Qué alegría que estés acá, amiga! —exclamó Sol cuando se fundieron en un abrazo en Guayaquil.

—Ya quiero ir a la playa. ¿Estamos lejos?

—Unas horitas. Pero el viaje es hermoso, te va a encantar.

—Estás quemadísima.

—Muchas horas en el agua —agregó Sol mientras se dirigían al estacionamiento, donde las esperaba Nahuel.

—¿Y Sergio no vino? —le preguntó Lola en susurros.

—No. Uno de los dos se tenía que quedar en el bar. Vamos a llegar justo para la nochecita y alguien se tenía que quedar a abrir.

—Guau, amiga. ¡Cuánto cambio!

—Tremendo. ¿Cómo estuvo tu vuelo? ¿Qué comiste?

Conversaron de los detalles del viaje, compararon experiencias y se abrazaron, fácil, tres veces antes de llegar a la camioneta.

—¿Ese es tu hermano? —La codeó cuando divisaron a un muchacho alto de cabello castaño algo alborotado, vestido con shorts y musculosa celeste.

—Sí, ubícate. No me hagás pasar vergüenza. —Sonrió disimuladamente—. Nahue...

—¡Ey! ¡Hola!

—Hola.

—Ella es Lola. Lola, él es Nahuel. Mi hermano.

—¿Qué tal?

—Bien. ¿Cómo estuvo el viaje? —preguntó estirando el brazo para agarrar el equipaje de Lola.

—¡Espectacular! —exclamó mientras le entregaba la valija y la miraba a Sol con doble

intención.

Lola trajo diversión asegurada y encajó perfectamente con la personalidad de Sergio. Entre los dos vivían haciendo chistes y hacían que Sol corriera al baño en más de una oportunidad, por miedo a hacerse pis encima de tanto reír. Lola acompañaba a Sol en su caminata matutina y luego, mientras Sergio y ella estaban en el agua, se recostaba en la playa con un libro. A veces Nahuel se les unía, otras, estaban los cuatro metidos mar adentro, descubriendo el fondo marino y su belleza.

Las miradas entre Sol y Sergio se intensificaban y no habían vuelto a hablar del beso bajo el sol de unos días atrás. Nahuel los observaba disimuladamente y rogaba que todo se diera lo mejor posible, por el bien de los dos. Su amigo estaba súper enamorado de su hermana, pero presentía que Sol no se había olvidado de Rodrigo aún.

—Hacen linda pareja, ¿no? —comentó Lola, mientras se acomodaba a su lado en una mesa del bar.

—Sí. Ojalá funcione. Por los dos.

—Sí. Yo la veo muy bien a ella. Y este lugar... le vino bárbaro. Es bellissimo.

—Sí. Es cierto. —Volvió la vista a Lola y descubrió unos ojos marrones brillantes detrás del maquillaje y una sonrisa enorme, que le produjo cosquillas en el cuerpo—. ¿La estás pasando bien?

—Genial. Gracias por hablar con la gente del hotel y permitirme quedarme.

—No hay por qué. Si hubiese sabido que se pondría así de feliz al verte, te hubiese invitado antes, o te hubieses venido con nosotros. —Nahuel rio y Lola también—. ¿El idiota la estuvo buscando?

—Todos los días, hasta hace un tiempo, que dejó de venir.

—Se dio por vencido. ¡Qué bueno!

—No lo creo. Pero... puede ser.

—¿Mi hermana te preguntó por él?

—Mmm... no. Ni siquiera lo nombró. Creo que está un poco ocupada... —agregó mientras apuntaba con la cabeza a Sol, quien seguía conversando con Sergio—. ¿Bailamos? —La pregunta sorprendió Nahuel.

—No. Yo no bailo. Soy de madera. Sergio es el bailarín.

—Pero yo no quiero bailar con Sergio —agregó poniéndose de pie y extendió la mano, invitándolo a la pequeña pista que se formaba en el centro del lugar.

—Si te piso, lola... mento. —Y se rio al darse cuenta del juego de palabras.

—Ja. Ja. Te perdono porque dijiste que sí. —Lo arrastró a la pista y payasearon junto a los pocos locos que bailaban a esas horas.

Desde la barra, Sol y Sergio los observaban con atención y reían mientras veían a Nahuel intentar coordinar un paso. En un segundo y sin darse cuenta, la mano de Sergio fue a parar sobre la de ella y así permaneció por un rato.

—Me encanta esa pareja —comentó.

—No sé. Lola es divina, pero... no sé qué onda él. Nunca me presentó ninguna chica.

—Pero eso no significa que no haya estado con nadie.

—Ajá. Vos le conocés las noviecitas.

—No. Novias, no.

—¿Eran compañeritos de andanzas ustedes?

—Nada que ver. —Quitó la mano y fue a atender a un cliente que recién llegaba. Una vez servido el trago volvió a su lado—. ¿Vos?

—¿Yo qué?

—¿Tuviste muchas andanzas?

—No. Muy pocas. Re pocas. —Rio y se acomodó en la silla para mirarlo de frente.

—Me muero de ganas de darte un beso —exclamó Sergio con la mirada clavada en los labios de Sol, que por instinto se los tapó con la palma de la mano, nerviosa ante el comentario. Aun con las luces bajas se podía ver el colorado de sus mejillas—. Me encanta que te pongás colorada. —Extendió la mano y le acarició el rostro. Ante el contacto, Sol movió la cabeza alejándose hacia atrás.

—Perdón —dijo avergonzada.

—No hay drama. Yo me desubiqué.

—No. No —se apresuró a decir—. No es tu culpa. Soy yo. Me cuesta soltarme.

—Pero... y... ¿querés soltarte, Sol?

—Mmm... —Lo observó detenidamente. Sus pestañas tupidas, sus ojos marrones brillantes y su sonrisa—. Sí. Quiero soltarme, pero creo que no sé cómo hacerlo.

—No te preocupés. Yo te ayudo. —Dio vuelta a la barra y la invitó a la pista. Se unieron a Lola y a Nahuel, que reían descostillados ante los pisotones y los pasos fallidos.

—Sergio... dale clases a tu amigo, que no caza una —se burló Lola, sin soltar la mano de Nahuel.

—Este es de madera. No hay caso. Pero quizás con otro tipo de música... —Se llevó la mano a la boca y silbó. El DJ lo vio y cambió de tema al ver el gesto de Sergio. *Careless whisper*, de George Michael, comenzó a sonar y tanto Nahuel como Sergio se arrimaron a sus parejas y se pegaron a ellas.

Los cuerpos se acompasaron y los latidos se convirtieron en uno. Los ojos de Sergio no se despegaban de los de Sol. Nahuel no dejaba que Lola se desentendiera de su hombro. Las dos parejas bailaron solas en la pista ante unos pares de ojos que los observaban. Cuando finalizó la canción, Lola y Nahuel estaban tan concentrados besándose que no se dieron cuenta de los aplausos y los silbidos de los cinco clientes que había en el bar.

Llegaron al hotel sin decir demasiadas palabras. Nahuel y Lola se despidieron con un tímido beso en la puerta del cuarto de Sol.

—¡Perdoname! —le repitió Lola por decimocuarta vez antes de acostarse junto a su amiga.

—Dejá de pedirme perdón, que no es nada.

—¡No! Me siento re mal. Debí decirte que me encanta tu hermano.

—No hace falta ni que lo digás. Le querés dar desde antes de conocerlo.

—¡Eh! Tampoco tan así.

—Ay, Dios. Dale, metete en la cama, que son casi las cuatro de la mañana.

—¿Tenés sueño, vos?

—Maso.

—Contame... ¿de qué hablaban con Sergio en la barra?

—Nada en especial.

—¿Te gusta?

—¿Qué cosa?

—Sergio, estúpida. ¿Te gusta?

—Sí. Bah... No sé. No como... no de la misma manera que con...

—Ya sé. Con Rodrigo era distinto. ¿no?

—Muy. Pero... no me malinterpretés. Quiero darle una oportunidad a Sergio. Estos meses acá fueron geniales gracias a él. Es re bueno conmigo. Y me encanta su personalidad.

—Sí. Y además se nota que está súper enamorado de vos.

—¿Sí?

—Re.

—Lola... yo estoy muy bien con él. Es más, a veces siento que estoy lista para dar el siguiente paso. Pero después pienso en...

—¿Qué paso? ¿De qué me hablás?

—De... ya sabés. Eso.

—¿Qué? Hablame claro.

—De estar con él.

—De tener relaciones, decís. —Sol asintió con la cabeza—. ¿Tenés ganas?

—Sí. No soy de piedra. Además, digamos que está bastante bien, ¿o no? —Se tapó la boca para contener la risa—. Pero cuando estoy a punto de abrirme, de acercarme y dejar que me...

—¿Qué?

—Aparece él. Se me aparecen sus ojos, su boca, su perfume... y me acuerdo de la última vez que estuvimos juntos. Y no sé si es justo para Sergio, ¿entendés? ¿No debería esperar a olvidarme de Rodrigo?

—Amiga... ¿vas a poder olvidarte de Rodrigo?

—No creo. Eso es lo más triste.

Capítulo 28

Las noticias vuelan

Lola y Sol se despidieron en Montañita bien temprano a la mañana. Nahuel le había rogado que le permitiera llevarla al aeropuerto sin ninguna compañía. Quería almorzar con ella y darle un paseo por Guayaquil antes de que saliera su vuelo a la tardecita. Sergio no puso ningún pero. En cambio, Sol se enojó muchísimo con su hermano, hasta que por fin entendió que en verdad Lola le gustaba y quería estar a solas con ella.

—Perdoname, Sol —le dijo mientras cargaba la valija de Lola en la camioneta.

—Te perdono porque sos vos y vos me perdonaste muchas cosas peores. Pero... la verdad, me da pena no poder estar con ella y despedirme en el aeropuerto.

—Bueno... —Lola salió del baño agitando los brazos y arrojando besos a aire—. Este cuerpito se va despidiendo de Montañita.

—Buen viaje, Lola. Avisanos cuando llegués a Buenos Aires. —Sergio la saludó y le dio un abrazo sincero.

—Cuidamelá, ¿eh? —le dijo al oído antes de separarse.

—Eso ni lo dudes.

—Tenele paciencia —agregó con un tono más alto y mirando directo a los ojos de Sol—. Tiene el corazón con agujeritos.

—¿Vamos? —Nahuel ya estaba subido a la camioneta esperando a Lola.

—¡Amiga! —Sol se abalanzó sobre Lola y se permitió soltar esa angustia de la despedida.

—No llores. En un tiempito te vuelvo a visitar.

—¡Por favor!

—Además, ahora tengo una razón más importante. —El comentario hizo sonreír a Sol.

—Ja. Gracias a esa razón no puedo acompañarte al aeropuerto.

—Amiga... yo también me merezco un poquito de amor, ¿no?

—Sí. Sí. Tenés razón. Andá y disfrutá. —Se despegaron y se tomaron de las manos.

—Te quiero, Sol. Cuidate y dejate cuidar.

—Lo voy a intentar, te lo prometo.

Lola volvió a abrazarla y se dirigió al vehículo, donde Nahuel la esperaba impaciente. Cuando

cerró la puerta, oyó el grito de Sol.

—¡Esperen! —Sol corrió hasta la puerta de Lola y le entregó una pulserita de cuero que la había acompañado por años—. Guardamelá hasta que nos volvamos a ver —le dijo con lágrimas en los ojos.

—Ya mismo me la pongo.

Lola y Nahuel salieron hacia Guayaquil antes de las ocho de la mañana. Sus planes eran almorzar en aquella ciudad y, seguramente, —no lo dijeron, pero Sergio y Sol se lo imaginaron— pasarían algunas horitas en algún hotel antes de dirigirse al aeropuerto.

La camioneta se perdió de vista y Sol seguía lagrimeando. Solo que ahora lo hacía en los brazos de Sergio, que se había acercado a consolarla.

—¿Vas a ir a caminar hoy? ¿Querés que te acompañe? —le preguntó con una voz dulce mientras le acomodaba los mechones del pelo.

—Dale. Vamos.

Descalzos y con las ojotas en la mano, recorrieron la playa hasta el final, donde se encontraron con unas rocas altísimas, y se detuvieron a descansar. El sol salía de a ratos de entre las nubes y bañaba las olas del mar. Se sentaron a recuperar fuerzas uno junto al otro. Sergio no hablaba y Sol disfrutaba de los silencios que él le daba. Sentía que no hacía falta decir nada, que podía estar así, sin sentirse incomoda.

—Se la va a extrañar —comentó Sol apoyando la cabeza sobre el hombro tostado de Sergio.

—Sí. Nahuel más que nadie.

—Ser...

—¿Qué?

—Creo que estoy lista.

—¿Lista? —se removió y giró la cabeza para verla. Sol miraba al horizonte, perdida en el verde del mar.

—Sí. Lista para dejarte entrar.

—Sol... —Eufórico, pasó su brazo por sobre los hombros de ella y pegó su cuerpo al suyo. Aunque se moría de ganas de acostarla en la arena y tomarla allí mismo, intentó controlarse.

—Solo quiero que sepas la verdad.

—¿La verdad?

—Sí. El verdadero motivo que me trajo a Ecuador y... —Dudó si contarle lo que había pasado con Rodrigo, pero quería dejarle en claro sus sentimientos. Sergio se merecía saber lo que sentía.

—Sol. Esperá. —Sergio la detuvo y la obligó a que lo mirase—. No me importa qué o quién te trajo acá. De verdad. No me interesa. ¿Sabés por qué? —Tomó su cara suavemente—. Porque lo que pasó en Buenos Aires se quedó allá. Quien sea que te haya lastimado no está acá. Acá estoy yo. Y yo quiero hacerte feliz. Quiero hacerte sonreír todo el tiempo, quiero que disfrutes de la vida. Nada más. Y sí, no soy estúpido y sé que todavía te pasan cosas con él, pero te pido que me des una oportunidad para demostrarte que amar no es sinónimo de sufrir y...

—¡Shh! Ya está. —Apoyando su dedo índice en los labios de Sergio, lo calló—. Me convenciste mucho antes de que empezaras hablar. —Sol bajó los parpados y se acomodó entre los brazos de Sergio. Se quedaron así, abrazados, contemplando el océano, animándose a un nuevo comenzar.

Lola se embarcó a las 20:35 y llegó a Ezeiza a la madrugada del día siguiente. El aeropuerto internacional bullía de gente. Salió y enseguida se encontró con su familia, que había ido a buscarla. Abrazos, besos y sonrisas acompañaron su andar hacia la puerta de salida.

—¡Lola! —Una voz llamó su nombre, pero no alcanzaba a encontrarla entre la multitud. A los pocos segundos, Rodrigo se acercaba con pasos largos, levantando la mano.

—¡Ey! —Lola lo saludó y le presentó a su mamá, a quien por poco y le da un infarto al ver en vivo y en directo al famoso actor—. ¿Te vas o volvés? —le preguntó.

—Me voy a España por unos días. ¿Vos? ¿De dónde venís?

—Montañita, Ecuador.

—Estás super bronceada.

—¡Ay, gracias! ¿Vos? ¿Bien?

—Sí, sí. Dicen que es muy lindo Ecuador.

—Sí, es hermoso. Me encantó. Emm.. —Incómoda y temiendo meter la pata, se despidió—. Bueno... me voy, que mi papá nos está esperando en el auto.

—¿Puedo pedirle un autógrafo? —le preguntó la mamá de Lola y los dos rieron ante la pregunta.

—Sí, ¡cómo no! Pero no tengo birome...

—Yo tengo. —Lola metió la mano en la cartera y sacó algunas cosas hasta dar con...

—¿Y esa pulserita?

—¿Eh?

—¿Esa pulserita? ¿Dónde la conseguiste?

—Emm... me la compré allá... en Ecuador. —Nerviosa siguió buscando la lapicera.

—¿Estuviste con Sol, Lola?

—¿Qué? ¿Sol? ¡No! No. Me fui sola. Sola, sola.

—¿Sola?

—Sí, sola —repitió—. No, no tengo birome. Mamá, te va a deber el autógrafo. ¿Sí? ¿Vamos? Chau, Ro. ¡Buen viaje! —Comenzó a caminar rápidamente.

Sol estaba en Montañita, Ecuador. La había encontrado, por fin.

Capítulo 29

¿Ecuador o Madrid?

—**N**o. No hagás boludeces, Rodrigo —le dijo Pato del otro lado del teléfono. De casualidad lo había llamado para preguntarle unas cosas y Rodrigo le comentó acerca de lo que acababa de enterarse.

—Voy a cambiar el pasaje y me voy para allá. No me importa. Montañita no es Buenos Aires. La voy a encontrar.

—Ro... pensá. Pensá lo que estás diciendo. ¿Y si no quiere estar con vos? ¡Por algo se fue, boludo!

—No me interesa. Yo quiero saber por qué me dejó. ¿Qué hice? ¿Qué le hice?

—Estás muy nervioso. Mi consejo es que vayás a Madrid, hagás tus cosas... calmate y después, ya más tranquilo, pensás qué es lo mejor.

—Lo mejor es estar con ella. La quiero conmigo, Patricio. ¡Ya!

—No seas egoísta. Pensé que habías cambiado esas cositas...

—No cuando se trata de ella. Me voy a Ecuador. Ya mismo le aviso a la gente de Madrid.

—¡Sos un gil! —Y le cortó.

Rodrigo se quedó mirando el celular por unos segundos, pensando en Pato y en sus palabras. Tenía razón. ¿A qué iba a ir? ¿Y si ella no lo quería a su lado? Pero... por otro lado, la necesidad de aclarar lo que había ocurrido urgía. La necesidad de verla, de tenerla otra vez en sus brazos, iba en aumento con cada minuto que pasaba.

—Quisiera cambiar mi pasaje.

—¿Hacia dónde?

—Guayaquil.

—Mmm... déjeme ver si tengo lugar. ¿*Bussiness*?

—Sí.

—Tengo un lugar, pero para la noche. Llegaría mañana.

—¿En económica?

—A ver...

—Lo mismo. No hay lugar. Mil disculpas, caballero.

Se corrió de la fila y preguntó en otra aerolínea. Tampoco consiguió y lo tomó como una señal. Mientras esperaba en la cola, con los lentes puestos tratando de mimetizarse con las personas, un *mail* entró en su casilla. Lorena le había reenviado un archivo importante para lo que haría en Madrid. Se despidió con la frase «Hacé las cosas bien. Este es un trabajo importantísimo de gente muy influyente. No quedés mal, que te arruinás la carrera para siempre. Besito, bombón».

—Señor...

—Un pasaje a Guayaquil...

—Mmm... No. Nada para hoy. Mañana al medio día tenemos disponible...

Parecía que el universo le decía que no debía viajar. Por lo menos, no ahora. Regresó y realizó el *check in* para viajar a Madrid. Pensó en todo lo que había hablado con su psicólogo, acerca de cómo manejar su ansiedad y tratar de no ser tan impulsivo.

«Sé que estás en Ecuador...». Borró. «Me encontré con Lola y...». Volvió a borrar. «A mi regreso de España, voy para allá y me vas a explicar qué pasó. Sé que estás en Montañita. Nos vemos en unos días. R». Borró por última vez. La tomaría por sorpresa.

—Pato...

—¿Dónde estás? ¿Camino a Ecuador o a Madrid?

—Madrid.

—Bien, amigo. —Rodrigo no respondió—. No conseguiste pasaje, ¿no?

—No.

—Bueno... por algo es.

—Eso es lo que pensé.

—Es lo mejor. Yo sé que te morís por ir, pero...

—Ya sé. Voy a cumplir con lo que tengo que hacer y de Madrid viajo directamente a Montañita. No voy hoy mismo porque sí, tenés razón, tengo que calmarme, pero... voy a ir. La voy a encontrar.

Apenas obtuvo señal, camino a su casa, Lola le escribió un *mail* a Sol.

«Amiga, me encontré con Rodrigo en el aeropuerto. Se dio cuenta de que la pulserita era tuya y me preguntó si había estado con vos. Le dije que no, pero no me creyó. Ojo porque me parece que va a ir a buscarte. Te quiero y ya te estoy extrañando».

Sol leía el *mail* de Lola y no podía creer lo que había ocurrido. ¡Qué tan grande podría ser la coincidencia! ¿Cómo podía ser que se encontraran y que Rodrigo recordara su pulsera?

—¿Llegó bien Lola? —le preguntó Sergio al verla en la computadora.

—Sí, sí. Llegó bien. ¿Nahuel? ¿Ya volvió?

—No. Se iba a quedar buscando unos licores que acá no consigo. ¿Estás bien?

—Emm...

—Decime, Sol. ¿Qué pasa?

—Vení, hablemos. —Estiró la mano y lo invitó a sentarse junto a ella.

—¿Pasó algo?

—Viste que yo te dije que me vine a Ecuador por...

—Por un flaco.

—Sí.

—Que te lastimó... —Sol hizo un gesto extraño y Sergio lo notó—. No des vueltas, Sol. ¿Qué pasó?

—No quiero que te enojés.

—¿Por qué me voy a enojar? Bah... me voy a enojar si no me decís de una vez.

—Salía con un chico en Buenos Aires, que me dejó hace un tiempo.

—Ajá... ¿Y?

—Y bueno... no lo vi más hasta unos días antes de viajar. Como que estuvimos a punto de arreglarnos, pero me di cuenta de que no iba a funcionar y me vine para acá.

—Bien. ¿Entonces?

—Yo no le dije nada, ni siquiera me despedí. Nada. Lola me comentó que me estuvo buscando, pero no supo dónde estaba hasta hoy.

—¿Hasta hoy? ¿Ahora sí sabe que estás acá?

—Sí. Lola me acaba de avisar.

—¿Y cómo se enteró? Igual, no creo que venga... —Sol pestañeó—. ¿Vendría?

—Sí. Conociéndolo... sí.

Sergio se recostó sobre la silla y bajó la mirada. Se concentró en las rueditas del asiento de Sol e intentó digerir lo que le acababa de decir. Su exnovio vendría a buscarla.

—Vos decís que te va a venir a buscar.

—A buscar, no. No soy una nena. Yo de acá no me muevo.

—Bueno... No se habla más entonces. —Cambió el gesto y se puso de pie—. ¿Estás lista para ir al bar?

—¿No vas a decir nada?

—No sé qué te puedo decir. Tu ex viene para acá, pero vos me decís que te vas a quedar. Así que... no hay ninguna historia. ¿O sí?

—No, pero pensé...

—Creo que, si vos estás segura de quedarte con nosotros, ya no hay más que decir. Lo esperaremos con los brazos abiertos. —Giró y le dio la espalda—. ¿Vamos?

—Sí. Vamos.

Sol estuvo inquieta durante toda la noche y casi ni habló con Sergio. A pesar de haber compartido esa tarde en la playa, donde le permitió acercarse, actuaba como si no lo conociera. Nahuel llegó bastante tarde de Guayaquil y se encontró con el panorama. Sergio fue quien le dio la

noticia.

—¿Rodrigo viene para acá? ¿Estás seguro? —le preguntó al escuchar toda la información.

—Según ella... dice que sí. Que vendría.

—¿Y cómo lo tomó?

—Mal. Cambió completamente. Ayer ella y yo...

—¿Estuvieron juntos?

—No. No. Pero me dio a entender que quería tener algo conmigo. Y hoy... hoy está así. — Nahuel estiró el cuello desde la puerta y la observó. Sol iba y venía como siempre, pero había algo en su actitud que había cambiado. Nahuel reconocía ese patrón, esa mirada baja y los hombros caídos.

—¿Qué hijo de mil putas! A tres mil kilómetros y el muy infeliz le sigue cagando la vida.

—¿Qué onda? ¿La trataba mal? —Se acercó y susurró—: ¿Le pegaba?

—No. No. Pero la lastimó muchísimo. De un día para otro, se apareció y la dejó. Voy a hablar con ella.

Sol lo vio venir, dejó la bandeja sobre la mesa y corrió a los brazos de su hermano. Lloró sobre su pecho y juntos, abrazados, salieron a la parte de atrás a conversar.

—Va a venir. Va a venir.

—Sol... escuchame.

—No me quiero ir de acá, Nahue.

—Y no te vas a ir. Te lo prometo. No nos vamos a ir de acá.

—¿Y cómo vamos a hacer?

—Lo vamos a enfrentar.

—¡¿Qué?!

—Sol. Sabés que, tarde o temprano, lo vas a tener que enfrentar.

—No quiero.

—Sol...

—Nahuel. Vos no entendés. No estoy lista para verlo. Todavía no.

—Pero...

—Pero nada. No puedo verlo. No ahora que... —Giró y dirigió la mirada a Sergio, que acomodaba las mesas.

—¿Por Sergio?

—Sí. No lo quiero lastimar.

—¿Y por qué lo harías?

—Porque... —Las lágrimas caían una a una, sin parar—. Porque, aunque traté y traté de enamorarme de él, yo lo sigo amando, Nahue. Sigo amando a Rodrigo. Y tengo miedo de...

—Shhh... Ni lo digás.

Capítulo 30

Sinceridad y dolor

Una semana.

Una semana sin noticias y Sol era un manojito de nervios. Se perseguía mirando para todos lados antes de entrar y salir de Argentó. Cada vez que se abría la puerta del bar, su corazón se detenía. Sergio y ella habían hablado unos días antes, luego del *mail* de Lola, y todo había quedado bien claro.

—Lo amás —le dijo en el medio de un comentario de Sol mientras caminaban juntos por la playa. El día estaba igual de nublado que el corazón de ambos.

—Sí. Lo sigo amando. No me olvidé de él. Pero...

—¿Y dónde entro yo, Sol? —le preguntó con sinceridad, sin enojo.

—Yo quiero, con todo mi corazón, poder estar con vos y que estemos bien.

—No entiendo. Vos decís que querés que empecemos algo, que estemos juntos. Pero desde que te enteraste que quizás...

—No quizás. Yo sé que va a venir. Lo sé.

—Bueno, me corrijo. Desde que te enteraste de que venía, estás nerviosa, ansiosa. Si vos no querés estar con él y... —La detuvo—. Querés estar conmigo, ¿cuál es tu miedo? Si viene, le decimos...

—¡No es tan fácil! —respondió en un tono más alto, casi enojada.

—A mí me parece que sí y te estás enroscando demasiado. —Retomaron la caminata.

—No. El miedo no es por mí, es por vos.

—¿Por mí?

—Sí. Yo no te quiero lastimar, Sergio. Sos muy importante para mí. Estos meses con vos fueron un salvavidas para mí. Argentó, el Kundalini, todo. Todo lo que construimos acá me hace bien. Y me da pánico verlo porque... porque temo tirar todo por la borda. ¿Entendés?

—A ver... vos tenés miedo de verlo y volver con él.

—No es lo que quiero. Bah, no es lo que mi cabeza quiere. Pero... pero Dios sabe cuánto lucho por arrancármelo del corazón.

—Ya veo.

Caminaron en silencio hasta el final de la playa, pero esa vez no se sentaron a contemplar el mar. Regresaron en silencio. Sol iba comiéndose las uñas y Sergio, cavilando sobre la conversación que acababan de tener. ¿Qué había pasado? ¿Cómo se había trastornado todo de esa manera? Si... todo, todo estaba tan bien hasta hacía unos días. Sol le había permitido quererla y estaba dispuesta a empezar algo con él. Y ahora, todo se había derrumbado.

—¿Estás enojado conmigo?

—No. Estoy pensando.

—¿En qué?

—En que... —dudó.

—En que ¿qué...?

—En que lo mejor va a ser que me vaya a Buenos Aires un tiempo. Si viene, no me gustaría estar acá y ser espectador en la primera fila y ver cómo te vas con él.

—No, Sergio. —Ahora ella lo detuvo a él.

—Ponete en mi lugar, Sol. Yo no tengo un simple metejón con vos. Yo estoy enamorado.

—¡No te vayás!

—¡Sol! —No se contuvo y la tomó de la mano. La atrajo hasta él y la pegó a su pecho—. Dejame ir. Por favor.

—No... no quiero que te vayás. No sé si voy a poder hacerlo sola.

—Sol... —La tomó suavemente de la cara y la obligó a mirarlo. Sergio tenía la mirada brillante y cargada de pena—. Te amo. Pero no podés pedirme que... —Esa vez, ella se acercó y lo besó en un arrebato. Sergio no se contuvo y recibió el beso, profundizándolo. Las manos de él querían viajar a lo largo de su cuerpo y recorrerlo todo. Su mente, en cambio, le gritaba que esa boca que lo besaba no era completamente suya y tenía dudas. Dudas que vendrían a buscarla y la reclamarían. Pero... ¡qué bien sabían sus labios! ¡Qué dulces eran!

—Perdón... —Sol se apartó avergonzada por lo que acababa de provocar.

—Con más razón. No me puedo quedar. Perdoname. —La soltó y la dejó en la orilla.

Verlo alejarse hacia el hotel le destrozó el corazón. No podía ser que, otra vez, Rodrigo se llevara lo mejor de su vida. Otra vez su nombre se atravesaba y no le permitía ser feliz. ¿Por qué? ¿Por qué tuvo que encontrarse con Lola en el aeropuerto? ¡Maldito destino que se había encaprichado con ella y con él!

Sergio desapareció de su vista y ella caminó lentamente hasta el hotel, tratando de juntar los pedazos de su alma.

Los días que siguieron caminó sola. Sergio viajaría en un par de días y había puesto una distancia helada entre ellos, que la sumía aún más en la pena. Casi no hablaban. Nahuel intentaba poner un poco de humor, pero las caras de los dos le devolvían alguna que otra sonrisa y nada más.

—Me voy mañana para Buenos Aires —les dijo mientras almorzaban en el hotel.

—Bueno. Te llevamos, ¿quierés? —suavizó Nahuel.

—No. Me voy en micro. No se preocupen.

—¿Quién va a atender el bar? —preguntó Sol.

—Nahuel ya tiene un candidato que le pasé. Pónganlo a prueba unos días y se fijan.

—¿Cuándo volvés? —habló Nahuel mientras devoraba el plato.

—Calculo que en un mes. Tengo que poner en orden las panaderías y controlar cómo viene la mano.

—¿Tanto? —acotó Sol, que no le sacaba los ojos de encima.

—Sí. —Por fin la miró—. Tanto. —Sol se levantó y, encaminándose a su habitación, los dejó solos.

—Bueno. Mañana te alcanzo a la terminal. Si querés... —le preguntó Nahuel, siguiendo la mirada de Sergio, que se iba detrás de Sol

—Dale —le respondió sin mirarlo.

—Andá —lo animó y Sergio se paró para seguir a Sol. La encontró envuelta en lágrimas en el pasillo.

—¡Ey!

Cuando lo oyó, se abalanzó sobre él y lloró en sus brazos. Estaba triste porque se iba. No quería que la dejase sola. Sergio era como su roca, su fortaleza. Sentía que, si él se iba, no podría arrancar a Rodrigo de su vida.

—¡No me dejés! —repetía.

—¡Sol! Me estás matando, por favor. —Sin poder evitarlo, e igual que en la playa, la boca de Sergio buscó la suya y la encontró. El alma de Sol le pedía, le rogaba compañía, estabilidad. La de Sergio bramaba por tenerla toda para él. Hoy, mañana y siempre.

Un beso largo y unos brazos entrelazados en un pasillo fue lo que Rodrigo vio cuando ingresó al hotel donde le habían dicho que se hospedaban dos hermanos argentinos. Mientras dejaba salir algunas lágrimas de dolor, de bronca, se convenció de que había venido a Ecuador a perder el tiempo. Sin responder las preguntas de Mónica, se retiró.

Esa misma noche, regresó a Buenos Aires con el alma hecha pedazos y una sola certeza: debía olvidarse de Sol de una vez y para siempre.

Capítulo 31

Marcha atrás y banca rota

Ese beso intenso había cambiado sus planes de raíz. No se volvería a Buenos Aires porque, después de tenerla en sus brazos, se había convencido de que dejarla en Montañita a merced del tal Rodrigo no era una buena idea. Se quedaría a esperarlo, a su lado. Quizás su presencia la ayudase a tomar la decisión correcta.

Los días fueron pasando y no hubo noticias de Rodrigo. Sol seguía pensando que vendría, que, cuando menos lo esperase, aparecería por el hotel o por el bar. Toda la gente los conocía y no tardaría mucho en dar con los tres argentinos hospedados en el Kundalini. Afortunadamente, Sergio no se había ido y ella, de a poco, recuperó la cordura.

Argento, en cambio, venía en picada. No recuperaban lo invertido y, poco a poco, iban gastándose los ahorros. A gatas llegaban a cubrir ciertos gastos y nada más. Si no estuviesen hospedados en el hotel prácticamente gratis, ya se hubiesen tenido que regresar a Buenos Aires o haberse conseguido otro trabajo. Sergio y Nahuel no hablaban de la situación del bar delante de Sol porque creían que ella ya tenía suficiente con la tensión de la llegada de Rodrigo. Pero, cuando tenían la oportunidad, charlaban e ideaban planes para poder seguir adelante con su sueño.

—¿Vos qué decís? ¿Qué lo alquilemos? —preguntó Nahuel desconcertado ante el comentario de Sergio.

—No sé, es una idea. Estamos cada vez peor. Ese bar nuevo que abrió en la otra cuadra nos fulminó.

—Sí. La verdad que sí. Yo no me quiero volver a Buenos Aires. ¿Vos?

—No, obvio que no. Pero... ¿qué hacemos? Yo no quiero que tu hermana se amargue o que tenga que trabajar de cualquier cosa. Ella es la que me preocupa.

—Sí. A mí también. Si no estuviese acá, todo sería distinto.

—Exacto.

—Otra cosa. En cualquier momento hay que decírselo. No es tonta. No viene ni la cuarta parte de la gente que venía al principio.

—Sí. Ya sé. —Sergio bajó la mirada, preocupado.

—¿Vos estás bien? —le preguntó Nahuel.

—Maso.

—Me parecía. Desde que llamaste a Buenos Aires hoy, estás medio raro.

—Es mi vieja.

—¿Qué pasó?

—La internaron ayer. No sé, parece ser neumonía.

—¡Uh, boludo! No te puedo creer. Pero... ¿está bien?

—Ella tiene algunos problemas más, que complican la situación. Estoy pensando en viajar. Pero... no sé. No los quiero dejar acá con este problema.

—Hay que decidir entonces lo que vamos a hacer. Cuanto antes.

—Sí.

Esa misma noche, después de que se fuera el último cliente, los tres se sentaron a charlar acerca del elefante en la habitación. Es decir, del problemón que se avecinaba. Sol llevó la delantera porque, tal y como había dicho Nahuel, bien sabía lo que ocurría.

—Vamos para atrás. Las ventas bajaron y... ese bar de mierda que pusieron nos mató. —Tomó un trago de gaseosa y preguntó—: ¿Qué vamos a hacer? Bah... ¿qué van a hacer ustedes?

—Pensaba que podría alquilar la casa de los viejos. ¿Vos qué opinas, Sol?

—Eso va a llevar tiempo, gordo.

—Chicos... creo que lo mejor va a ser que lo alquilemos o vendamos el fondo de comercio.

—¿Y qué haríamos? ¿De qué trabajaríamos?

—No sé. Vos... Sol, seguro que vas a conseguir en algún otro barcito, o local... Nahue y yo seguiríamos haciendo laburos en el hotel.

—¡Nos vamos a cagar de hambre! —comentó Nahuel, desesperado.

—Otra cosa. Mañana me voy a Buenos Aires.

—¿Por? —Sol lo miró desconcertada. Si todo estaba bien y habían quedado en que juntos esperarían la llegada de Rodrigo.

—Mí vieja está internada —respondió con un tono triste.

—¡Dios! ¿Qué pasó? —Se levantó de la silla y se colgó de su cuello—. ¿Está bien?

—Neumonía. Pero parece que está complicada.

—Ay, Sergio. No lo puedo creer.

—Entonces, definamos qué queremos hacer hoy mismo. ¿Nos quedamos a probar suerte acá o nos volvemos a Buenos Aires? —agregó Nahuel.

La pregunta quedó ahí, pendiendo de un hilo. Ninguno se animó a responderla. Sergio, porque no podía pensar en otra cosa que no fuese la salud de su mamá. Nahuel, porque no deseaba tener que admitir que su sueño se caía. Y Sol no estaba segura de querer reencontrarse con Buenos Aires otra vez. Pero... pero... entremedio estaba el dolor de Sergio. Y el querer acompañarlo, de la misma manera que él la acompañaba a ella, la llevó a ser la primera en hablar.

—Yo voy con vos, Sergio. Yo te quiero acompañar. —Sonrió al ver la mirada brillante de él que, sorprendido ante sus palabras, tomó su mano y la besó con cariño—. Y en cuanto al bar,

opino que vendamos el fondo de comercio y ya.

—¿Y volver a Buenos Aires definitivamente? —preguntó Nahuel—. No. No me quiero volver. Esto... esto es mi sueño, ustedes lo saben.

—Pero... ¿cómo lo vas a mantener, gordo?

—No sé. Pero no lo quiero perder. Sergio... ¿podría quedarme e intentar sacarlo a flote? Todavía me queda una platita y, si ustedes se vuelven, tramitan el alquiler de la casa.

—¿Estás seguro? —quiso saber Sergio, que no soltaba la mano de Sol.

—Sí. ¿Confían en mí?

—Claro que sí, gordo. —La mano libre de Sol fue a parar a la mejilla de su hermano.

—Bueno... apenas vea que mi vieja está mejor, nos volvemos. ¿Qué te parece, Sol?

—Me parece una gran idea.

Cerraron el lugar con los nuevos planes en marcha. Nahuel no regresó con ellos y fue directamente a hablar con un muchacho que había conocido y que estaba interesado en trabajar en el bar. Sergio y Sol volvieron caminando al hotel, mientras conversaban acerca de la infancia de Sergio y de los buenos momentos que había vivido con su madre. Durante la caminata, Sol se le acercó y él aprovechó para pasar su brazo por sobre los hombros de ella y abrazarla.

—¿Estás preparada para volver?

—No.

—¿No?

—No, pero vos me necesitás. Es un momento horrible y nadie debería pasar por eso solo. Creeme, sé de lo que te hablo. —Sonrió sin dejar de mirarse los pies al caminar.

—Te amo tanto, Sol —soltó Sergio en un arrebato. Como no hubo respuesta de su parte, agregó —: Perdón. Me fui al carajo.

—No. Perdóname vos. Perdón por no poder...

—No hace falta.

Llegaron tomados de la mano al hotel. La luna llena iluminaba la noche y no hacían falta faroles para poder ver a su alrededor. El sonido del mar acompañaba el silencio del lugar.

—¿Tenés sueño? —le preguntó Sergio sin soltarla.

—No. ¿Vos?

—Tampoco. Esperame en el jardín, que voy a buscar algo. —La abandonó en el pasillo. Sol atravesó el hotel y se sentó en una de las hamacas a observar las estrellas.

—¿Qué es eso? —le preguntó al verlo llegar con una botella y dos vasos.

—Ron.

—¿Ron?

—¿Te gusta?

—Nunca probé.

Sergio se acomodó en la hamaca junto a ella y le sirvió una medida en el vaso. Sol lo recibió y esperó a que sirviera el suyo. Brindaron y se miraron en la oscuridad de la noche.

Dos, tres, cuatro, seis copas y... Media botella vacía yacía sobre la arena junto a ellos, que reían sin parar. Se reían de todo y de nada. En un movimiento Sergio se tambaleó y fue a parar sobre Sol, que se descostillaba de risa.

—¡Perdón! Estoy un poco mareado —comentó él, entre sonrisas, sin poder acomodarse.

—¡Qué rico que estaba eso! Me encantó.

—A mí me encantás vos —dijo con intención, tratando de enfocar la mirada.

—Ay, Sergio...

—Sol... Necesito besarte. —Sol se acomodó debajo de su pecho y colocó las manos alrededor de su cuello. Sentía que estaba viviendo una película. Veía y percibía todos los movimientos y se daba cuenta de hacia dónde iban, pero no podía frenar. Su cuerpo hablaba por sí mismo. ¡Maldito ron!

—Besame, entonces —dijo en un arrebato, con un acento distinto. Sergio, sobre ella, se volvió loco y se sumergió en su boca.

Sol lo recibió, le permitió tocarla, acariciarla. Primero fue su remera y después sus shorts de jeans. La de Sergio sirvió para acostarse y no sentir la picazón de la arena. La noche clara les permitía ver donde depositaban los besos desesperados. El ron había convertido la cabeza de Sol en una licuadora, incapaz de razonar lo que estaba ocurriendo. Sergio, enceguecido de placer, terminó por desnudarse completamente junto a ella.

—Sol... me tenés loco. —Ella respondía a sus besos con los ojos entreabiertos. Estaba extasiada, sí. Su cuerpo era débil, sí. Pero... esa frase la llevó a otra realidad.

—Haceme tuya, Ro. Por favor.

—¿Cómo? —le preguntó Sergio entre besos.

—¡Haceme el amor, Rodrigo! ¡Por favor!

—Sol... —Sergio se removió sobre su cuerpo, pero las manos de Sol lo atraparon y, hundiéndose en su carne, lo enloquecieron.

—¡Ahora! —le rogó en un grito que murió en la boca de él.

Y Sergio... debatiéndose entre sus deseos y lo que acaba de oír, titubeó por unos segundos. ¿Qué hacer? ¿Le iba a hacer el amor dejando que pensara que él era Rodrigo? ¿Había caído tan bajo? La erección que frotaba Sol sobre su pierna le gritaba que no la escuchara y que aprovechara la oportunidad.

Y así lo hizo.

En un impulso, la besó en el cuello mientras hundía la mano dentro de ella, para prepararla. Se complació al sentir su humedad y comprobar que estaba más que lista para recibirlo.

—¡Sol! Por Dios...

—¡Por favor! —le gritó Sol, arrebatada por la pasión que sentía su cuerpo acalorado.

Sergio cumplió sus órdenes como un soldado raso. La penetró con fuerza y se quedó quieto esperando más comandos. Sol se removía debajo de él y ese movimiento lo enloqueció. Desplomándose sobre ella, se meneó buscando llegar hasta lo más profundo de su ser. Ella tenía

los ojos cerrados y él sabía muy bien en quién estaba pensando. No le importó. Tenerla así, para él, valía el dolor y la humillación de hacerle creer que volvía a los brazos de Rodrigo.

Ella hizo explosión un segundo después que él. La luna y las olas los espiaban atentos a sus movimientos.

Terminaron y como pudieron se pusieron de pie. No dijeron nada mientras buscaban la ropa desperdigada en la arena. Tambaleando y en silencio, volvieron al hotel.

Capítulo 32

La maldita decepción

Ira. Dolor. Decepción. ¡Eso era! Decepción. ¿En qué había estado pensando cuando viajó de Madrid a Ecuador? ¿En qué había estado pensando cuando llegó a Montañita y preguntó por una argentina de cabellos castaños? ¿En qué había estado pensando cuando llegó al hotel Kundalini y miró a su alrededor? En ella. En ella había estado pensando. En ella y en su repentina huida. ¿Qué esperaba encontrar? ¿A una mujer triste que lo esperaba con los brazos abiertos? Claramente, su instinto le había fallado. Su instinto lo había guiado a ese ese lugar y lo había decepcionado.

Sol se besaba con un hombre, colgada de su cuello. No era un beso robado ese. No. Era un beso deliberado, dado con ganas y recibido de la misma manera. Sol con otro hombre. ¿Y él? Y él, como un completo idiota, había viajado miles de kilómetros para encontrarla. Y la había encontrado en los brazos de alguien más. No le contó a nadie que había estado en Montañita. Ni siquiera a Pato.

Regresó a Buenos Aires diferente. No era el mismo que había sido junto a Sol. No era el mismo que había viajado a buscarla. Era una versión distinta y compleja que nadie entendía ni sabía interpretar. Se sumergió en el trabajo y en las rutinas que sus contratos marcaban. Días, semanas...

—Pilar... ¿qué haces acá? —La recibió en la puerta del departamento. El portero la había dejado pasar porque la conocía.

—¿Pilar? ¡Apa! Está complicada la cosa. —Lo empujó y entró. Al contrario de lo que esperaba encontrar, el departamento estaba en completo orden y limpio. Nada de alcohol ni de drogas. Solo...

—¡Pili! ¿Cómo andas? ¡Tanto tiempo! —Lorena, envuelta en una sábana, salía de la habitación de Rodrigo.

—Lorena. —Giró sobre sus pies y encaró a su amigo, que seguía de pie con la puerta abierta—. ¿Lorena? ¿En serio?

—¿Necesitas algo, Pilar?

—¡No! Ahora que lo pienso, no necesito nada.

—Mejor así. —Rodrigo cerró la puerta y dejó ir a su amiga.

—Ro... ¿volvés a la cama?

—No. Me tengo que ir.

—¿Vamos juntos?

—No. Tomate un taxi. —Se encerró en el baño y la dejó del otro lado, desnuda y lista para otra ronda.

Abrió la ducha y se miró al espejo, que le devolvió una imagen horripilante. Tenía ojeras y los ojos hinchados. Y... ahí, en el cuello, un moretón grandísimo producto de los labios enloquecidos de Lorena.

—¿Qué mierda hice? —se preguntó a la vez que se metía bajo la lluvia caliente. Ahí se quedó pensando en la noche anterior y en el grave error que había cometido. Y esa vez... no había habido alcohol ni droga. Esa vez solo había sido el dolor.

Lorena lo había llamado para consultarle acerca de un trabajo que le venían ofreciendo y al cual continuaba negándose.

—Es una oportunidad enorme. Dejame que te alcance el guion que me acaba de dejar Fer. Leelo y me contestás mañana.

—Bueno... dale. Traelo —había respondido para que dejara de molestarlo con esa maldita película.

Lorena había llegado una hora después con un pantalón ajustadísimo y una blusa suelta transparente, que dejaba entrever el sostén negro de encaje que traía puesto. Había comprado sushi y helado.

—Tenía mucha hambre. ¿Hice mal?

—Traigo los platos.

Pasaron la cena hablando de trabajo y recapitulando sobre los nuevos proyectos firmados a su regreso de España. Lorena no supo nunca de su viaje a Ecuador.

—Estás medio apagado... ¿Estás bien? —Se cambió de asiento y se le acercó.

—Sí.

—Mmm. ¿Hace cuánto que estamos juntos, Ro?

—Cuatro años.

—Ajá. —Comenzó a jugar con el reloj de Rodrigo—. Te conozco y sé cuando no estás bien. Creo que necesitas... una noche de relax.

—No lo creo. Estoy bien así.

—¿Estás seguro? —La mano que antes descansaba en el brazo se dirigió a su entrepierna y lo acarició lentamente. El contacto le produjo un *shock* y su pene reaccionó al estímulo—. Creo que él no opina lo mismo.

Y ahí no más, sin pensar en absolutamente nada y con la cabeza en blanco, la desnudó y la colocó contra la mesa para embestirla sin cesar. Acabó afuera para no tener problemas y se dirigió al baño a limpiarse. Lorena pasó directamente al cuarto, donde lo esperó para la segunda vuelta.

La bronca y el dolor lo llevaron a tomarla una vez más. Lorena gemía y gritaba su nombre, y

Rodrigo intentaba borrar de su mente y de su corazón la imagen de Sol.

Apagó la ducha, salió envuelto en una toalla y se alegró cuando vio que Lorena se había retirado. Con Pilar las cosas iban a estar más complicadas y, seguramente, ya tendría un mensaje de Patricio. Salió sin prestarle atención al celular ni a los mensajes de sus amigos. Antes de ir al set de filmación, se detuvo en un café de Barrio Norte y...

—Hijo...

—Mamá. Lautaro. —Rodrigo maldijo haber entrado en ese café. Cuando los vio ya era demasiado tarde. Tuvo que acercarse.

—¿Qué flaco estás! ¿Estás comiendo?

—Sí, mamá. ¿Cómo estás vos?

—Yo bien. Acá tu hermano me citó para comentarme algo.

—No los interrumpo entonces. Me voy yendo. Me acordé que...

—¿No! —Lautaro lo tomó del brazo—. Quedate. —Sus ojos imploraban acompañamiento. Seguramente, le iba a dar la noticia de su relación con Lourdes y del bebé.

—Bueno... —Respiró y se acomodó. Catalina lucía más vieja, más cansada—. ¿Hablaste con la abuela?

—Hoy temprano. Está muy bien. No sabía que habías estado por allá.

—Sí. Me quedé con ella unos días.

—Bien. Rodri... hijo. Rober quiere verte. Quiere hablar con vos, que volvamos a ser una familia.

—Mamá... no hablemos de nosotros. Lautaro... —Le dio el pie a su hermano para comenzar—. Vos querías hablar con mamá, ¿no?

—Sí, hijito. Hablá. ¿Qué pasó?

—Mamá...

Lautaro le contó a su madre, la mujer más pacata de Buenos Aires, que había dejado embarazada a la supuesta exnovia de su hermano. Que ella no se quería casar aún y que pensaban irse a vivir juntos a un piso en Libertador.

Esa tarde, la minireunión familiar terminó con Catalina Ferreyra de Lacoste internada en Los Arcos.

Capítulo 33

Los Arcos, otra vez

Casi sin hablar de lo ocurrido y con muchísimo dolor de cabeza, viajaron de Montañita a Guayaquil y se subieron al primer vuelo que los devolvió a su tierra natal. Llegaron a Buenos Aires cerca de las cinco de la mañana y, con las valijas en el auto de Sergio, se dirigieron directo a Los Arcos, donde su mamá se debatía entre la vida y la muerte. Manuel, su marido, recorría desesperado los pasillos tratando de buscar otra solución además de esperar. Una de las hijas de él le hacía compañía. El cuadro de neumonía se había complicado con una infección y la señora de sesenta y un años, conectada a un respirador, peleaba por su vida.

Sergio estaba devastado, pero la presencia de Sol hacía todo más llevadero. Después de las presentaciones, hablar con los médicos y ponerse de acuerdo con su marido y la tía Rosa, hermana de Elvira, para las visitas y el cuidado, Sergio le propuso a Sol llevarla a su casa.

—No, yo me quedo con vos —le respondió ante la sugerencia.

—¡Dale! Fue un día muy largo... Te alcanzo y, de paso, yo llevo el equipaje a casa y le traigo algunas cosas a mamá. Además... —agregó señalando a Manuel— no voy a estar solo.

—Bueno... está bien —dijo con tristeza. La realidad era que no deseaba volver a su departamento. Tenía en la cabeza la idea de que ese viaje sería solamente una fugaz visita y regresarían a Ecuador en un par de días. No deseaba enfrentarse a los recuerdos que habían quedado detrás de la puerta.

—Yo no tengo problema en que te quedes en mi departamento, si querés.

—Emm... —Su cabeza había barajado esa la posibilidad, pero, después de la noche que habían pasado en la playa, se sentía algo incomoda porque lo poco que recordaba eran *flashes* que no podía hilar—. No. Me voy a mi casa. De paso, me fijo que esté todo bien.

—Dale.

Cuando estaban a punto de salir, un ruido extraño en la máquina que controlaba los signos vitales de la mamá de Sergio los alertó. Al cabo de unos minutos, luego de las corridas, Sergio, Manuel y Sol esperaban afuera mientras la atendían.

—Tuvo un paro cardiorrespiratorio. Logramos estabilizarla. Pero...

Sergio escuchó el parte del médico sin soltar la mano de Sol. Cuando por fin pudo entrar, se

despidieron en la puerta.

—Me voy en taxi. No te preocupés.

—Perdóname.

—No, no es tu culpa. —Se acercó y le acarició la mejilla—. Te escribo mi dirección y el teléfono de línea de casa. Llamame. Yo, igualmente, más tarde vuelvo a hacerte compañía. ¿Te parece?

—Dale. —La miró con dulzura y besó sus dedos con ternura—. Gracias por venir conmigo. De verdad.

—Nada que agradecer. Vos me necesitabas.

—Dejame verla un segundo y vamos al coche a buscar tus cosas.

—Te espero acá.

Sergio la acompañó hasta el estacionamiento para buscar su valija y la despidió con un beso leve en los labios, antes de que subiera al taxi.

—Tipo cuatro... cinco, vengo. Cualquier cosa, me llamás, ¿sí? —le dijo Sol antes de que el coche arrancara.

Llegó a su edificio y se quedó en el auto por unos minutos observándolo todo. No había señales de Horacio. Todo parecía normal, bah...era un martes normal. La tranquilizaba saber que nadie se había enterado de que estaba en Argentina. Hacía poco más de tres meses que se había ido y sentía como si hubiesen sido años. ¡Cuánto había pasado desde aquel lunes que partió! Había conocido un país nuevo, una cultura nueva. Sergio la había ayudado a comenzar de nuevo, en todo sentido. Sin embargo, y pese a todo lo que había madurado y vivido, algo, o más bien alguien, seguía rondando por su cabeza y, sobre todo, por su corazón. Y volver ahí era como ver la película de nuevo y saber el final. Ella, confiando y él... yéndose.

—Señorita... ¿está bien? —La voz del chofer la sacó de sus pensamientos.

—Sí. Disculpe. ¿Cuánto le debo?

Bajó con la valija en la mano y cruzó la calle mirando hacia ambos lados. El barrio estaba tranquilo y el sol pegaba de lleno en su vereda. Sacó las llaves del bolsito que traía cruzado sobre su pecho y entró. Fue directamente a la puerta de Horacio.

—¡Sol! —El grito del portero la dejó sorda por unos segundos. Enseguida se abalanzó y le dio tantos besos en la cabeza como pudo—. ¿Cómo está?

—Bien, bien. ¿Y vos? Perdón que no me despedí...

—No pasa nada. ¡Qué colorcito! ¿Dónde anduvo?

—Gracias. Ecuador. ¿Alguna novedad?

—Mmm... no. Las dos plantitas siguen vivas... y...

—Y...

—Y, bueno, el actor estuvo viniendo seguido.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Hasta hace, por lo menos, veinte días, vino.

—Bueno... me voy a dormir un rato. Le traje algo para usted, ¿eh? Después se lo alcanzo.

—Se va a quedar, ¿no?

—No sé. Veremos.

Subió por el ascensor, que, por suerte, habían arreglado. Abrió la puerta y una fragancia distinta a la que recordaba la recibió. Seguramente, Horacio había esparcido algún perfume diferente. Cerró y recorrió con la mirada cada rincón. Todo estaba en el mismo lugar de siempre, pero... ella se sentía distinta. Usó el baño y luego caminó hasta la habitación. Cuando sus ojos encontraron la cama, los chispazos de aquel domingo con Rodrigo regresaron con fuerza. ¿Qué había pensado? ¿Que un tiempo fuera iba a bastar para olvidar lo que su cuerpo y su corazón le gritaban? ¿Que haber estado con Sergio significaba olvidarlo? No. ¡Qué ilusa!

El teléfono sonó justo a tiempo. Nahuel llamaba para preguntar si habían llegado bien y saber cómo se encontraba la mamá de su amigo.

—Grave. Hoy tuvo un paro y la sacaron de milagro. Él se quedó allá y yo me vine a dejar la valija. ¿Vos?

—Bien.

—Apenas pueda, paso por la inmobiliaria y hago los tramites, ¿te parece? Y obvio que le doy a Lola el sobre que me diste para ella.

—Genial.

—Bueno, gordo, voy a dormir un ratito y después me voy a Los Arcos de nuevo.

—Mandale un beso a Sergio.

Se acostó batallando con las memorias, con los sonidos que volvían a su cabeza como balas. El cansancio del viaje, afortunadamente, la llevó a dormirse rápido. Soñó con él, que volvía a tocar su puerta con un ramo de flores amarillas y una sonrisa enorme. Podía oler su fragancia. Cuando ella abría, lo recibía con los brazos abiertos y lo besaba con pasión. Pero cuando estaban a punto de hacer el amor, él la empujaba y le decía que ya no la quería, que había descubierto que se había entregado a Sergio. Se despertó con el corazón agitado y con lágrimas en los ojos. En la cocina, consultó el reloj de pared y se sorprendió al ver la hora. Según sus cálculos habría dormido por lo menos treinta minutos. Prendió la computadora y el reloj del extremo derecho le dejó saber que su siesta había sido de mucho más tiempo. Eran las 15: 32 de la tarde.

Se bañó, puso a lavar algo de ropa y se dirigió a Los Arcos nuevamente. Sergio no la había llamado, así que todo seguía igual.

Subió las escalinatas, concentrada en sus pensamientos; ¿qué harían? ¿Qué ocurriría si la mamá de Sergio no mejoraba? La puerta se abrió y entró apresurada sin ver a la pareja que la seguía con la mirada desde el escritorio de entrada. Lourdes y Lautaro alternaban la vista entre ellos sin poder creer lo que veían. Sol en Buenos Aires, en Los Arcos. Rodrigo, dos pisos más arriba, con Catalina.

—¿Qué hacemos? —le preguntó Lautaro a Lourdes, que solo atinó a mover los hombros hacia arriba mientras veía cómo Sol se perdía entre los pasillos.

—Ya está listo el formulario... —La recepcionista les habló y los distrajo de aquella situación.
Pero... la pregunta seguía pendiente ahí. ¿Qué hacer? ¿Le dirían a Rodrigo que Sol había regresado y que estaba ahí, más cerca que nunca?

Capítulo 34

En pausa

Elvira había mejorado un poco, lo necesario como para que Sergio cediera el cuidado a Manuel y decidiera ir a ducharse y descansar más de dos horas. Sol se mantenía firme a su lado. Hacía dos días que habían llegado de Ecuador y no había encontrado la fuerza necesaria para acercarse al restaurante. Pero... el deber llamaba. Nahuel le había dado un sobre con, seguramente, una carta para Lola y ella debía llevárselo. Además, había que iniciar los trámites para el alquiler de la casa de sus padres. Por eso, esa mañana en que Sergio le dio la noticia de que su mamá había dado un buen indicio y había decidido ir a su departamento a descansar, la liberó para hacer las cosas que debía.

Primero se dirigió a la inmobiliaria que Nahuel le había recomendado y con la cual ya había hablado de antemano. La reunión con una de las chicas duró menos de lo que esperaba. Salió para el restaurante con un papelito en donde tenía anotadas las cosas que debía llevar para alquilar la casa y que Nahuel empezara a recibir ese dinero. Según la joven, por la locación y las comodidades no pasaría mucho tiempo para conseguir un inquilino.

Caminó porque no deseaba subir a otro colectivo por tan solo dieciséis cuabras. Se había acostumbrado tanto a la vida en Montañita que el ruido y el amontonamiento de gente le molestaban. Bah... lo que más le molestaba era la falta de mar. Ese mar capaz de tranquilizarla. Mientras recorría las calles, esquivaba personas y ojeaba el tránsito, pensaba en el contenido de la carta dirigida hacia Lola. Se imaginaba que podría ser de un tenor romántico y, tratándose de su hermano, eso le sorprendía. Pensó que después de su partida no habían vuelto a hablar mucho de ella y de la relación que habían tenido durante sus vacaciones en Montañita. Cuando quiso acordar, se hallaba a media cuadra del restaurante y pudo divisar las mesas que con tanto esmero armaba Guillermo cada mañana.

—Buenos días. —Entró con una sonrisa.

—Buen día... —Guillermo, que estaba debajo de la barra acomodando unas cosas, asomó la cabeza y se encontró con la sonrisa de Sol—. ¡Sol! —Dejó todo y dio la vuelta para abrazarla.

—¡Guille! —Abrió los brazos y recibió el gesto con amor.

—¡Estás hermosa!

—Gracias. ¿Cómo estás vos?

—Bien. ¡Lola! ¡Carlos! Miren quién llegó.

Lola, que estaba comiendo en la cocina, salió desconcertada, seguida de Carlos. Cuando vio de quién se trataba, corrió a unirse al abrazo que aún tenía atrapada a Sol.

—¡Amiga!

Luego de varios abrazos, saludos, besos y mimos, se sentaron los tres —Carlos regresó a la cocina— a conversar. Agradecieron que tan solo tuvieran tres clientes. Sol les contó acerca de Sergio y de su mamá. Les explicó que, en cuanto Elvira estuviera mejor, regresarían a Montañita y al bar, que había quedado a cargo meramente de Nahuel.

La mención de su hermano en la charla hizo que Sol recordara una de las principales razones de su visita. Cuando Guillermo se paró a preparar más café, le entregó el sobre que había viajado desde Ecuador directamente para ella.

—Esto te manda mi hermanito. —Le guiñó el ojo mientras sacaba el sobre de la cartera y se lo entregaba a Lola.

Sol no acertaba a descifrar los gestos de su amiga. ¿Estaba contenta? ¿Ansiosa? ¿Preocupada? ¿Qué significaba ese aleteo de pestañas y esa mordedura constante de labios?

—Gracias. —Lo agarró, lo dobló y se lo guardó en el bolsillo del pantalón sin decir más nada.

—¿No lo vas a abrir? —le preguntó Sol, aparentemente, más ansiosa que ella.

—Acá no. Lo leo después. Gracias.

No supo si fue el tono de voz o el gesto en su cara, pero... algo andaba mal. No quiso preguntar y dirigió la conversación para otro lado. Conversaron de su tiempo en Ecuador, rieron recordando las payasadas de Sergio y las clases fallidas de surf. Los tragos y la música. Cuando pensaba que la charla se había agotado y, entre cliente y cliente, Lola le relató el encuentro con Rodrigo.

—¿No fue?

—No. No apareció.

—No te lo puedo creer. Yo pensé que...

—¡Yo también!

—¿Qué raro! ¿Y con Sergio? ¿Qué onda?

—Bien... muy bien.

—¿Sí?

—Lola, atendés la tres y te vas, ¿te parece? —Guillermo las interrumpió.

—Sí, Guille. —Lola se puso de pie y se acercó a la mesa. Sol, en cambio, se paró y dio la vuelta por detrás de la barra para despedirse de Guillermo. Regresaba a Los Arcos.

—Te veo bien, mejor.

—Sí. Estoy... tranquila.

—¡Qué bueno! ¡Cuánto me alegro! Qué pena que hayas encontrado la paz tan lejos de nosotros.

—Sí, pero era necesario, ¿no te parece?

—Sí... —La cara de Guillermo también era rara. ¿Qué pasaba con todos? Lola parecía haber perdido esa chispa que la caracterizaba... y ahora... ¿Guillermo también?

—¿Qué pasa?

—Nada... No me hagas caso.

—¿Qué? Decime. Estás... no sé, raro.

—Es que... bueno, me dio un poco de pena el flaco, ¿sabés?

—¿Quién? ¿Rodrigo?

—Seh... Vino un millón de veces. Destruído. ¡Tenía una cara!

—¿Guillermo? ¿Sos vos?

—Sí. Me hizo acordar a mí cuando intentaba reconciliarme con Sandra.

—Guille, yo no creo...

—¡No! —la interrumpió—. Mirá que no estoy diciendo que hiciste mal. Al contrario. Pero, bueno... se nota que te quería. Porque venir todos los días.

—No sé si me quiere o no.

—Yo creo que sí. —La volvió a interrumpir.

—Pero no va a funcionar nunca. Tenemos mundos diferentes, vidas diferentes. Y...

—¡Sol! Teminé. Te acompaño a la clínica, ¿querés?

—Dale. Bueno, Guille... nos vamos. —Levantó los hombros excusándose por no poder terminar la idea.

—Volvé, chiquita, ¿eh?

—Claro que sí.

Lola y Sol se subieron a un taxi y llegaron a Los Arcos alegres de estar juntas y compartiendo detalles acerca de la estadía de las dos y de la situación de Argentó. Sol se fijó muy bien en los comentarios de su amiga y notó que no nombró a Nahuel ni una sola vez. Sergio esperaba un nuevo parte en el pasillo cuando las dos lo encontraron.

—¿Cómo está? —Sol se acercó y lo abrazó.

—Igual. Ni bien ni mal. Está. Dicen que le van a poder sacar el respirador y... bueno, hay que esperar.

—¿Qué cagada, Sergio! —comentó Lola.

Salió el médico y, tal y como había dicho Sergio unos minutos antes, le habían quitado el respirador y de a poco se iría despertando.

—No se haga muchas ilusiones —agregó al final el doctor y Sergio cabeceó afirmativamente.

—Me gustaría llevármela a casa.

—Si se estabiliza y es su decisión...

—Sí. No quiero que se muera acá.

—¡Sergio! —lo amonestó Sol—. Tu mamá no se va a morir.

—Los dejo. —El médico se despidió y los dejó en el pasillo.

—Voy a tomar un poco de aire —exclamó Sergio y se alejó con un paso rápido.

—¿Te acompaño? —quiso saber Sol.

—No. Necesito estar solo.

Sergio no había fumado en años, pero hoy... hoy lo necesitaba más que nunca. No le había dicho a Sol que el médico había sugerido que tan solo le quedaban días, a lo sumo semanas, de vida. Salió y buscó un quiosco. Regresó con el paquete en las manos, dudoso de si volver al vicio o no. Mientras se acercaba a la puerta, una comitiva de periodistas entrevistaba a alguien. Se quedó en un costado pensando en su madre y encendiendo el primer cigarrillo después de ocho años.

—Está estable. No hay ninguna complicación. Esperamos que mañana le den el alta — respondía Rodrigo a las preguntas que le hacían los periodistas acerca de la salud de su madre.

—¡Muchas gracias y esperamos que se mejore!

—Muchas gracias.

Uno a uno, se fueron alejando mientras guardaban los micrófonos y apagaban las cámaras. Rodrigo permaneció ahí, conversando con uno de ellos, conocido del ambiente. Charlaban amenamente cuando sus ojos se encontraron con un extraño que fumaba en la puerta de la clínica. Le parecía conocido, pero no acertaba a dar con su nombre. Mientras pensaba y se descocía tratando de dar con esa cara, el muchacho apagó el cigarrillo y volvió a entrar.

—¿Qué pasó, Ro? —le preguntó el periodista ante la mirada perdida de él.

—No sé, no me des bola. ¿Qué me decías?

Capítulo 35

Un famoso y un... ¿desconocido?

—¿Mejor? —le preguntó Sol al verlo venir.

—Sí. —Se sentó en el pasillo con la cabeza ente las piernas.

—Tranquilo. Vas a ver que todo va a salir bien..

—No, Sol. Mi vieja se me va y yo acá, sin poder hacer nada —dijo con la voz estrangulada y el cabello apretado entre sus manos.

—No podés hacer nada, Sergio. Hay que esperar. ¿Estás seguro de que llevarla a tu casa sea una buena idea?

—Sí. Ya hablé con Manuel y los dos quedamos en que es lo mejor. Es lo que ella hubiese pedido. —Se puso de pie y se apoyó en la pared de frente a ella.

—¿Sí?

—Sí. Ya te dije, no quiero que se muera acá. Sola.

—No está sola.

—Me la llevo y no se habla más del tema. —Sol no dijo nada y en cambio se recostó contra el asiento, tratando de entenderlo. Era lógico que estuviera así: irritable y nervioso.

—Bueno...

—¡Perdón! —Volvio a sentarse a su lado y tomó su mano con fuerza—. Teneme paciencia, por favor. Estoy muy nervioso.

—No te preocupés. Te entiendo. —Acarició su pelo y apoyó la cabeza sobre su hombro. Lola se acercaba con dos cafés en la mano.

—Uy, Sergio. No te compré para vos. ¿Te traigo?

—No. No. Me voy adentro un rato.

Sol y Lola se acomodaron y destaparon los vasitos descartables en silencio.

—¿Leíste lo que te mandó Nahuel? —preguntó curiosa Sol, mientras sorbia el café.

—No.

—Ay, Lola... Quiero saber. ¡Dale! Abrilo.

—Yo no quiero abrirlo acá, Sol.

—Estamos solas. ¿Será que es algo medio...? —Sonrió y la codeó para molestarla.

—¡No! No debe ser nada de eso. ¿Puedo leerlo en privado? —Le habló en un tono distinto. Muy diferente a esa Lola que siempre sonreía y nunca se enojaba. La que siempre estaba lista para un chiste.

—¿Qué onda, Lola? ¿Qué pasa con Nahuel? Me di cuenta de que ni siquiera me preguntaste por él. Te traigo un sobre y me hablás re mal. ¿Se pelearon?

—Mira, Sol. No tengo ganas de hablar con vos de él. No hoy. Perdón si te traté mal, pero no me presiones. ¿Puede ser?

—Bueno...

—Mejor me voy a casa. ¿No tenés celular todavía?

—No. Mañana voy a ver si arreglo el que dejé. Voy a preguntar cuánto me sale... y veo.

—Bueno, te llamo a tu casa más tarde. —Le dio un beso seco, distante, y se fue. Tendría que hablar con Nahuel. Algo había pasado con ellos.

Esperó y esperó por unos cuantos minutos hasta que se decidió y entró a la habitación. Sergio dormía en el sillón junto a la cama y Elvira hacía lo mismo. Aun pese a los cables y a la palidez de su cara, se notaba el parecido con su hijo. Buscó un papel y escribió: «Salgo hacer unas cositas. En un rato vuelvo. Sol».

Cerró con cuidado la puerta y atravesó el pasillo. Aprovecharía que Sergio descansaba para preguntar sobre el arreglo de su celular. Bajaba por las escaleras, apresurada, cuando se chocó de lleno con un cuerpo rígido.

—¡Perdón!

—No, está bien... ¿Sol?

—¿Patricio?

—Sí. ¿Cómo estás, tanto tiempo?

—Bien...

—¿Todo bien?

—Sí.

—Bueno... veo que estás apurada. No te entretengo más.

—Sí. La verdad que sí. Qué bueno verte.

—Igualmente —dijo mientras la veía alejarse. ¿Qué hacía Sol en Los Arcos? ¿Sabría Rodrigo de ella? Seguramente, no, porque de saberlo se lo hubiese comentado. Y ahora que subía para encontrarse con él... ¿se lo diría? Tenía tres pisos para pensarlo.

Sol caminó hasta la parada y se quedó pensando en el encuentro con Patricio. Solo lo había visto un par de veces durante su noviazgo con Rodrigo y sabía que, junto con su hermana, Pilar, eran sus mejores amigos. ¿Le contaría a Rodrigo que la había visto? La duda le carcomía la cabeza y maldijo no haberle pedido que no dijera nada. Ahora, quedaba a merced de él.

—¡Por favor, no digás nada! —dijo en voz alta mientras esperaba el colectivo. Cerró los ojos y trató de no pensar más en el asunto. Al final y al cabo, ya no dependía de ella. Se concentró en lo que iba a hacer: arreglar su teléfono.

Patricio, por su parte, salía del ascensor cavilando sobre sus pensamientos. Rodrigo, desesperado por ella. Rodrigo, casi al borde de caer. Rodrigo, que viajaba a Madrid y, luego de ese viaje, Rodrigo, un desconocido. Mientras hilaba esas situaciones, se encontró con Lautaro en la puerta de la habitación de Catalina.

—Lauti...

—Pato... ¿todo bien? —Un abrazo ruidoso los unió—. Gracias por venir.

—¿Cómo está?

—Mejor. No quiere saber nada conmigo ni con Luli... pero mejor.

—Qué cagada. Bueno. El precio de la verdad.

—Sí. Te juro que creí que me moría cuando la vi desmayarse en el café.

—Me imagino. Pero ya está mejor, ¿o no?

—Sí. Sí. Mañana seguro que le dan el alta.

—¿Tu hermano? ¿Andá por acá?

—Sí. Está adentro. Ahora a él es al único que quiere ver. Me asomo y me manda a pasear.

—Ya se le va a pasar. Cuando vea a su nieto, se le pasa todo.

—Veremos. ¿Querés que le avise a Rodrigo que estás acá? Podés pasar si querés, igual. —Puso la mano en el picaporte y Pato lo detuvo.

—No. Esperá. ¿Puedo hablar con vos un segundo...?

—Sí, claro. —Se alejaron hacia un ventanal que daba a la calle—. ¿Qué pasa?

—Acabo de cruzarme con Sol abajo.

—¿Vos también?

—¿Ya la habías visto?

—Sí. Ayer.

—¿Rodrigo lo sabe?

—No. Pensé que lo mejor sería esperar a que la vieja salga de acá.

—Yo... yo... no sé qué hacer. —Se refregaba la cara con fuerza—. Si se entera que nosotros lo sabíamos, nos mata. Te lo firmo ya.

—Puede ser... pero... a mí me parece que está en otra cosa, ¿eh? Quizás ya se olvidó de ella.

—Mmm. Lo conozco. Todo este circo con Lorena es eso exactamente, un circo. No sé qué manía tiene que cuando está dolido hace más cagadas que lo normal.

—Puede ser... pero no sé si sea buena idea contarle. ¿Vos qué pensás?

—Voy a tantear el terreno. A ver qué onda...

Pato entró a la habitación. Rodrigo charlaba con Catalina y Roberto, Rober para los amigos, leía el diario aislado de la escena. Desde que Rodrigo se había enterado que no era su verdadero padre, lo sumía en un estado de silencio e ignorancia continua. La hospitalización de Catalina había sido una tregua entre madre e hijo, quienes también se encontraban distanciados por el mismo motivo. Pato y sus chistes animaron un poco el ambiente y, luego de unos minutos, se despidió, acompañado por Rodrigo.

—Vieja, salgo un rato. Lautaro se queda con vos.

—Ese que ni aparezca por acá. No es más mi hijo.

Patricio y Rodrigo bajaron charlando de nimiedades; el alta de Catalina, la cara larga de Rober y el embarazo de Luli. Cuando llegaron a la puerta, Pato le preguntó;

—Nunca me dijiste si habías ido a Montañita.

—No, no te dije.

—¿Y?

—No, no fui. Me arrepentí.

—Mirá vos. Sonabas muy seguro ese día en el aeropuerto.

—Me di cuenta de que, si se fue, es porque no quiere estar conmigo. ¡Que se vaya a cagar!

—Y que sea feliz. ¿no?

—Seh... —respondió mientras recordaba la imagen de Sol, besándose con ese flaco. Rodrigo revoleó los ojos y se encontró con el mismo muchacho de más temprano. En el mismo lugar, fumaba un cigarrillo.

—¿Lo conocés? —preguntó Pato al ver que Rodrigo dirigía la mirada hacia el hombre que fumaba recostado en la pared.

—No... y sí... se me hace que lo tengo de algún lado, pero no sé.

—Bueno, me voy. Más tarde hablamos. El sábado es el cumpleaños de Pili.

—¡Cierto!

—Hacé buena letra, ¿eh? Que estás en capilla.

—Sí. Le debo una disculpa.

—Chau, hermano.

Se despidieron y Rodrigo se quedó mirando a ese muchacho mientras su cabeza recorría boliches, encuentros, eventos, sets... No podía dar con esa cara. Desalentado por su falta de memoria, se acercó. Si él no lo recordaba, seguramente, el muchacho sí lo haría.

—Perdoná...

—¿Sí? —Sergio lo observó y se dio cuenta de que era el mismo famoso al que estaban entrevistando anteriormente.

—¿Nos conocemos?

—No.

—Ah. Disculpá. Es que te veo cara conocida... pero no sé de dónde.

—No, no. Que yo sepa... —Dio una pitada al cigarrillo y volvió la vista a la calle—. ¿Fumás? —Le extendió uno y Rodrigo lo tomó.

—De vez en cuando.

—Yo lo volví a agarrar ahora. —Le prestó el encendedor.

—Te agradezco —dijo mientras lo encendía, dudoso. Hacía años que no fumaba. Se quedó ahí, a su lado, y tomó el celular para hablar con Pilar. Pato tenía razón, debía hacer buena letra. Sabía cómo era su amiga cuando estaba dolida. Mientras buscaba el número, una llamada de Lorena lo

sorprendió.

—Bombón... —Desde que se habían acostado, Lorena estaba más melosa y pesada que de costumbre. ¡Maldita la hora en que cedió a sus instintos!

—¿Qué pasa?

—Este sábado hay una fiesta importante en el Hilton y quisiera que...

—No puedo. Tengo otro compromiso. —Y le cortó—. Mujeres. —Sonrió y Sergio le devolvió el gesto arrojando el cigarrillo a la vereda.

—Nos vemos. —Subiendo las escalinatas, dejó a Rodrigo allí, saboreando un cigarrillo.

Capítulo 36

Una fiesta de cumpleaños

—No, no y no —repetía Sergio por teléfono mientras que Sol comía, de a bocados lentos, una milanesa en el restaurante de la esquina de la clínica—. No voy a ir. Preguntale a Fabio o a Juan Cruz. Sabés que mi vieja está delicada y no me da para ir a una fiesta. No me jodás. —Tomó el vaso con agua y sorbió un trago largo antes de continuar—. Me importa un carajo que la mina te guste, que quieras encontrártela. Yo no me muevo de acá. Punto. —Y cortó.

—¿Quién era? —preguntó Sol confundida.

—Mi mejor amigo.

—Ah. ¿Y qué quería?

—Que lo acompañe a una fiesta el sábado. ¡Está loco!

—Bueno... tranquilízate. Seguro te invitó para que te distraigas.

—Sí... pero yo no quiero moverme de acá. Ya escuchaste al médico, la cosa está grave. No tengo ganas de andar por ahí en este momento. ¿Es tan difícil de entender? —Los gestos de Sergio, los dulces, se habían quedado en Montañita. Este que tenía en frente no era el mismo. Era comprensible. Su mamá se iba de este mundo.

—No... —Estiró la mano y acarició la suya—. Tranquilo. —Y le sonrió tratando de encontrar al mismo muchacho que la hacía descostillar de risa imitando a los demás. No lo halló.

—Sol... estuve pensando que, quizás, no fue una buena idea que hayas venido conmigo. Yo tengo la cabeza en otro lado y siento que a veces te trato mal o te dejo de lado. No es mi intención, pero no puedo evitarlo.

—Te entiendo. Y es lógico que estés así, irritable. Pero bueno, yo estoy acá para apoyarte. No te olvides. Vos fuiste mi bálsamo en Ecuador cuando llegué con el corazón partido y, de a poco, me fuiste haciendo ver que la vida no era solamente los ojos de... de bueno, vos me entendés. Y me sacaste de ese agujero negro... Yo, yo te debo lo mismo. Por eso estoy acá.

—Gracias, Sol. —Tomó sus manos y las acarició suavemente—. Teneme paciencia porque se vienen días muy difíciles.

—Acá voy a estar.

Terminaron de cenar y Sergio la alcanzó hasta su casa. Se despidieron con un beso en la mejilla

y sin dar muchas vueltas. Él regresaba a Los Arcos por un par de horas más y luego a casa, a dormir.

Tenía dos mensajes de Lola en la contestadora. Uno, pidiéndole disculpas por haberla tratado tan cortante y el segundo, preguntándole si había podido arreglar su teléfono. Sol, con el celular nuevo (el viejo no lo pudo recuperar) encendido en sus manos, agendó el teléfono que Lola le había dejado al final de la grabación. La llamó enseguida.

—¡Por fin! Volvió mi amiga a las telecomunicaciones. Ahora, hacete una cuenta de algo... Facebook, Twitter...

—Nada de Instagram ni de Facebook. Ya sabés que, desde lo de Rodrigo, no quiero nada de redes.

—Pero si ya pasó lo de Rodrigo... ¿o no? —Ahí estaba la filosa lengua de su amiga, siempre lista para refregarle la realidad.

—Sí, tenés razón —terminó diciendo para cambiar de tema—. Quizás en un tiempo.

—¿Cómo está Sergio?

—Mal. Muy mal. Me preocupa que casi no duerme... —Sol paseaba por la casa, sacando la ropa de la máquina y colgándola—. Está súper molesto. Hoy lo llamaron para ir a un cumpleaños y se enojó de una manera...

—Sí. Yo lo vi sacado. Nada que ver al surfista de Ecuador.

—¡¿Viste?!

—¿Y vos? ¿Cómo estas con este viaje?

—Rara. Extraño el Kundalini, a mi hermano.

—¿Y a Rodrigo?

—¿Qué cosa?

—¿Lo extrañas o... un clavo sacó otro clavo?

—Sergio es un sol, me cuida... me quiere... pero no te voy a mentir. Rodrigo nunca va desaparecer de mi vida. Ya me convencí de eso. Es imposible dejar de amarlo. Pero, por otro lado, con Sergio tengo estabilidad, tranquilidad, paz. Él me hace sentir segura. Trato de pensar en eso y... no sé, convencerme de que es lo mejor, lo más sano. ¿Estoy mal?

—No, amiga...

—Aunque, ahora, este Sergio no se parezca en nada al de Ecuador.

—Sí...

Charlaron un rato más mientras Sol se preparaba para ir a la cama. Se despidieron y quedaron en almorzar al día siguiente. Prendió la televisión y, obviando los canales de noticias y de chimentos, fue directamente a alguna película. Se durmió a los pocos minutos.

Elvira estaba un poco mejor y Sergio y Manuel habían ocupado la mañana en los trámites para llevarla a su casa de Flores. Sol, sin mucho que hacer, se dirigió al restaurante para la cita con su amiga. Guillermo la recibió feliz y la convidó con manjares exquisitos. Charlaron sobre Diana y sobre Lidia, la rubia que solía ir y que, ahora, era la nueva novia de Guillermo. ¡Por fin se había

dado cuenta! Almorzaron en un ambiente distendido, como en los mejores tiempos.

—¡Sol! Antes de que me olvide...

—¿Qué paso?

—El sábado hay una fiesta. Un amigo me invitó y yo no quiero ir sola. —Sol hizo un gesto raro y Lola captó enseguida el mensaje—. No pasa nada con él. Pero no quiero ir sola, nada más.

—No sé, Lola. Sergio, en la clínica, con la mamá y yo, en una fiesta. No sé si da.

—Dale... un ratito. Nada más.

—¿Dónde es?

Lola le dio los detalles de la fiesta y quedaron en que irían un rato para distraerse. Afortunadamente, y muy distinto a lo que Sol creería, Sergio lo tomó bastante bien.

—Andá, Sol. No quiero que te quedés acá todo el día.

—¿Seguro?

—Sí. En serio.

—¿Cómo van los papeles?

—Bien. Quizás mañana podamos llevarla a casa. Ya contratamos una enfermera. Manuel consiguió otra señora para ayudar...

—¿Y ella cómo está?

—Mejor. Anoche abrió los ojos... de a poco va mejorando. Tal vez, quién te dice, en un tiempito podremos volver a Montañita.

—¡Sí! Y a surfear. Extraño el mar horrores.

—Perdoname, Sol. Por arrastrarte a esto.

—Nada que perdonar.

—El sábado yo las llevo si quieren.

—¡Dale!

Entre algunos estudios y otras complicaciones, Elvira no pudo ser llevada a su casa sino hasta el viernes. Ya estaba consciente y ella y Sol habían estado hablando unos minutos mientras Sergio lagrimeaba a su lado. Una señora muy dulce, tanto o más que su hijo, y que estaba atravesando una situación que no se merecía. ¡Qué triste y qué injusto!, pensaba Sol sin soltar la mano de Sergio. Convencida de que lo mejor era pasar sus últimos días en casa, fue trasladada por una ambulancia hasta su residencia. Sol y Sergio viajaban detrás del vehículo conversando acerca de los mejores tiempos de Elvira.

Llegó el sábado y, alentado por Manuel y por Elvira, Sergio accedió a quedarse con las chicas un rato en la fiesta. Le vendría bien distraerse un poco. Si no salía, la cabeza le explotaría.

Cuando Lola le escribió la dirección a Sol y ella se la mostró, exclamó:

—¡No te lo puedo creer!

—¿Qué pasó? —preguntó Sol mientras lo veía guardar el celular en el bolsillo.

—Es la misma dirección que me pasó Gonzalo, mi amigo. Vamos a la misma fiesta que me negué el otro día.

—¿En serio?

—¿Y de quién es?

—Cumple años una conocida de Gonza de la facultad, que lo tiene loco desde hace años. Pilar creo que se llama.

—¡Qué chico es el mundo! —Sonó el celular de Sol. Era Lola, que los reclamaba—. Estamos saliendo. En un ratito andamos por tu casa.

Pilar sonreía y se sacaba *selfis* con todos los invitados y los amigos de los invitados. Cumplía veinticinco años y había decidido festejarlo a todo trapo. Alquiló un hermoso salón con un riquísimo *catering* para ciento cincuenta personas. Todo estaba decorado con estrellas plateadas, luces de colores y brillo, mucho brillo. Pato daba vueltas con un vaso en la mano, charlando con conocidos y amigos. Rodrigo llegó con Lorena, que había insistido en acompañarlo, y, para que no molestara más, él había accedido. Cuando Pato los vio entrar juntos se acercó...

—¿Qué hace esta mina acá? —le preguntó en el oído. La música estaba al tope.

—No sé. No la soporto más. No sé cómo hacer para sacármela de encima. ¿Qué hago? ¿La tiro por la ventana?

—¿Cómo se enteró?

—No sé. Siempre se entera de todo. —Giró y se dirigió a ella, que ya movía su cuerpo al son de la música—. Ponete cómoda, yo voy a saludar a Pili.

—Mi hermana te mata —le dijo mientras se alejaban.

Sol, Lola y Sergio entraron al salón repleto de luces y de estrellas, ensordecidos por la música. Lola saltaba de felicidad.

—¡Hace mil que no salía! Esto está precioso.

—¿Tu amigo ya llegó? —le preguntó a Lola.

—Sí. Lo voy a buscar.

Sergio y Sol permanecieron a un costado de la entrada mientras los ojos se les acostumbraban a la penumbra. Incómodos, no sabían qué hacer y hablar no podían porque la música no se los permitía.

—Voy al baño —le dijo Sol al oído y salió.

Sergio, por su parte, buscó alguna ventana para salir a fumar. En el trayecto, se encontró con Rodrigo, que daba vueltas por el salón tratando de perderse de la vista de Lorena.

—¡Ey! —Sergio lo reconoció primero.

—¡Ey! ¿Qué hacés acá? —Rodrigo lo saludó alegre. Esa vez lo reconoció enseguida.

—¿Qué casualidad!

—Sí. ¿Todo bien?

—Sí, estoy buscando un lugar para fumar.

—Mirá, atrás de esa cortina, hay una puerta ventana. Salís directo al balcón.

—¡Gracias!

—Te acompaño. —La mejor idea para desaparecer por un rato.

—Dale.

Capítulo 37

Sergio y Rodrigo

No hablaban. Los dos estaban insertos en sus propios pensamientos. Sergio pensaba en Elvira y en lo que haría cuando no estuviera. En Sol y en el error de haberle permitido ir con él. La estaba descuidando, pero no podía hacer otra cosa más que ocuparse de su mamá.

Rodrigo, a su lado, disfrutaba de las pitadas que le daba al cigarrillo y pensaba en Lorena y en cómo deshacerse de ella. Estaba cansado de tenerla como representante y pegada todo el día a él. Volvió a maldecir haberse acostado con ella. Pero ¿qué iba a ser? Ahora que Sol ya no estaba, que estaba seguro de que ya no lo amaba, no podía hacer otra cosa más que seguir su camino. Y si ese camino lo conducía a las piernas de otra mujer, mejor.

—Qué lindo está acá afuera, ¿no? —Sergio rompió el silencio y Rodrigo cabeceó, asintiendo.

—Me gustaría irme a mi casa ya mismo.

—A mí también.

—¿Y qué hacemos acá?

—No sé. —Sergio soltó una carcajada cómplice.

—Y vámonos a la mierda —bromeó Rodrigo.

—No. Me hace falta salir un poco.

—A mí no, pero... es el cumpleaños de mi mejor amiga y me comporté como un idiota con ella. Lo mínimo que puedo hacer es bancarme esta fiesta de mierda. Aunque tenga ganas de rajarse ya mismo.

—Yo estoy en algo parecido. Vengo descuidando a mi chica hace unos días y... no quería que viniera sola.

—¿Celoso?

—No. Pero no la quiero arrastrar con mis problemas. Ella se merece ser feliz.

—¿Qué tipazo! —Levantó la ceja y se apoyó en la baranda mirando hacia la nada.

—Nah... no es para tanto. Solo que estoy enamorado hasta las bolas.

—Ojo, capo. Te pueden lastimar.

—Puede ser... pero te juro que estoy dispuesto a tirarme de cabeza con tan solo un centímetro de agua. Por ella, todo.

—Uh... bueno. Yo ando en el bando contrario. No pongo las manos en el fuego por ninguna.

—¿Te traicionaron?

—Algo así. Es muy largo de contar y tenemos que volver, ¿no?

—Sí. Ya no hay más puchos. —Rodrigo abrió la ventana y corrió la cortina, lo dejó pasar a Sergio primero y cerró.

Los dos se quedaron parados junto a la ventana. Ninguno tenía muchas ganas de incorporarse al festejo.

Sol salió del baño, volvió a la puerta y no lo encontró. Comenzó a caminar por los costados del salón, fuera de la pista, donde muchos bailaban; entre ellos, Lola, que se movía apretada a... ¿su amigo? Bueno, al menos alguien se divertía.

—¿Sol? —Giró y se encontró con una cara redonda, con cabellera rubia repleta de rulos. Pilar.

—¿Pilar?

—¿¡Qué hacés acá!?!—La pregunta podría ser reprobatoria, pero el abrazo que le dio expresó su felicidad de verla.

—No sé... vine con una amiga a quien la invitó un amigo. —Sol hablaba, pero Pili no la oía. La música no le permitía entender lo que le decía.

—¡Estás preciosa! —La tomó de las manos y le halagó el vestuario. Ella no se sentía igual. Se había puesto un pantalón de gabardina negro con una camisola blanca y unas botas que Lola le había prestado.

—No. Vos estás preciosa. ¿Es tu cumple? —Se le acercó y le habló cerca del oído.

—¡Sííí!! —Hablabla a los gritos—. ¡Veinticinco años! ¿Cómo estás vos? No me digás que volviste con Ro...

Ese comentario solo podía significar una cosa: Rodrigo estaba ahí. Seguro que estaba ahí. Las piernas se le aflojaron y sintió que se caía ahí nomás. Rodrigo... en el mismo lugar...

—¿Vinieron juntos? —Pili le preguntó y desató la tormenta que venía formándose en su interior, confirmándole sus sospechas.

—No. Perdón, Pili... pero me voy a ir yendo.

—¿Ya?

—Sí. Perdoname. Que lo termines hermoso.

—Sol... —La detuvo y, acercándose, la abrazó—. Qué bueno que volviste porque, sin vos, ese pibe es un completo desastre.

Sol se alejó, la cabeza le bombeaba con las frases que Pili le acababa de decir. Caminó atontada hasta una silla y se sentó. Necesitaba tomar fuerzas porque, si no, se desmayaría. El pecho subía y bajaba nervioso, asustado. No estaba preparada para verlo. Y Sergio. Sergio también estaba ahí. Debía buscarlo y pedirle que la sacara de ahí enseguida. Se levantó como eyectada, mirando hacia todos lados. ¿Dónde estaba? ¿Dónde? Por fin, lo vio. Estaba parado en uno de los extremos. Levantó el brazo, haciéndole señas, mientras se acercaba.

Esquivó a unos bailarines eufóricos y levantó la vista para ver mejor. Y entonces, vio el cuadro completo.

—Mira... ahí viene mi pileta —le dijo Sergio a Rodrigo, señalando a Sol, que caminaba hacia ellos.

—¡A ver! —Dirigió la vista hacia donde miraba Sergio y...

—Es hermosa. —Oyó el comentario de su acompañante como si su propio pensamiento se hubiese hecho palabra.

Sol se detuvo antes de llegar. Sergio... ¿y Rodrigo? ¿Cómo? Habiendo tantas personas en la fiesta, ¡justo con él tenía que estar!

Rodrigo parpadeó y cerró los ojos unos segundos, esperando que, al abrirlos, todo fuera una ilusión. Los volvió a abrir, pero todo seguía igual; ahí estaba ella, de nuevo. Y... y ahí recordó de dónde conocía a ese pibe. ¡De Ecuador! Era él quien la besaba en el pasillo de aquel hotel. Era el mismo al que había maldecido una y mil veces. Con el que había estado fumando y charlando como si fueran grandes amigos.

—¡Sol! —Sergio le gritó, pero no reaccionó. Saliendo disparada hacia la puerta de salida, lo dejó parado ahí. Giró para ver a Rodrigo, pero había desaparecido también—. ¿Qué mierda...?

No supo cómo hizo, pero bajó las escaleras del salón como si estuviera en el aire. Cuando llegó a la puerta, caminó hasta el cordón en busca de un taxi. Miraba hacia el horizonte cuando lo oyó;

—¿Qué hacés acá? —No cedería a sus provocaciones. Comenzó a caminar hacia la esquina a paso rápido, golpeando las baldosas con los tacos de las botas. Él la seguía—. ¡Sol! ¡Sol! —No se detendría. No hablaría con él. No lo escucharía. No.

Un brazo la tomó de la muñeca y la impulsó hacia atrás un poco antes de llegar a la esquina.

—¡Soltame, que me estás lastimando, Rodrigo! —le gritó con ira y él así le respondió también.

—¿Qué hacés acá te pregunté.

—Me invitaron a esta fiesta, no sabía que era de Pilar. Si no, no hubiese venido.

Los dos se miraban con bronca. Él, porque seguía reviviendo el momento del beso y ella, porque no quería ser débil. Esa vez tenía a alguien que la protegería. Esa vez no estaba sola como un cachorro mojado.

—¿Cuándo volviste?

—No te importa.

—Así que ahora estás con ese flaco. Con el morocho ese...

—¡Sí! —Rodrigo soltó una carcajada limpia en el medio de la noche silenciosa.

—Bueno... Pensé que iba a querer cagarlo a trompadas, pero ¿sabés qué...? Me da pena. No parece un mal pibe.

—¡Claro que no lo es! Sergio es...

—¿Qué? —Rodrigo se le acercó un poco más—. ¿Qué? ¿Qué es Sergio para vos? A ver... contame, Sol. —Un paso más y podía tocarlo.

—¡Dejame en paz!

—¡Sol! —la voz de Sergio, a lo lejos, los sacó del trance y Rodrigo la soltó—. ¿Estás bien? —preguntó agitado—. ¿Se conocen?

—Sí. Claro que sí —respondió él, metiendo una de sus manos en el bolsillo de su pantalón, luciendo la mejor sonrisa.

—¿En serio? —quiso saber, desconcertado.

—Sergio... —Extendió la mano—. Yo soy Rodrigo.

—¿Rodrigo? —preguntó—. ¿Rodrigo? —repitió, dirigiéndose directamente a Sol. No hizo falta que ella respondiera.

—¡Ro! —Lorena lo llamaba desde la puerta del salón.

—¡Andá! —le dijo Sol—. Te llama tu representante. ¿Nos vamos, amor? —le preguntó a Sergio y el asintió sin poder interpretar los gestos y el tono de Sol.

Capítulo 38

La soledad y la introspección

—Lola, no quiero hablar con nadie. Dejame de romper los quinotos. Sí, estoy bien. Solo necesito estar tranquila un par de horas, ¿puede ser?

Dejó de responderle a su amiga. Sergio también le enviaba mensajes, pero tampoco quería hablar con él. Después de la noche anterior, donde se habían cruzado cara a cara con su mayor miedo, todo se había vuelto extraño. Si bien Sergio no había dicho nada en el camino de vuelta, sabía muy bien lo que estaba pensando. Y en parte, era mejor. Le agradecía el silencio. No tenía ganas de hablar de Rodrigo, ni de lo que verlo había provocado.

Se quedó en la cama todo el día pensando y analizando lo ocurrido. Necesitaba ordenarse para ordenar. Y eso significaba volver tras sus pasos y sentir su presencia de nuevo, más cerca que nunca. Después de recorrer con su mente todos los detalles de Rodrigo: su barba, sus ojos, su sonrisa seductora —la misma de las cámaras—, su pantalón ajustado, su campera de cuero. Su perfume y su aliento a cigarrillo y a chicle de menta. Luego de memorizar cada uno de ellos, volvió sobre la manera en que le había hablado. Estaba enojado. La había mirado de una manera rara, como reclamándole algo. ¡Y sí! Se había ido sin decir nada. Pero... él, sabiendo dónde estaba, tampoco había ido a buscarla. Así que estaban a mano. ¿A mano? ¿Desde cuándo aquello se había convertido en un juego? No había ganadores, solo perdedores por el momento. Pensaba y pensaba mientras intentaba imaginar qué tanto habían estado hablando.

—¿Lo conocías de antes? —fue lo único que Sol le había preguntado a Sergio en el camino de regreso.

—No —fue la respuesta de Sergio y ya ninguno habló.

¿Qué tanto habían estado hablando Sergio y Rodrigo? La cabeza le hervía. Girando, se enredó en las sabanas y prendió la televisión. Esa vez sí, buscó los canales de chimentos y en especial el programa de Jorge Gelli. Afortunadamente, los domingos repetían la programación de la semana y pudo enterarse en qué estaba la vida de Rodrigo. Estaba filmando una nueva novela y una película. Había estado grabando un comercial en España hacía un tiempo. Nada de mujeres. Sonrió sin querer y enseguida frunció el ceño de nuevo. Se tapó la cara con el acolchado y así se quedó por unos segundos hasta que el teléfono de línea comenzó a sonar y se imaginó quién era por la hora.

—Hola, Sol. ¿Cómo va todo?

—Bien, gordo. ¿Vos?

—Contento. Este fin de semana le fue muy bien a Argentó. ¿Ustedes?

—¿Hablaste con Sergio?

—No. ¿Por? ¿Pasó algo?

—La mamá está un poco mejor... y la llevaron a la casa.

—Ah. Y eso es una buena noticia...

—Yo creo que debería haberse quedado en la clínica. Pero ellos sabrán lo que hacen.

—Claro.

—Ya le di el sobre a Lola —agregó y esperó la reacción de su hermano.

—Bueno. Gracias.

—Gordo...

—¿Qué?

—¿Está todo bien entre ustedes?

—Mmm... Es complicado. Pero no quiero hablar de eso. ¿Puede ser?

—No sos el único —agregó, recordando que Lola también había dicho algo parecido.

—¿Y vos y Sergio? ¿Cómo están?

—Bien...

—¿Bien? ¿Nada más?

—Él tiene la cabeza en lo de su mamá y yo... —No iba a contarle sobre el encuentro con Rodrigo. Al fin y al cabo, no había significado nada. ¿O sí?

—Paciencia, Sol. Me alegra que estés vos allá con él. No debe ser nada fácil...

—Sí. —Dudaba de que volver hubiera sido buena idea, pero no dijo nada.

—Bueno... te dejo. Me voy a llevar la camioneta al mecánico. No sé qué tiene, pero hace un ruido extraño...

—Dale, gordo. Te quiero.

Con el teléfono en la mano, con la cabeza revuelta de pensamientos, con el corazón incómodo, decidió salir a dar unas vueltas a la plaza. Necesitaba aire, necesitaba pensar, necesitaba interpretar qué había cambiado en ella que no le permitía volver a su eje. Lo sabía, claro que lo sabía. La cosa era que no estaba dispuesta a admitirlo.

La caminata le hizo bien. El sol, los pájaros y el movimiento le permitieron volver sobre sus pensamientos una y otra vez, para llegar a una conclusión: debía permanecer cerca de Sergio lo más que pudiera. Igual que en Ecuador, lo mejor sería quedarse junto a él para absorber esa tranquilidad que solo sus ojos marrones eran capaces de transmitirle. Volvió a convencerse de que con Rodrigo nada volvería a ser lo que alguna vez había sido. Que, si bien su piel y su corazón lo reclamaban y lo llamaban a los gritos, debía soltarlo. Por su bien y el de ella. Sergio... Sergio era su mejor opción. La más sabia. Tomó el celular y vio que tenía varias llamadas perdidas de él.

—¿Sol? —Una voz que no era la de Sergio le respondió.

—¿Manuel?

—Sí.

—¿Todo bien?

—Falleció Elvira.

—¡Dios mío! —Tembló del otro lado del teléfono y pudo sentir el dolor que atravesaba el aparato y llegaba hasta ella. La voz entrecortada de su esposo le llegó como una trompada en el pecho—. Voy para allá.

Sergio no era Sergio. Tampoco era el Sergio que había sido durante toda la semana en Buenos Aires, en la clínica. No había irritación, no había enojo. No había nada. Era como si se hubiese quedado completamente vacío. Despojado de toda capacidad, de todo sentimiento. Lo encontró recostado en un sillón y apenas la saludó. Manuel, igual de triste pero más repuesto, le ofreció café. Esperaban a que llegara la ambulancia y se la llevaran a la cochería. Detrás de ella, llegaron los hijos de Manuel y Gonzalo, el mejor amigo de Sergio. Sol lloró igual que ellos, o más, al verlos abrazarse. El dolor se hacía presente en la casa como si tuviese forma, cuerpo; como si fuese uno más de la familia. Lo podían sentir caminando entre ellos, acariciándoles las mejillas, sirviendo el café a los recién llegados. El panorama era tétrico, silencioso. Nadie hablaba porque tampoco había mucho que decir.

Con la taza de café en la mano y sentada sobre el apoyabrazos del sillón, esperó a que Sergio se despidiera de su mamá por última vez. Los llantos, los susurros se oían en toda la casa mientras la camilla recorría las habitaciones hasta llegar a la salida. Sergio, desde el marco de la puerta, observó la escena destrozado, envuelto en un aura gris, pesada, intensa. Otro ser querido que se iba. Ella conocía ese dolor: como si te estuvieran arrancando el corazón de un tirón. Sol apoyó la taza y se acercó a contenerlo.

—Gracias por estar —le dijo mientras la envolvía en un abrazo con la voz entrecortada.

—Tranquilo... —Y el corazón terminó por estrujársele cuando lo oyó llorar sobre su hombro como si fuera un niño.

Ese día se quedó a dormir en la casa donde él se había criado. No pegó un ojo. Apenas se levantó, se dirigieron a la cochería donde se realizaría el servicio. Por la tarde, regresó con Lola a su departamento. Sergio no había querido que se quedara una noche más y ella no insistió porque necesitaba dormir y porque tenía un dolor de cabeza insoportable que apenas le permitía abrir los ojos. Aunque hubiese preferido no dejarlo solo, él insistió y lo respetó.

En el camino de vuelta, Lola estuvo más callada que de costumbre y Sol tampoco preguntó a qué se debía. No tenía deseos de hablar con nadie, de nada.

Horacio la vio llegar con la cartera a medio poner, ojeras y pálida como un papel, y se acercó preocupado. La envolvió en un abrazo cuando Sol le contó acerca de Elvira y ella lo dejó hacer porque necesitaba que alguien la contuviera a ella. Con Nahuel tan lejos, se sentía cada vez más sola. Subió, arrojó todo sobre el sillón, se desnudó y se metió a la ducha. Permaneció ahí por un largo rato, mientras el agua le golpeaba la nuca. Cuando salió y se puso el pijama eran las ocho de

la noche. Veinticuatro horas atrás se estaba cambiando para ir a la fiesta donde debería haberse divertido y, en cambio, el mundito pequeñito que había construido en Ecuador había explotado en mil pedazos y se había convertido en estrellas, como las que colgaban del salón.

Sergio la necesitaba más que nunca y ella en lo único que podía pensar era en los ojos de Rodrigo. Otra vez en la duda... ¿verdes o marrones?

Capítulo 39

La bronca y el... ¿amor?

Dejó a Lorena hecha una fiera en la vereda de su edificio. Por más artilugios que usara, no había cedido a subir a su octavo piso y eso la había puesto de muy mal humor. De camino a su departamento pensó en volver a la fiesta y hablar con Patricio. Necesitaba sacar afuera el torbellino de emociones que lo atravesaban como agujas. El flaco, ese tal Sergio... ¡Sabía que lo había visto en algún lado! ¡Hijo de puta! Se convenció de que no debía volver. Le arruinaría el cumpleaños a Pilar y no era su intención.

Llegó a su casa nervioso, aturdido. Estaba enojado con ella, con el idiota con cara de bueno y con él, por no haberlo recordado a tiempo. Pero, sobre todo, por haberla seguido afuera.

—¿Para qué? ¿Para qué fuiste? ¡Idiota! —Se golpeaba la cabeza con las palmas de la mano mientras giraba alrededor de la mesa.

Intentaba recordar el beso que había visto y lo había lastimado como pocas cosas en su vida. Inclusive, enterarse de que Rober no era su padre legítimo no había dolido tanto como ver a Sol en brazos de otro hombre. Sin embargo, mientras pensaba en eso, la imagen de ella en la fiesta, hermosa, hermosísima, interceptaba cada uno de sus pensamientos. Quería odiarla más que nunca, pero no podía. Y ese sentimiento había sido el que lo llevó a seguirla escaleras abajo para reclamarle su error.

—¡Estúpido! —repitió mientras se arrojaba en el sillón. Cerró los ojos con rabia e intentó, en vano, olvidar su imagen. Su pensamiento voló hasta la fiesta y las palabras de Sergio inundaron el *living*.

—*Nah... no es para tanto. Solo que estoy enamorado hasta las bolas.*

—*Ojo, capo. Te pueden lastimar.*

—*Puede ser... pero te juro que estoy dispuesto a tirarme de cabeza a la pileta con tan solo un centímetro de agua. Por ella, todo.*

¡Si lo sabría él! Claro que, por ella, todo. Todo y más. Mucho más. Entendía ese sentimiento porque lo había vivido en carne propia, ese fuego constante que solo ella podría generar. Ella, con su sonrisa, con sus modos dulces, con sus palabras y su tono de voz.

—¡Basta! —Se puso de pie con violencia. Debía salir de ahí porque, de lo contrario, acabaría

visitándola en su departamento. Y, si no estaba ahí, la buscaría debajo de cada piedra de la ciudad si era necesario. Y no debía. No podía.

Manejó por la ciudad hasta que los ojos se le hicieron pesados y sintió el cansancio. Volvió y se acostó vestido sobre su cama. Cuando despertó se encontró con varias llamadas perdidas de Lorena y un mensaje de Patricio.

Patricio: «Me enteré de lo de Sol. ¿Querés que hablemos?».

No respondió. La noche anterior deseaba hablar; hoy, ya no. Se dio una ducha rápida y fue a visitar a su mamá. Distraerse. Sí, eso necesitaba. La abuela Murcia había viajado especialmente para ver a su hija y estaban todos invitados para un almuerzo familiar. Llegó un poco antes de almorzar y fue Rober quien lo recibió en la puerta.

—Hijo... Qué bueno que viniste —expresó sinceramente con una sonrisa colocada entre los bigotes canos.

—No soy tu hijo. No me hinchas las pelotas que no estoy de humor. Vine porque está la abuela.

—Entiendo. —Como siempre y desde el día en que le habían confesado la verdad a Rodrigo, una verdad que salió a la luz por error, Roberto tomó una postura condescendiente y no lo presionó. Según él, ya lo entendería. Sin embargo, llevaban cinco años lidiando con sus desplantes y sus malas caras.

El ambiente que Rodrigo encontró detrás de la puerta no se parecía en nada al que había vivido en Olavarría junto a su abuela. Catalina charlaba con ella, pero sin dejar de mirar de reojo a Lourdes, que estaba sentada junto a Lautaro en el sillón de enfrente. Se notaba, por la cara seria y los brazos cruzados, que había ido obligada. Su hermano hablaba con Dora acerca de la salud de la abuela, del campo y de su marido, que se había quedado cuidando la estancia, sin prestarle atención a la mamá de su hijo y a sus gestos. Rodrigo entró y saludó así nomás, dirigiéndose directamente hacia su abuela.

—¡Vieja loca! —le estampó un beso en la mejilla arrugada y la tomó de las manos—. ¿Qué hacés acá?

—Una madre siempre está atenta a sus hijos, nene —respondió mirando directamente a Catalina.

—¿Cómo está el campo, Dorita? —le preguntó a la señora, que se había puesto de pie para saludarlo.

—Bien, Rodrigo. Nicolás se quedó cuidando todo.

—Lautaro... Luli —Agachó la cabeza sin soltar las manos de su abuela.

—Ro... ¿cómo estás? —Por fin la voz de Lourdes se oyó en la casa. Todos notaron el movimiento de Catalina al escucharla dirigirse a su hijo más grande.

—Bien... ¿vos? ¿Mi sobrino?

—Bien. Creciendo. —Se llevó la mano a la panza levemente y sonrió.

—¡Ya está el asado! —Rober entró gritando y llamando a todo el mundo a comer.

Una vez en la mesa, las incomodidades crecieron aún más. Catalina pestañeaba intermitentemente en una especie de código morse y como haciéndole señales a Rober en la otra punta. Rodrigo, rodeado por su abuela y Dora, examinaba la contienda divertido. Lautaro y Lourdes, en cambio, apenas probaban bocado.

—¿Ya se sabe qué es, nena? —pregunto doña Murcia.

—La semana que viene me hago una ecografía y quizás se deje ver.

—Va a ser varón —agregó Rodrigo.

—¡Ojalá que sea una nena! —exclamó Roberto y todos se lo quedaron mirando. Catalina se excusó, no sin antes revolear la servilleta sobre la mesa—. ¡Hay muchos varones! —explicó Rober sin dejar de comer—. Esta casa necesita más mujeres. —Y sonrió sincero, guiñándole un ojo a Lourdes.

—¡Gracias, viejo! —balbuceó un tímido Lautaro.

El café llegó de la mano de Dora, quien había tomado las riendas de anfitriona. Para las tres, Lourdes no aguantó y le pidió a Lautaro regresar a su casa.

—Dorita... yo les abro. También salgo —dijo Rodrigo despidiéndose de su abuela.

Los tres salieron silenciosos hasta el parque, donde habían estacionado los autos.

—¡Qué almuerzo de mierda! —exclamó Luli, enojada por el mal momento que había pasado—. Si no hubiese sido por tu abuela y tu papá, me iba más temprano. Te juro.

—Bueno, Luli. Había que venir.

—Tu mamá apenas sí te habló. No te entiendo, Lautaro. La verdad, no te entiendo.

—Es un nene de mamá —bromeó Rodrigo mientras prendía un cigarrillo.

—¡Callate, pelotudo! ¿Volviste al vicio?

—La verdad no ofende. Y... ¿a vos que te parece? —respondió Rodrigo.

—Gracias por venir. No me sentí tan sola con vos acá. —Luli se le acercó y lo rodeó con sus brazos largos.

—No hay de qué. —Le devolvió el abrazo por unos segundos y luego la alejó disimuladamente al ver la cara de su hermano—. Andá, que se pone celoso mi hermanito.

—¿Vos estás bien? —le preguntó mientras se alejaba.

—Seh...

—¿Querés venir a cenar a casa hoy? Invitamos a Solange...

—Luli... quizás está cansado. Ayer fue el cumple de Pili...

—Voy. ¿A qué hora? —Sabía que debía ocupar su tiempo porque no deseaba pensar en ella. Había que llenar el día de actividades porque de lo contrario...

—Tipo nueve y pedimos sushi. Estoy antojada hace tiempo.

Se despidieron y cada uno se subió a su respectivo auto. Lautaro y Luli se fueron para un lado; Rodrigo, para otro. Justo cuando estaba decidido a doblar hacia la dirección donde se encontraba el edificio de Sol, la llamada de Patricio lo detuvo. Lo puso en altavoz.

—¿Qué hacés?

—¿Cómo estás?

—Bien.

—¿La viste? —Fue directo al grano.

—Sí.

—¿Qué hacía ahí?

—¿Dónde estás?

—En casa, solo. ¿Venís?

—Dale.

—Ey... Comprá algunas facturitas. No almorcé. Las de Nuevo día son riquísimas y están cerquita de casa.

—Dale. En media hora, estoy.

Patricio lo recibió sin mirarlo a los ojos. Le quitó el paquete y, abriéndolo, devoró un cañoncito con dulce de leche de un bocado.

—¡No daba más! —dijo con la boca decorada de azúcar impalpable mientras Rodrigo se acomodaba en la silla del comedor—. Bueno... contame. ¿Qué hacía Sol en el cumpleaños de Pili?

—No sé.

—¿No sabés? ¿Hablaste con ella?

—Algo.

—¿Y? ¿Te explicó por qué se fue... qué pasó?

—No hubo tiempo.

—Dejá de hablar en código y explicame qué pasó.

—Estaba acompañada. ¿Viste el flaco que estaba en la clínica...? —Le contó cómo había sido la coincidencia. Le dijo lo que había pensado decirle cuando bajó y detalló la corta conversación que habían tenido en la esquina del salón.

—No te lo puedo creer. Mirala vos... ¿Y estás seguro de que están juntos?

—Sí. Muy.

—¿Y qué vas a hacer?

—Nada.

—¿Cómo nada?

—Nada, boludo. ¿Qué querés que haga?

—¡Que la vayas a buscar! ¡Volvió! ¡Hola!

—Acompañada, Pato. No voy a hacer nada. Ella quiere estar con ese flaco... que siga nomás. ¡A mí no me importa! Por mí, se puede ir bien a la mier...

—¡Ey! ¿Por qué tan enojado? Vos, desde que volviste de Madrid, estás irreconocible.

—Puede ser.

—Hay algo que no me decís... pero no importa. Lo que importa es que ella está acá. Sol, boludo, el amor de tu vida.

Rodrigo no dijo nada. Se limitó a pensar en las palabras que su amigo acababa de decir y que

retumbaban como un eco no solo en su cabeza, sino también en su corazón. Sol... era el amor de su vida. Claro que sí. Siempre lo sería. Estaba seguro de que jamás amaría a alguien de la misma manera. Y su corazón le gritaba que ella tampoco amaría a otro como lo había amado a él. Cerró los ojos y se apoyó sobre la mesa de madera, abatido por los pensamientos, las dudas, los miedos.

—¡Andá a buscarla! Hablen. La tercera es la vencida.

Capítulo 40

De lejos, duele menos

Después del servicio funerario, no tuvo ganas de ver a nadie ni de hablar con nadie. Se había encerrado en la que había sido su habitación y, aunque sabía que debía continuar, su cuerpo no le respondía. Manuel iba y venía, y se encargaba de todos los papeles que había que hacer mientras él se la pasaba recostado sobre su cama.

El martes intentó levantarse cuando supo que Sol vendría a verlo, pese a su negativa. La quería dejar afuera de su dolor porque sabía que la iba a arrastrar a ella también y no quería hacerla sufrir. Y entre todo eso, entre los labios dulces de Sol y la pérdida de su madre, estaba Rodrigo. Aún le parecía increíble la coincidencia de haber estado hablando con aquel que había impulsado a Sol a Ecuador y la había hecho aterrizar en sus brazos.

—Sergio... —Manuel golpeó la puerta suavemente y asomó la cabeza—. Sol está en la cocina. Salgo un ratito.

—Dale, ahí voy.

Fue al baño primero, se lavó la cara, se acomodó el jopo y fue a su encuentro.

—¡Hola!

—¡Ey! —Sol se acercó rápidamente y lo contuvo en un abrazo largo, silencioso—. Me parece que tenés unas líneas de fiebre.

—Puede ser. Me duele todo.

—¿Té?

—Dale.

En silencio, preparó las infusiones y sirvió las dos tazas con mucha azúcar. Se acomodó frente a él, sin dejar de revolver. Estaba destruido.

—¿Cómo estás?

—Raro. ¿Vos? —le preguntó mientras sorbía el primer trago.

—Ahí, también. —Sonrió de costado.

—Sol... estuve pensando. No me voy a poder volver enseguida a Ecuador. Manuel anoche me comentó la situación de algunas de las panaderías y hay que ver cómo resuelvo eso una vez... —Tosió con fuerza. Tenía el pecho algo tomado—. Que mejore. Hay una posibilidad de abrir

algunas franquicias más fuera de Buenos Aires y... creo que trabajar me va a venir bien en este momento.

—Ah...

—Tenés el pasaje ida y vuelta que se vence en un tiempo. Por ahí te quieras quedar con Lola unos días más y después volvés a Montañita. Hablamos con tu hermano y...

—¿Y vos?

—Yo tengo que esperar. No tengo ganas de nada.

—Tomate tu tiempo, tranquilo. —Extendió la mano y acarició la suya, que estaba helada.

—Yo sé que querés volver... sigo insistiendo en que no debiste venir.

—Ya está. Me alegra que no hayas pasado por esto solo.

—Sol...

—Decime.

—¿Qué sentiste?

—¿Eh? ¿De qué hablas?

—De Rodrigo. ¿Qué sentiste cuando lo viste?

Ahora la que tosió fue ella. Intentó pensar rápido para darle una respuesta sincera, pero que no doliera. Estaba atravesando un momento horrible y no quería agregarle un dolor más.

—No sé... —En parte, era verdad. Aún estaba analizando y tratando de encontrar una respuesta a lo que había sentido.

—Qué casualidad, ¿no?

—Sí. La verdad que sí.

Terminaron el té en silencio. ¿A dónde habían ido a parar aquellos dos que hablaban sin parar en sus largas horas de caminata? ¿O esos que se divertían con tan solo mirarse? Sergio y Sol se buscaban en el fondo de la taza de té, pero no se hallaban. ¿Así sería de ahora en más?

—Sol... me siento un poco mal. ¿No te enojás si me voy a la cama?

—No, no. ¡Para nada! —Se puso de pie y guardó las tazas—. ¿Querés que me quede a hacerte compañía? —se ofreció.

—No. Gracias. Necesito dormir.

—¿Mañana querés que venga?

—Hablamos, ¿sí? Si me siento mejor, me voy a ir con Manuel a ver ese tema que te comenté...

—Bueno...

La puerta se cerró y dejó a Sol de un lado, desconcertada ante la actitud de Sergio, y a él, pensando en que se estaba equivocando. Que no debía alejarla así de su dolor, de su vida. Pero no podía hacer otra cosa. Por lo menos, no hoy. Necesitaba tiempo para afrontar la pérdida y, para ello, la soledad era su mejor aliada.

Sol llegó al restaurante en busca de alguna distracción y, por qué no, algo de alegría. Sergio había construido una pared altísima entre ellos que no podía flanquear y estaba cansada de intentarlo. Lola completaba su turno, Carlos preparaba manjares en la cocina y Guillermo leía el

diario en la barra. Ahí, el tiempo no había pasado, todo seguía igual.

—Hola.

—¡Solcito! ¿Cómo estás?

—Acá andamos. —Se acercó y le dio un beso en la mejilla.

—Me contó Lola lo de tu amigo. Lo siento mucho.

—Gracias, Guille.

—¿Cafecito?

—Dale.

—¿Y ahora? ¿Qué van a hacer? —le preguntó mientras servía las tazas—. ¿Se vuelven a Ecuador?

—No sé. Hoy me dijo que no sabe cuándo va a poder volver. Y es entendible. Tiene que resolver unas cuantas cosas.

—Claro... me imagino. ¿Y vos?

—No sé. Estoy como en una especie de limbo. Extraño el mar, a mi hermano... quisiera volver, pero a la vez... No sé. Debería pensar qué quiero para mi vida. Nahuel está cumpliendo su sueño, haciendo lo que él quiere. ¿Y yo? Yo no sé... No tengo ni idea. —Escondió su cara entre los brazos desorientada.

—Ay, Solcito... —Le acarició la cabellera dulcemente—. Acá siempre vas a tener un lugar, ¿sabés?

—Gracias, Guille... de verdad.

La vibración insistente de su celular interrumpió la conversación a la que, ahora, Lola se había sumado.

—¿Hola? Sí, soy yo. Ah, sí. ¿Sí? ¿Ya? No lo puedo creer. Buenísimo. ¿Tengo que pasar a firmar algo? Bueno... perfecto. Mañana me doy una vuelta por la inmobiliaria.

—¿Quién era?

—Ya alquilaron la casa de mis viejos. Nahuel va a estar chocho.

—¡Qué bueno! —Guillermo sonrió sin prestarle atención a la cara de Lola.

La conversación derivó en alquileres, costos, viajes. Sol siguió halagando Ecuador, dando más detalles de su estadía e invitándolos a ir a conocer.

—No... yo quiero conocer la Argentina primero —comentó Guillermo ante la propuesta—. Casualmente, este fin de semana nos vamos a San Luis con Lidia.

—¿Y el restaurante?

—Se queda Diana a cargo por las noches y Lola durante el día. Son tres días nada más.

—¡Qué lindo, Guille! Me encantaría conocer San Luis, Córdoba...

—Mirá, la hermana de Lidia alquila unas cabañitas en Mina Clavero que, según ella, son hermosas. ¿Querés venirte con nosotros? Vamos a pasar por ahí a saludarla y seguimos viaje. A la vuelta, te pasamos a buscar.

—¿Sola? ¡Ni loca!

—Ay, Sol... te fuiste sola a otro país. Te lo propongo porque quizás te venga bien un tiempo para vos, para encontrarte con vos misma.

—Dejámelo pensar. No sé si sea buena idea dejar a Sergio en este momento.

Volvió al departamento y, como cada día después de la fiesta, se fijó si habría alguna flor amarilla dando vueltas por ahí. Su mente agradecía no hallar nada en la puerta de su departamento. Su corazón, en cambio...

En el camino de vuelta había estado pensando en la propuesta de Guillermo. Quizás no estaba tan errado. Puede que, alejada de todo y de todos, su cabeza y su corazón se sincronizaran y pudieran, juntos, ponerse de acuerdo para dar el siguiente paso. El mensaje de Sergio, terminó por convencerla.

Sergio: «Sol... mañana nos vamos a Tandil con Manuel. Hay una posibilidad de abrir una nueva sucursal y...».

No leyó más. Cerró ese chat y abrió el que mantenía con Guillermo.

Sol: «¿Qué día saldríamos?».

Tipeó y envió. La respuesta llegó a los pocos minutos.

Guillermo: «Viernes. 7 de la mañana aproximadamente. Volveríamos el lunes».

Sol: «Buenísimo. Cuenten conmigo».

Guillermo escribió a los pocos minutos.

Guillermo: «Hablé con Lidia y ya le escribió a su hija. No te preocupés por nada».

Sol: «Te quiero, Guille».

Guillermo: «Y yo a vos, hermosa».

Capítulo 41

Rojas y amarillas

Habían estado hablando por teléfono y Sol le había dicho, un día antes de viajar, que se iría a Córdoba con Guillermo.

—Yo llego mañana. Me gustaría verte antes de que te vayas —protestó Sergio.

—Salimos temprano. El lunes estoy de vuelta, igual.

—Sí, ya sé. Pero... nada. Tenía ganas de verte. —La lejanía, el viaje, el trabajo habían recuperado su humor y reseteado su corazón. Había descuidado a Sol y debía compensarlo. Pero... ahora ella se iba.

—Tranquilo. El lunes nos vemos. ¿Cómo les fue en Tandil?

Hablaron por media hora acerca de las nuevas franquicias en la zona y Sol lo notó más distendido, relajado. De a poco volvía a ser el mismo Sergio con el que había convivido en Montañita. Sin embargo, ella sentía que se alejaba de la Sol que había sido a su lado en Ecuador. ¿Sería Buenos Aires? ¿Sería la presencia de Rodrigo? No lo sabía y se iba a Mina Clavero a averiguarlo.

—Voy a hacer lo posible por pasar por tu departamento a despedirte.

—Bueno... dale.

Sol volvió a su tarea. Armaba un bolsito pequeño con algunas prendas. Era agosto y los días estaban más lindos. Guardó algo de abrigo y unas remeritas por si hacía calor. Mientras preparaba lo que llevaría, pensó en que las hipótesis que había armado en su cabeza, se iban cayendo una a una. Primero: estaba segura de que Rodrigo vendría a buscarla a su departamento. Lo conocía y sabía que no descansaría hasta no saber por qué se había ido a Ecuador así, sin decir nada. Con respecto a eso, se había convencido de que no diría nada de la foto que le había mostrado Lorena y que la había impulsado a partir. No ganaba nada con hacerlo. Segundo: creyó que Sergio permanecería frío y distante. Que, quizás, la muerte de su mamá lo había alejado del lado luminoso que había resplandecido en las costas ecuatoriana. Pero no, ahí estaba, con su voz dulce e intentando ser el que era.

Tocaron el timbre. La voz chillona de Lola se esparció por el departamento.

—Traje empanadas y una cervecita.

—Subí, loca.

Verla entrar, dejar las cosas y hablar sin parar la regresó a la noche en que le había hablado de Rodrigo y de sus primeros días juntos. Cerró los ojos y los volvió a abrir para barrer los recuerdos. Se prepararon para cenar en el *living*, cómodas, sobre algunos almohadones. Pensó en los meses que habían pasado juntas y en cuánto se habían unido. Sonrió para dentro, agradeciendo a la vida y al universo que la hubieran colocado en su camino. Lola, sin dudas, era la mejor amiga que podía tener. No juzgaba, no criticaba. Apoyaba, acompañaba. Estaba.

—¿A qué hora salen mañana?

—Tipo siete, dijo Guille. Che... ¿Qué onda Lidia? No la conozco y...

—Es divina. Te va a caer genial. ¡Vas a ver! La verdad, te confieso... me sorprendiste. Pensé que no ibas a aceptar.

—Yo tampoco. Pero creo que Guille tiene razón. Necesito pensar. Y creo que hace meses que no lo hago. Hago todo por impulso.

—¿A qué te referís con lo de meses?

—Desde que Rodrigo apareció en el bar, el día del desmayo... todo, absolutamente todo fue como un *flash* del cual no tengo recolección. O sea, todo paso tan rápido que no me tomé el tiempo de pensar en lo que realmente quiero. ¿Entendés?

—¿Y ya sabés?

—¡No! Ni cerca. Por eso me voy. Tengo que pensar en mí, en lo que quiero hacer con mi vida, con Sergio.

—¿Con Sergio?

—Sí. Aún no me planteó nada, pero yo sé que quiere que vayamos por algo más serio.

—Sol... ¿ustedes ya...?

—Sí.

—¡¿Sí?! ¡¿Cómo no me lo dijiste!?

—No tengo mucho para decir. Estaba algo... borracha y, la verdad, no me acuerdo de nada.

—Y... ¿estás segura de que sí, de que lo hicieron?

—Sí. Estoy segura.

—¿Qué cagada! ¡Ni siquiera lo disfrutaste!

—Fue muy raro.

—¿Raro?

—Sí. Como un sueño. Pero bueno... ya está. Ahora sé que Sergio me va a proponer o insinuar algo más... serio, digamos. Y yo no tengo idea de qué es lo que quiero. Y encima...

—La fiesta.

—¡Sí! ¿Por qué? ¿Por qué tenía que ser la fiesta de Pili?

—Ay, amiga. Cuanto más tiempo pasa, más me convenzo de que, si tiene que ser para vos, va a ser. Y Rodrigo se te aparece constantemente. Es el destino, boluda, que te está diciendo... «¡Ey, dale! ¡Concretá de una vez!».

—¿Concretá?

—Claro... tirate a la pileta. Metele fichas a ese bombón.

—¿Otra vez con lo mismo, Lola? ¿Acaso te olvidás de nuestra historia?

—¿Qué? ¿Lo de la foto? Ya fue. ¡Borrón y cuenta nueva!

—No es tan fácil. Ya hablamos de esto. No funcionaría y lo sabés.

—Sol, dejá de esconderte detrás de esa mierda de la fama, de las fotos, de las minas, y pensá lo que sentís por él. Estabas yendo por el camino de la mano de Sergio y un encuentro con Rodrigo, ¡uno solo!, te movió toda la estantería. ¿No pensaste que quizás lo seguís queriendo?

¡Claaaaaro! Claro que lo seguía queriendo. Con todo su ser. Pero... siempre había un «pero» entre ellos dos. Primero, lo había puesto él; ahora, lo ponía ella. Necesitaba pensar, relajarse, alejarse de todo y todos. Había que tomar una decisión y con Sergio, con Lola, con Guillermo, con Rodrigo alrededor, no podía.

—Mirá... vos pensá todo lo que quieras con esa cabecita hermosa que tenés, pero...

—Pero ¿qué?

—Pero sabés muy bien que esa decisión que querés tomar no la decide esta... —Colocó el dedo índice sobre la sien—. Sino este... —Y luego lo dirigió al pecho, señalándose el corazón.

—¿Por qué todo tiene que ser tan difícil?

Lola se fue cerca de las doce de la noche, se despidieron con un fuerte abrazo y unas palabras que retumbaron en la cabeza de Sol hasta que por fin se durmió: «Haceme caso, amiga. No pensés con la cabeza, pensá con el corazón. No suele equivocarse».

Se quedó dormida y la despertaron unos golpes en la puerta de su departamento.

—¡Solcito! La esperan abajo. Un tal Guillermo...

—¡Voy! Me quedé dormida, ya bajo.

Se lavó los dientes, se cambió y bajó casi corriendo las escaleras. Guillermo la esperaba apoyado contra el auto, sonriente como siempre.

—¡Sol! Perdón... es un poco más temprano de que lo que te dije, pero... acá me apuraron un poquito —dijo divertido, dirigiéndose a la mujer rubia dentro del auto, en el asiento del acompañante.

—Ah, ¿no son las siete?

—Menos veinte.

—Ah, tampoco es tan temprano. No hay problema. Disculpen... pero anoche vino Lola, se fue medio tarde y me quedé redormida.

—¿Estás lista?

—Sí.

—Suba nomás.

Veinte minutos después, mientras intentaban salir de la capital porteña, un mensaje de Sergio la sorprendió.

Sergio: «¿Dónde estás? ¿Ya saliste? Recién son las 7».

Seguramente, estaría en el edificio.

Sol: «Sí, perdón. Guille vino más temprano y algo apurado».

Sergio: «Te quería ver».

Sol: «Bueno... no te preocupés, que el lunes estoy por allá. ¿Cómo estás vos?».

No pudo decirle: «Yo también» porque en realidad se iba porque no quería verlo.

Sergio: «Mejor».

Sol: «Me alegro mucho».

Sergio leía los mensajes de Sol con una sensación de tristeza que lo traspasó. Presentía que algo pasaba, pero no llegaba a interpretar qué. Su repentino viaje, su lejanía... Todo indicaba que algo ocurría, pero no daba con el motivo. Sabía que la había dejado de lado desde que habían llegado a Buenos Aires, que la enfermedad de su mamá lo había vuelto reacio y malhumorado. Pero... la seguía queriendo y deseando como el primer día. El problema era que no estaba seguro de si ella seguía pensando en un futuro con él. ¿Cuánto había tenido que ver Rodrigo en esa sensación que percibía?

Mientras pensaba en Rodrigo, en Sol, en el futuro... un movimiento del portero lo sobresaltó. Miró su cara, sus gestos y notó el entrecejo fruncido, que le acentuaba las arrugas del rostro. Siguió con la mirada el punto que observaba Horacio y lo vio.

Rodrigo se bajaba de un auto, envuelto un aura distinta a la que había percibido a su lado, en la clínica y en el balcón de la fiesta. En su mano izquierda traía un ramillete de flores amarillas. Cuando dejó de mirar hacia los costados y cruzó, por fin se encontró con los pares de ojos que lo observaban desde la puerta del edificio.

—¿Qué hacés acá? —La voz de Sergio, los ojos de Horacio y las rosas rojas en la mano de él lo detuvieron en seco después de subir el cordón.

—Vine a hablar con Sol. ¿Está?

—No —respondió Sergio, irguiéndose como una pared entre él y Horacio.

—¿No está o no querés que la vea? —Lo miró directo a los ojos.

—Ambas. —Un paso más.

—Horacio... ¿Cómo le va? —Se corrió hacia un costado, dirigiéndose directamente al portero, que lo miraba serio—. Acá el muchacho... dice que Sol no está. ¿Es cierto?

—Así es.

Sergio lo miraba de arriba abajo intentando descifrarlo. La postura altanera, los hombros rectos, el entrecejo relajado... ¿Quién era? ¿El dueño del mundo?

—Me gustaría hablar con vos con un café de por medio. —La voz de Rodrigo le llegó como un fogonazo mientras se dedicaba a analizarlo.

—Vos y yo no tenemos nada de qué hablar, me parece.

—Sí... —Sonrió de costado—. Vos y yo tenemos mucho de qué hablar. Un café, nada más. Sol no está, no nos va a poder recibir. Así que...

—Está bien. —Cedió por dos motivos. Uno: no iba a amedrentarse frente a su postura y no le permitiría intimidarlo. Dos: sabía que Rodrigo querría hablar de Sol y él deseaba hacerle saber que con ella no tendría ninguna oportunidad. Que ahora Sol estaba a su lado y no permitiría, por nada del mundo, que le arrebatara eso que había ido a buscar. Porque supo inmediatamente, al verlo bajar con las flores en la mano, que Rodrigo venía por una cosa: el corazón de Sol.

Capítulo 42

Un café y una confesión

Cada uno viajó en su auto hasta la dirección que acordaron antes de partir de la puerta del edificio de Sol. Llegaron casi juntos y, esa vez, ninguno traía las flores consigo. Sergio se acomodó junto a la ventana, donde el sol entraba de lleno. Rodrigo dejó sus lentes y su celular sobre la mesa mientras observaba el lugar en busca del mesero. Cuando lo encontró, antes de sentarse le hizo una seña y el hombre se acercó.

—Un cappuccino italiano —pidió Sergio primero.

—Un cortado para mí, por favor.

—¿Algo para comer? ¿Medialunas? ¿Tostados? Tenemos una promo...

—No, gracias. Así estamos bien.

La seguridad de Rodrigo hería el orgullo de Sergio y lo hacía sentirse pequeño ante sus ojos. Se removió en el asiento y, una vez que el mozo se hubo ido, exclamó:

—¿Qué querés con Sol?

—Apa, directo al grano. Me gusta.

—Me molesta tu actitud.

—Ey... ¿por qué?

—Dejá de hacerte el canchero y hablá.

—Qué pena que te caiga tan mal. Vos, al contrario... me parecés un buen pibe.

—Ah, ¿sí?

—Sí. —Hizo un silencio cuando el mozo trajo el pedido y acomodó las cosas.

—Gracias —dijeron los dos, al unísono.

—Sergio... ¿no? Mirá, quería hablar con vos porque... porque, como te dije, me parecés una buena persona. Supongo que por eso Sol te eligió en Ecuador.

—¿Sabías que estaba allá?

—Sí.

—¿Y no fuiste a buscarla? ¿Qué clase de...?

—Ja... claro que fui. —La cara de Sergio mutó completamente—. Fui. Los vi juntos y... me volví.

—¿Qué estás diciendo?

—Lo que escuchás. Fui hasta Montañita, entré al... ¿Cómo se llamaba? Kundalini. Y los vi muy acaramelados. Entonces, me di cuenta de que no había más Sol para mí.

Sergio lo escuchaba intentando hilar lo que Rodrigo le decía a la vez que observaba sus gestos. Ya no parecía el mismo altanero que se había encontrado en la vereda. Sus palabras arrastraban tristeza, melancolía.

—Te dejé mudo.

—Sí.

—Se me ocurrió que nos sentáramos a charlar porque quiero que entiendas algo. Algo que yo comprendí durante esta semana de mucha... mucha... introspección, se podría decir. Después de la fiesta donde los encontré, donde me enteré quién eras... todo cambió. Cuando volví de Ecuador estaba convencido de que lo mío con Sol ya no tenía oportunidad y me destrozó verla en tus brazos. Te juro que me imaginé rompiéndote la cara en más de una oportunidad.

—Yo también —dijo Sergio y Rodrigo se sorprendió—. Yo también me veía cagándote a trompadas. Pero tu imagen no tenía rostro porque no sabía cómo eras. Solo sabía que Rodrigo había lastimado a Sol... mi mujer... —dijo saboreando las palabras y remarcando entre líneas que habían tenido intimidad—, y me moría de ganas de molerte a palos.

—Ja... —Otra vez la sonrisa y la sangre que hervía dentro de Sergio. Ese comentario parecía no haber tenido repercusión en él—. ¿Tu mujer? Mirá vos...

—Sí. Y no te desubiques porque me importa un carajo estar en un bar. Me encantaría cumplir mi fantasía en este mismo momento.

—Tranquilo. No quiero pelear.

—Entonces... ¿qué mierda querés?

—A Sol. —Lo miró directamente a los ojos. Los marrones de Sergio se habían vuelto tan oscuros que parecían negros. Los de Rodrigo, verdes como la esmeralda, chispeaban sin pestañear.

—A Sol... ¿vos querés a Sol?

—Sí. Quiero lo que me pertenece desde hace tiempo. Ya lo compartí con vos, un poquito y... la quiero de vuelta.

—Sol no es una cosa, idiota. Una cosa que puedas... compartir, como decís.

—Sergio... dejá de mentirte. Vos sabés muy bien que, por más que hayan estado juntos en Ecuador, Sol siempre, siempre... fue mía.

Las palabras de Rodrigo lo trasladaron a la playa, a la arena y a la vocecita de Sol:

—*Ro, haceme tuya. Por favor.*

—*¿Qué dijiste? —le preguntó Sergio entre besos.*

—*¡Haceme el amor, Rodrigo! ¡Por favor!*

¡Hijo de puta!, pensó y se mordió los labios. En un impulsó se puso de pie, nervioso...

—Tengo que fumar. Ahora vuelvo.

Rodrigo permaneció en su lugar, saboreando su café y pensando que se estaba comportando como un verdadero idiota. No había necesidad de ponerse en ese papel. Estaba actuando, jugándola de galán frente a una persona que no se merecía sus gestos y sus palabras hirientes. Sergio la amaba, igual que él. La había cuidado en Ecuador y la había traído de vuelta a Buenos Aires. Sí, una parte suya —la que estaba sacando a relucir en ese momento— lo odiaba por haber puesto sus manos sobre el cuerpo de Sol, pero por otro lado...

Sergio se acomodó en la silla y lo sorprendió, sorbió un poco del cappuccino y habló:

—Cuando llegó a Ecuador era una piltrafa, ¿sabés? A medida que iban pasando los días, fue mejorando, pero muy lentamente... —Sergio le hablaba acerca de Sol y de su llegada a Ecuador, y sentía que el corazón se le partía en mil pedazos. ¿Qué fue? ¿Qué pasó? ¿Qué la llevó a irse? Esa espina aún dolía—. De a poco, fue dejando atrás el dolor que la había llevado hasta ahí y fue abriéndose más. De noche, durante las primeras semanas que compartimos habitación, lloraba. No decía nada, nadie le preguntaba, pero tanto Nahuel como yo la oíamos. ¿Y sabés por qué lloraba?

—Por mí.

—Exactamente.

—No sé qué fue lo que pasó. No sé por qué se fue a Ecuador si... —Bajó la guardia. No pudo seguir con su coraza firme ante él. Los meses sin ella, el dolor que representaba su ausencia... todo regresó y con más fuerza. Las palabras de su abuela, de Pato, de Pili. Las imágenes de lo que había sido su vida desde su partida aparecían como *flashes* ante él y el peso de esos recuerdos amargos se irguió sobre su espalda y lo achicó, lo volvió vulnerable.

—Yo tampoco sé que pasó entre ustedes. Nunca me lo contó. Solo te puedo hablar de lo que era y de cómo cambió a medida que pasó el tiempo.

—Y ese cambio te lo debe a vos, ¿no es cierto?

—No, no. Se lo debe a ella misma.

Rodrigo pegó la pera a su pecho y se concentró en el resto del café que había dejado. Su mente le decía que debía volver a la postura que tenía al principio, sobrarlo, hacerlo sufrir y, sobre todo, hacerle entender que Sol siempre sería suya. Pero no podía. No podía hablar porque, en cambio, dibujaba situaciones que le permitían ver a una Sol distinta, dolida. ¿Por qué? No sabía.

—Ella no...

—Ya sé que ella no me ama. No soy estúpido. Pero se dio la oportunidad a sí misma de intentar ser feliz con otra persona.

—¿Lo logró? —le preguntó Rodrigo, con un nudo atravesado en la garganta.

Sergio midió la respuesta. Rodrigo ya no era el que había conocido en la clínica o en la fiesta. Ni siquiera era el de la vereda. En tan solo veinte minutos de charla, se había convertido en un ser gris. Como si lo hubiesen apagado.

—No.

—¿No?

—No. Creeme que lo intentó y mucho. Pero ella todavía no se dio cuenta de que no lo logró.

—¿Cómo es eso?

—Se fue a Córdoba. Según ella, a conocer, a relajarse... pero yo sé que se fue porque no sabe qué hacer conmigo, con su vida, con sus sentimientos. Después de que te vio en la fiesta, volvió a ser la misma que llegó a Ecuador.

Sergio esperó a seguir hablando para ver la reacción de sus palabras en Rodrigo. Tal y como pensó, vio el mundo caerse sobre el hombre que tenía enfrente. Lo vio disimular, tapándose la cara y ocultando las lágrimas que intentaban salir. Lo había herido en lo más profundo.

—Entiendo —dijo por fin con la voz estrangulada y poniéndose de pie—. Invito yo.

—Rodrigo... —Lo frenó antes de que abriera su billetera—. Sentate, que no terminé.

—Creo que no hay más nada que agregar.

—Sí. Sentémonos unos minutos más, por favor. —Rodrigo volvió a su lugar y Sergio, al de él—. Sol, en Ecuador, no era Sol y yo lo sabía muy bien. La Sol que me permitió acercarme era una mujer herida, triste, en busca de algún pedacito de felicidad. De a ratos lo conseguía, quizás cuando dejaba de pensar en vos. Pero luego volvía a encerrarse y a intentar dejarte atrás. No lo logró. No lo logró porque los vi en esa esquina y supe que no iba a tener la oportunidad que yo quería tener con ella. Entendí que vos y Sol son... uno...

—Pero...

—Como te dije, ella no lo sabe aún. Está tratando de hacer lo que le parece correcto. Seguir conmigo debería ser su mejor opción. —El gesto de Rodrigo se endureció—. Pero no me ama, flaco. Me quiere, sí. Mucho. Pero no soy vos. Nunca lo seré.

—Sergio... yo no sé qué decirte. Por un lado, me decís que cuando me vio volvió a ser la persona triste que llegó a Ecuador y después me decís que me ama...

—Sí. Porque vos sos todo. Vos sos todo lo que Sol es. Sus miedos, sus fantasías, su alegría, sus lágrimas. Y te juro que estoy rogando que se dé cuenta de una vez y que me suelte porque, si vuelve de Córdoba y me dice que quiere seguir conmigo... —Dirigiendo la mirada hacia la calle, se perdió entre las personas que caminaban por la calle Corrientes—. La voy a aceptar, aunque sepa que solo son migajas de su amor.

—¿Y yo qué hago ahora con todo esto que me decís?

—Andá a buscarla y hacele entender que sos vos el amor de su vida. Abrile los ojos y el corazón de una buena vez.

—Cometí muchos errores, ¿sabés?

—Creo que te los perdonaría todos.

—¿Vos decís?

—Sí.

Un silencio los acompañó por unos largos minutos. Sergio se enfrascó en sus pensamientos, Rodrigo hizo lo mismo. Para los dos había sido una conversación liberadora, sanadora. Se habían confesado y habían logrado entender lo que significaba Sol para la vida de los dos.

—Cabañas Barrancas de Mina Clavero.

—¿Eh?

—Ahí se va a quedar hasta el lunes. —Sergio se puso de pie y pagó su cappuccino—. Suerte.

Capítulo 43

En viaje

Llegó al departamento, tomó un pequeño bolsito y guardó algunas cosas. Mientras terminaba de organizar su viaje a Córdoba, habló con Pato por teléfono y le contó acerca de la conversación que había tenido con Sergio. Su amigo, como siempre, lo alentó a ir detrás de aquella felicidad que se le había escapado en varias oportunidades y lo acompañó en la euforia y en la emoción. También le avisó a Lautaro que viajaría de improvisto a Mina Clavero sin decirle para qué. Dejó por último a Lorena.

—Lorena...

—Mi vida... ¿cómo estás?

—Te llamo para avisarte que viajo a Córdoba por el fin de semana. Vuelvo el lunes o el martes.

—¿Para qué?

—Un negocio —mintió porque sabía cómo reaccionaría si nombraba a Sol en la oración.

—¿Un negocio? ¿Con quién?

—Con mi hermano. Ya te contaré. A la vuelta nos vemos. Chau.

—Rodri...

—¿Qué?

—Te voy a extrañar.

No le respondió y cortó con el estómago revuelto. Se alejó de la capital con una imagen en su mente: la de Sergio dándole vía libre con Sol. Lo admiró profundamente porque estaba seguro de que él no sería capaz de hacer una cosa como esa. La amaba. Cuanto más se alejaba de Buenos Aires, más estimaba a ese hombre que al principio había odiado con todo su ser. Mientras avanzaba en la ruta, pensaba en todo lo que había ocurrido esa semana y que, sin buscarlo, lo habían guiado a este punto. La cena en la casa de Luli, donde habían hablado los tres abiertamente acerca de su relación con Sol, de lo que había ocurrido y de su repentina desaparición.

—Esa chica no se pudo haber ido así porque sí. Me estás diciendo que se encontraron, que estuvieron juntos... y después se borró. No. Acá hay gato encerrado, Ro. —Las palabras de Lourdes hicieron eco en él, y lo llevaron de vuelta al punto donde todo había comenzado.

—Me muero por ir a buscarla y preguntarle qué mierda pasó —agregó con la misma

desesperación que había experimentado antes de saber que estaba en Ecuador.

—Pero ¿no acabás de decir que parece que está con ese flaco...?

—Sí. Pero...

—Tiempo al tiempo. —Lautaro, siempre tan pacato, tan correcto.

—No quiero esperar más, Lautaro.

Después de esa cena, tuvo que trabajar durante tres días encerrado en un set, grabando escenas para una película española y, a pesar de que no pudo dejar de pensar en ella, en su presencia en Buenos Aires, hizo lo que debía: cumplir con su trabajo. El jueves volvió a lo de Patricio, donde entre él y Pili lo terminaron de convencer.

—Se deben una conversación —dijo Pilar, seria, sentada en el sillón de la casa de su hermano.

—Yo opino igual. Pero este gil no se da cuenta de que se le acaban las oportunidades.

—Estaba hermosa en la fiesta —agregó Pilar, con una sonrisa, pinchando a Rodrigo para que hablara.

—Sí. Y acompañada. Recuérdenlo.

—Para mí, ese flaco, nada. No creo que Sol esté con ese pibe.

—Sí, está. —Suspiró y se acomodó junto a Pilar en el sillón.

—Andá a buscarla. Hablen —lo animó con voz dulce.

—No sé cómo hacer... —confesó Rodrigo—. No sé cómo encarar la conversación. No sé si me voy a poder controlar. La veo y quiero que me explique todo. Por qué se fue, qué paso... qué hice. Tengo miedo de irme al carajo y...

—¿Vos la seguís queriendo, Ro?

—Con el alma.

—Perdóname que te pregunte esto, pero... —Pilar se acomodó y se dejó cubrir por los grandes brazos de su amigo—. ¿Vos tenés algo con Lorena?

—No... bueno...

—¿Te la comiste? —preguntó Patricio, sorprendido.

—Sí. Pero una sola vez —respondió avergonzado. Pilar y Patricio se taparon la cara a la par.

—¡Sos un boludo olímpico! Creo que, si competís, salís primero.

—Bueno, pero nada. No fue nada. Me agarró una noche medio bajón...

—A mí me llegó el chisme en el set y ella se lo confirmó a uno de los de producción. Te aviso porque me parece que es una mina que puede armar quilombo. Ojo con ella, amigo.

—Voy a terminar los contratos que me atan a Lorena y me voy a buscar otro representante.

—De una. Esa mujer es un peligro.

—No sé si peligrosa, pero...

La conversación de ese jueves con sus amigos lo llevó a analizar lo que realmente deseaba y aquello tenía un nombre: Sol. La quería con él y, a pesar de estar dolido por su huida y por la

relación con Sergio, sabía que jamás iba a lograr llegar a ser feliz sin ella. Sin su sonrisa, sin sus ojos.

—Hola, abuela...

—Hola, nene. ¿Cómo estás?

—Bien, ¿y vos?

—Bien. Dorita está haciendo una carnegita al horno que huele maravillosamente bien. ¿Necesitabas algo?

—Un consejo, vieja.

—¿Qué paso? No me digás que volviste a...

—No, no. Nada que ver.

—Gracias a Dios. ¿Qué pasa?

—Es acerca de la chica que te conté cuando estuve en Olavarría.

—¿Qué tiene?

—Volvió a Buenos Aires.

—No me digás...

—Sí. Y no sé qué hacer.

—¿Cómo no sabés qué hacer? Creo que sí sabés. Lo que necesitás es un empujoncito. Como cuando te enseñamos a andar en bicicleta. Andá a buscarla, mi vida. La amás, ¿no es cierto?

—¿Y si no funciona?

—No pasa nada. Al menos lo intentaste. ¿O preferís quedarte sin saber lo que hubiese pasado?

—Tenés razón. ¿Vos decís que vaya ahora mismo?

—No, querido. No. Comprale unas hermosas flores y mañana tempranito, bañado y perfumado, te presentás en su casa como el caballero que sos.

—Gracias, abuela. Te adoro.

—Y yo a vos, mi vida. Y yo a vos.

No durmió en toda la noche. Dio vueltas en la cama reviviendo la mirada de Sol en la esquina del salón, su actitud le indicaba que no lo quería cerca, pero su piel... su piel no le mentía. Lo seguía queriendo.

A las 6 dejó la cama, se duchó y salió en busca de las flores amarillas que llevaría. Después de muchas vueltas encontró una florería abierta y llegó a la puerta del edificio de Sol sintiendo cómo el corazón galopaba dentro del pecho. Y de ahí, hasta ese momento, a tan solo ciento cincuenta kilómetros de Mina Clavero, todo había sido emoción, ansiedad, miedo. ¿Qué haría cuando lo viera? ¿Lo recibiría? ¿Qué haría él cuando la viera? ¿Sería capaz de controlar sus impulsos?

Dos horas después estacionaba frente a un complejo de cabañas precioso, rodeado de árboles y plantas que no le permitían ver en su interior. Ya se había hecho de noche y, guiado por las luces, se acercó a la recepción con su bolsito en la mano. Una mujer alta de cabellos rubios enredados lo recibió en la puerta con una sonrisa en la cara.

—Buenas noches —saludó Rodrigo, apoyando su bolso en una de las sillas a su alrededor.

—Hola, ¿en qué podemos ayudarlo?

—Le voy a explicar. Hace unas horas seguramente llegó una amiga de Buenos Aires para hospedarse acá. Sol Bravo es su nombre.

—¿Una reserva a nombre de Sol Bravo?

—Sí. —La mujer tecleó en la computadora sobre el mostrador.

—No, lo siento mucho. No hay ninguna reserva con ese nombre.

—¿Está segura? Me dijo que se quedaría acá.

—No, joven. Nadie con ese nombre se hospedó hoy en el complejo ni tampoco han reservado nada para el fin de semana.

—Pero... —Se quedó pensando unos segundos, descifrando qué hacer. ¿Sergio se habría equivocado?

—Y esta es la nueva recepción que construimos el año pasado. Hola, Graciela. —Una voz a su espalda lo devolvió a la realidad.

—Hola —respondió la mujer y Rodrigo giró la cabeza para observar a la mujer que se había colocado a su lado. Detrás de ella, observando las paredes y los detalles, los ojos ávidos de Guillermo lo sorprendieron.

—Guillermo... —pronunció y el hombre se percató de que el joven que estaba apoyado en el mostrador era ni más ni menos que Rodrigo.

—¿Qué hacés acá, pibe? —El tono no era reprobatorio ni enojado. Más bien estaba sorprendido de encontrarlo ahí.

—¿Se conocen? —preguntó la mujer que acaba de entrar con Guillermo.

—Sí —respondió inmediatamente Rodrigo.

—El muchacho me preguntaba por una reserva, pero ahora que veo se refería a ustedes y a la chica que se va a quedar en la cabañita del fondo. ¿No es cierto?

—Ah... ¿él también se queda con Sol? —preguntó la mujer y lo miró directamente a su cuñado.

—Vamos a ver —exclamó Guillermo y lo miró a los ojos—. ¿Podemos hablar un momento? —Abrió la puerta y lo invitó a salir.

¿Por qué todo el mundo quería hablar con él cuando lo único que él quería hacer era hablar con Sol?

Capítulo 44

Mina Clavero

Lidia resultó ser una mujer muy amable, simpática y divertida. ¡Con razón se llevaba tan bien con Lola! El viaje, hasta la primera parada en Rosario, fue ameno y agradable. Con mate de por medio, conversaron acerca del bar, de la vida de Guillermo y de cómo Lidia había logrado conquistarlo siendo tan perseverante cada mañana. Las risas, los chistes acompañaron el trayecto, que se hizo más corto de lo que Sol hubiese imaginado.

—Sol, ¿tenés novio vos?

La pregunta de Lidia la sorprendió. Sí, efectivamente, era una versión de Lola mucho mayor. Directa como pocas personas, aguardaba la respuesta pestañando y observándola por el espejo retrovisor.

—Lidia... ¡sos desubicada, eh! —Guillermo la amonestó sacudiendo la cabeza.

—Ay, Guille, pero si es una preciosura. ¿¡Cómo no va a tener novio!?

—A vos eso no te importa. Dejala en paz.

—Bueno... che, yo quería sacar un tema de conversación. ¡Perdón, Sol! No era mi intención ponerte incomoda.

—No pasa nada. Y no, no tengo novio.

—¿Y Sergio? ¿No es tu novio? —Ahora lo que la ponía incomoda era la mirada de Guillermo sobre ella y su guiño de ojos, fugaz pero certero.

—¡Ah! ¿Vos podés preguntar y yo no? —Lidia se cruzó de brazos enojada.

—Es un chiste. —Rio Guillermo, extendiendo el brazo tratando de acariciarle la rodilla.

—¿Falta mucho para parar? Necesito usar el baño y estoy famélica —dijo la mujer recibiendo la caricia de Guillermo.

—Unos kilómetros y paramos para almorzar. ¿Tenés hambre, Solcito?

—Mas o menos.

—Bueno... ya casi estamos en Villa María.

Frenaron en una estación de servicio a cargar nafta, usar el baño, estirar las piernas y comer algo. Lidia se devoró dos sándwiches de jamón y queso con un agua saborizada, mientras que Guillermo y Sol tomaron un café con leche con un tostado.

—¿Alguna vez estuviste en Córdoba, Sol?

—De chicos vinimos con mis viejos, pero no me acuerdo de mucho.

—Es precioso —acotó Lidia—. Las cabañas de mi hermana son divinas. Súper cómodas. Te van a encantar.

—No te agradecí, Lidia, por la hospitalidad y, obvio, la oportunidad de venir. Muchas gracias.

—No hay por qué. Guille me habla de vos como si fueras su hija. —Estiró la mano y le acarició la mejilla—. Te quiere mucho y ya estoy viendo por qué. Tu nombre te queda perfecto.

—Gracias a los dos.

Una hora después, volvían a la ruta. Los paisajes que Sol percibía la invadían de sensaciones diferentes. Por un lado, la paz de las montañas, las subidas y las bajadas la emergían en una tranquilidad absoluta, donde podía encontrarse con sus propios sentimientos. Pero, por otro lado, sabía que iba para tomar una decisión y la desesperaba pensar en el lunes. ¿Podría encontrarse consigo misma y hallar de una vez el camino?

Las cabañas, tal y como había dicho Lidia, eran hermosas. Una vez que atravesaron la tranquera de madera que los separaba de la calle y donde se encontraba el cartel de bienvenida al complejo, se encontraron rodeados por arboles altísimos, plantas, flores. Atravesaron el patio, desde donde se podían ver caminitos de piedra que se perdían a la vista. Atardecía en Mina Clavero y el ambiente cálido, alegre, les cambió el cansancio por el buen humor. Enseguida, la hermana de Lidia, Graciela, los recibió con los brazos abiertos y les mostró las instalaciones. El quincho enorme, un comedor con varias mesas de madera. Grandes ventanales y la luz del sol, que se iba perdiendo de a poco en el horizonte, hacían de ese lugar, un paraíso.

Se imaginó tomando el desayuno al siguiente día envuelta en naturaleza y sonrió con ganas. De la misma manera que había sonreído al ver el Pacífico.

Nota mental: Buenos Aires no daba para más.

—Sol... vení. Te voy a mostrar tu habitación. —Lidia se le acercó con un juego de llaves en la mano—. Gra me dijo que ya te preparó la cama y te dejó todo listo en el baño. Toalla, toallones. En el placar tenés más frazadas por si te da frío.

—¿Cuándo salen para San Luis?

—Mañana bien temprano. Estamos cerca, pero quiero llegar rápido, así paso más tiempo con mi hija y mis nietos.

—¡Qué lindo!

—¿Segura que no querés venir con nosotros?

—No, no. Me va a venir bien estar sola un par de días. Y este lugar es... precioso.

—¡Viste! Te lo dije. Te va a encantar. Bueno... ya tenés todo. A las nueve y media, cenamos en el comedor. Te voy a dejar para que te acomodes, yo me voy a dar una duchita.

—Yo voy a hacer lo mismo.

—Buenísimo. A las nueve y media nos vemos en el comedor. Cualquier cosa, por ese caminito de ahí, tenés unas mesitas... o, si nos necesitas, estamos en la primera habitación junto a la

recepción.

—Dale, gracias.

Sol copió a Lidia y se metió en la ducha para relajarse un poco y cambiarse la ropa para la cena. La sorprendió el silencio que rodeaba su habitación. No se oía absolutamente nada, aun estando tan cerca del quincho y del comedor. Se recostó envuelta en la toalla y allí permaneció, observando el techo de madera. Cerró los ojos un momento y se permitió soltar algunas lágrimas que venía guardando desde hacía días, o quizás meses.

Sergio. Sergio era un hombre maravilloso con el que estaba segura de que aprendería a ser feliz. El sabía cómo hacer para terminar con el recuerdo de Rodrigo, con las sensaciones que invadían su cuerpo cuando pensaba en él.

Rodrigo. Rodrigo había aparecido fugazmente en su vida para desaparecer con la misma rapidez. Sin embargo, ese encuentro casual, ese cruce había puesto para arriba todos sus planes. La muerte de Elvira y el dolor de Sergio lo habían ocultado por unos días, pero ella sabía muy bien que estaba ahí. Más cerca que nunca.

Pensar en él, como siempre, la sumergía en sentimientos contradictorios. Apretó los ojos intentando sacar de su cabeza sus ojos, su boca, su sonrisa, su piel... Se estremeció al pensar en el placer que solo sus besos podían causarle. Se dio cuenta de que mientras recordaba las veces que habían hecho el amor, su mano había bajado por su vientre y llegado hasta su vagina, la cual acariciaba suavemente. Seguía con los ojos cerrados y los labios apretados, tratando de aguantarse las ganas de explotar. Quitó la mano de su entrepierna y se sentó en la cama.

—¡Dios! —Se vistió rápidamente y, mientras se secaba el pelo, consultó su celular. Ningún mensaje de Sergio. Lola, en cambio, le había escrito varias veces preguntándole tonterías. Chequeó la casilla de *mail* y leyó la respuesta de Nahuel al *mail* que le había enviado antes de viajar.

«No sé qué te andará pasando, pero, si ese viaje a Córdoba te va a ayudar, bienvenido sea. Hablé con Sergio anoche y lo escuché mucho mejor. Los quiero mucho. Y espero que vuelvan pronto. Acá todo el mundo pregunta por ustedes».

Salió perfumada y arreglada a las nueve y veinte. Caminó por el sendero que conducía al comedor, desde donde ya se podían escuchar voces y risas. Abrió la puerta y el aroma a carne asada le abrió el apetito. Sentados en la última mesa, Graciela, con otro hombre —seguramente, su esposo, pensó, por la cercanía y las miradas brillantes—, y Lidia conversaban animadamente. En otra mesa, una familia con dos mellizos cenaba más allá. Tal y como había dicho Guillermo, a esa altura del año, no había mucha gente hospedada en la cabaña.

—Buenas —saludó tímidamente.

—Jorge... ella es Sol. —Lidia le presentó a su cuñado y la invitó a sentarse.

—¿Usted asó? —le preguntó Sol, tratando de unirse a la conversación.

—No. Uno de los muchachos. Yo no sirvo para asar. Soy un desastre. O se me quema todo o lo dejo crudo. —Todos rieron al unísono ante el comentario.

—Mi papá hacía unos asados riquísimos.

—¿Sí? Mire usted.

Charlaron un poco acerca de los padres de Sol, de la vida en Buenos Aires y, cuando no hubo más tema de conversación, Sol preguntó:

—¿Y Guille?

Lidia y Graciela intercambiaron unas miradas extrañas que Sol no alcanzó a interpretar y de las cuales no tuvo tiempo de preguntar porque la voz de Guillermo llegó a sus oídos a la vez que lo veía entrar y sostener la puerta para dejar pasar a alguien más.

Zapatillas, jeans gastados y un saco a cuadrille oscuro. Los cabellos revueltos y unos ojos clavados en ella. Ahí estaba él, de nuevo. Seguramente, estaba esperando su reacción. Sin embargo... Sol no hizo nada. Solo se lo quedó mirando mientras avanzaban hasta la mesa. Guillermo lo presentó, lo saludaron amablemente, pero ninguno de los dos despegó la mirada del otro.

—Disculpen... enseguida vuelvo. —Sol se puso de pie y salió buscando aire. Detrás de ella fue Guillermo, quien detuvo el avance de Rodrigo al verla salir.

—Yo me encargo —le dijo con un tono seguro y Rodrigo le hizo caso—. Sol... —la buscó entre los árboles y la encontró en cuclillas con la cara entre las rodillas.

—¿Por qué?

—Porque te ama.

—No, Guille. No. No puede ser. —Las lágrimas iban saliendo una a una y mojaban el jean que se había puesto.

—Sol... dejame preguntarte algo. Una sola pregunta y te dejo en paz. ¿Sos feliz con Sergio? ¿Te sentís plena a su lado?

—Son dos preguntas.

—Bueno... Respondeme.

—Me siento bien con él. En cambio, con Rodrigo... todo termina en un desastre, siempre.

—No. Yo no te pregunté si te sentís bien. Te pregunté si te sentís plena con él. Si te despertás y lo primero que hacés es pensar en él. Si te imaginás yendo de su mano caminando por la vereda, por la playa... por el mundo. Si planificás un futuro y armás planes junto a él. Si todo, pero absolutamente todo, se reduce a su mirada, a su sonrisa.

Sol no dijo nada. Calló y entendió el punto que Guillermo se esmeraba en demostrarle. No tardó mucho en encontrar la respuesta porque esa respuesta era la que había ido a buscar a Mina Clavero. Más bien, había ido a convencerse de otra, una que su razón le dictaba y que, quizás, fuera la mejor. Pero, al escuchar las palabras de Guillermo, entendió que todas esas cosas en verdad las pensaba y las imaginaba, pero no con Sergio, no.

Siempre siempre había sido Rodrigo.

Capítulo 45

La charla postergada

Rodrigo se comía los codos en la puerta del comedor. Hacía quince minutos que Guillermo había salido detrás de Sol y no aparecía ninguno de los dos. No quería ir a buscarlos porque sabía que debía respetarlos. Aunque se moría de ganas de salir, esperaría. Pero... ¿dónde estaban? ¿Qué estaba pasando? ¿Qué le estaría diciendo?

—Ey... —El hombre sentado junto a la mujer que lo había atendido al llegar lo llamó—. ¿Una copa de vino? ¿Para calmar los nervios? —preguntó divertido.

—Bueno. Gracias. —Sí, una copa le vendría bien.

Tomó dos sorbos y escuchó atentamente lo que le comentaba el hombre acerca de Mina Clavero, de las cabañas. Y, si bien su oído estaba oyendo lo que decían, su mente estaba en otro lado. La puerta se abrió y giró la cabeza rápidamente para ver si eran ellos. Guillermo, solo, ingresó al comedor y caminó directamente hacia él.

—¿Y?

—Yo hice mi parte. Ahora te toca a vos.

Rodrigo abandonó el lugar como un rayo y atravesó el jardín sin saber dónde buscarla, dónde ir. Miró a su alrededor y no halló más que árboles y plantas. Caminó dos pasos, regresó y, cuando creyó que no la encontraría, descubrió un claro donde se podía ver la pileta. Se acercó lentamente y, efectivamente, ahí estaba: sentada en una de las reposeras, abrazándose a su campera y mirando vaya a saber qué.

No dijo nada, no emitió sonido alguno y se sentó en una de las sillas que sobraban. ¿Quién hablaría primero?

—No lo entiendo. —Ella. Ella dio el primer paso y quebró muy levemente la pared de hielo que se percibía entre ellos.

—¿Qué cosa? —preguntó Rodrigo y Sol agradeció estar lo bastante lejos de él como para que no percibiera el estremecimiento que le provocó escuchar su voz.

—Esto. Esto que pasa.

—Ahora yo no te entiendo a vos.

—Nosotros. —Se acomodó en la silla y apoyó el cuello en el borde del respaldo para

contemplar las estrellas, que bañaban el firmamento.

—Ah. Yo tampoco lo entiendo, ¿sabés? —El comentario de Rodrigo la desconcertó—. No puedo entender qué hago acá, persiguiéndote como un loco, cuando quizás ya no debería buscarte más. Y después pienso que lo que en verdad necesito es eso, una confirmación, una respuesta. Un cierre o... un principio. No sé. Que me digás qué pasó, qué nos pasó. —Tomó una bocanada de aire y continuó—: Sol... ¿qué les pasó a esos dos que se encontraron en un café, hace casi dos años atrás? ¿Esos dos que se amaban con locura? —Su voz era tranquila, pausada. Hablaba lentamente. Ese Rodrigo no se parecía en nada al que la había seguido escaleras abajo el día de la fiesta de Pilar. Tampoco era al que Sol pensaba enfrentar.

—Las decisiones, nos pasaron. Las decisiones que fuimos tomando nos...

—Separaron —completó—. Ya sé. Pero... ¿por qué? ¿Por qué nos equivocamos tanto?

—No sé.

—Sol... yo no puedo, no puedo pensar un futuro sin vos. Pero entiendo que, si ya no hay nada entre nosotros... —Le dolió expresar en voz alta su mayor miedo—. Te dejo en paz, para siempre. —Le soltó la frase y esperó a ver su reacción.

—Tengo frío.

—¿Querés ir adentro?

—No. Caminemos.

Se pusieron de pie y salieron de la propiedad a paso lento. Atravesaron las calles sin hablar, sin decir nada, hasta que dieron con el río y se detuvieron a contemplar el reflejo de la luna sobre sus aguas transparentes.

—Estás temblando —comentó Rodrigo al observar sus labios tiritar. Deseaba abrazarla, hundirla en su pecho para que nunca más tuviese frío—. Volvamos.

—Rodrigo... yo estuve con Sergio.

—Me imaginé. —No dijo nada más. Ni que la había visto en Montañita, ni que Sergio también se lo había confesado. Ni siquiera mencionó el dolor que le había causado—. Parece un hombre muy... interesante. —Rio, intentando cambiar el ambiente. Fracasó. Sol seguía inmersa en sus pensamientos y, si la conocía bien, sabía que estaba buscando las mejores palabras para hablar de sus sentimientos.

—¿Vos? ¿Estuviste con alguien en este tiempo?

—Sí. —No más mentiras. No más vueltas. No había ido a Córdoba con medias tintas. No. Había ido a recuperarla y pondría hasta la última gota de su sangre, si era necesario, para solucionar todo. Borrón y cuenta nueva.

—Volvamos —dijo con un dejo de voz casi imperceptible.

Deshicieron el camino también en silencio.

Ella pensaba sobre todo lo que había ocurrido entre ellos. La felicidad de haberlo conocido y estar a su lado. El dolor de la separación repentina y las noticias sobre su casamiento con Luli Ayala. El restaurante, el desmayo, los Arcos y sus ojos verdes, que la buscaron de nuevo. Ella,

que se entregó otra vez, creyendo que quizás sí, que quizás sí podría ser feliz de una vez junto a él. Pero después vino la foto y la decisión de viajar a Ecuador. Y Sergio. Sergio había llegado a su vida como el sol a quitar las nubes de alrededor. Pero... ¿a quién le mentía? Ese que pateaba las piedras a su lado con las manos en los bolsillos era el amor de su vida y siempre lo sería. Ahora la pregunta era otra. ¿Se arriesgaría de nuevo?

Él, a su lado, con la mirada que iba y venía entre las piedras del camino y las botitas de Sol, que caminaban a su lado, pensaba en lo rápido que se habían esfumado la bronca y el dolor de verla en otros brazos. Intentó discernir el porqué, la razón, y no pudo. No había explicación racional. Solo le bastó verla, saberla cerca, para que todos los sentimientos negativos se borrasen de un plumazo y le dieran rienda a suelta a esa revolución que solo ella le causaba. Se moría por tomarla de la mano, por besarla, por hacerle entender que nada más importaba; ni sus decisiones, ni sus miedos, ni sus...

—¿Tenés dónde dormir? —le preguntó mientras se acercaban a la esquina del complejo.

—Guillermo iba a hablar con la gente de acá... espero que sí.

—Bien.

Llegaron cuando la cena ya había terminado y el comedor había quedado a oscuras. Sol detuvo su andar en el sendero que conducía a su habitación.

—¿No te dieron llave de ninguna habitación?

—No te preocupés. Te acompaño a la tuya y me fijo en la recepción.

—Bueno.

Llegaron hasta su habitación, Sol introdujo la llave y se dio vuelta. Rodrigo le daba distancia y de a poco ganaba confianza, comodidad.

—¿A qué viniste?

—Ya te dije. Necesito saber cómo sigue esto. Sol... —Se acercó y ella retrocedió hasta pegarse contra la puerta de madera—. Te necesito.

Movió la cabeza como quitándose de encima las palabras de Rodrigo, giró sobre sus talones y abrió la puerta. Tenía un nudo en la garganta que no le permitía hablar.

—Hasta mañana —lo saludó y cerró.

Rodrigo no llegaba a comprender qué había sido todo eso. Habían caminado, compartido unas horas, pero nada de conversación, nada de aclarar. Sol estaba... rara. No la notaba enojada, ni nerviosa. Había empezado a dudar de lo que ocurría dentro de ella. Por un lado, quería golpear la puerta y exigirle una explicación; pero, por el otro, las palabras de Guillermo sonaban correctas y acertadas en un momento como ese.

—Andá despacio con ella. Sos un pibe que avasalla, que se impone. Tranquilo. Te ama, te lo puedo asegurar. Pero tiene miedo.

—¿Miedo a qué?

—A sufrir otra vez.

Con la voz de Guillermo retumbándole dentro, se volvió por donde habían venido y se dirigió a la recepción. Tal y como había dicho Guillermo, le dejaron la llave de una habitación al hombre que cuidaba el lugar de noche. Le agradeció y se despidió. Cuando salió, se encontró con Sol, que lo observaba detenida en el medio del camino. La luz de la luna le permitía verla de pies a cabeza. El pelo brillaba igual que sus ojos. Lloraba. Dudó si acercarse o ir lentamente como le había pedido Guillermo.

—¿Estás bien?

—Necesito hablar.

—Sí, claro. ¿Dónde?

—En mi habitación.

Rodrigo la siguió y entró después de contemplar el interior. Una cama de dos plazas, el baño en el lado izquierdo y, junto al espejo, el bolso de Sol, desordenado. El acolchado estaba algo arrugado en la esquina y se notaba que allí había estado sentada.

—Sentate...

—Sol. Si querés, podemos esperar a mañana. Yo no planeo irme de acá hasta que hablemos.

—Ya sé. —Él ocupó el lugar en la esquina de la cama y ella se sentó junto a la pared. La distancia le molestó, pero lo entendió—. Rodrigo... para mí es muy difícil esto. Es muy difícil tener que...

—Sol... ¿vos me seguís queriendo? —La interrumpió y se sentó más cerca de ella.

—Dejame hablar, por favor.

—Porque yo sí —continuó sin prestarle atención a su pedido. ¡A la mierda las recomendaciones de Guillermo!—. Yo sí. Yo estoy igual de enamorado que el primer día. Y no entiendo, no me cabe en la cabeza cómo y por qué te fuiste a Ecuador después del día que pasamos juntos en tu casa. Después de que nos entregamos y nos dimos una segunda oportunidad. No lo entiendo y me desespera...

—Rodrigo... es complicado. Lo *nuestro* es complicado. Ya lo hablamos más de una vez. Vos tenés una vida que no va con la mía. Yo... —Recordó la foto con Luli y atrapó la lágrima que no pudo sostener—. No puedo, no quiero interponerme en tu carrera, en tu fama...

—Sol. ¡Por Dios!, ¿te escuchas lo que estás diciendo? —Se puso de pie, envuelto en un aura de dolor, de ira—. ¿Cuándo? ¿Cuándo yo te hice sentir que te interponías?

—No... vos no...

—¿Entonces? ¿Por qué me decís esto cuando yo jamás jamás te hice sentir así?

—Es que... —La seguridad con la que había ido a buscarlo se desvanecía y se le atoraban las palabras. Guillermo tenía razón; ponía sus miedos primero.

—Sol, es simple. Si querés estar conmigo... si de verdad querés estar conmigo, decimelo. No me hagás sufrir más. Te lo pido por favor. Ya bastante tuve que pasar...

—¿¡Ya bastante tuviste que pasar!? Disculpame, pero te recuerdo que vos me dejaste de un día para otro. Con explicaciones burdas... estúpidas que, según vos, fueron todas mentiras. Así que...

—¿Y vos? ¡Vos te fuiste de un día para el otro sin decirme un carajo, sin ninguna explicación! Yo, como un boludo, pensando que podíamos estar juntos y la señorita... acostándose con un flaco en Montañita.

Ahí estaban todos los reclamos que se debían. Todos. Absolutamente todos.

—Sos un idiota, Rodrigo. —La bronca le impedía decir todo lo que pensaba porque los pensamientos se le amontaban en la boca.

—¿Yo? Vos sos una inmadura. No sos clara ni con vos misma. —Iba y venía desde la mesa de luz hasta el espejo dando pasos largos. Nervioso.

—A eso vine. A poner las cosas en calma, a pensar qué es lo que quiero hacer de mi vida. Y aparecés vos a romper con todos mis planes. ¡Como siempre! —Levantó la voz y apretó los puños.

—¡No sé para qué mierda vine! —exclamó enojado—. Hasta que no te des cuenta de lo que querés no pode...

—No te quiero ver más —le dijo con el ceño fruncido.

—¿Qué dijiste? —Rodrigo se le acercó y se colocó justo frente a ella, que también se había puesto de pie.

—Que no te quiero ver más. —repitió bajando la mirada y con la voz casi desvanecida. Rodrigo, frente a ella, se erguía como un poste y ella se hacía cada vez más pequeña.

—Decimelo mirándome a la cara. Decime que no me amás y te juro que no me ves nunca más. —Sol alzó la vista y se encontró por fin con sus ojos verdes. Su mirada encontró la de él primero y siguió bajando hasta posarse en sus labios, que respiraban entreabiertos, igual que los de ella.

—No podés. —Dio un paso más—. Me amás. Me amás igual que yo te amo a vos. Y sabés muy bien que nunca vas a ser feliz con otra persona que no sea conmigo. Lo intentaste, no pudiste. Yo también quise hacerlo. Tampoco pude. Vos y yo, Sol, estamos destinados a estar juntos. Entendolo.

—Ro... —No podía decirsele y se enojaba con ella misma. Porque quería resguardarse, cuidarse el alma, y no podía. No podía alejarlo de nuevo por más que lo intentara. Porque sí, tenía razón. Él...

—Amémonos de una vez, Sol. Por favor. Dejémonos de dar tantas vueltas y de perder el tiempo.

—Pero es que... —Se sentó en la cama y se tapó la cara para liberar la angustia que la atravesaba desde el día en que se marchó.

—Sol... —Él se agachó y le quitó las manos para sostenerlas y buscarle la mirada—. Sol... no suframos más. Nos merecemos ser felices. ¿No te parece?

—Vos pensás que vamos a poder... Yo no sé si...

—Te lo vuelvo a preguntar: ¿me amás?

Sol se abalanzó sobre él y se colgó de su cuello. El corazón de Rodrigo estalló de felicidad y el de Sol se sintió un poco menos pesado. Efectivamente, Mina Clavero le había dado la respuesta que había ido a buscar. O, más bien, la respuesta había ido a buscarla a ella.

Capítulo 46

El amor cura todas las heridas

Se mantuvieron abrazados por un largo rato. Rodrigo se sentó en el piso con Sol en sus brazos y se apoyó en la mesa de luz para sostenerse. Él también sufría. Sufría al verla tan triste. Si le hubiesen preguntado, habría dicho que creía que discutirían, que se gritarían unas cuantas verdades o bien terminarían besándose como unos desesperados. No se había imaginado el encuentro de esa manera ni en un millón de años.

—Sol... hablame. Decime qué pasa. ¿Por qué lloras?

—Porque tengo miedo.

—¿Miedo a qué?

—A ser feliz.

—¿Cómo es eso?

—Cada vez que lo intento, algo pasa y todo termina mal. Mis viejos... vos...

—Sol... mi amor... —Le besó la cabeza y dejó los labios sobre su cabello mientras ella se desahogaba. Cuando pudo encontrar un poco de aire, continuó:

—Siento que cada vez que mi vida se encausa, que estoy bien, algo se interpone y me arruina todo. Tengo miedo de volver a intentarlo con vos y que... todo vuelva a comenzar. Yo, amándote y algo nos separa.

—No te puedo prometer que no va a pasar nada porque no puedo. En la vida siempre pasa algo, siempre. Pero, escuchame, somos nosotros los que tenemos que estar bien. Vos y yo. Seguros de lo que sentimos por el otro. Vos tenés que estar completamente segura de que yo te amo, Sol. ¿Y vos?

—Como a nada en este mundo... —Rodrigo tuvo deseos de voltearla y besarla como había querido hacer desde que la vio en la fiesta de Pilar, pero debían hablar. Debían escucharse, aclararse los malos entendidos, los errores—. Pero a veces pienso que el miedo es más grande que este amor. Que me aterra perderte de nuevo. No puedo soportar perder a nadie más.

—Sol... —Seguía acariciándola lentamente.

—Y no solo eso. Creo que, en el medio, en el medio de todo eso, me perdí a mí misma también. No me encuentro. No soy yo. No soy yo hace tiempo.

—Decime cómo te ayudo.

—Con Sergio todo... —Dudó si hablar de él y de sus sentimientos, pero se convenció de que debía sacar todo afuera de una vez.

—Seguí. —El adivinó sus dudas—. Contame todo. No te guardes nada.

—Con Sergio todo es distinto. No me siento observada, perseguida. Siento que puedo tener una vida normal. Salir tranquila. Que no tengo que estar pendiente de adónde voy, de lo que hago, de la imagen que tengo que guardar... —Rodrigo la escuchaba atentamente y, aunque esas palabras lo herían porque se estaba refiriendo a la vida que él le proponía, no dijo nada y prestó atención—. Cuando llegué a Ecuador, fue él quien me enseñó a ver la vida diferente. A sentir que tengo muchas cosas por hacer, que quiero hacer. A intentar ser la Sol que fui antes de que mis viejos...

Rodrigo seguía acariciándola lentamente con paciencia.

—Pero después todo se tornó difuso. Creo que mi tristeza me llevó a estar con él, a dejarme cuidar. Y, perdón por decirlo, pero se sintió muy bien. Me sentí protegida a su lado.

—Sol... ¿te sentías descuidada conmigo?

—No. No... pero tenemos que reconocer que nunca pudimos tener una relación como el resto. Tener que vernos en horarios complicados, a las escondidas...

—Sí.

—No podíamos salir adonde quisiéramos, comer en el lugar que nos gustaba. Las cámaras, las fotos y... el estrés de estar pensando si alguien nos siguió, si alguien nos vio. Y en el medio de todo eso... yo. Yo que te seguía sin saber lo que realmente quería para mí.

—Perdoname. Pensé que te bastaba conmigo —dijo y ella se acomodó entre sus piernas para ponerse de frente a él, para hacerle entender con el cuerpo lo que sus palabras no llegaban a expresar.

—No dije que fuera tu culpa. Yo te acepté así. Y sí, me bastó hasta que conocí otra realidad. Otra manera de vivir.

—Entiendo. Vos necesitas una vida normal... y yo... —El nudo en la garganta, el vértigo de estar ahí y saber que podía perderla otra vez lo hicieron dudar—. Yo no tengo otra cosa para ofrecerte, Sol.

—No te estoy pidiendo que lo hagas.

—¿Entonces?

—Entonces... no sé. —Otra vez las lágrimas sobre sus mejillas—. Decime vos qué hacemos con todo esto. ¿Qué hago para no sentir miedo, dudas?

—No sé. No sé qué decirte. Lo que sí puedo decir es que nunca sentí un dolor tan grande como cuando... —Ahora dudaba él en sacar afuera sus sentimientos.

—Desahoguémonos —lo alentó.

—Los meses en los que no supe dónde estabas fueron terribles para mí. Volví a hacer terapia e intenté seguir con mi vida como pude. Hasta que por fin lo supe y... Sol, yo viajé a Montañita. — Los ojos de ella se iban abriendo de a poco—. Los vi. Los vi juntos, a vos y a Sergio, en el hotel, besándose.

—¡Ay, Rodrigo! —Se tapó la cara avergonzada.

—Sentí que me moría. Como si me hubiesen arrancado una parte del cuerpo. Porque una cosa era pensar que pudieses estar enojada por algo, pero otra fue verte con él.

—Perdoname.

—Volví a Buenos Aires. Te dejé ahí porque no tuve el valor de enfrentarte. Porque lo que vi me convenció de que no me amabas y que lo nuestro había terminado. ¿Entendés?

—Sí...

—Me convertí en otra persona.

—¿Volviste a...?

—No. No. El Rodrigo que volvió fue otro. Estaba dispuesto a hacer lo que fuera por olvidarme de vos, para siempre.

—Y conociste a alguien.

—No. —La respuesta desconcertó a Sol, pero él siguió hablando—. Trabajé más duro, como nunca. Y en el camino yo... —Titubeó un segundo—. Estuve con Lorena.

—¿Tu representante?

—Sí. Pero solo fue una vez. No sé en qué mierda estaba pensando. —Sol lo observaba y, aunque le hervía la sangre por dentro, ella también había estado con Sergio y no era quién para reclamarle nada. Pero... ¿Lorena? ¿Justo ella, que había sido la...

—Ahora entiendo muchas cosas —comentó Sol y fue el turno del desconcierto de Rodrigo.

—¿Qué cosas?

—No pensaba decírtelo porque creí que... bueno, que no iba a ser la diferencia, pero...

—Hablá.

—Ese domingo que estuvimos juntos, salí con Lola a tomar algo y, a la vuelta, me encontré con Lorena en la puerta de mi edificio.

—¿Qué hacía ahí?

—Vino a decirme que vos tenías una vida distinta y que lo nuestro no iba ser posible. —Se mordió los labios y bajó la mirada—. Me mostró una foto tuya y de Lourdes, ella te acariciaba, y yo...

—¿Qué? ¿Una foto mía?

—Sí. Y ahí fue que me convencí de que lo mejor era alejarme de vos, de tu vida, de tus planes. Que siempre iba a ser así. Que siempre iba a haber alguien dispuesto a arruinarnos la vida. Que vos te debías a tu trabajo, a tu fama y... y no lo aguanté. No pude pensar en otra cosa que alejarme. Me fui. Aproveché que Nahuel viajaba al día siguiente y le pedí un lugar.

—¿Vos me estás diciendo que te fuiste a Ecuador por una foto que te mostró Lorena?

—Sí. Y por eso te digo que ahora entiendo. Se ve que tiene otras intenciones además de representarte.

—La puta madre... ¡Qué hija de puta! Ella estuvo detrás de todo esto. No lo puedo creer.

—Ya está.

—No. Cuando la vea, la mato. —Cerró los ojos con bronca y los volvió a abrir rápidamente—. No paso nada con Lourdes. No pasó nada de nada. Tuve que viajar a Uruguay de improvisto. Fui a avisarte... le dije al portero... le rogué que te avisara apenas te viera. Pero... —La desesperación de querer explicarle cómo habían sido las cosas no lo dejaba hablar—. Sol, por favor, creeme.

—Te creo. —Le acarició la mejilla y ese contacto les produjo a ambos una sensación reparadora—. De verdad.

—Si me hubieses esperado... —Cerró los ojos y apretó la mano de ella contra su mejilla con fuerza. Lentamente, se la llevó a los labios y besó la palma.

—Rodrigo... yo estoy convencida de que siempre va a ser así.

—¡No! —Revoleó la cabeza—. No va a ser así porque no lo vamos a permitir. Y para eso necesito que creas en mí. En mi amor por vos. Yo entiendo que la vida que llevo es un desastre, que para poder estar tranquilos tenemos que correr y tener una rutina disparatada... pero por vos, cualquier cosa. No sé. Yo pensaba que actuando así también te cuidaba a vos, tu intimidad. Creí que era lo mejor. Decime... decime vos ¿Qué es lo mejor? ¿Qué tengo que hacer para que te sientas igual de libre que en Montañita? ¿Qué hizo Sergio que no hice yo? —Los ojos verdes de Rodrigo tenían una película vidriosa que no le permitían enfocar con claridad. Las lágrimas se le amontaban bajo los parpados—. Decime, por favor.

—Ro... —Se acercó y abrió las piernas para pasarlas por detrás de su espalda. Sus brazos lo rodearon y ahora fue su turno de consolarlo—. Nada. No tenés que hacer nada. Porque, para mí, siempre vas a ser mi amor, mi todo. Y quiero que te quede claro que, si bien en Ecuador pude encontrarme con la Sol que tanto añoro, la felicidad nunca nunca es completa sin vos. Si no estás conmigo...

—Sol, yo te amo. Te amo como nunca amé a nadie en mi vida. No hago otra cosa que pensar en vos. En despertarme todos los días al lado tuyo. Y sí, me sentí decepcionado cuando supe lo de Sergio, pero, por más que lo niegue, me lo merecía. Así pude entender lo que sufriste vos cuando te dejé. Cuando te enteraste que quizás me casaría con Luli.

—Ya dejamos esa parte atrás hace mucho tiempo, Ro. —Se hablaban muy cerca. Tan cerca que cada uno podía sentir la respiración del otro—. El problema no es nuestro pasado, es el futuro. Yo no pretendo que dejes tu carrera, tu trabajo. No. No es eso lo que quiero.

—Si eso es lo que necesitás para que estemos juntos, lo dejo. Mañana mismo llamo a Lorena y chau.

—¡No! No... no hagas eso. Por favor.

—Sol... estamos dando vueltas y vueltas. —Rodrigo le acarició el pelo y le acomodó un mechón detrás de la oreja—. La cosa es más simple de lo que pensamos. Entiendo tus miedos. Entiendo que la vida que llevo no es fácil. Entiendo que quizás a veces, bueno... muchas veces, me comporto como un pelotudo. Pero... ¿acaso este amor no vale los riesgos? ¿Esto que sentimos no merece ser vivido de una vez y para siempre? Te lo pregunto con el corazón en la mano. No puedo más.

Sol lo miró detenidamente. Los dos seguían en el piso hechos un bollito en el suelo, muy cerca. No había habido besos, ni caricias o roces insinuantes, pero la conexión era palpable. Había algo que los unía, que los ataba. Ella, repleta de dudas, de nervios, de miedos. Él, a su lado, que le decía que todo iba a estar bien, que lo único que necesitaban era ese amor por el otro. Los dos, que esperaban encontrar la solución o simplemente dejarse curar.

—¿Vale la pena, Sol?

—Siempre vale la pena.

Como si la compuerta que estaba conteniendo el deseo y el amor se abriera, los brazos de ella se colgaron de su cuello y la boca de Rodrigo reclamó su propiedad. Fue un beso intenso cargado con todo lo que habían pasado durante esos cuatro meses separados. Las idas y las vueltas. Los desengaños y el dolor. El aroma a campo y a sal. La ciudad y la playa. Se besaron con sus defectos y sus virtudes. Con el cuerpo y con el alma.

—Dios... ¡Cuánto te necesitaba! —murmuró Rodrigo entre los labios de Sol y ella respondió con un ronroneo que lo volvió loco. La levantó del suelo y la recostó sobre la cama. Sol lo observaba expectante con la mirada brillante—. Ya no nos separemos más, por favor. Es una tortura que no estoy dispuesto a soportar otra vez.

—Ni yo...

—Te amo, Sol —dijo mientras se acomodaba encima de ella para continuar con la lluvia de besos que había guardado para ella.

—Y yo te amo a vos, siempre. Escuchame... —Lo tomó de la cara y lo obligó a mirarla a los ojos. Las lágrimas de Sol iban cayendo hacia el costado—. Siempre fuiste vos. Siempre.

—Sol... —Le pasó un dedo por el rostro borrando las lágrimas y luego se concentró en sus labios. Los miró como si no fueran reales, como si todo aquello fuese un sueño.

—Te amo, Rodrigo.

No aguantó y devoró su boca de nuevo. Solo que esa vez no se contuvo y depositó besos en su cuello, en su rostro. La temperatura iba en aumento y ambos lo sentían. Sol desfallecía en cada roce, en cada muestra de cariño que Rodrigo le regalaba. Abría los ojos y lo encontraba observándola como si no fuera ella y, entonces, ella le hablaba, le decía que lo amaba y él se convencía de que era de verdad. De que estaban juntos otra vez.

Capítulo 47

Las montañas y él

Completamente desnudos, recorriéndose, saboreándose, sintiéndose. Las manos de Rodrigo vagaban por la piel de Sol, concentrándose en cada recoveco, en cada rincón. Los ojos bien abiertos la observaban en cada detalle.

Hicieron el amor rápidamente después de haber conversado por horas, sacando afuera todos los miedos que traían encima. Se amaron con avidez, con desesperación, buscando en el otro el confort, la reparación. Besos y más besos depositados en cada rincón del cuerpo. Acabaron juntos en un grito de pasión que los liberó, por fin, de las cadenas del pasado y de todo el dolor que no les permitía amarse como querían, como se merecían.

En calma, ya más tranquilos, se disfrutaron poco a poco. Sol, en trance, percibía el calor de los dedos de Rodrigo, que se internaban en los lugares que solo él conocía y destrababa engranajes que dormían mientras no estaba con él.

—Sos tan hermosa... —murmuraba y seguía contemplándola, acariciándola.

—Te amo —repetía ella cada vez que sus bocas se encontraban y se entregaban una a la otra.

Todo era magia en ese cuarto; los roces, la piel, el corazón, sus almas, que se iban curando e iban sanando con el paso de las horas. El amanecer los encontró despiertos viéndose uno al otro con los ojos del alma.

—No puedo creer que después de tanto tiempo estemos así —dijo él recorriendo la espalda de Sol desde el cuello hasta la cintura.

—Ni yo. —Removiéndose, pegó sus pechos al torso de él.

—Cuando llegue a Buenos Aires voy a hablar con Lorena y con mi abogado. No quiero verla más.

—Me parece una buena idea.

—¿Estás bien?

—Sí. Con un poco de sueño...

—Sol...

—¿Sí? —Luchaba por estar despierta, pero el cansancio de haber pasado la noche amándose le pasaba factura.

—No me dejes nunca más.

—No, Ro. Nunca más.

Le besó la nariz y la dejó dormirse. Se puso de pie, la tapó con la sábana primero y luego con el acolchado, y se dio una ducha caliente. Salió y la observó dormir. Le hubiese encantado quedarse con ella, pero tuvo una mejor idea. Se vistió y salió de la cabaña cuando el sol ya se encontraba brillando en el cielo. Caminó hasta su cuarto, se puso ropa más cómoda y se presentó en el comedor, donde Graciela tomaba mate con su esposo.

—Buenos días.

—Buen día. ¿Durmí bien? ¿Cómodo?

—Comodísimo. Muchas gracias.

—¿Quiere un matecito?

—No, no. Quería saber si...

Consultó sobre lo que necesitaba saber y la respuesta afirmativa de Graciela lo alegró. Salió caminando hacia el pueblo, teniendo en cuenta las direcciones que le habían dado en el hotel, y encontró lo que había ido a buscar. Regresó a paso rápido y preparó todo en el comedor.

—Buen día, dormilona. —Sol abrió los ojos, se encontró con la sonrisa de Rodrigo y no pudo evitar emocionarse—. Ey... ¿Qué pasa?

—Nada, no me hagas caso. ¿Qué hora es?

—Temprano.

—¿Y eso? —preguntó cuando vio la bandeja que descansaba sobre la mesa de luz.

—El desayuno para mi princesa.

—¿Churros?

—¡Sí!

—Mmm... qué rico. Esto en Ecuador no había... —dijo y enseguida se arrepintió y cambió la cara.

—Está bien... tampoco vamos a borrar Ecuador de tu vida. —Sonrió y apoyó la bandeja sobre el regazo de Sol—. ¿Mate?

—¡Por supuesto!

Rodrigo se sentó en la cama con las piernas cruzadas como indio, y comenzó a cebar mate mientras ella devoraba los churros tibios que él había salido a comprar. Al principio solo se miraban, incapaces de creer que en verdad estaban juntos y así.

—Contame... ¿qué hacías en Ecuador?

Sol le habló de Argento, de Nahuel y de Lola, de las clases de surf y de las caminatas. De la vecina, de algún que otro personaje que había conocido, del Kundalini e intentó dejar a Sergio fuera del relato, pero en todo estaba su sonrisa colada en el medio. Rodrigo se daba cuenta de que ella intentaba no nombrarlo y se lo agradecía. Luego, vino el turno de él.

—¿Y vos qué hiciste?

—No mucho. Trabajé, trabajé. Estuve en lo de mi abuela un tiempo.

—¿En Olavarría?

—Sí.

—¿Cómo está tu abuela?

—Viejita. Muy viejita.

Rodrigo también le comentó sobre Lautaro y Lourdes, del bebé y del pico de presión que lo llevó a Los Arcos, donde conoció a Sergio en la puerta de la clínica.

—¡Qué cosa! Es increíble.

—La verdad que sí. ¿Estaban ricos? —quiso saber mientras la observaba chuparse los dedos—.
—Graciela me recomendó ese lugar.

—Exquisitos.

Cuando se acabó el agua, Rodrigo quitó todo de la cama y, abalanzándose sobre ella, la besó lentamente, saboreando el dulce de sus labios.

—Te haría el amor de nuevo. Ahora mismo —comentó concentrándose en los labios de Sol—. Pero... me gustaría ir a dar una vuelta. ¿A vos?

—¡Sí!

La ayudó a ponerse de pie y, mientras ella recorría el cuarto completamente desnuda, el deseo creció a pasos agigantados. La vio tomar su ropa y meterse al baño, y fue detrás de ella ciego de amor y de pasión.

—Ey... —exclamó cuando lo vio quitarse la ropa a través del vidrio de la puerta de la ducha.

—Mentí. No me puedo aguantar.

La lengua de él buscó la de ella y recorrió sus labios arrastrándolos, succionándolos. Las manos de Sol acariciaban su espalda mientras que el agua caliente los recorría de pies a cabeza. La boca de Rodrigo bajó hasta su cuello, después se concentró en sus pechos mientras que Sol gemía e intentaba sostenerse contra los azulejos del baño. Las manos de él se internaron en su carne y siguió bajando un poco más. La obligó a abrir las piernas y allí fue su boca a saborearla entera. Enloquecida de placer le rogó que le hiciera el amor, pero él no le hizo caso y siguió succionando su clítoris hasta que hizo explosión en un orgasmo abrazador.

—Dios...

—Ahí voy, mi amor... —le dijo mientras la observaba apretar los ojos y morderse los labios. Se puso de pie y la levantó con fuerza. Ella lo envolvió con sus piernas y se abrió como una flor para recibirlo. Loca de placer, de amor, gritó su nombre más de diez veces mientras Rodrigo la penetraba bajo el agua.

—Ahhhhh... —Los dos, juntos, llegaron al clímax y se quedaron quietos con los ojos cerrados, sin soltarse.

—Eso fue... —dijo Sol con hilo de voz— maravilloso.

—Te amo.

—Y yo a vos.

Después de bañarse juntos y, a pesar de estar muertos de sueño, salieron a recorrer Mina

Clavero. Caminaron junto al río, llegaron hasta Cura Brochero, donde almorzaron, y regresaron de nuevo al hotel para dormir unas horitas. Graciela los vio venir de la mano y sonrió amablemente sin decir una palabra.

Por la noche, se acercaron al comedor, donde los esperaba una deliciosa cena: pasta casera preparada por una de las mujeres que trabajaba en el lugar. Rodrigo y Sol se acomodaron junto a Graciela y su marido, bebieron vino y se miraron y se sonrieron cuando tuvieron oportunidad. Era la primera vez que ninguno de los dos se preocupaba por que alguien lo reconociera, si alguien los veía. Un clima de relajación y alegría los envolvía y se hacía notar en sus ojos alegres y en sus sonrisas constantes.

Un mensaje de Guillermo al teléfono de Graciela les dejó saber que, fuera de ese lugar, había un mundo que los reclamaba y seguía moviéndose. Un mundo que les exigía presencia.

—Sol... mi cuñado quiere saber si estás bien. Dice que te llamó al celular y te escribió, pero no le respondiste.

—Uy... —Los dos, a la vez, cayeron en la cuenta de que no habían utilizado el celular desde el día anterior—. Ni me acordé. Debe estar descargado. Ahora lo enchufó y le escribo.

—Le digo. —Graciela sonrió y escribió:

Graciela: «La nena está perfecta y muy bien acompañada. Una pista: María limpió solo una habitación hoy. No te preocupés por ella, que la está pasando BOMBA».

Guillermo sonrió feliz desde Merlo, San Luis, cuando leyó la respuesta en el teléfono de Lidia.

Capítulo 48

Volver a la realidad

El domingo se dieron cuenta de que la cosa iba a ser un poco más complicada de lo que ellos pensaban. Rodrigo tenía miles de llamadas perdidas de Lorena, de Pato y de Lautaro. Sol, por su parte, algunas de Guillermo, un par de *mails* de Nahuel, cientos de mensajes de Lola y solo un mensaje de Sergio y el que más la preocupó;

Sergio: «El viernes viajo. Avisame si querés que nos veamos antes de que me vaya».

—¿Qué pasó? —le preguntó Rodrigo al verla sentada sobre la cama, limpiándose las mejillas empapadas con el celular sobre su regazo.

—Sergio.

—¿Le pasó algo?

—No.

—¿Te escribió algo? ¿Te dijo algo?

—Se vuelve a Ecuador. —La respuesta de Sol hizo dudar a Rodrigo, a quien enseguida se le subieron varios interrogantes a la cabeza. ¿Estaba triste porque se iba? ¿Porque lo quería?

—Ah... —Se recostó sobre la cama y le acarició la rodilla, intentando estar lo más tranquilo posible—. Y llorás porque...

—Porque le debo una explicación. Porque quiero serle sincera. Él me debe estar esperando para... —Tragó saliva y tomó fuerzas—. Para proponerme algo más serio.

—Y si te iba a proponer algo más serio... ¿por qué se va? —No le explicaría que Sergio sabía de su presencia en Mina Clavero y que, quizás, la distancia de Sol significaba que habían vuelto a estar juntos y él lo sabía mejor que nadie e, incluso, antes que ella.

—No sé. No sé. Pero yo quiero verlo antes de que se vaya, Rodrigo.

—¿Sí? ¿Es muy necesario? —Se puso de pie y le dio la espalda para que no viera su cara. No le gustaba nada que se volvieran a ver.

—Sí. Te vuelvo a repetir que él es muy importante para mí.

—Ya me imagino. —No se aguantó.

—¡Rodrigo! —Sol se arrodilló en la cama—. Por favor, entendeme. Supongo que vos también

vas a verte con Lorena cuando vuelvas a Buenos Aires. ¿O no?

—Seh...

—¿Ves? Es lo mismo.

—No es lo mismo. Pero bueno... si querés verlo, no te lo voy a negar.

—Explicame por qué no es lo mismo.

—No es lo mismo porque yo con Lorena solo me acosté. No la quise nunca. En cambio, vos con él... tenés un vínculo distinto. Se nota que lo querés.

—Sí, claro que lo quiero. Mucho. Pero no lo amo. Yo te amo a vos.

—¿Segura? —Rodrigo se acercó a los brazos extendidos de Sol como un niño a quien lo llamaban para regalarle algo.

—Muy segura.

Sol: «Apenas llegue a Buenos Aires te escribo y nos juntamos. ¿Te parece?».

Le respondió a Sergio sin prestar atención a la cara seria de Rodrigo.

Ese domingo amaneció nublado y fresco. Permanecieron en la cabaña conversando, haciendo el amor y descansando. La paz que les transmitían las sierras los sumía en un estado de relajación constante. Ninguno de los dos quería regresar y Sol fue la primera que habló acerca de una de las posibilidades que había estado pensando durante las últimas horas.

—Ro... —lo llamó mientras el dormitaba con ella sobre su pecho.

—¿Mmm?

—Creo que ya sé qué quiero hacer de mi vida.

—¿Amarme?

—Aparte.

—¿Qué?

—Voy a estudiar turismo y me voy a venir a vivir a las sierras. No quiero quedarme en Buenos Aires.

—Ajá... —Abrió los ojos.

—¿Qué te parece?

—Me parece muy buena idea. Turismo... me gusta.

—¡¿Sí?! —preguntó entusiasmada.

—Sí. Lo único que no me convence...

—¿Qué?

—Que no me hayas incluido en tus planes. ¿Qué va a pasar conmigo?

—Y... no sé. Creí que vos ibas a seguir trabajando allá y que no querrías mudarte.

—¡Sol! —La tomó de los brazos y la obligó a sentarse—. No me separo más de vos. De acá a Buenos Aires y a tu casa o a la mía. ¿Está claro? No quiero pasar una noche más lejos de vos. No me pidas que...

—¿Qué me estás proponiendo, Rodrigo?

—Que vivamos juntos.

—¿Y Córdoba?

—¿Qué pasa con Córdoba? ¿Vos planeas estudiar acá o allá?

—Allá y después pensaba venirme para acá.

—Bueno... buscaremos algo por acá cuando llegue el momento. —La cara de Sol cambiaba y Rodrigo no acertaba a dar con lo que sus ojos transmitían.

—¿Y tu trabajo?

—Viajaré.

—¿En serio?

—Claro que sí.

Sol se abalanzó sobre él y se colgó de su cuello. Lo besó en las mejillas, en la boca, mientras le agradecía y sonreía.

—Te dije. No nos separamos más.

El lunes hicieron un *tour* visitando los túneles, Panaholma y varios lugarcitos más que los dejaron anonadados. De la mano, se sentaron a observar cada paisaje, inspirando el aire de las sierras, que tan bien les hacía. Soñando, construyendo un futuro que hasta hacía unos pocos días se les hacía muy diferente. En el camino de vuelta, le avisó a Guillermo que regresaría a Buenos Aires con Rodrigo, a lo que él le respondió:

Guillermo: «Me alegro tanto, Solcito. Por fin se te da. Te merecés ser feliz. Te adoro. Nos vemos en Buenos Aires».

Ya había hablado con Guillermo, le quedaban Lola y Nahuel. Con Lola no iba a haber problema porque la atendería. Pero Nahuel... Nahuel era otra historia. Y mientras se debatía entre las palabras y las formas que utilizaría para contarle a su hermano lo que había ocurrido, una voz chillona y un gritito la sorprendieron en la combi de vuelta a Mina Clavero.

—No lo puedo creer. —Una mujer delgada, con la piel arrugada y con lentes puestos se le tiraba encima a Rodrigo, que iba sentado del lado del pasillo. Claramente, la gorra y los lentes no habían surtido efecto. —Mirta... te dije. ¡Es Rodrigo Lacoste! —gritaba mientras lo saludaba y preparaba el celular para sacarse una *selfie*.

Rodrigo, fiel a sus seguidoras, la abrazó y se tomó no una, sino varias fotos con la señora, quien le agradecía y le preguntaba por el final de la novela. Sol lo observaba sorprendida de no sentirse incómoda ante la posibilidad de que esa foto llegase a lugares y a ojos no deseados. Una vez pasada la euforia, la calma regresó.

—Esa foto va a hacer estragos —comentó ella, preocupada por las repercusiones de su estadía en Córdoba.

—No me interesa. Sol... estuve pensando en lo que me dijiste acerca de la vida que llevábamos y... sé que no va a ser fácil, pero, si vos estas dispuesta a bancarte a los periodistas y fotógrafos en cualquier momento, blanqueamos. Blanqueamos ya mismo.

—¿Ya mismo?

—Sí. —Comenzó a buscar una de las fotos que se habían sacado en uno de los miradores para subirla a su cuenta de Instagram.

—Emm... ¿No te va traer ningún problema?

—Te repito... nada me importa más que vos.

—¡Esperá! —Sol lo detuvo—. Mejor déjame hablar con Nahuel, con Sergio... ¿Puede ser?

—Bueno.

Capítulo 49

Un café y un adiós

Viajaron en auto juntos hasta Buenos Aires, deteniéndose a sacar fotos, a tomar mate. Era la primera vez que los dos se sentían libres de todo. Libres de cámaras, de opiniones, de trabajos, de miedos. Sol tenía la sonrisa pegada en la cara y Rodrigo disfrutaba de tenerla a su lado. Ni en sus mejores épocas se había sentido tan feliz. ¿Por qué? Porque ahora, después de todo lo que había sufrido, la victoria y ese final feliz le eran dulces, muy dulces.

—Cincuenta kilómetros para llegar. ¿Tu casa o la mía?

—Vos en la tuya y yo en la mía —respondió y Rodrigo le clavó los ojos.

—No. Ya te lo dije. No nos separamos más. ¡Ni para ir al baño!, ¿me escuchaste?

—Ay, Ro... ¿Tanto?

—Sí. Tanto y más. —Extendió la mano y le acarició primero la rodilla y después siguió subiendo hasta acercarse a su entrepierna.

—¡Manejá!

—¿Qué estoy haciendo?

—Quiero llegar sana y salva a *mi* casa.

—No juegues con fuego, Solcito.

Llegaron a la capital cuando el sol ya había caído. Las luces, el ruido, los bocinazos los recibieron y, sin querer, les cambiaron el humor. Ya no se encontraban en la paz de Mina Clavero. Volvían a la realidad y había que tomar el toro por las astas.

—Mañana voy a ver a Sergio —comentó Sol mientras Rodrigo estacionaba frente a su departamento.

—¿Querés que te acompañe?

—No. Es algo que tengo que hacer sola. Es entre él y yo.

—Sol...

—¿Sí?

—¿Lo amaste?

—¿A Sergio?

—Sí. ¿Lo llegaste a amar?

—No. —Agachó la cabeza, avergonzada—. Intenté, como te dije. Pero... nunca sentí ni un poquito de lo que siento por vos. No te voy a negar que lo quiero mucho. Que me duele lastimarlo así. Pero...

—Pero...

—Pero si quiero estar con vos, si como dijimos queremos ser felices, tengo que aclarar este asunto.

—Sí. —Apagó el motor y se quedó quieto como queriendo decir algo importante.

—¿Qué pasa?

—Tengo miedo.

—¿De qué?

—De que me dejés otra vez, de que lo veas y te des cuenta de que él es quien se merece tu amor y no yo. Me parece que es una buena persona y estoy seguro de que te ama... y...

—¡Rodrigo! —Le acarició un mechón de pelo y lo animó a que la mirara a los ojos—. Te amo. Te amo a vos igual que te amé esa tarde en el café. O aquella vez en el río, o cuando volviste a mi vida en el restaurante y me cargaste hasta la clínica. Te amé, te amo y te voy a amar para siempre. Porque sos todo para mí.

—¡Sol! —Se abalanzó sobre ella y devoró su boca con avidez.

—Confiemos en que, esta vez, sí se nos va a dar —susurró sobre sus labios.

Rodrigo la dejó en su casa y aprovechó el pedido de Sol para acomodar sus asuntos: hablaría con Lorena, con su familia y ordenaría su mundo para vivir junto al amor de su vida. Sol, por su parte, abrió la puerta de su departamento y se quedó observando todo sin mirar nada en particular. Dejó su bolso y prendió la computadora. Nahuel sería el primero en enterarse. Abrió su casilla y escribió.

«Gordo de mi corazón: te escribo para contarte algo que me hace muy feliz, pero que, supongo, no lo será para vos. Antes de que te enteres por cualquier lado o por otra boca, quiero que sepas que volví con Rodrigo. Sí. Ya sé. Puedo saber lo que estás pensando mientras lees este *mail*. Que soy una tonta, que quizás no funcione, que Sergio es el indicado. Sí, sí y sí. Soy una tonta porque lo amo con locura pese a todo. Sí, puede que no funcione, pero mi piel y mi corazón me gritan, me obligan a volver a intentarlo. Y sí, definitivamente, Sergio es el indicado, pero... no lo amo, Nahue. Si me quedo a su lado, sería una mentirosa y terminaría dañándolo mucho más. ¿No te parece?

El viaje a Mina Clavero me abrió la mente y el corazón. Quiero hacer tantas cosas, quiero ser feliz de una vez. Y estoy convencida de que esta, hermanito, es mi oportunidad.

Te adoro con todo mi corazón y espero que me entiendas.

Que se te pase pronto el enojo. Te amo. Sol».

Llorando, cerró la computadora y así se quedó por media hora hasta que sonó el teléfono de su casa.

—¡Hola!

—¿Estás segura? —Nahuel, con la voz ronca, del otro lado.

—Sí.

—¿Hablaste con Sergio?

—Mañana.

—Que Dios los ayude. ¡A los tres!

Nahuel cortó y Sol permaneció con el tubo en la mano sin poder despedirse. Se acercó a la habitación y se recostó sobre la cama. Tomó el celular y le envió un mensaje a Sergio.

Sol: «¿Desayunamos mañana? ¿Estás ocupado?».

Sergio: «A las 9, en tu departamento».

Sol: «Perfecto».

Rodrigo le escribió hasta que se quedó dormida. La despertó la alarma que, gracias a Dios, había colocado antes de acostarse. Preparó el termo y bajó apresurada a comprar algo para acompañar el desayuno. Nerviosa recorrió los pasillos del supermercado buscando algo, pero pensando en las palabras que utilizaría para intentar no lastimarlo más. Sergio llegó a horario y se encontró con Sol en la puerta del edificio cuando ella regresaba de comprar.

—Hola... —Ella le sonrió y él le devolvió el gesto con tristeza. No hacía falta hablar para darse cuenta de que la conversación con Rodrigo había dado sus frutos. Él lo supo en el instante que la miró a los ojos.

—Traje unas masitas.

—Yo compre unas galletitas también. ¿Subimos?

No hablaron hasta que entraron. Sol lo invitó a sentarse, a ponerse cómodo. Sergio se acomodó en el sillón frente a la mesita que la dueña de casa había dispuesto con el termo y el plato para la comida.

—¿Cómo estuvo Córdoba? Es precioso, ¿no?

—Hermoso. Me encantó. ¿Cómo estás vos?

—Ahí.

—¿Manuel?

—Igual que yo, calculo. Raros.

—¿Te volvés a Ecuador?

—Sí, tu hermano me necesita. Y yo no me quiero quedar acá.

—Te entiendo.

Un silencio incómodo se tendió sobre ellos. Ninguno de los dos daba el primer paso para hablar de lo que realmente tenían que hablar.

—Sol...

—Sergio, yo... —Los dos hablaron a la vez y se detuvieron al mismo tiempo.

—Dejame a mí. —Sonrió y comenzó a hablar—. Me enamoré de vos como un tarado. Jamás

pensé que podía sentir algo así por otra persona. Ese día que llegaste a Guayaquil fue como si hubiese vivido toda mi vida con una nube sobre la cabeza y no conociera el sol. Llegaste y todo se iluminó. No me pasó con nadie lo que me pasa con vos. —Sol comenzaba a lagrimear con el termo en la mano, incapaz de decir algo. Se le estaba haciendo muy difícil esa despedida—. Pero tampoco me pasó ser testigo de un amor como el que vos y Rodrigo se tienen. Cuando los vi en esa esquina, tan cerca, me di cuenta de que eso que los une no va a desaparecer ni aunque te vayas a otro planeta. Porque en tus ojos lo vi a él, y en los de él, vi los tuyos.

—Sergio... —Dejó todo sobre la mesa y, sentándose a su lado, lo tomó de las manos.

—Sol. No te pongas mal. Al fin y al cabo, era lo que me querías decir. ¿O no?

—Yo... Yo... te quiero muchísimo. Y lo que vivimos en Montañita no lo voy a olvidar nunca. ¡Jamás!

—Ni yo...

—Me duele hacerte esto porque no te lo merecés.

—No me hiciste nada, Sol. Siempre fuiste sincera conmigo. Siempre supe lo que significaba Rodrigo para vos y fui yo quien se arriesgó.

—Perdón —murmuró.

—Haceme un favor y hacete un favor.

—¿Qué?

—Animate a ser feliz de una vez. Sin complejos, sin miedos, sin pasado.

—No sé si voy a poder...

—¡Claro que sí! Ya estás dando el primer paso.

—¡Sergio! —Se colgó de su cuello y él se permitió sentir su perfume por última vez, antes de decir adiós.

Capítulo 50

Un obstáculo más

Llegó a su departamento envuelto en un aire distinto. Un aire sanador que todo lo volvía bello, hermoso, tranquilo, dulce y alegre. Desempacó con una sonrisa que lo acompañaba durante todo el tiempo, recordando los días que había pasado junto a ella. Se habían vuelto a encontrar en cuerpo y en el alma. Se habían vuelto a elegir pese a los miedos, a los reproches y al tiempo, que había sido tirano con los dos. A partir del día siguiente las cosas serían diferentes, su vida sería diferente.

—Hola.

—Ro... mi vida. ¿Estás bien? Te llamé mil veces. —La voz de Lorena le produjo un vuelco en el estómago.

—Quiero verte mañana temprano. Paso por tu oficina.

—¿Querés que me acerque a tu departamento ahora mismo? Acabo de salir de la ducha y estoy... preparada para todo —ronroneó del otro lado del tubo y Rodrigo cerró los ojos con asco.

—No. Todavía no llegué a Buenos Aires —mintió porque sabía que ella sería capaz de ir pese a su negativa.

—Ah, ¿no?

—No. Estoy haciendo noche en Rosario, visitando unos amigos.

—Bueno... —comentó con tristeza.

—A las ocho y media estoy por allá.

—Te espero, corazón.

Se apoyó en la mesada con los ojos cerrados, tratando de borrar la imagen de Lorena en su casa, en su cama, y de focalizarse en Sol y en los momentos vividos en Córdoba.

—Pato....

—¡Amigo! ¿Cómo te fue?

—Excelente.

—¡Cuánto me alegro! ¿Estás ahí con ella?

—No. La dejé en su casa para que acomodara ciertas cosas y... bueno, yo también.

—¿Querés venir a cenar? Estoy con Pili y un amigo.

—No, Pato. Gracias. Llamaba para avisarte que ya estoy en Buenos Aires y para darte la buena noticia de que Sol y yo volvimos.

—¿Y el otro flaco? ¿Qué onda?

—Al otro flaco... —Dudó sin decir en voz alta lo que venía pensando de Sergio desde el día que se encontraron en la puerta del edificio de Sol—. Le debo esto.

—¿Eh?

—Nada. Yo me entiendo.

—Bue... ¿Y la loca?

—Mañana temprano me juntaré con ella. ¡Y que Dios me ayude!

Se acostó enviándole mensajes a Sol todo el tiempo. Fotos, *gifs*, emoticones... audios. Hablaron hasta que ella le confesó que no podía mantener los ojos abiertos.

La mañana lo encontró despierto antes de que la alarma sonara. Ya se había bañado y llamado a su abogado para estar preparado para enfrentar a su representante. Cuando se hizo la hora, se encaminó a la oficina de Lorena tratando de mostrarse lo menos alterado posible.

Lo recibió una secretaria nueva que, antes de llamar a su jefa, le pidió un autógrafo y se sacó una foto con él. Era su primer día y, nerviosa, le dejó saber a Lorena que Rodrigo había llegado.

—No me pasés llamadas. No quiero ninguna interrupción —le dijo a través del interlocutor.

—Pase, por favor.

Las cortinas del cubículo de vidrio estaban cerradas, así que Rodrigo no sabía con qué se encontraría del otro lado. Conociéndola, podría estar desnuda acostada sobre el escritorio. Abrió la puerta con cuidado y metió la cabeza, primero.

—Buen día.

—¡Corazón! —La voz chillona de Lorena lo despabiló por completo y él agradeció que estuviera de buen humor—. Pasá. ¿Cómo te fue? ¿Qué tal esos negocios?

—Bien... bien...

—Sentate. —Lorena tenía un rodete bien alto y algunos mechones al costado de su cara. Los lentes jugueteaban en su mano y mordisqueaba la punta de los terminales con provocación, observándolo con intención.

—Lorena. —Comenzaría a hablar él y no le daría lugar a decir nada. Ese era el plan—. Vine hoy tan temprano porque quiero prescindir de tus servicios. Estuve pensando y necesito un cambio. Quiero otra cosa para mí. Te agradezco todos estos años de tanto trabajo y sé que sin vos no hubiese llegado a donde estoy. Pero...

—¿Qué? ¡Pará! ¿Qué dijiste?

—Lo que escuchaste. No quiero trabajar más con vos.

—¿Y se puede saber de dónde mierda viene todo esto? —Los gestos de Lorena comenzaron a mutar poco a poco. Tensionaba la boca y se notaba en su mirada que la ira iba apoderándose de ella.

—De ningún lado, Lorena. Se terminó. Hablé con mi abogado y él va a seguir los trámites

necesarios para concluir los contratos que teníamos vos y yo.

—Pero vos no podés hacer eso. ¿Estás loco?

—No, loco no. Estoy convencido de que no te quiero ver nunca más. —La paciencia se le iba agotando. En su mente, recordaba las palabras de Sol cuando le confesó que había sido ella la culpable de su separación.

—¡Ja! Con que no me querés ver nunca más. —Jugueteó con los lentes y, girando el asiento, le dio la espalda.

—Lorena... —Rodrigo se puso de pie y se acomodó el saco que llevaba puesto—. Hasta acá llegamos.

—O sea... que la noche que pasamos juntos... ¿no significó nada para vos?

—¿Eh?

—Te hice una pregunta, Rodrigo. ¿No significó nada?

—Perdoname, Lorena, pero no. Y creo que fue el peor error que cometimos. No debimos.

—¿No debimos? —Seguía hablándole sin darse vuelta.

—No. Bueno... mi abogado se va a comunicar con vos. Me voy.

—¡Vos no te vas a ningún lado! —le dijo y, girando por fin el asiento, lo apuntó con un arma—. ¿Vos te pensás que podés venir acá y dejarme así como así? No, no. Nosotros construimos un imperio juntos y yo no voy a permitir que me dejés sola.

—Bajá eso y hablemos como personas civilizadas, ¿querés? Apuesto a que ni debe estar cargada. —No terminó de decir la frase y un disparó resonó en el lugar y lo dejó sordo por unos cuántos minutos.

—Uy, está cargada. —Sonrió con malicia, mientras giraba alrededor de su escritorio acercándose a él, que se agarraba la cabeza por el zumbido ensordecedor que lo recorría—. Ay, Rodri... y yo que pensé que, sacándome de encima a esa ilusa, iba a poder tenerte solo para mí. —Metió la mano dentro del saco de él y le acarició el pecho sin dejar de apuntarlo con la otra mano—. ¿Por qué no podés ver que soy yo la mujer que necesitás en tu vida? ¿Por qué no te das cuenta de que, sin mí, no sos nada? Yo... —Acarició su barbilla con cuidado y luego apretó los dedos haciendo fuerza—. Yo... que te di todo. Todo. ¿Por qué, Rodrigo? ¿Por qué?

—Sos una enferma de mierda, Lorena —le gritó en la cara.

—Ah... ¡Ahora soy una enferma de mierda! —Lo empujó y Rodrigo se tropezó con la silla y cayó de espaldas—. Bien que, cuando contabas tus miles y miles de pesos, no era ninguna enferma, ¿no? Cuando viajabas por el mundo dándote los gustos que quisieras... No, ahí Lorena no estaba enferma. No, claro que no... —Caminaba alrededor de él moviendo el arma al compás de su brazo nervioso—. ¡Desagraciado! —Levantó el brazo y apuntó directo a su pecho.

Rodrigo vio la ira en la mirada de Lorena y supo que sería capaz de matarlo ahí mismo, en su propia oficina. Cerró los ojos cuando ella volvió a dirigir el arma hacia él y pensó en Sol. En sus ojos castaños, en su pelo largo y en su sonrisa.

—¡Alto, policía! —La puerta se abrió y Lorena disparó asustada por la presencia policial. Al

mismo tiempo, fue abatida por el oficial que acababa de entrar.

Rodrigo sintió un calor punzante en el cuerpo, pero no alcanzó a distinguir qué era ni de dónde venía. Algo le quemaba, pero ¿qué? Unas voces, unos gritos... corridas y el techo de una ambulancia. Cuando despertó, Sol estaba a su lado, sosteniendo su mano. Catalina y Lautaro, en la punta de la cama, atentos a sus movimientos.

—¿Qué pasó? —balbuceó.

—Lorena te disparó —respondió Sol, llorando—. Pero ya estás bien, fuera de peligro.

—¿Y ella? ¿La agarraron?

—Está muerta.

Rodrigo había recibido un disparo en la pierna izquierda, que le había fracturado el eje femoral. Afortunadamente, no hubo hemorragias graves y pudieron llegar a tiempo al hospital para estabilizarlo. Lo operaron unos días después del episodio y le colocaron una varilla de metal en el canal medular del fémur para mantener al hueso en su posición. La recuperación fue lenta, pero, con la ayuda de los médicos y de Sol, salió de la clínica utilizando muletas un mes y medio después del accidente.

Los periodistas se abalanzaron sobre él para preguntarle acerca de su representante y de los detalles del acontecimiento, pero él no quiso decir nada. Cuando le preguntaron por la señorita que lo acompañaba, la miró y respondió:

—Ella... ella es el amor de mi vida. —Y sonrió justo a tiempo para que los *flashes* y las cámaras tomaran la primera de las tantas fotos que le sacarían a la pareja del año.

Capítulo 51

Flores amarillas

Diciembre llegó caluroso a Buenos Aires. La gente iba y venía con la locura y el cansancio que implicaba el fin de año. Rodrigo y Sol habían decidido pasar una temporada en Olavarría junto a la abuela Murcia. Los días en el campo eran tranquilos y pacíficos. La pileta les permitía pasar las horas de más calor frescos y a gusto. Por la mañana se levantaban temprano, antes de que el sol disparara los primeros rayos fuertes, y hacían una caminata a lo largo de la propiedad. Conversaban de todo un poco o simplemente caminaban en silencio. Luego se duchaban y se preparaban para desayunar con Dora y la abuela, quienes los esperaban en la galería con el mate para Sol y el café con leche para Rodrigo.

Ese día Sol se había despertado de una manera distinta. No solo con los besos de Rodrigo alrededor de su cuerpo, como todos los días, sino con un año más. Cumplía veinticinco años. Después de hacer el amor, el primer regalo, según Rodrigo, realizaron su habitual caminata y volvieron famélicos a la casa.

—¡Feliz cumpleaños, belleza! —La abrazó la abuela—. ¿La estás pasando bien?

—Hermoso. Este lugar es un paraíso. Gracias por todo.

—Así es. ¿Y vos, querido? ¿Ya tenés todo listo para el festejo?

—Sí, abuela. —Extendió la mano y alcanzó la de Sol, que lo recibió con la palma abierta.

—¿Hoy llegan los invitados, chicos?

—Así es. —Se refería a Lola, Guillermo y Lidia, Pato y Pili con su novio, Gonzalo, el amigo de Sergio, quienes iban a pasar el fin de semana con ellos y a celebrar el cumpleaños de Sol. Lautaro y Lourdes habían decidido no ir porque, debido a unas complicaciones, el médico le había ordenado reposo.

—Dorita... ¿qué vamos a comer?

—Los muchachos van a hacer asado, doña —respondió la mujer mientras tomaba un mate cebado por Sol.

—¿Vas a asar, nene?

—¡No! Pato. Yo preparo los tragos.

—¡Y nosotras la ensalada! —comentó Sol, guiñándole el ojo a Dora, con quien había estado

preparando los postres y la torta.

—¿Y yo qué hago? —preguntó la abuela desencantada.

—¡Mate! —gritaron los tres al unísono.

—¡No! —Rio la señora y todos acompañaron la risa porque sabían cuánto odiaba cebar mate.

La comitiva comenzó a llegar pasando el mediodía. Sol, con el bikini puesto y un vestido de seda fría colorido, los recibió en la entrada de la estancia. Pato, Pili y Gonzalo fueron los primeros.

—Feliz cumple, Sol. Y... ¿dónde está el susodicho? —preguntó Pilar, refiriéndose a Rodrigo.

—Limpiando la parrilla.

—¿Aprendió a asar? —preguntó Pato.

—No. Dice que lo vas a hacer vos.

—¡Siempre me caga!

Entraron justo cuando un bocinazo los sorprendió. El auto de Guillermo se acercaba levantando polvo a lo lejos.

—Pasen, pasen —dijo Sol y se volvió a la puerta para recibir al resto de los invitados.

Lola fue la primera en bajar y correr a los brazos de su amiga.

—¡Lola!

—¡Sol! ¡Estás hermosa! ¡Qué bien te sienta el campo, mamita! Mirá el color que tomaste.

—Andá... ¿Cómo estas vos?

—Bien... bien... Traje el bikini. Hay pile, ¿no?

—¡Sí!

Cuando levantó la vista para ver al resto del grupo, se encontró con unos ojos verdes que la observaban atentamente.

—¡Gordo! —Ahora la que corrió fue ella. Se colgó del cuello de Nahuel con lágrimas que le salían a borbotones—. ¿Cómo...? ¿Qué hacés acá?

—No me iba a perder el cumpleaños de mi hermana. —Le acariciaba el cabello y apretaba el cuerpo contra ella. —¡Feliz cumple, Sol!

—¡Gracias, gracias por venir! Te extrañé tanto.

—Y yo a vos.

—¿Cómo estás? —Lo tomó de las manos y lo observó con detalle. Aunque estaba más flaco, se lo notaba más musculoso y fuerte. Llevaba una barba crecida y un tatuaje que desconocía se veía por debajo de la manga de la remera—. ¿Cómo llegaste acá?

—Tu novio planeó todo.

—¿Rodrigo?

—¿Tenés alguno más?

—Bueno, bueno... déjenme saludar a la cumpleañera —comentó Guillermo, quien esperaba para darle un beso—. Solo un abrazo y es toda tuya, pibe.

Lidia también la saludó y junto a Guillermo entraron para dejar a los hermanos solos. Nahuel

sacaba su mochila del asiento de atrás sin percibir la mirada punzante de su hermana.

—¿Qué pasa? ¿Por qué me miras así?

—No lo puedo creer. No puedo creer que estés acá. ¿Te venís a quedar?

—No. El próximo viernes vuelvo a Ecuador.

—¿Ya? Tan pronto.

—Sí. Pero no pensemos en eso... ¿Entramos? —Abrazados giraron y avanzaron hasta el interior de la casa. Cuando llegaron a la galería, se encontraron con Rodrigo.

—Nahuel... ¿cómo estuvo el vuelo? —Se acercó y lo saludó con la mano.

—Bien. Quisiera usar el baño.

—¡Yo le muestro! —dijo Dora y lo acompañó de vuelta adentro.

—Te lo tenías bien guardado. —Sol se colgó del cuello de Rodrigo y sonreía con la boca, con los ojos, con el corazón.

—Segundo regalo. —Apoyó los labios sobre los suyos sin dejar de mirarla—. ¿Te gustó?

—Me encantó. Estoy tan feliz.

—¡Y falta uno!

—¿Sí?

—Ajá.

Pasaron la tarde alrededor de la piletta; conversando, algunos; durmiendo bajo el sol, otros. Nahuel y Sol se pusieron al día de las novedades. Argento le pertenecía en su totalidad. Sergio le había regalado su parte y lo había dejado como único dueño del bar. Cuando Sol le preguntó por él, su hermano le respondió que hacía unos meses que no sabía nada. Que lo último era que estaba viajando por el mundo, visitando lugares exóticos.

—¿Y con Lola? ¿Qué pasa?

—Con Lola está difícil. Pero... no pierdo las esperanzas —comentó mientras la miraba jugar en el agua con Pilar.

—Ninguno me contó acerca de esa carta. ¿Qué fue? ¿Qué pasó?

—Ese fue el peor error de mi vida. Estoy tratando de remendarlo, pero...

La tarde cayó y con ella, la preparación de la cena. Las mujeres, en la cocina, preparaban las ensaladas y los últimos detalles de la torta de cumpleaños. Los hombres, junto a la parrilla, charlaban con una cerveza en la mano. A las 22.30 se sentaron a comer y brindaron por Sol, por la llegada de Nahuel y por la recuperación de Rodrigo. Murcia se fue a acostar poco después de cortar la torta, acompañada por Dora. Las siguieron Guillermo y Lidia.

Gonzalo abandonó a Pilar en la mesa, con cara de enojo y malestar y, aunque le preguntaron a ella qué había sucedido, no explicó nada. Lola saludó con un beso a todos menos a Nahuel y se retiró. Sin embargo, unos minutos después, la siguió él, excusando el cansancio del viaje.

—No doy más, chicos. Hasta mañana —dijo y caminó hacia el ala izquierda de la casa.

—Se ve que se olvidó de que su cuarto está para el otro lado —comentó Rodrigo, quien tenía a Sol sobre su cuerpo, recostada en la reposera.

—Ojalá que se arreglen.

—¡Ojalá!

Pato roncaba alejado de la parejita con los brazos detrás de la nuca.

—¿Lo vas a despertar? —le preguntó Sol a Pilar al verla dirigirse hacia él.

—No. —De su bolso sacó un lápiz labial y le dibujó dos corazones en las mejillas. Riéndose, se alejó hacia su cuarto.

Rodrigo se acomodó y obligó a Sol a ponerse de pie.

—Vamos, que te tengo que dar el último regalo.

—Apa...

De la mano caminaron hasta su habitación y se detuvieron en la puerta.

—Sol...

—¿Qué?

—Te amo. Te amo con toda el alma. Y... quiero que sepas que no puedo ser más feliz de lo que soy ahora. Hoy, con vos. Gracias por ser como sos, por amarme de la manera que necesito. Gracias por volver a mí.

—Ro...

—Te amo, hermosa. Y... ¡feliz cumpleaños!

Rodrigo abrió la puerta lentamente. Sobre la cama yacía un ramo gigante de flores amarillas y dentro de ellas un sobre de papel madera. Sol se acercó lentamente y lo tomó con cuidado.

—¡Son hermosas! —exclamó sentándose con las piernas cruzadas sobre la cama—. ¿Y esto?

—Abrilo.

Los dedos de Sol se introdujeron dentro y sacaron los papeles que se encontraban ahí. Sus ojos iban y venían leyendo el texto con cuidado y tratando de entender lo que decían las palabras.

—¿Qué es esto? —preguntó confundida.

—Es la escritura de nuestro terreno en Córdoba.

—¿Qué?

—Eso. Compré un terreno en Altas Cumbres para que construyamos la casa que queremos. Mientras vos cursás la carrera, podemos ir haciéndola de a poco y cuando termines... —No alcanzó a terminar la frase porque Sol se abalanzó sobre él y atrayéndolo hacia su cuerpo hizo que cayera sobre ella.

—Te amo, Rodrigo. —Lo besó con pasión, con ternura, con amor.

—Quiero que seas feliz. Quiero hacerte feliz.

—¿Más? ¡Es imposible!

La ropa voló, los cuerpos se encontraron una vez más. Locos y envueltos de placer, saborearon cada parte de sus cuerpos. Hicieron el amor con la misma pasión que la primera vez aquella tarde en el río, solo que en esta oportunidad el lecho no fue el bote, sino una cama repleta de... flores amarillas.

Fin

Agradecimientos

Gracias a todos los que me acompañan en mis aventuras literarias.

Gracias a Karina Bolognini, Laura Dibon, Eli Chiliguay, Romy Ro, Jime Aguirre y Azul Romero; mi oeste agitado, mis chicas, mi Far West.

Gracias a las lectoras, colegas, compinches y amigas.

Gracias a mis grandes referentes: Florencia Bonelli, Mariela Giménez, María Border y Laura G. Miranda.

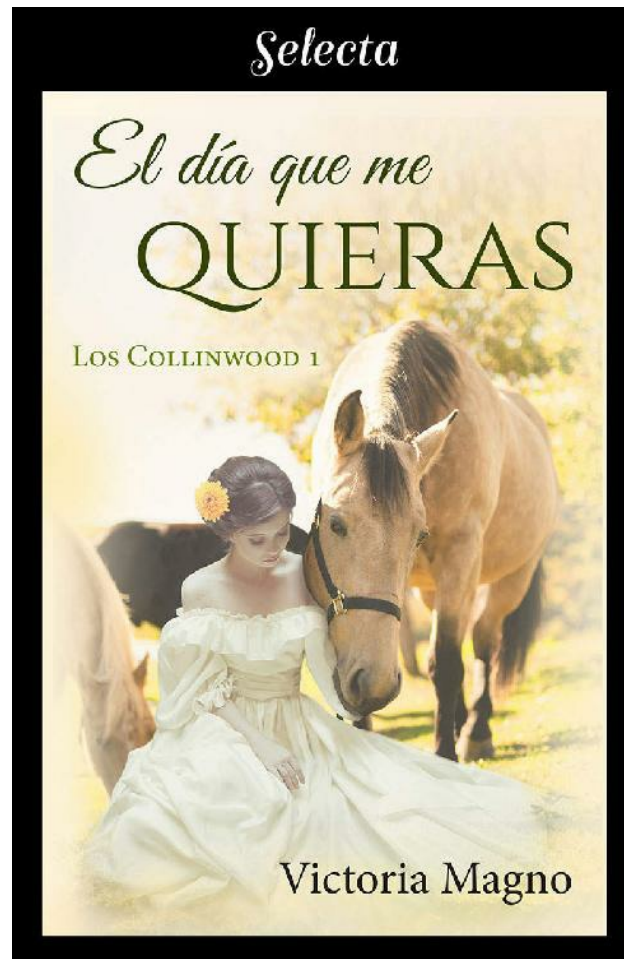
Gracias a Mimi Romanz por el apoyo y el acompañamiento.

Gracias a Lola y a todo el equipo de Selecta.

Gracias a los grupos literarios que apoyan nuestro trabajo.

Gracias a la vida, que me da la oportunidad de cumplir otro sueño.

Si te ha gustado
Flores amarillas
te recomendamos comenzar a leer
El día que me quieras
de *Victoria Magno*



Prefacio

Kent, Gran Bretaña, 1848.

—¡Chad, Chad, ayúdame!

Richard se tensó al escuchar aquel grito. Dejó caer el lápiz con el que estaba revisando las cuentas y se puso de pie.

—Señor, no... —Su tutor, el anciano señor Fegan, le dedicó una mirada de preocupación—. La última vez, el conde estuvo cerca de matarlo.

—Déjalo que se haga el héroe, a él le gusta que lo golpeen. —Harold, su hermano mayor y segundo hijo de la familia Collinwood, parecía satisfecho con el grito desesperado del hermano primogénito—. Y a padre le hace falta un poco de ejercicio, comienza a ponerse obeso.

Richard apretó los puños, deseaba hacer desaparecer esa sonrisa del rostro de su hermano con un buen puñetazo, pero Alex lo necesitaba.

—Richard, no puede salvar a su hermano todo el tiempo —dijo el profesor, ignorando el comentario mordaz de Harold—. Se lo suplico, no vaya esta vez...

—Debo hacerlo —Richard contestó al tiempo que salía disparado de la habitación.

Corrió por el largo pasillo que comunicaba con las escalinatas principales del castillo y torció a la izquierda, hacia el ala derecha de la enorme mansión, directo a los aposentos de su padre.

Y allí, al pie de la escalinata de la torre más alta del castillo de Collinwood Hall, los vio. Ronald Collinwood, conde de Hendingham, golpeaba salvajemente a su primogénito y heredero, Alexander.

—¡Chad! —Los ojos rasgados de su hermano se fijaron en él, el azul intenso de sus iris brillante por las lágrimas.

—¿No me has entendido, estúpido? —farfulló su padre, notoriamente ebrio tras una larga noche fuera de casa, como era habitual—. ¡Deja de pedir auxilio, nadie va a salvarte!

—¡Padre, no! —Richard se abalanzó sobre su padre, impidiéndole que abofeteara a su hermano.

Alex se hizo un ovillo en el suelo y comenzó a sollozar. Su llanto le partió el corazón a Richard. Aunque Alex fuese su hermano mayor, era un niño en su interior. Un niño inocente y puro, como ninguna otra persona que jamás hubiese conocido, y la persona que menos merecía un trato como el que su padre le prodigaba.

—¿Otra vez osas entrometerte, Richard? —espetó su padre, agarrándolo por el pelo—. ¡Eres tan estúpido como tu hermano mayor!

—¡Ya basta! —El chico apretó los dientes, aguantándose las lágrimas de dolor cuando la mano de su padre se apartó y se llevó con él un mechón rubio de su pelo—. ¡No lo llames así!

Una bofetada fue la respuesta del conde de Hendingham. Su padre lo había golpeado desde que tenía memoria, pero en cada ocasión lucía tan imponente como un oso. Ronald Collinwood era el hombre más fornido que Richard había visto jamás.

Con una estatura superior al metro ochenta y un cuerpo macizo que un leñador envidiaría, su

padre podía hacerle saltar lágrimas golpe tras golpe sin siquiera resollar. Sus musculosos brazos debían ser fruto de años de utilizar a su familia como sacos de boxeo, suponía el chico, pues su padre no hacía otra cosa más que beber y jugar a las cartas en los lugares de mala muerte a donde iba a perderse cada noche.

Richard había heredado muchas cosas de su padre: su estatura (que se vislumbraba, sería como la de este), su fuerza, incluso su pelo rubio y el color azul de los ojos, mas no su negro corazón.

El chico se irguió, a pesar de que su estatura a sus catorce años no era mucha en comparación con la de su padre, y esperó lo que vendría después...

El puño de su progenitor dio certero en su estómago, provocando que el muchacho se doblara en dos por el dolor.

Enseguida vino otro golpe, esta vez en la mandíbula. Richard se tambaleó, vio luces alrededor, pero no desistió. No le daría el placer a su padre de verlo acobardarse.

—¿Te haces el fuerte conmigo, Richard? Tú no me engañas, eres un estúpido de corazón blando, igual que tu madre. Esa zorra no tuvo el valor para terminar lo que había hecho y me condenó a cargar con un primogénito idiota.

—¡No lo lames así! —Richard escupió sangre—. ¡Alex es mucha mejor persona que tú!

—¿Te atreves a contestarme otra vez? —Su padre alargó el brazo una vez más, dispuesto a cogerlo por el cuello, pero Richard lo esquivó.

El conde gruñó, furioso, pero Richard era mucho más rápido que él. Utilizando su tamaño y velocidad a su favor, consiguió evitar la paliza que su padre esperaba darle.

No obstante, su escape provocó que el mal genio de su padre saliera a tomar el control de la situación y ocasionó que la furia del conde se acrecentara.

—¡Ven aquí, maldita rata almizclera, te voy a hacer desear no haber nacido!

Los ojos de su padre brillaban con maldad un segundo antes de que Richard comprendiera lo que iba a hacer.

Miró a su hermano mayor de pie en un rincón, sollozando.

—¡Alex, corre! —le advirtió con un grito desesperado. Pero ya era tarde. Su padre había cogido a Alex por el cuello y lo zarandeaba ante él.

—¡Ven aquí, Richard, o me ocuparé de que sea tu adorado hermano quien pague por ti tu desobediencia!

Richard no lo dudó. Dejando caer los brazos a los costados, se aproximó a su padre, quien lo recibió con una sonora bofetada que le hizo ver luces.

El chico apretó los dientes, pensando en la nueva cicatriz que adornaría su cuerpo. Debería encontrar una manera de cubrir la herida para que nadie la notara. Algo cada día más complicado. Ya era bastante difícil esconder las marcas en el cuerpo, para encima tener que encontrar la manera de esconder las de la cara.

—Richard, date prisa. —Su padre lo tomó por la solapa de la camisa y lo alzó en el aire como si fuera un saco de plumas—. Ahora te arrepentirás por haberme desafiado.

—No... padre... —farfulló Alex.

Richard observó con ternura los ojos rasgados de su hermano mayor, colmados de lágrimas. Le costaba hablar, su lengua continuamente le entorpecía las palabras. Pero para Richard eran las palabras más bellas que escuchaba en esa casa, por lo general invadida por el odio, los gritos de desprecio y el sonido de los golpes.

—No hagas daño a Chad —suplicó Alex, sin dejar de llorar.

Richard sintió una punzada de dolor en el corazón. A Alex le costaba un infierno pronunciar su nombre, por eso lo llamaba Chad. Y, para él, era mucho mejor que su propio nombre, solo porque él lo pronunciaba lleno de cariño. Sí, podía ser que su hermano no fuera el tipo más brillante del mundo para muchas cosas, pero era inteligente a su manera, listo como ningún otro. Y tenía el espíritu más noble y el corazón más puro que podía existir sobre la faz de la Tierra.

—Está bien, Alex. —Richard tragó saliva, e intentó sonreír—. Papá y yo iremos a jugar al cuarto aburrido de arriba. —Así había decidido llamar al sitio donde su padre solía darle las palizas. No porque el conde, como él solía llamar a su padre, se cuidara de mantener las apariencias a los ojos de los sirvientes, eso no le preocupaba en absoluto, sino porque era allí donde mantenía su variado arsenal de varas, látigos y otros artefactos con los que solía apalear a sus hijos cuando se cansaba de usar los puños.

—¡Deja de llorar como una niña, te voy a hacer hombre a palos! —gruñó su padre, arrastrándolo con él escaleras arriba.

Richard se limpió las lágrimas con el dorso de la manga. No había notado que lloraba. No se preocupaba por él, sino por Alex. El pobre parecía tan asustado...

—¡No! ¡Chad...! —Su hermano sollozó, y su ronco gemido le partió el corazón.

Richard miró hacia atrás por encima del hombro al caminar por la curva de la escalera, preocupado de que su hermano intentara seguirlos.

Sintió un alivio enorme al ver de pie al lado de su hermano a otra persona, Lee. Él lo abrazaba y consolaba con el cariño que un padre debía otorgar a sus hijos.

Un padre de verdad.

No como la bestia que lo arrastraba escaleras arriba.

Lee Xing era un hombre honorable y ejemplar que, a pesar de ser fiel a su empleador, no apoyaba el trato que prodigaba a sus hijos. Había llegado unos años atrás junto a su padre después de uno de sus viajes por sus propiedades en la India. El conde y él se habían conocido por casualidad, cuando Lee lo defendió de unos bandidos que intentaron asaltarlo en las atestadas calles de Bombay. Al notar la utilidad que un hombre como él podría tener en su vida, Ronald Collinwood decidió llevarlo consigo a Inglaterra para que le sirviera como escolta y protección. El conde de Hendingham se había ganado el odio de sus semejantes no solo en su hogar, sino en buena parte de Inglaterra, por lo que los encuentros con la muerte no eran tan casuales, como había sido ese intento de atraco.

Lee, inteligente y sumamente eficiente, lo había mantenido a salvo hasta entonces, ganándose el

aprecio del conde. Sin embargo, Lee nunca demostró retribuir ese sentimiento, a diferencia de cuando se encontraba al lado de Richard y Alex, dos de los hijos del conde.

Silencioso en sus modos, pocas veces se notaba su presencia, por excepción de cuando se metían directamente con él. Era en esos raros momentos (ya no comunes, después de haber aprendido la lección) en que el demonio dragón que llevaba guardado en su interior, como él solía decir, salía a flote. Y hacía pagar a sus oponentes sus ofensas de tal modo que ninguno deseaba volver a meterse con él.

Richard muchas veces creyó que en realidad llevaba un dragón dentro, al ver la manera en que ese diminuto hombre propinaba tremendas palizas a sus contrincantes, sin importar que estos fueran más grandes y superiores en número.

Karate, él así solía llamarlo, y a Richard le fascinaba. Esos golpes certeros y movimientos fluidos parecían producto de la magia. Según lo que le contó Lee, lo había aprendido desde niño en su natal China, una enseñanza transmitida por su abuelo y su padre, y le había servido para defenderse en sus viajes por el mundo, incluida la India, donde conoció a su padre. Y para suerte de Richard, su buen amigo se había propuesto transmitirle esa enseñanza a él.

Lee le había enseñado algunos golpes para defenderse, pero ponía mayor énfasis en los movimientos que servían contra atacantes más grandes, utilizando su propio peso y fuerza en su contra, como ventaja para sí mismo. Pero Richard habría estado loco si hubiera intentado utilizarlos contra su padre. Eso no ocasionaría más que prolongar su sufrimiento.

Su padre era un hombre vengativo y con el ego demasiado elevado como para permitir que su hijo respondiera a la paliza. Sin duda lo mataría sin importarle las consecuencias. Y luego seguiría con Alex...

No, Richard no era tonto.

Y Lee lo sabía. Por ello nunca intervenía cuando su padre le ponía la mano encima.

Sin embargo, Lee jamás permitía que el conde le hiciera daño a Alex.

Y algo en la mirada de Lee, algo en su postura y determinación, impedía que incluso un hombre mitad bestia como su padre (si no es que era ya un completo salvaje), se atreviera a pasar por encima de él.

Lee rodeó por los hombros a su hermano y lo llevó consigo, donde no pudiera ver aquello que tanto lo alteraba. Richard hizo un leve gesto de agradecimiento con la cabeza que el hombre captó y contestó con uno similar.

Todo ese infierno terminaría algún día, le juró a su hermano mayor en silencio.

Ningún invierno es eterno.

Y el suyo terminaría cuando consiguiera escapar de las garras de su padre junto a su hermano, para llevarlo consigo a un lugar donde nunca, jamás, volviera a tener que soportar una vida de golpes.

Una historia de amor y pasión, de encuentros y desencuentros, de decisiones... de flores amarillas.



Tras una dolorosa separación, Sol intenta seguir con su vida. No puede olvidarse de él porque su cara está en todas las revistas y en la televisión. Cada día lucha con el recuerdo de su relación y del amor que marca la herida que tiene su corazón.

Un encuentro inesperado va a devolverle las esperanzas a Rodrigo y va a intentar recuperar al gran amor de su vida. Se equivocó y planea poner todo de él para enmendar ese error. Va a tenerla en sus brazos, cueste lo que cueste.

La fama, el dinero y los contratos se van a interponer en el camino de los dos convirtiéndose en grandes obstáculos imposibles de sortear.

¿Será la distancia la mejor amiga de las relaciones inconclusas? ¿Podrán volver a elegirse, dejando de lados sus preocupaciones y sus miedos? ¿Podrán olvidar el pasado y verse en el futuro?

Erica Vera nace en Merlo, Prov. de Buenos Aires. Es docente y hace unos años se ha embarcado en esta aventura de escribir. Comenzó un Taller literario en Zona Oeste y, desde entonces, no se ha detenido. Historias de acá y de allá, fue su primer libro de cuentos cortos, publicado por la editorial Utopías en 2016. Ha participado de antologías de lecturas colectivas y algunos de sus cuentos fueron publicados en revistas digitales. Su segunda publicación, también de relatos, fue “Un árbol solo” a fines de 2017 a través de Autores de Argentina. Y a fines de 2018, publicó su primera novela romántica en papel: Mariposas en tu piel (Severled Ediciones). Y uno de sus cuentos, Estrellas en la mirada, forma parte de la antología romántica y solidaria 14 corazones a través del tiempo.

Además, coordina un ciclo literario denominado La Pluma y, junto a dos amigos/escritores, tiene un programa de radio (Trinomio Imperfecto) que se emite los sábados por la mañana por www.mpquatro.com.ar. La pueden seguir en Facebook como Erica Vera o en su blog: historiasdeacádeallá.blogspot.com.ar

Edición en formato digital: octubre de 2019

© 2019, Erica Vera

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17931-05-6

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Flores amarillas

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Capítulo 22
- Capítulo 23
- Capítulo 24
- Capítulo 25
- Capítulo 26
- Capítulo 27
- Capítulo 28
- Capítulo 29
- Capítulo 30
- Capítulo 31
- Capítulo 32
- Capítulo 33
- Capítulo 34
- Capítulo 35
- Capítulo 36
- Capítulo 37
- Capítulo 38

Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela
Sobre este libro
Sobre Erica Vera
Créditos